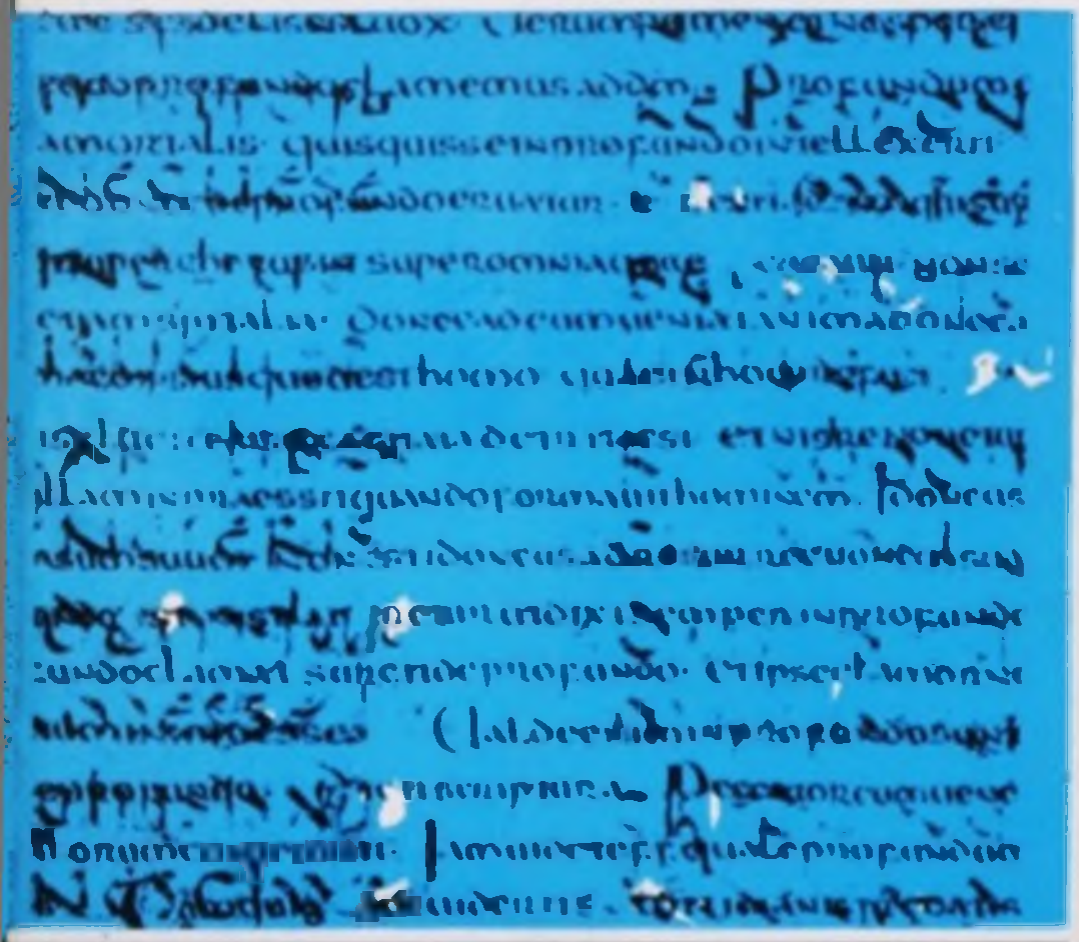
Gaetano Righi

historia de la filología clásica



nueva colección labor

Gaetano Righi nos ofrece en su obra un amplio esbozo panorámico de la historia de la filología clásica, presentándonos, con las escuelas y corrientes de investigación más importantes, a los hombres de cultura que mejor las ilustraron.

Aunque en el amplio campo de las ciencias humanas las investigaciones de carácter filológico se sitúen en un recóndito terreno más propiamente reservado a eruditos de diferentes especialidades, también en más trilladas y cotidianas parcelas de dichas ciencias se manifiesta el valor estimulante de la investigación filológica y la beneficiosa repercusión que tiene en aquéllas esta disciplina. La obra de Gaetano Righi, que aboga por esta amplia valoración humanística de la filología, es un apretado estudio de su desarrollo a través de las grandes etapas del pensamiento humano, y se nos presenta como una contribución incitante al conocimiento de uno de los más añejos temas de la historia de la cultura.

Nuestra época, de profundas transformaciones, abre ante el hombre espacios nuevos que exigen su necesario y cabal conocimiento. Los hombres de nuestro tiempo se asoman a un panorama de una riqueza y complejidad crecientes, que les invita —mejor diríamos: les obliga— a trabar conocimiento directo y motivado con aquellos de sus aspectos que más les solicitan.

Ofrecer esta panorámica profundizada y abierta del saber humano, presentada conforme a las últimas adquisiciones de cada una de sus disciplinas, ya sean las clásicas, como aquellas más recientes que marcan el enriquecimiento actual de nuestro conocimiento, tal es la necesidad que viene a cumplir este empeño editorial.

La **nueva colección labor** pone en manos del público cultivado textos de la mayor autoridad y calidad, pulcramente editados.

Sus volúmenes son un instrumento de estudio y de consulta que forman la indispensable biblioteca del hombre contemporáneo.

historia de la filología clásica

traducción de **J. M. García de la Mora**

apéndice de **José Alsina**

editorial labor, s.a.

Gaetano Righi

historia de la filología clásica

nueva colección labor

Primera edición, 1967
Segunda edición, 1969

Título de la obra original
Breve storia della Filologia classica
editada por G. C. Sansoni, Florencia
© Editorial Labor, SA. Calabria, 235-239 Barcelona-15 1969
Depósito legal B. 7511-67 Printed in Spain
Impreso y encuadernado por
Printer, industria gráfica sa Molins de Rey Barcelona

Prólogo

Se me ocurre que al título original del libro, «Breve historia de la filología clásica», convendría añadirle mentalmente «y del humanismo», ya que sus páginas no son mera exposición, en orden cronológico, de los métodos y resultados de las investigaciones eruditas sobre los textos griegos y latinos, sino que explican además los conceptos y los fines que han guiado y animado a través de los siglos a estudiosos de poderoso ingenio, abiertos a todo interés humano nacido al calor de su cultura clásica o fomentado con la atenta y sabia lectura de los autores antiguos. Su contenido es, en suma, el estudio de los fundamentos (filosóficos) y de los instrumentos (filológicos) de la cultura clásica, el examen de sus problemas seculares y de sus diversas orientaciones.

El mejor y más potente impulso a la cultura clásica siempre me ha parecido que proviene, no de la aptitud técnica para la minuciosa erudición filológica, sino de la exigencia de formar parte de la gran comunidad internacional del saber, del tener conciencia de la continuidad histórica entre lo antiguo y nosotros. En el Medievo, el sentido de la pertenencia común a la civilización europea lo daban la religión cristiana, el derecho romano o ius commune *(gracias al cual resurgió Roma, en la Bolonia del siglo XII y de los labios de Irnerio y sus sucesores, con mayor pujanza, pureza y eficiencia civil) y, finalmente, la tradición clásica, de la que se originaron las lenguas romances y la nueva cultura europea.*

Hoy, que tanto han disminuido la fuerza y la eficacia de aquellos vínculos seculares que unían a las naciones de Europa, es preciso ganar a los mejores y más profundos espíritus de las mismas para la orgánica educación mental que resulta del goce y del ensanchamiento del ánimo, procurados inadvertida e incomparablemente por las inmortales páginas de los grandes historiadores, poetas y filósofos de Grecia y Roma, la belleza de cuyas expresiones debe sentirse en concreto y vivirse en profunda comunión con su inspiración vigorosa y su denso contenido. Sólo así nos fortalecerán mentalmente y engendrarán en nosotros la conciencia del vínculo que une el pasado con el presente y el sentido de la continuidad histórica y de las vicisitudes por que han ido pasando el mundo y la vida del pensamiento mismo (filosófico y científico), por el que los escritores griegos y romanos nos parecen precursores de tantas de nuestras concepciones modernas. Sentímonos, pues, distintos y a la vez idénticos a ellos, en virtud de una especie de metempsícosis de sus almas en las nuestras, la cual llegamos a percibir y actualizar mediante el puntual y fatigoso esfuerzo por comprender y traducir al autor griego o latino a nuestra mentalidad y a nuestra lengua: deleitosa y tonificante labor que nos enaltece, nos consuela, nos transforma y nos fortifica maravillosamente.

Cuantos creen aún en tal eficacia educativa de la cultura clásica —estudiosos, profesores y alumnos, padres de familia y dirigentes públicos— tratan por todos los medios de conseguir que continúe estando presente en las escuelas de su país respectivo, para evitar la caída en la barbarie, esto es, en la insensibilidad respecto a la verdad y a la belleza, y para que del estudio de los clásicos, como de las eternas fuentes del ser, se siga sacando un alimento siempre nuevo.

Es para mí motivo de viva satisfacción que la ilustre EDITORIAL LABOR *de Barcelona haya querido difundir en español estas ideas, que le son ciertamente caras también al profesor Alsina, quien ha añadido un útil Apéndice al texto original, por lo cual le doy las gracias.*

Desde el Renacimiento, España había venido contribuyendo con sus obras al estudio de la Antigüedad, de aquella Antigüedad durante la cual dio a Roma las grandes figuras de Séneca, Lucano, Quintiliano y Marcial. Los nombres de Francisco Sánchez de las Brozas (citado muchas veces por Vico), gran indagador de los principios

o causas de la lengua latina y editor de clásicos latinos, Juan Núñez, que enseñó griego en Barcelona, el arqueólogo Antonio Agustín, Pedro Chacón, que fue llamado el Varrón de su época, y tantos otros, son notables expresiones del humanismo y de la investigación filológica española en el siglo XVI. Y hoy día España ha vuelto a ponerse a su apropiado nivel internacional y a la altura cultural europea merced a la labor de Ramón Menéndez Pidal y de José Ortega y Gasset. Ambos autores han agitado problemas no ajenos a nuestra disciplina. El primero ha explorado detenidamente los testimonios y tradiciones de su nación a través de los documentos lingüísticos de su historia más remota y recóndita; el segundo ha denunciado con particular insistencia la barbarie de la especialización y de la técnica (que puede llegar a corromper los mismos estudios humanísticos), poniendo de relieve su falta de vivos intereses personales y de capacidad para enjuiciar. El especialista se cree autosuficiente, cuando en realidad no es sino un fragmento de humanidad: hombre-masa. El auténtico humanismo, el que nuestros estudios procuran promover, consiste en la humanidad integral (homo sum: nihil humani a me alienum puto, *¡qué gran dicho éste de Terencio!), consiste en ser sensible a todo y en interesarse por todo, mientras que el especialista siempre está dispuesto a decir: «...esto no me concierne».*

La exigencia de tal apertura, que hace siempre actuales los estudios sobre la Antigüedad clásica en una síntesis ideal y vital de presente, pasado y porvenir, fue expresada por Ortega del modo más elocuente con estas palabras: «Para Europa no hay salvación como no se ponga su destino en manos de gentes verdaderamente contemporáneas, *que sientan palpitar bajo sus pies todo el subsuelo histórico, que conozcan la actual altitud de la vida y rechacen toda expresión arcaica y silvestre. Tenemos necesidad de la historia integral para ver si logramos huir de ella y no reincidir en ella».*

GAETANO RIGHI

Post scriptum. Nos complace indicar aquí, por su afinidad con nuestro tema y para orientar al lector, las siguientes obras fundamentales publicadas en estos últimos años y que, siendo fruto de rigurosas investigaciones filológicas sobre los textos, tienen además un alcance y un aliento verdaderamente europeos, ya por su objeto histórico-filosófico, ya por lo amplio e importante de su visión general:

CH. DAWSON, *The waking of Europa*, Londres 1935.
P. KOSCHAKER, *Europa und das romische Recht*, Berlín 1947.
W. JAEGER, *Paideia*, Berlín 1935 y 1940.
H. I. MARROU, *Histoire de l'éducation dans l'Antiquité*, París 1947.
H. I. MARROU, *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, París 1946.
R. MANDOLFO, *La idea de infinito en el pensamiento de la Antigüedad clásica*, Buenos Aires, 1958.
R. MANDOLFO, *La comprensione del soggetto umano nell'antichità classica*, Florencia 1958.
E. BETTI, *Teoria generale della Interpretazione*, Milán 1955.

Indice de materias

Prólogo 5

Introducción 11

1
La filología helenística 47

2
La filología en Roma 63

3
La filología y la cultura clásica en la Edad Media 71

4
El Humanismo italiano 85

5
El pensamiento animador de la filología renacentista 99

6
La erudición histórica y la crítica filológica durante los siglos XVI y XVII 111

7
Crítica, erudición histórica y filosofía de la historia en el siglo XVIII 127

8
El neohumanismo filológico holandés y alemán 143

9
El espíritu romántico alemán aliado de la filología: Schlegel, Schelling, Ast, Schleiermacher 155

10
Los grandes filólogos del siglo XIX 173

11
La filología en el siglo XIX 189

12
La filología y el humanismo contemporáneos 207

Epílogo 227

Apéndice 241

Indice de nombres 251

Introducción

Definición de la filología

Aun a las personas medianamente instruidas, las palabras *literatura, filosofía, historia* suscítanles alguna imagen más o menos exacta o aproximativa, les dan una idea más o menos clara de lo que significan en realidad, si bien entre las personas cultas y calificadas no sea siempre una misma la concepción de estas materias, que depende de la apertura mental, la preparación, la experiencia, la disposición y el poder de cada entendimiento. Sea como fuere, cuando se habla de *literatura* todo el mundo piensa en un conjunto de poesías y prosas de carácter ameno en las que la fantasía y el ingenio inventivo tienen su parte; al decir *historia* entiéndese por tal una serie de hechos que se suceden en el orden del tiempo y han de ser debidamente expuestos (historia escrita o historiografía); al hablar de *filosofía* se piensa en una difícil disciplina que versa sobre un objeto de suyo oscuro y profundo, y trata de esclarecer el misterio del universo.

Menos comprensible, no tan claro ni cierto se le hace al común de los hombres el significado del término *filología.* Pero en cuanto el hombre corriente encuentra este vocablo en algún contexto o lo oye en un discurso, él, que ya tiene idea de lo que son la historia, la literatura y la filosofía, no tarda en formársela de lo que es la filología, y la concibe como una tendencia a examinar escritos y una aptitud para fijarse en si son o no exactos, como un escrupuloso cuidado de la precisión textual, como un estudio enfocado a reconocer, a reencontrar, a comprender la exactitud genuina y originaria de un escrito, a descubrir errores o inexactitudes en un texto gracias a un arte, a un control, a una competencia, a una aptitud especial

adquirida mediante un trabajo disciplinado o bien innata. El título de filólogo hace pensar en una persona capacitada para descifrar, leer, interpretar, examinar con sus propios ojos y reconocer la integridad de un documento, para dar razón del mismo, juzgarlo, valorarlo o determinar con precisión su forma original.

Mas, si puede decirse que en esto, o sea, en cuanto a esta sencilla definición o idea preliminar, todos se hallan de acuerdo, desde el lector corriente de diarios (o revistas) hasta la persona culta y docta, hasta el filólogo mismo, en cambio, cuando se quiere puntualizar y fijar ulteriormente el concepto empiezan en seguida las divergencias. Compruébase entonces que la noción de filología va desde un máximo de amplitud cognoscitiva hasta un mínimo de extensión y de intensidad, según los diversos humores y tendencias de los que de ella se ocupen y según sean las maneras de pensar de los mismos filólogos, que son los servidores, los obreros, los sacerdotes y promotores de la filología. El filósofo, el historiador, el lector de textos literarios y el entendido en poesía propenden a limitar lo más posible los dominios y la potencia de la filología, dejando de este modo mayor espacio para lo que más les interesa: para la historia propiamente dicha, para el pensamiento filosófico, para el buen gusto literario y la agudeza interpretativa o crítica, que son sus aptitudes y ocupaciones peculiares. La aptitud o especialidad filológica atribúyensela fácilmente los historiadores, los filósofos y los críticos literarios a aquellos de quienes dan por averiguado que poseen menos dotes y no tan alta categoría intelectual como ellos mismos. Mas, por su parte, el filólogo que sepa lo que se trae entre manos y vea reconocida de hecho su función en el orden social (cátedra) o en el orden cultural (rama necesaria del saber) no admitirá que a él se le considere inferior al profesor de filosofía, al historiador, al crítico de arte, al profesor de literatura, al jurista o al científico. En su facultad de escrutar con sus propios ojos los textos antiguos y de interpretarlos como documentos, también él se siente dotado de una penetración y una capacidad peculiares, en nada inferiores a las de cualquier estudioso o especialista de otro orden de conocimientos. Y hasta puede creerse o sentirse más necesario, puesto que la fijación y explanación de los textos, su tarea específica, es sin duda indispensable función preliminar, antecedente imprescindible de toda discusión y juicio sobre el contenido de esos textos, sobre su valor intrínseco y su importancia histórica, trabajo éste al que son llamados («vocación») otros estudiosos o él mismo en un momento ulterior de aplicación y de reflexión.

Verdad es que lo primero en el tiempo no es, por ello, primero

ni más importante, en el orden lógico y moral, que lo que viene después y ya sobre la base de aquello. La filosofía o reflexión filosófica vino, según Aristóteles, cuando los hombres tuvieron ya cubiertas las necesidades materiales, que aunque menos humanas e importantes, son antecedentes de la filosofía, a la que el Estagirita considera como la cima de la humana perfección. Pero también es verdad que, según Boeckh, la filosofía, el filósofo, pueden surgir también en medio de un pueblo semibárbaro o sin civilizar, mientras que la filología sólo puede florecer en el seno de un pueblo civilizado y culto, porque el interesarse por escritos que transmitir y el cuidado de conservarlos presuponen un sentimiento difuso de la importancia de la tradición escrita, de las reliquias por recoger y guardar, esto es, exigen el sentido histórico y literario de los documentos que un pueblo lega a las generaciones venideras conscientes de su ser colectivo, de su destino histórico. Y con tal fin ese pueblo funda y organiza sus escuelas, sus universidades, y confía a personas calificadas la enseñanza y la transmisión de los textos y documentos en que se basa la enseñanza. Obra, pues, esta que realizan los filólogos, altamente cívica y que los filósofos, en cuanto tales, no sienten la necesidad o el deber de llevar a cabo, o no se ven capacitados para ello.

Las extremas divergencias en la valoración que de la filología hacen sus cultivadores, y los diversos conceptos en que la tienen los que no la cultivan, tampoco impiden el que cuantos discurren acerca de ella o emplean el término que la designa o sus derivados, o la practican, tanto al hablar como al escribir o al leer den por supuesto un sentido inequívoco: el de que filología es ese interés por conservar los textos, ese afán por fijar con exactitud los documentos, por establecerlos y documentarlos para poderlos describir fidedignamente y reproducirlos de un modo sensible como depósitos de la sabiduría cierta del pasado.

Pero conviene que el lector de estas páginas sepa, ya desde el comienzo, hasta qué punto llegan los aludidos extremos, si bien la idea más precisa de filología, su contenido y finalidad, sus características, desarrollo y estructura sólo se irán conociendo a medida que se vaya adquiriendo noticia de las obras y trabajos, de los métodos y del pensamiento de cuantos a través de los siglos han trabajado en este campo, han aportado a él su contribución, han cooperado en organizar, dirigir y concebir la filología. Como máxima paradoja cabe citar los juicios opuestos de dos profesores universitarios, uno de los cuales fue hasta ayer el decano de los filólogos latinos, y el otro es el ilustre traductor de Aristófanes y de los trá-

gicos griegos, hechos incluso representar durante los primeros decenios del siglo en Siracusa y en otros lugares. Es el primero el profesor Gino Funaioli, quien al concluir una historia de la filología a través de los tiempos, de 170 páginas, define en siete líneas la filología, de tal forma que ésta abarca todo o casi todo el universo histórico y literario, todo lo que se pueda saber en el ámbito de las humanidades: «La filología es y quiere ser comprensión crítica e histórica, interpretación de la palabra, de los sentimientos, de las ideas de un escritor, exploración de su personalidad, conocimiento científico, íntima compenetración y contemplación de los espíritus y de las formas del mundo antiguo en su unidad, principalmente de cuanto de él nos ha quedado como patrimonio vivo: historia —no pura historicidad— y arte, dos momentos que no se pueden separar».

Es ésta una definición demasiado amplia, que no puntualiza cuál es lo propio del trabajo filológico; a saber, la crítica de los textos, la investigación de su autenticidad, el descubrimiento de las corruptelas, interpolaciones y lagunas, el estudio de las vicisitudes por que ha pasado la traducción manuscrita hasta que las obras de los clásicos llegaron a la edad de la imprenta. En tal definición está comprendido y confundido todo: historia, crítica, hermenéutica, estética, de manera que no se ve dónde comienza y dónde acaba cada una de estas disciplinas ni si lo principal es el examen externo de los textos, más bien que su interpretación, o el de los elementos históricos que con ellos se conexionan y los explican. La historia, la filología y la estética tienen, ciertamente, puntos de contacto, pero no son la misma cosa. Porque una cosa es decir que el procedimiento seguido por un historiador que analiza los textos y escruta los documentos en que apoya su exposición es *filológico*, y otra muy distinta afirmar que es más filólogo que historiador. También el musicólogo que quiera reproducir el texto de una música de Palestrina o de Purcell ha de analizarlo y fijarlo filológicamente, teniendo en cuenta la exactitud de las notas que haya que descifrar y ejecutar después. Y, sin embargo, la filología (inclusive la relativa a la música) no es la música, aunque en este caso exige el conocimiento técnico de la música.

El otro especialista en la literatura antigua es de diverso y aun opuesto parecer. Al acabar su libro (1917 y 1934, *Minerva e lo scimmione,* [Minerva y la mona] (la mona sería la filología científica alemana, hecha insensible a la belleza por haberse restringido a estudiar curiosas menudencias aun a despecho del sentido común), Ettore Romagnoli sentenciaba catonianamente: «Ceterum censeo philologiam esse delendam». Al decir Romagnoli que debe abolirse la

filología, pensaba no en el estudio de los textos, sino en la degeneración o decadencia a que veía que había llegado en Alemania la filología «microscópica», lo mismo que la de sus serviles imitadores italianos, después del gran período romántico del siglo pasado, hasta llegar a Nietzsche y a Usener, tras los cuales descubre ya sólo insensibilidad, vanidades, presunción, retorcimientos y minucias, capaces únicamente de anublar, perder de vista y hacer olvidar el valor de la literatura, cuya percepción es la finalidad misma de la filología, su supremo destino intrínseco.

Para Romagnoli es más importante, en suma, conocer la *Divina Comedia* elevándose con el sentimiento a la altura moral y religiosa de Dante para gustar de su poesía, que no «cotejar escrupulosamente todos los códices y reformar la grafía y la puntuación hasta hacer ilegibles los versos más sublimes» (cosa que él ve practicarse a menudo). Mas entonces, ¿qué es lo que deberá hacer hoy el filólogo? ¿Qué es lo que le queda aún por hacer, luego que los filólogos de los pasados siglos han tenido el mérito y la misión de procurar a los lectores los textos, de corregirlos y limpiarles la pátina del tiempo, de librarlos de errores e interpolaciones, de aclarar dudas y proporcionar noticias y nociones útiles para su comprensión? ¿Habrá concluido, nos preguntamos, su trabajo de ajuste de los textos? No, porque también aquí hay siempre cosas que revisar, corregir y mejorar. Romagnoli distingue con acierto entre una filología útil y estimulante y otra filología perezosa, «miniaturista» y rutinaria, ignorante del fin al que debe servir: la penetración de los escritos transmitidos, su inagotable interpretabilidad. En su traducción de *Las aves* de Aristófanes o de *Las bacantes* de Eurípides ha realizado, por cierto, operaciones exquisitamente filológicas.

Pero, prescindiendo de los excesos y degeneraciones, más allá de sus desviaciones parciales, ha de verse el desarrollo de la idea, los hechos o acontecimientos culturales que esta idea (de la filología) ha suscitado alimentado y promovido. El estudio de la filología, la vocación filológica ha llevado a hacer descubrimientos, ha producido beneficiosos resultados, ha fomentado los estudios y el amor a la verdad y a la belleza. Ha sido un método y, por consiguiente, un medio para alcanzar un fin. El fin (que nunca ha de olvidarse) es el de promover la cultura mediante el mejor y más genuino conocimiento de los textos que la conservan y le dan cuerpo con miras a las generaciones futuras, siendo su vehículo. Sin textos no hay estímulo que nos mueva a pensar ni a elaborar siquiera un pensamiento nuestro, pues no tendría ocasión ni modo de explicarse, de hacernos replegar sobre nosotros, de obligarnos a reconocer el pasado de la humanidad,

de darnos a sentir su vinculación con el presente. El *texto* es el instrumento que fija materialmente el discurso escrito, es este mismo discurso escrito englobado en el material que lo contiene e incorpora, lo certifica y lo transmite, con su estructura gramatical y sintáctica, con su representación orgánica y total: posiblemente por descifrar, reintegrar, repulir y constituir. Y, a continuación, por interpretar.

El solícito afán de exactitud, la certidumbre de lo escrito, meta específica de la filología, es ciertamente un utilísimo elemento cultural, una respetable virtud científica, y hasta un rasgo intrínseco, constitutivo del conocimiento de un discurso transmitido. Pero puede suceder que entrañe, con respecto a la interpretación, el cuidado excesivo o exclusivo por lo pequeño, olvidándose de aquello a lo que debe conducir, acentuando la predilección por lo minúsculo y agotando casi, en esta dedicación, las energías mentales que podrían y deberían reservarse para empresas de más importancia. De esta suerte, en el uso mismo de la palabra *filología* y del adjetivo *filológico* subyace o se afirma un juicio que unas veces es elogioso y otras despreciativo.

Por ejemplo, hablando Gentile (*Critica* 1911, p. 112) de la mengua del interés filosófico en los neokantianos de la segunda mitad del siglo XIX, como Fiorentino, Tocco y Masci, observa que, en vez de dedicarse a profundizar en los grandes problemas especulativos planteados por Kant, aquellos autores se ocuparon con preferencia en cuestiones interpretativas sobre detalles del texto kantiano, por lo que, con ellos, la historia de la filosofía venía a convertirse en *filología*, esto es, bajaba de tono y no penetraba ya en el núcleo de los verdaderos problemas del pensamiento, sino que hacía del texto kantiano *materia* de investigación filológica.

Por el contrario, he aquí que más de uno, al hablar de la *Historia de la filosofía* escrita por De Ruggero, en lo que respecta especialmente a la exposición del pensamiento de pensadores como Hegel, Humboldt, etc., le reprocha al autor la falta de precisión filológica en cuanto que, para la valoración histórica, no se atiene al texto original alemán, sino a una traducción, y por este motivo le dice que no capta hasta el fondo, e incluso que deforma, el pensamiento exacto del filósofo estudiado, pues sólo leyéndole en su propia lengua se puede comprender su riqueza original, el matiz revelador de su individualidad; de tal manera que el susodicho historiador se aventura así a dar una valoración menos acertada, menos precisa y consciente, menos *filosófica*, del texto filosófico que expone, precisamente por su poca diligencia *filológica*, por no haber sido lo

bastante solícito en procurar la exactitud de matices con que fue expuesto en su origen aquel pensamiento; mientras que el contacto directo con el texto, dando el sabor del pensamiento auténtico y genuino, mediante la inmediata percepción sensible y la presencia casi personal y emocional del filósofo, que habla en su lenguaje originario, sugeriría una interpretación más fiel y convincente, más completa y eficaz.

Carácter de la filología y sus menoscabados aspectos

Como se ve por los dos ejemplos citados, el calificativo de filológico tiene opuestos valores, ya que en un caso la filología hace al pensamiento externo y menudo, despotenciándolo y rebajándolo, siendo así que, por definición, ha de ser interior y de universal amplitud; y, en el otro caso, el mismo calificativo significa un reforzar el pensamiento, no un empobrecerlo, pues equivale a darle precisión y consistencia, haciéndolo vivo e inmediatamente actuante, lo cual es enriquecerlo, nutrirlo y conferirle concreta perceptibilidad. La filología es, pues, ambivalente, es un Jano bifronte, según cumpla o traicione su destino uniéndose o no intrínsecamente a su contenido, al pensamiento del que es vehículo. Cuando existe tal unión indisoluble, la filología expresa la percepción precisa, textual y fiel del auténtico pensamiento de un autor, de un escritor, de un poeta.

Los comienzos de toda manifestación cultural, aunque se pierdan en las nieblas de la prehistoria, hácense siempre coincidir con la aparición de algún personaje extraordinario que, con su ejemplo, haya dado especial relieve y orientación a aquel orden de conocimientos que, si bien no era extraño del todo o ajeno al horizonte mental de los hombres, sin embargo, hasta allí, se afirmaba sólo de manera esporádica e inadvertida, entreverado con otras tendencias y otros saberes. Así, a la filosofía occidental se la hace nacer de Tales, a la historiografía de Herodoto (o de su coetáneo Hecateo de Mileto). La filología, en su significado ordinario, surge en aquella época de la civilización griega a la que se suele calificar de helenística o alejandrina: del siglo III a. de J.C. en adelante, cuando, después de muerto Alejandro Magno, la civilización de lengua griega pasó a Egipto, que se convirtió en el emporio comercial e industrial, y también cultural, más importante del mundo civilizado; esto es, en el centro y como la capital del mundo occidental durante tres siglos, hasta que Roma impuso su hegemonía, hasta la batalla de

Accio (31 a. de J.C.). A partir de aquí, el ímpetu creador se extingue, ya no hay grandes creaciones, por más que aún aletee una poesía no despreciable, muy digna de ser conocida y que influirá notablemente en los poetas romanos. Surge, en aquel ambiente y como expresión de la época, la filología: en una atmósfera de recogido amor al estudio, de afanosa búsqueda de la palabra y de los versos originales de los poetas, de cultivo del discurso y la escritura, de esmero en la prosodia, la métrica y la puntuación. No tiene esta actividad de la filología una impronta de heroísmo, no da relieve a una personalidad, ni expresión a una poderosa idea nueva, no nace de una necesidad impulsiva, de un descubrimiento deslumbrante y clamoroso de la verdad. Es, más bien, expresión de un callado ejercicio intelectual que se subordina a los textos; nace del diligente estudio de los manuscritos legados por los escritores helenos, de una inclinación a escrutarlos con mirada crítica, a indagar su autenticidad. El carácter medroso y casi anónimo y colectivo de la filología corresponde al hecho de que no es ésta una ciencia creadora ni de primer plano, sino que fundamenta su actividad sobre lo ya existente: presupone los textos literarios, recogidos y llegados de diversas procedencias. El gran público no advierte la existencia del filólogo tanto como la del poeta, el filósofo o el historiador. La posible grandeza de un filólogo no se impone *coram populo*, sino que es reconocida sólo en un restringido círculo de especialistas. Es muy cierto que para que se dé un filólogo son necesarias, más que para el poeta y para el filósofo, determinadas condiciones de civilización, cultura y ambiente, apropiadas para su aparición y su actividad. De todos modos, suele escatimarse mucho la calificación de *genios* cuando se trata de los filólogos, y aun nos veríamos embarazados para citar en seguida algún nombre al que adjudicar ese título (¿Aristófanes de Bizancio?, ¿Bentley?, ¿Lachmann?, ¿Boeckh?, ¿Wolf?). En cambio, tratándose de arte, de religión, filosofía, política y, un poco menos tratándose de la historia, cada uno de nosotros tiene a flor de labios más de un nombre al que calificar de genio.

Y es que la filología es fruto de tenaz paciencia, de atención silenciosa y continuada, aunque también de inteligente esfuerzo, que a los profanos, a los no filólogos y aun a las personas cultas pero no especializadas les parece mero trabajo de aplicación, más bien que constante percibir verdades concretas, basadas en documentos transmitidos pero que hay que analizar con los propios ojos.

Nada de esto disminuye su significado de obra que beneficia a la comunidad y de la que la mayoría disfruta aunque no se dé cuenta, así como tampoco se piensa en el aire que se respira, o como nadie,

al visitar una pinacoteca, se pregunta quién ha recogido y ordenado con sabio método aquellos cuadros, haciéndonos posible gozar en breve tiempo tan confortador y estimulante placer, y casi diríamos la posesión íntima y gratuita de tantas obras maestras, de todas las riquezas que durante siglos han prodigado las manos y los ingenios de tantos artistas, facilitándonos, en fin, la contemplación de las mil bellezas reunidas y puestas a nuestro alcance en tan reducido espacio gracias a la organización, siempre en aumento, que distingue a los países civilizados. Dígase otro tanto del orden de una biblioteca, que nos facilita el acceso a los libros que nos hagan falta. El criterio rector de ese orden ha de ser por fuerza histórico-filológico, a base de datos, intuiciones, reflexiones, buen gusto y hechos históricos.

En esto consiste la obra silenciosa, modesta, escondida, aunque no por eso menos laboriosa y compleja, del quehacer filológico.

Texto, documento, página, escrito, etc., son términos sinónimos que van ligados intrínsecamente a la idea de filología. La cual evoca la de exactitud y, también, la de una esencial forma visiva, una representación tangible necesaria para pasar a comprender el sentido. La *letra* (filología estrictamente hablando) es necesaria para entender el *espíritu*, si bien, a veces, «la letra —por sí sola— mata y el espíritu vivifica» (san Pablo). Pero «el espíritu no es espíritu sin la letra» (Blondel). Y Goethe dijo: «No conozco peor orgullo que el de quien pretende hacerse con el espíritu antes de haberse familiarizado con la letra». Afirmó así el valor de la certeza filológica, sin la cual, esto es, fuera de su expresión en algún texto, no parece hallarse la mente ni poseerse a sí misma. Sin embargo, en otro sitio añade: «Me es odioso todo aquello que sólo me instruye sin aumentar ni animar directamente mi actividad». De este modo, el gran poeta confirmaba elocuentemente con su autoridad la doble exigencia de la letra y del espíritu, inseparables, y al mismo tiempo, el peligro de la «micrología». Por su parte Vico, que llamó a las lenguas «el vehículo mediante el cual se trasfunde en quien las aprende el espíritu de los pueblos», observó también que el latín, entendido en su concreta materialidad histórica, es tal que ni el más experto de los latinistas de hoy día sería capaz de hablarlo ni de conocer los objetos de la vida de entonces como lo hablaba y como conocía la vida romana la criada de Cicerón. ¡Conocimiento de los autores (hermenéutica), y no reproducción material de la lengua ni erudición como fin en sí misma!

Sólo viendo de hecho un texto en la plenitud de su forma y representación concretas se puede conocer a un autor. Para decirlo

con Cicerón, «con una sola palabra configurada en sus caracteres visibles no puede menos de producirse en nosotros la representación (intelectiva) de un pensamiento entero» *(unius verbi imagine totius sententiae informatio in te gignatur necesse est:* De or., II, 358). Lo dice a propósito de la fuerza de la palabra pronunciada ante el pueblo y ante los jueces: expresión de la personalidad toda del orador. Parecido es el poder, aunque silencioso, de la palabra escrita, que si tenemos viveza de intuición nos pone delante, en nuestra representación mental, a la persona misma de la que proviene, concretándonosla, haciéndonosla sensible.

En su instinto más profundo, la filología, la tendencia genuina y sinceramente filológica que hay en todos nosotros, podría definirse como *el gusto representativo de la palabra escrita,* o en otros términos más difusos, como el sentido de la concreción e individualidad de la palabra en su genuinidad y plenitud originales, cuando la percibimos en conexión directa con el universo del escritor y con invencible tendencia a revivirla en sus innúmeras vibraciones, con el fin de transferir y conservar en nosotros la impresión de las cosas, de los sentimientos e ideas de que es vehículo, y de refrescarla y renovarla teniéndola presente con su exactitud y hacerla, en la memoria, compañía nuestra, pronta a acudir en nosotros a cualquier necesidad de la conciencia moral o intelectual, capaz de evocarla a cada momento en su concreta y sensible forma representativa.

Esto es lo que importa, el instinto de aprenderse de memoria una poesía, instinto que puede ser comienzo de crítica literaria, de crítica textual o de erudición histórica relativa, testimoniando en todo caso un vivo interés por la palabra concreta. Tal interés es, inicial y esencialmente, *filológico.* La lectura misma, el gusto por la lectura, es una primera forma de interpretación (que es uno de los aspectos de la filología).

La filología es, por lo tanto, expresión esencial del conocer, pues sólo filológicamente, es decir, sobre los textos, en la plenitud de su significado sensible y representativo, se conoce a un autor, un discurso, o un concepto.

En su aspecto más simple es precisamente la filología este gusto o saboreo de la palabra, que produce una percepción adherente, concreta y sensible de su contenido. La palabra ajena que se limita a resumir o a referir ni aquieta ni persuade. La voluntad de poseer (filológicamente) la palabra exacta, textual, es signo de exigencia de concreción, de verdad, de precisión, de certidumbre, fidelidad, integridad, perfección. Atestigua interés filológico. Es indicio de

capacidad para aprehender y penetrar el pensamiento, la imagen, en el vigor de su potencia original encarnada en el vocablo que la expresa. Es la filología virtual.

En cambio, la aptitud para dar razón de la forma o para restituirla, devolviendo a la palabra originaria su aspecto preciso, constituye el arte y la ciencia (filología) que lleva a cabo los máximos esfuerzos por entregar a la posteridad esa palabra autenticada, de modo que no se pierda, extravíe ni deforme. Es la filología técnica. Respecto a la palabra dicha de viva voz, que es el animado Logos que celebra Platón al final del *Fedro*, la escritura puede parecer algo ficticio, artificioso, adormecedora sustitución de la voz verdadera, algo así como memoria supliendo a la mente, al pensamiento. No obstante, tiene la capacidad de evocar los rasgos, la fisonomía de quien ya no existe, siempre y cuando seamos capaces nosotros de recomponerla de algún modo en sí misma, de volvérnosla a figurar; o sea, de ver de nuevo mediante ese signo el pensamiento de aquella persona, de representarnos su existencia, en virtud del estudio, del amor y de la intuición. La palabra escrita es, así, una especie de fotografía con respecto a la persona viva, real.

Tal cometido, grave y solemne, de «resucitador» es el que atribuye por ejemplo Carducci al padre de la historia italiana, Ludovico Antonio Muratori, con estas incisivas palabras (XVI, 118): «Los elementos de la nación italiana habían estado hasta entonces durante todo un milenio dispersos como los secos huesos esparcidos por el campo ante la mirada del profeta: era necesaria la voz de Ezequiel de Vignola para que se volviesen a juntar, se reencarnaran y reviviesen».

Esta es la función más augusta de la filología, la de hacer revivir a una persona física o moral mediante los signos que la indican. Fue precisamente Muratori el historiador de Italia que primero recorrió una y otra vez la patria italiana por todas sus diversas regiones, recogiendo desde Friuli hasta Sicilia los documentos que, dispuestos en ordenada serie de volúmenes, constituyeron el cuerpo histórico-filológico de la nación: cuerpo, diríase, en sentido metafórico, a no haber sido más bien real como el anuncio de una presencia de Italia, como el presentimiento de aquella Italia verdadera, espiritual, futura, colectiva, que a través de aquellos signos tangibles se revelaba e iba surgiendo en la conciencia de quienes la amaban ya, la buscaban y la estaban creando. Ellos entreveían en aquellos signos una realidad viva y verdadera, aunque todavía por nacer, en fuerza de la fe y del amor. Esta eficacia tuvo la obra de Muratori sobre nuestros hombres del *Risorgimento*, algunos de

los cuales llegaron a ser concienzudos historiadores de Italia, sacando de su pasado de glorias y desventuras los auspicios y la virtud necesarios para crear la Italia que llamaba a la puerta de sus corazones, descubriendo un sentimiento similar en cuantos habrían luchado por crear la unidad italiana. Tan innegable eficacia ejerció, tanta influencia moral y política tuvo la inmensa obra filológico-histórica de Muratori, por más que fuese inconscientemente, rebasando los límites de su asunto preciso, sobre cuantos le imitaron.

De los documentos disponibles saca en cada época el estudioso el caudal de ideas que necesita para entender el pasado, explanando y dando fluidez a aquellos materiales de suyo áridos y como enrollados. Examinándolos y penetrándolos según sus exigencias históricas y su capacidad filológica, el estudioso los trae a la vida, les hace hablar y se los presenta de tal modo al lector que, teniéndolos éste a su disposición, pueda posesionarse de su contenido, gozar de él, progresar en su conocimiento y, eventualmente, interpretarlo de una manera más penetrante y persuasiva merced a la labor inexhausta del pensamiento, que comprende al indagar y reconstruye y da forma a su experiencia, haciéndosela presente y objetiva a los demás y ofreciéndosela para que la reconozcan y encuentren en ella estímulo para componer su propio mundo. Sin los signos sensibles y representativos que ofrece el trabajo filológico *(a parte obiecti)* y sin la sensibilidad filológica *(a parte subiecti)*, no es posible entender (sino ilusoriamente) ningún objeto, es decir, no puede darse comunicación alguna de sujeto a sujeto, no existe ningún progreso objetivo, real, del conocimiento de la persona ni de su conciencia en el seno de la vida social, donde cada uno de nosotros vive y actúa. El paso a la inteligencia social, a la comunicación vital de persona a persona, el estímulo al aprender, a suscitar la necesidad de aprender, los da la palabra cierta, vibrante, significativa, sea escrita u oral. No se trata, pues, solamente de una técnica especial de trabajo, sino del orden entero del conocimiento humano. El entender es un acto interno que, expresado explícitamente y hecho externo, se llama interpretar (para los demás). Entender quiere decir reconstruir lo que fue, hacerse propia y presente la experiencia ya pasada: es la historia convertida para cada uno de nosotros, en el acto de reconocerla, en *conciencia histórica* o, si transpuesta explícitamente a exposición escrita, en *historiografía*. La historiografía es la transcripción de la conciencia histórica en exposición literaria. Se vale de los documentos *filológicamente* verificados, explorados, compulsados, comprendidos. La historia es, en tal caso, el fin que se propone la filología.

Por consiguiente, para que la filología cumpla como debe, ha de ser adecuación de la letra al espíritu, de la forma sensible al pensamiento. Entonces los términos *filología* y *filológico* expresan un elemento fortalecedor, positivo, constituyente, fecundo y esencial del conocimiento. La filología es, así, condición del conocimiento verdadero e íntegro. No es historia, ni filosofía, ni erudición. Es percepción sensible de un contenido sensibilizado en su forma. Trátese, pues, de historia o de filosofía, de ciencia o de poesía, el carácter *filológico*, por el que tales formas de conocimiento son percibidas mediante los libros en que se las lee, las hace acabadas y ciertas. Obra y mérito del filólogo. Pero las operaciones del filólogo, que dan al hombre culto la sensación de la certeza textual, la representación visible de un contenido, no pueden ser seguidas ni comprendidas por ese hombre culto si sólo las aprecia en abstracto. El no puede improvisarse como descifrador de textos, examinador de la tradición manuscrita, lingüista, gramático y cronólogo. Lo mismo se diga de la astronomía o de la numismática. La filología, en su concepción técnica, tiene sus órganos y sus instrumentos, es una habilidad y requiere una aptitud especial para su estudio. Por lo mismo, no la posee el hombre culto en general, ni puede constituirse en factor de unión entre los hombres, como lo son, y poderosamente, la música, la literatura y la historia. La filología aísla a sus cultivadores encerrándolos en una respetable soledad de especialistas. Se sabe que existen como categoría, pero ni ellos piensan en romper el cerco de su encantado aislamiento, de su enrarecido ambiente, ni el público les exige tanto como que lo rompan. Las personas inteligentes de todos los rangos no podrían detenerse a considerar la posibilidad de poseer los elementos que dan la experiencia actuante y la idea precisa de lo que es la filología. La sienten como una ocupación que no va con ellos.

Mas cuando decimos *historia de la filología* parece como que cambien las cosas. Se ve entonces al especialista romper su círculo cerrado, hermético, y tratar, como historiador, de que su materia sea objeto de una cultura que interese a todos. Si bien no es necesario que se enseñe en una escuela con miras a conseguir especialistas, la filología parece que merezca, al menos, ser conocida en sus líneas esenciales, por aquello del *homo sum, nihil a me alienum puto*. Historia de la filología significa: 1) dar agilidad y viveza (quitándole su rigidez) a la especialización de esta particular disciplina, para insertarla en la corriente de los fenómenos históricos, que, como tal, interesa a todo hombre culto; 2) hacer transparente al pensamiento lo que significa el multisecular trabajo de la filología, de

modo que los profanos puedan comprender su función histórica cognoscitiva, como obra del pensamiento, de seriedad intelectual, a la que se han dedicado determinados hombres. El filólogo especialista, el profesor, el estudioso de filología y de historia, si se le invita a dar una conferencia a un público heterogéneo y culto acerca del desarrollo de la filología a través de los siglos, deberá procurar ante todo ver con claridad él mismo en qué consiste el tema, la disciplina que ha de presentar —cosa en la que, de no ofrecérsele esta ocasión, tal vez nunca habría pensado—, y esto lo tendrá que hacer para conseguir que su exposición sea coherente y para que la disciplina correspondiente aparezca digna de tomarse en serio, intelectualmente, a los ojos de los demás. Y reconocerá después que él mismo tiene ya una noción más nítida de su materia, por haberse visto obligado a hacer entender a los demás su naturaleza y características, a darle un sentido cívico, vinculando el valor de la filología al de las disciplinas fraternas en la unidad de la mente humana, dentro del orden del saber, indicando las relaciones conceptuales que hay entre ella y las otras formas de la cultura. La exposición histórica dará, sí, al filólogo una visión abstracta de la obra, mostrándosela por separado de su propio quehacer, pero, en compensación, le revelará también su significado, la idea misma de filología, igual que le sucede a quien, al levantar la cabeza y apartar los ojos del trabajo que realiza para mirar en torno suyo, se le manifiestan con claridad su propia situación y los perfiles de las cosas que le rodean.

Si el conocimiento pleno, íntegro, de un objeto exige como características la determinación y la precisión *filológicas*, ¿cómo podrá equivaler nunca el estudio filológico a un cierre de horizontes y no, más bien, a su ampliación y potenciación? Cuando Leopardi, en su juventud, se ocupó de cuestiones filológicas no tuvo, por cierto, la liberalidad ni ejerció la sugestión —entre los lectores— no digamos ya de su alada poesía, de su vigorosa fantasía creadora, sino que ni siquiera la de la cristalina prosa de sus *Obritas morales*. ¡Y, sin embargo, no han faltado quienes lamenten que Leopardi no prosiguiera sus estudios filológicos para dejarnos algo digno de él! A nosotros nos parece que fue, por el contrario, una suerte para la posteridad y para la poesía que el recanatense no se consumiera en minuciosas indagaciones sobre los textos, que le habrían secado la vena de la inspiración en vez de mejorar su gusto literario y facilitar su creación poética. Porque el puro cometido filológico no puede suscitar aquel interés hondo, cordial, con que la poesía (lo mismo que la música) apela fuertemente a los recursos del sentimiento, llama a

las puertas del hombre entero. Leopardi crea, con su lírica, un orden contemplativo y vital más atrayente, cargado y tonificante, para sí y para los demás, que su labor filológica. Su valía como poeta es, pues, mayor que sus méritos como filólogo. También aquí se da una escala de valores. Sólo puede considerarse como efecto de la deformación que suele traer consigo la especialización el que el filólogo puro, el erudito, lamente que Leopardi dejara la filología para dedicarse a la poesía. Otra cosa son, es cierto, aquellas reflexiones filológicas que Leopardi hace de vez en cuando en el *Zibaldone*, fruto espontáneo de su experiencia y de la observación del atento lector de textos, que se expansiona y esparce en verdadera prosa y desahogo literario con interesantes pensamientos y agudísimos juicios.

Cuando el filólogo posee un espíritu robusto, capaz de animar su labor de especialista, de ser una revelación, una vocación, de hacer un beneficio evidente, de renovar los métodos, a la manera de un Boeckh, de un Hermann, un Lachmann, un Aristófanes, un Poliziano, entonces toda la fuerza de su pensamiento se transmite y converge sobre su particular aptitud. Pero si su inteligencia es mediocre, si no cuenta con el apoyo de una vasta cultura y una moral exigente, entonces corre el peligro de incurrir en el especialismo «micrológico», en el filologismo. Con ello, se olvida la finalidad a la que ha de supeditarse esta clase de trabajo, se patentiza en su cultivador la ausencia de intereses humanos. El estudioso se encierra en su reducido campo durante toda la vida. Su actividad se convierte en una ocupación burocrática, sin alientos, sin fe, sin ideal. Tal es la filología pura de los transcriptores de códices, de los editores de texto inéditos, de los indagadores de fuentes, de los gramáticos: nada más.

Si tal actitud llega a dominar —con frecuencia por culpa de la Universidad— en la enseñanza secundaria, menoscábase la finalidad de ésta, porque se pierde de vista lo que a los jóvenes se les debe: el procurar la elevación, el enriquecimiento de su espíritu mediante la *lectura y la explicación de los autores*. La enseñanza se hace entonces corruptora, traidora a sus propios fines, pues, aburriendo, consigue que se odie a los escritores y a los poetas, así como la historia, la cultura, la ciencia y la verdad en general; cosas todas a las que aspiraría quien se ve obligado a mantenerse lejos de ellas. Con su no salir de las observaciones gramaticales, de los resúmenes, noticias y demás erudición retórica o histórica, hace odiosos a los poetas. Giovanni Gentile había advertido esta degeneración de los filólogos y observaba que para muchos de ellos «todo el mundo viene a resumirse» en la resolución de determinada cuestión cronológica, de algún problema gramatical y sintáctico. «Con lo que

tan importantes cuestiones se convierten en el problema mismo del ser, pues a tales filólogos no se les ocurre (al menos entonces, y quizá nunca) que haya un problema del ser que diga mejor con el pensamiento humano, el problema del porqué de la vida, del porqué de tantas fatigas, problema en el que su minúsculo problemita ("zumbido de una abeja dentro de colmena vacía") se halla incluido. Entonces, aquel Dios al que habían vuelto las espaldas desdeñosamente como a algo ajeno a su interés, superior a sus fuerzas, acaba por recuperar el homenaje de su pensamiento y de su fe, pero en la desmedrada, mezquina y ridícula forma de un problema gramatical», filológico, proporcionado a su moralidad y a su sensibilidad (G. Gentile, *Educazione e scuola laica,* Vallecchi, 1921, p. 95). El culto de tales filólogos tiene por objeto la cuestioncilla, que les oprime miserablemente; su religión acaba allí. Y no sostengo con esto que la cuestión concreta, erudita o gramatical, no deba resolverse o carezca de importancia. Al contrario. Sino que el mal está en detenerse en ella, en estancarse allí, en no ver que esa cuestión es sólo un vestigio de la verdad, vestigio que señala hacia una meta ulterior.

El juicio de Wagner y el contradictorio de Benedetto Croce

Es ésta la degeneración extrema de la erudición biográfica, gramatical y estilística, filológica en suma, que domina en ciertas épocas y en los ánimos conformistas. Una irónica burla contra tal tendencia a degenerar de los altos ideales inicialmente concebidos y perseguidos por la cultura clásica leémosla en la carta que Wagner, iniciado cuando joven en el fervor filológico de la cultura griega, escribió a Nietzsche en 1872 (a los 59 años), haciendo una antítesis profunda entre el *reino de las Musas* que se jactaban de promover ciertos filólogos y la real y «entristecedora miseria de la ciencia filológica». Era la venganza del autor de *Tristán e Isolda,* desengañado de sus juveniles entusiasmos clásicos e irritado contra la infecunda pedantería de las citas y de las notas y de «todo ese monstruoso aparato erudito», que denunciaba, en la casta de los filólogos clásicos, una actitud de lo más ajena al «espíritu de la Antigüedad» y al reino de las Musas.

Esta forma degenerante de la filología, que teníamos que señalar para lograr la verdadera comprensión de la que consiste en una integración superior, expresada históricamente por sus más nota-

bles cultivadores, fue acusada también por Benedetto Croce cuando les negó a los filólogos, basándose en ciertas manifestaciones suyas, aquella *cualidad de hombres* que sí poseen, en cambio, en la conversación con los demás hombres, y juzgó que sus actividades eran *disparatadas o indiferentes* con respecto a la verdadera inteligencia de la literatura y de la poesía. (*Letture di poeti*, p. 258.)

Pero en Croce se encuentran muchas expresiones diversas, y podríamos decir que contradictorias, de su concepto de la filología. Expresiones que corresponden en parte a diversos planos o situaciones (fenomenológicas) de la actividad filológica, y en parte, a su distinto humor según los casos, a sus fobias o simpatías más o menos humanas o filosóficas. Croce, como filósofo, debería haberse cuidado con mayor solicitud de hacer las oportunas distinciones para quitar hasta la apariencia de ese contradecirse, para aclarar su pensamiento al respecto y disponer mejor aquella fenomenología, que intentaremos exponer aquí habida cuenta de sus contradictorias afirmaciones.

He aquí cómo se pronunció Croce, en varias épocas y ocasiones, acerca de la filología:

En la *Teoría e historia de la historiografía* (1916) considera, en la p. 23, «a los pobres eruditos, archiveros y arqueólogos» *unos animalillos inocuos y beneficiosos*, como lo son los sapos para la agricultura. En la misma obra, en la p. 269, se chancea sin rebozo de «la pedantesca cara seria» de los filólogos alemanes, asegurando que en Alemania «cualquier mezquino copista de textos, coleccionador de variantes, escrutador de dependencias entre textos y conjeturador del texto genuino se erigió en hombre de ciencia y en crítico, y osó mirar con aire de superioridad y desprecio, como a *antimetódicos*, a los Schelling, Hegel, Herder o Schlegel» (asimismo, decimos nosotros, cualquier oscuro erudito se atrevía, a fines del siglo pasado, a despreciar, por algún pequeño error de fechas o por cosa así, a Francesco De Sanctis).

En cambio, en *El concepto moderno de la historia* (1947) afirma la reciprocidad entre el problema filológico y el filosófico, porque «la mente filosófica, aun cuando se le ponga delante toda la masa de los hechos descubiertos, compuestos y ordenados por los filólogos, y aunque acepte de ellos, para sus fines y con la debida gratitud, una parte grande o pequeña y la verifique por su propia cuenta, nunca se da por satisfecha con ella, porque el curso mismo de su investigación le impone el hacerse de por sí *filológica* al irle proponiendo nuevos problemas de *filología*». Y en el lado opuesto el filólogo, al realizar sus indagaciones, debe saber «ya de algunos pro-

blemas historiográficos que, por vagamente que sea, le guíen en su elección de los datos y hechos que haya de sacar a luz; y, en cualquier caso, se deja llevar más o menos conscientemente de su *interés* por esta o por aquella clase de investigación filológica, más por una y menos por otra». Así pues, también el filólogo viene a tener discernimiento filosófico. Como a la inversa, «la mentalidad filosófica» *se hace ella misma filológica.* Por lo tanto, las dos funciones, la filosófica y la filológica son recíprocas e interdependientes. También el filólogo es iluminado por un pensamiento mientras es y debe ser hombre entero; y, por otra parte, el filósofo, haciéndose *filólogo,* o sea, mentalidad filológica, apetece una cualidad y una fuerza que le son ajenas pero de las que es capaz, de las que necesita y que le robustecen para el desempeño de su oficio de historiador puntual y de filósofo concreto (y no, a la antigua, metafísico). La filología es aquí, por consiguiente, una *forma mentis* distinta de la filosofía en cuanto tal y, a la vez, de la erudición en cuanto tal, que es amorfa, desperdigada, indefinida conceptualmente e inorgánica. La filología es verdadera e indispensablemente necesaria para formar la síntesis a priori de *filosofía* y *filología* o, si se prefiere así, de la *filosofía* con la *historia (documentada);* y esta exigencia fue Vico el primero que la formuló.

De manera más decidida aún afirmó Croce, en *Quaderni della Critica,* nov. de 1950, la importancia de la filología, admitiendo que su *crítica literaria* «ha crecido a la par de su diligencia filológica».

Si la crítica literaria es filosofía (como sostiene el mismo Croce), la filosofía, decimos nosotros, crece también, por lo tanto, en virtud de la filología, que la nutre y condiciona; esto es, de la investigación visual y precisa sobre los textos, de aquella diligente pesquisa en pro de la exactitud documental, que va siendo un alimento de la inteligencia distinto de sí misma y que le es necesario para vivir y para desarrollarse vitalmente según su propia razón de ser. Mediante esa certeza de los documentos y esa concreción de la búsqueda textual, la inteligencia se va educando, promoviendo e intensificando de un modo sugestivo y eficaz.

Hay que advertir, con todo, que Croce habla bien de la filología cuando ésta se halla constituida manifiestamente por una experiencia personal presente y viva, como en el caso citado. Mas también puede hablar mal de ella, con irónica agudeza, si su experiencia fue, durante algún tiempo, fin en sí misma, como «filogismo» o afán erudito, y después, desde un punto de vista más amplio, ha comprendido que era insuficiente (cfr. *Contributo alla critica di sé stesso,* p. 39), cual costumbre positivista, mero complacerse en

los hechos desnudos, sin una directriz del pensamiento adecuada. Revierte, pues, en alabanza a su actitud actual el ingenioso reproche a su antigua actitud superada.

Pero en los *Quaderni della Critica*, nov. de 1949, pp. 96-97, hizo Croce la extraña afirmación de que «tomada la filología en su sentido peculiar, no puede dar lugar a una síntesis con la filosofía, porque el suyo es un *trabajo de carácter práctico*, a saber, orientado como a su fin propio a recoger los materiales útiles para la investigación histórica y a cuidarse de ellos».

Por consiguiente, ¡ya no hay una síntesis a priori de filosofía y filología, como había proclamado Vico y como dos años antes y un año después (cuando escribió que «la crítica literaria había *crecido* en él *a la par* de su diligencia filológica») repetía el mismo Croce! ¿Qué había sucedido para hacerle cambiar así de opinión? Añádase que hasta en 1916, en la *Critica* de julio de aquel año, que fue de los más fecundos de su madurez de pensador (tenía ya 50 años), escribía (hoy se lee en el Apéndice III de *Teoría e historia de la historiografía*, obra publicada precisamente en 1916) que «un gran avance de la cultura filosófica tendría que producir también este efecto: que todos los estudiosos de las cosas humanas, o sea, los literatos, los economistas, los juristas, los moralistas», etc., al tomar contacto y conciencia de la filosofía, del pensamiento, y asimilárselo, convirtiéndose con ello en filósofos conscientes, *harían desaparecer la filosofía de entre las especificaciones o encarnaciones del saber.* Sería ésta una señal de la alta cultura a que habrían llegado todos los especialistas en las cosas humanas, familiarizados ya con el pensamiento y, por ende, profundos conocedores de su disciplina, que es inseparable del pensamiento y se nutre de su mismo ejercicio inmanente.

Echase de ver, por cierto, que en la citada ejemplificación de las diversas clases de estudiosos faltan *los filólogos*. Podría considerárseles, o bien comprendidos entre *los literatos*, o bien omitidos por inocente negligencia, dado que la enumeración no es de carácter taxativo sino ejemplificativa. Mas también cabría ver en esta omisión un síntoma de la inquina y el desprecio que por aquel tiempo había concebido ya Croce para con los filólogos, a los que no estimaba entre los *estudiosos de las cosas humanas*, sino que los relegaba a las ocupaciones propias de un oficio servil.

Al hablar, en las frases antes citadas, del «material útil para la investigación histórica», entiende sin más que la investigación histórica, o sea, la exposición y la comprensión históricas, puede llevarlas a cabo el historiador, no el filólogo. Aquí es donde

el filólogo debería rebelarse y demostrar lo contrario, a saber, que posee en sí virtualmente la capacidad necesaria para convertirse en historiador, basándose en el presupuesto de sus previas fatigas filológicas y como normal e inevitable paso desde éstas a la ulterior operación del entendimiento. Croce separa, en cambio, tajantemente la filología de la historiografía y de la filosofía. Al filólogo le relega a las filas de los que hacen una labor meramente práctica, mecánica. ¡Resulta incomprensible cómo semejante oficio o técnica o aptitud pueda satisfacer en su humanidad al filólogo si también él es hombre entero! Se sabe, por lo demás, que cuando Croce no acierta a explicarse una actividad humana la arroja al perol de las actividades prácticas. Con gran indignación de los científicos (físicos, matemáticos y naturalistas) logró meter en su sistema la ciencia positiva y exacta, la que al presente ha llegado a fotografiar la cara posterior de la luna y pronto nos permitirá alcanzarla, la ciencia por la cual aumenta la civilización, aunque sea *citra sanguinis effusionem.*

Sigue diciendo Croce en aquella página que «todas las operaciones filológicas se orientan al fin de recoger materiales, desde las que hicieron beneméritos a los humanistas descubridores de códices hasta las otras del enmendar los textos y del aportar eruditos y exactos testimonios». En seguida pensamos en Poggio Bracciolini, en Coluccio Salutati, en Nicolas Clemanges, etc., quienes, al descubrir un códice, prorrumpían en gritos de alborozo y se lo comunicaban a los amigos. ¿Podemos concebir siquiera que su actividad fuese meramente práctica como la de un copista o la de una mecanógrafa? Y Carducci, al referirse a los humanistas del Cuatrocientos, que andaban en incesante busca de códices, se conmueve y escribe una de sus más bellas páginas líricas, viendo cómo de aquellos códices «salían la palabra y la libertad». (*Prosse,* pp. 357-359.)

Claro que el filólogo puede detenerse en esta fase de su descubrimiento, o en la de describir el códice o restaurarlo o enmendarlo, pero aun esta última operación supone una complicada serie de otras operaciones complementarias, menores, sí, pero para cuya realización se requieren memoria, fantasía, raciocinio, conocimientos históricos y buen gusto. En momentos ulteriores, que podrán correr a cargo del mismo filólogo o de otras personas, vienen ya el comentario, el juicio, la exposición histórica o estética del documento descubierto o estudiado. Pero el auténtico filólogo es más bien aquél que, además de ser capaz de realizar la restauración, las enmiendas y la fijación del texto, cuenta en su haber mental con todo lo que hace falta para proceder a dar el juicio histórico y estético de la obra por él estudiada filológicamente, sin tener que recurrir

a *pedirles prestadas* a los filósofos o a los historiadores las ideas que necesite para defender y justificar sus puntos de vista críticos, llegando hasta la plena comprensión del texto, que es de su competencia. Quien comienza a examinarlo y a *constituirlo*, como suele decirse, para fijarlo definitivamente, debe seguir adelante hasta su total intelección y hasta el juicio histórico, según sucede por lo común si el filólogo no es *dimidiatus vir*.

Sin embargo, prosiguiendo su página, habla Croce del *elemento sensitivo* o *intuitivo*, que en la síntesis histórica se junta con la *categoría hermenéutica*. Esta sería la capacidad (filosófica) para interpretar, o sea, el *a priori*, mientras que el elemento sensitivo sería el *sujeto*, que recibe la calificación del *predicado* (categoría). El sujeto es «el alma humana con la experiencia que trae consigo y por la que ha sido formada: alma o documento vivo o conciencia (la realidad histórica desconocida aún) que ha de *ser autoconciencia*».

¿Cuál es, pues, la función de la filología? La *meramente instrumental de servir de estímulo al recuerdo*, nos responde Croce. Cometido u oficio que no funciona (y, por ende, la filología *queda*, según él, *sin efecto, ineficaz* y *aislada*, o sea, incapaz de convertirse en historia o en exposición pensante) «en aquellos casos en que el recuerdo no se despierta». (No se entiende bien si en el filólogo mismo o en su vecino el historiador, que espera del filólogo los materiales convenientes.) Mas ¿no es la filología, según Vico, la conciencia de lo cierto? Nos preguntamos: ¿Quién tiene esta conciencia? ¿El filólogo (en cuyo caso no es éste un inconsciente, un hombre meramente práctico), o el historiador? Y si el historiador, ¿cómo se las arregla para tenerla? Al parecer, la toma en préstamo del filólogo, que es quien le ha preparado el material. ¿Se lograría así la *síntesis de lo sensible y lo inteligible*, uniendo la obra de dos personas distintas: el cuerpo y el alma? El primero lo haría el filólogo, la segunda el filósofo. ¡Absurdo!

En este libro hablamos con frecuencia de la representación sensible, de la visión representativa, de la forma visual en que consiste la percepción filológica; de ahí que nos sea imposible negar esta propiedad o aptitud que el filólogo nos ofrece, nos proporciona de suyo, nos capacita para tener; y no a otra cosa equivaldría el convertirlo en mero instrumento de una tarea digna de esclavos, como es la de ir pasándole los materiales ya dispuestos al historiador, ufano éste de su propia categoría y señor de la inteligencia... El filólogo nos enriquece deparándonos el primer grado, los elementos básicos del saber. Pero también él mismo puede seguir adelante por la vía del conocimiento.

Croce saca, contrariamente, la conclusión de que, en el rigor de los términos, «no puede concebirse ni una historia de la filología, o sea, de la conciencia de lo cierto, que se sostenga de por sí, ni tampoco una historia, que por sí se sostenga, de la filosofía en abstracto». La única real es la síntesis de ambas. Es decir: el documento informado por el pensamiento y el pensamiento que va en busca del documento. Ahora bien, al documento lo ha calificado él de *vivo*. ¡Diríase que el filólogo lo sintiera como algo *muerto* y que, una vez pasado a manos del historiador adquiriese el documento la vida como por arte de birlibirloque, porque ante él encendiese el historiador la lámpara del pensamiento para iluminarlo y hacer que se cumpliese así la síntesis histórica; esto es, la exposición de la verdad cierta! Sino que Croce, después de haber dicho que sólo es real la síntesis de ambas, de la historia y de la filosofía, elimina del misterioso y prodigioso connubio, como a un molesto tercero, a la filología, porque ella no participa ni del documento vivo ni de la potencia hermenéutica: excluye precisamente al filólogo y, con todo disimulo, le pone en la puerta de un modo delicado, a fin de que los únicos dos personajes dignos —la historia y la filosofía— celebren a solas sus nupcias. ¡De qué manera tan diferente trata el asunto Marciano Capella, haciendo intervenir en honor de la diosa virgen *Filología*, puesta junto a Júpiter en el cielo, a toda una corte de siervas, entre ellas a la historia y a la filosofía, y dándole a Mercurio por esposo y a Júpiter por padrino del matrimonio! La Filología del rétor africano revela a los hombres divinas enseñanzas y tiene el poder del Verbo de Dios, puesto que es la Palabra.

Pero Croce ha de explicar qué es lo que quiere decir filología *instrumental* y a santo de qué no le consiente al filólogo elevarse por cima de este nivel tan distinto del que le asigna Marciano Capella. Y como para acariciarle, después de haberle tratado de deficiente y de esclavo (igual que los que hicieron las pirámides), añade que a esta operación *instrumental* «se la suele despreciar equivocadamente como a algo extrínseco, siendo así que la filología responde en esta forma a su concepto propio» de artesanal ocupación.

Encontrándose frente a una obra de pensamiento que es la que le sugirió tales observaciones, Croce hubo de reconocer el «trabajo con que la filología, en algunos de sus cultivadores, trató de elevarse y definirse como historia», sin resultar después ni carne ni pescado o, como dice Croce, «sin conservar su carácter diverso y práctico ni resolverse a la plenitud de la historia». ¿Cómo debería haberse comportado? ¿Hablando de otras cosas? ¡Lo que ocurre es que Croce confunde tres objetos distintos: la filología, la historia

de la filología y la historia del concepto de filología! Y le resulta cómodo confundirlos. *(Quaderni della Critica,* nov. 1949.)

Después de haberse pronunciado en otro sitio contra la *pedantesca cara seria* de los filólogos alemanes (en 1916) reivindica aquí (en 1949), como mérito del cuidado y *diligencia* de aquéllos, a la *historia específica* de la filología, que «entre ellos ha producido abundancia de buenos trabajos especializados». Después de haberlos insultado, los considera como a unos vecinos amables porque carecen de pretensiones: como a útiles idiotas; o como a criadas que hacen la limpieza del estudio y lo ponen en orden.

Quedaría por preguntarle a Croce si la aptitud humillante que atribuye al pobre filólogo instrumental se la adjudicaría sin más a un Boeckh, a un K. O. Müller, a un Bentley, a un Fraccaroli, a un Romagnoli o a un Pascoli, que fueron indudablemente filólogos, pero a la vez hombres de no mediocres inteligencia y valor moral.

Lo malo es que los filólogos no osan responder a este insulto con el que se niega al filólogo el uso de la inteligencia en sus operaciones y, juntamente, el impulso a convertirse en historiador, a comprender la poesía y la cultura. Por su parte, Croce no demuestra tener intención de redimir a la filología de su connatural esclavitud. Algo así como los paganos Platón y Aristóteles negaban al esclavo la dignidad y la capacidad del hombre libre como ajenas a su naturaleza y le condenaban al trabajo manual o instrumental para siempre como a individuo y como a clase. Sabido es que tal capacidad y dignidad les fue luego en cambio reconocida por Séneca, filósofo bastante más modesto que aquellos dos luminares, y también por el cristianismo. El mal estriba en que, a menudo, el filólogo descuida o desprecia las ideas cuando las halla a su paso en las obras que lee, y, en cambio, cita a Croce dogmáticamente como a filósofo supremo para él o al que teme, mientras que Croce trata al filólogo como al *asinum portantem mysteria.*

De la crítica textual a la comprensión del texto

La verdad es que la filología lleva consigo virtualmente la vocación interpretativa —a la que le es esencial el pensar— además de la aptitud para la crítica textual, que también se hace a base de pensamiento, de otra especie de pensamiento, no de aquella *faena práctica* a la que Benedetto Croce arroja, como a un cajón de materias heterogéneas o al cubo de la basura *(quisquiliae, quisquiliarum)* todo cuanto no es permeable al pensamiento o le parece a él indiges-

to. Y la filología, por lo que se ve, se le atravesó en el estómago. Hermann y Jahn, discípulo éste de Lachmann y especialista en música, reconocieron abiertamente la intrínseca necesidad del paso de la *emendatio* y del aparato crítico a la interpretación u *officium interpretis*. El filólogo se reserva para sí una ulterior disposición o actitud mental o la encuentra ya preparada y la siente implícita en su misma aptitud o al realizar la operación de la crítica textual. De hecho, no se comprende cómo pueda sentir ajeno a sí aquel *estímulo al recuerdo* que él proporcionaría a los demás sin suscitarlo en sí mismo, sin sugerírselo a sí propio como un comienzo de interpretación. Para recoger y seleccionar sus materiales ha tenido que poner en juego, no obstante, cierta inteligencia en modo alguno extraña a la interpretación literaria y a la reconstrucción histórica. Sostener lo contrario equivaldría a decir que el poeta, una vez escritos sus versos inspiradamente, no es ya capaz de volver sobre ellos con la reflexión y la autocrítica para corregirlos, mejorarlos, limarlos, cambiarlos. Para cualquier modificación tendrá que tener nuevamente una especie de inspiración unida a la meditación crítica. Y estos dos elementos no pueden distinguirse de un modo tajante. «Para el mismo aparato crítico es importantísimo y necesario el oficio del intérprete», escribía Jahn en 1843. Si el filólogo ha de descubrir las corrupciones de la tradición manuscrita o reconocerla como genuina debe comprender su contenido y hacer referencia a la mentalidad, a los hábitos, al *usus scribendi* del autor, etc.

La búsqueda de la lección correcta del texto se convierte así, sin más, por necesidad intrínseca y espontáneo impulso, gracias al pensamiento filológico que se busca a sí mismo, en comentario hermenéutico. Es la crítica textual la que provoca y exige la interpretación cuando, de pensamiento implícito, debe o quiere convertirse en pensamiento explícito.

Depende del potencial del crítico o filólogo. En cuanto lector u hombre cabal y corriente, puede él sentir la necesidad de reunir en sí las diversas finalidades que un texto sugiere (filología pura, interpretación histórica, filosófica o estética). La exigencia de un lector atento e inteligente se va articulando, de hecho, en grados sucesivos y cada vez más complejos, así como se van haciendo más complicadas las exigencias cuando volvemos al cabo de un tiempo sobre un texto que ya habíamos leído y tratamos ahora de comprenderlo mejor. A algunos les basta con tener el documento delante, en su misma genuinidad; a otros les es suficiente con leerlo de corrida e irlo gustando; compláceles más a otros el informarse de cuanto atañe a los adjuntos históricos que enmarcan el texto;

quiere otro remontarse a averiguar su tradición manuscrita, y hay, en fin, quien se siente con la capacidad y el interés necesarios para llegar hasta el juicio estético, hasta la síntesis histórico-literaria. De manera que la interpretación (una de las dos partes que la filología germánica del siglo pasado distinguió pero emparejó siempre con la crítica textual) no les está reservada únicamente al historiador y al filósofo, sino que puede llevarla a cabo también el filólogo, si tiene aptitud para ello o siente su exigencia. Dependerá del vigor de su espíritu. Su calidad de especialista no implica que el filólogo se haya de detener necesariamente en un punto determinado o en la primera etapa. Puede muy bien proceder a ulteriores operaciones. Más propio sería preguntar: ¿Este avance lo hace como filólogo, o como crítico, historiador o filósofo? Claro que la pregunta es ociosa. Quien, sin dejar de ser filólogo puro, se salga de su campo, podrá responder bromeando que es porque siente inflamársele en su interior e iluminársele una segunda alma; pero que él es siempre él, igual a sí mismo: *aliusque et idem.* O sea, que lo que en el grado anterior era forma puede pasar a ser, en un grado subsiguiente, materia de una forma ulterior. La reconstrucción cognoscitiva requiere ciertamente, repetimos, intuición y sensibilidad adecuadas a la altura de la inspiración o del contenido del autor (entender un canto de Dante, una tragedia de Shakespeare, un diálogo de Platón, una página del Evangelio en su significado más profundo, tal que puede y debe despertar el interés de cualquier hombre). Pero, para sentar la hipótesis de que en el texto se ha de hacer una corrección o una variación es preciso ante todo entender el texto y conocer toda la historia de su tradición manuscrita. Prueba de ello son las series de agudas reflexiones que los filólogos suelen poner al comienzo de sus ediciones de los textos clásicos o del género que sean.

¿Por qué se siente la necesidad de leer directamente un texto? Porque sólo así se suscitan en nosotros aquellas genuinas impresiones, en virtud de las cuales y únicamente a base de ellas, se puede hacer una valoración auténtica y personal del autor del documento. ¿Sería posible, por ejemplo, dar un juicio de la fuerza moral de Tito Livio, de sus valores como historiador, de la eficacia de su estilo (tres distintas cualidades que confluyen en él y se reflejan íntegras y conjuntamente en su prosa), si en vez de leerle directamente en el texto latino nos sirviésemos de una traducción? Cierto es que así no podríamos comprender aquel juicio que de él dio Alejandro Manzoni en su discurso sobre los longobardos antepuesto a su drama *Adelchi:* «Aquel paduano que todo lo decía maravillosamente».

Sin duda alguna, el juicio de Manzoni se fundaba en la experiencia y en la impresión propias, en la lectura directa del texto de Livio, que él estaba preparado (histórica, lingüística, filológica y estéticamente) para comprender del todo. La cultura histórica, la sensibilidad estética y el sentido moral de Manzoni moviéronle a formular aquel juicio sobre Tito Livio; además, su conocimiento del derecho romano y de la historia de Roma y el conocimiento directo de toda la obra de Livio que ha llegado hasta nosotros, de sus treinta y cinco libros, contribuían ciertamente a hacérselo pronunciar *ex informata conscientia.* Así, el «todo lo decía maravillosamente» no tiene un significado puramente retórico y estilístico, ni en la intención o en el pensamiento de Manzoni ni por el objeto al que se refiere (la prosa de Livio); sino que la experiencia *filológica* de Manzoni, su lectura de Livio, es el factor determinante de aquel juicio, pues tal experiencia implica y presupone, abarca y compendia, todos los aspectos de la personalidad de Livio, los cuales vienen a ordenarse y a simplificarse como *valores* (históricos, lógicos, estéticos y éticos) en sus palabras textuales, expresión infinita de todo el ánimo que le movió a escribir. Esta es la manifestación integral de la filología *(a parte legentis).*

La filología como erudición y como sensibilidad

Este integral, íntimo y concreto interés filológico no se conquista, evidentemente, con las veinticuatro disciplinas que postula Wolf como siervas auxiliares de la filología, ni tampoco con todo el armamento proporcionado por cualquier voluminosa «introducción a la filología clásica», pertrechada de la más completa erudición enciclopédica, cual es la editada en Milán por Marzorati, debida a las fatigas de muchos doctos profesores especializados que, uniendo sus fuerzas en ese volumen, han creído ofrecer todos los elementos culturales necesarios para la instrucción (y para la formación), en un próximo futuro, de una generación de perfectos filólogos.

A nuestro parecer, su esperanza y su empeño son ilusorios. Ante el referido volumen, y al leer los elogios que le ha prodigado por ejemplo el profesor Amatucci (en el periódico *Idea,* 2 de nov. de 1953), se nos ha ocurrido más bien preguntarnos con insistencia: Pero, ¿en qué consiste esta filología, que a muchos, incluso inteligentes, se les hace indigesta y repugnante, que es especialización técnica y medio seguro de escalar grados académicos para algunos que, menos cultos ciertamente y menos *philologoi* (en el sentido plató-

nico e isocrateo, esto es, menos amantes de la conversación instructiva y espiritual) que muchos profesionales (abogados, jueces, médicos, etc.), llegan por crianza a la Universidad, donde atormentan a los más de ellos y forman a alguno destinado al mismo cometido; o que es, más bien, instrumento y a la vez materia de educación intelectual y moral y placer intensificador y difusor de vida, según otros? ¿Es una disciplina puramente universitaria o hay también barruntos y despuntes de ella en las demás escuelas? ¿Es estudio fatigoso y meticuloso, es aplicación rutinaria a un oficio, o proporciona el placer que se experimenta gustando del arte y de la ciencia, los cuales nutren *d'emblée* el entendimiento y elevan el ánimo? Y, si es disciplina universitaria, ¿lo es porque sólo en la Universidad se puede y debe o se suele enseñar la crítica textual (las hipótesis motivadas por las variantes dantescas o lucrecianas o sáficas), no teniéndose el valor de realizar tan minucioso trabajo en el Liceo; o porque implica una tensión intelectual y una madurez superiores a las que se exigen a los jóvenes en la enseñanza secundaria? Respecto a esta enseñanza, la superior deberá significar, pues, un avance en el empeño mental, una experiencia más refinada y vigorizante, que prepare a los futuros docentes, que en los Institutos habrán de ser maestros de latín y griego, para educar en la contemplación de un mundo de belleza y de pensamiento y de heroica nobleza moral, muy distante del empirismo de cada día y de la utilidad práctica inmediata. ¿No es éste (y con perdón) el cometido principal, la noble meta de los estudios clásicos?

¿Es, en suma, esta dichosa filología expresión de un estudio especializado del que el hombre culto corriente se siente ajeno, sin envidiar a los que a él se dedican y sin echarlo de menos, o es, más bien, una actitud ampliamente humanística, es decir, de carácter general y desinteresado, como toda forma de cultura literaria y artística y que, como tal, todo hombre completo y que no sea indiferente a ningún elevado saber humano, la juzga cosa propia de sí y provechosa, suscitando esto su interés por ella como lo suscita todo lo que es digno del hombre, por lo cual el hombre lo desea hacer suyo y quiere apropiárselo? ¿Es la filología placer estimulante o fatiga mortificadora? Y si tiene ambos sentidos, ¿cómo se emplea entonces con tanta ligereza el vocablo *filología*, sin ningún discernimiento, sin advertir el peligro equívoco que anida en toda palabra anfibológica?

Y el equívoco perdura a lo largo del discurso de Amatucci, quien se engaña evidentemente pensando que estarán bien preparados para su tarea, esto es, como él dice con solemnidad, que serán aptos

para proveer de cultura a las jóvenes generaciones, para hacerlas «comprender las civilizaciones modernas y prepararlas para los nuevos ideales», aquellos profesores de latín y griego que cuenten con toda la erudición contenida en tales manuales de «*Introducción a la filología clásica*» (y de otros conocimientos que les serían menester para su «perfección» ideal). ¡Vana esperanza, errónea opinión! La erudición, por grande y peregrina que sea, no introduce de suyo en la comprensión, en el gustar de los poetas y demás escritores clásicos, ni de ningún otro escritor o poeta moderno. La mucha erudición no aumenta, de suyo, el vigor del espíritu, no suministra ni la elocuencia, ni el gusto, ni el amor que incitan a explicar los autores (y no otras cosas son las que se requieren precisamente para enseñar en los Institutos o en las mismas cátedras universitarias las literaturas griega y latina); la erudición no establece de por sí el vínculo entre el pasado y el presente; no justifica ni promueve mi interés por la remota Antigüedad, por los hombres que vivieron y escribieron entonces y representan aún a aquellos tiempos en los libros que se han conservado y que son sus exponentes. A éstos, a los escritores y poetas, hay que explicarlos; o sea, hay que interpretarlos, hacerles hablar elevándonos nosotros a sus pensamientos y sentimientos, los cuales al mismo tiempo nos harán entendernos a nosotros en ellos y harán que les entendamos a ellos en nosotros. Naturalmente, para conseguir esto es preciso haber superado todo estorbo preliminar de gramática y sintaxis e inerte erudición y fijarse ya lo más posible en su puro lenguaje, en su rostro vivo. Pero lo que suele suceder, por el contrario, es que durante todos los años que se estudia latín y griego en la enseñanza secundaria no se supera el referido estorbo.

Y así, la filología, tal como de ordinario se la entiende, aleja de aquella meta de la comprensión y del gustar de los autores, convirtiéndose en un elemento corrosivo y debilitante, fomentador de la tendencia y la aptitud a observar lo pequeño en lo grande más bien que lo grande en lo pequeño. Porque su labor de reflexión y análisis no se aplica, como debiera, a descubrir los valores creadores, poéticos, sino que, mediante un proceso de congelación que tiene su origen en una ingénita incapacidad para la contemplación fervorosa, se aferra al gusto de la palabra por la palabra, de la regla retórica o de la noticia erudita como fin en sí mismas.

De aquí dimana el especialismo, la afición sistemática a un *ars* particular, a una *tekhne*, fenómeno que supone, ya sólo él de por sí escaso interés integral del espíritu humano por el espíritu humano. Es una forma de impía profanación, de corrupción o traición por

parte del filólogo «micrologista», ya con respecto al autor que trate de comprender, ya con respecto a sus alumnos si es docente y educador: es una mengua del sentido de la *humanitas*, que encuentra la expresión de su verdadero ser en la poesía y en el lenguaje en general. Fuera del campo de la *humanitas*, de la intelección del lenguaje y del gusto por su viveza y matices precisos, la mentalidad del profesor y del estudiante tienden a encogerse, a aislarse, se van atrofiando y encerrando en sí mismas. Deja de existir entonces para el lector un mundo total del autor, ese microcosmos perceptible hasta en el más simple pasaje poético: un mundo moral que entender y al que trasladarse; no surge el problema o la necesidad de comprenderlo para intensificar la experiencia de uno mismo y enriquecer el propio caudal de emociones.

Se tiende, en cambio, a poner como ideal supremo el de «una ciencia de la Antigüedad», con la rígida y cerrada objetividad de sus medios auxiliares (¡sin que se llege a comprender nunca dónde está su núcleo esencial!); se mantiene la idea fija de una construcción fantástica, mítica, a la que aportan su contribución miles de laboriosos y pacienzudos operarios, sin que se sepa jamás cuándo la gran fábrica, en su fatídico escalar el cielo de la *Wissenschaft*, quedará al fin terminada, ni quién la coronará o será en ella coronado y mitrado. Trátase de una máquina o construcción cuya única imagen adecuada sería la de una inmensa, monstruosamente grande biblioteca que contuviese absolutamente todos los libros que se han escrito acerca de la Antigüedad, o del Medievo, o del siglo XVIII, y de los que el bibliotecario no sería capaz de decirnos más que las signaturas, los títulos y el color de las cubiertas, el año y el lugar de las ediciones. Esta ciencia de la Antigüedad nadie podrá poseerla toda. Y, por otro lado, no se sabe para qué serviría. Si se descarta la idea de que a los antiguos o, en general, a los ingenios del pasado se les estudia para entender mejor a los modernos, es decir, para comprendernos mejor a nosotros mismos, si se pierde la noción de que el estudio de los clásicos es como una *toma de objetividad* para nuestro espíritu, un apoyo que necesitamos para comprender históricamente nuestro ser y nuestro devenir, ¿cómo se va a educar a las nuevas generaciones «para los nuevos ideales» mediante el latín y el griego, si éstos son incapaces de suscitar emoción e interés? ¿Qué introducción a la filología conseguirá eliminar el aborrecimiento que circula por las venas de quienes han de sufrir tan cargante ejercicio? Toda introducción debe introducir a algo cuyo contenido sea superior al de esa misma introducción. Y ese «algo» ¿quién nos lo explicará y nos lo hará gustar? Conocer absolutamente

todo cuanto a la Antigüedad atañe es imposible y absurdo, aparte de que sería una monstruosidad inútil. *La Antigüedad se nos desploma como un cadáver,* diría Trezza.

Juicios de Séneca, Schiller, Ortega, Mann, Isócrates y otras mentes sobre la filología

El pasar de la lengua a la literatura, de la gramática a la literatura integral y al conocimiento emotivo de los escritores es un impulso espontáneo, inmanente e invencible de la verdadera conciencia filológica, de una conciencia que no esté dimidiada o desmasculinizada como la del *purus philologus* o la del *Brotgelehrte.* Este no se conmueve ante el verbo poético, es incapaz de sentir nada, lleva sólo y siempre el agua a su molino, lo enfoca todo desde su punto de vista, que es el de la mera información: *delabitur* por fuerza *in grammaticum,* resbala y cae inevitablemente en la gramática, según lo vio Séneca con su poderoso entendimiento. Y, por ende, no trata de comprender el espíritu del autor, no capta con ávido y memorioso interés por lo concreto el aleteo de la inspiración que le movió a escribir, a legar a los hombres del futuro sus propias ideas confiándolas a la escritura, necesaria educadora de la certeza espiritual.

Filólogo cabal y genuino lo fue ciertamente aquel Aristófanes de Bizancio que, según lo refiere Vitruvio en el comienzo del libro VI *De architectura,* por su diligente afición a leer cada día, y con orden, diversos libros, pudo descubrir el plagio cometido por un individuo al que otros seis jueces compañeros de nuestro filólogo y el público que le escuchaba y el mismo rey de Alejandría querían premiar como a eminente poeta. No es, en cambio, verdadero filólogo, filólogo humano, aquel universitario ilustre que a la pregunta de dónde se hallaba el juicio, citado por él en una conferencia, de Nietzsche sobre Horacio, no supo responder, porque no había sentido la necesidad de verificar la cita ajena, copiada por él, ni de ir a leer su contexto, cosa que le habría llevado, de pensamiento en pensamiento, de experiencia en experiencia, de observación en observación, provocándole filológicamente e inspirándole en un sentido humanístico, a enriquecerse en su interior leyendo también a Nietzsche, como era su deber y habría tenido que hacerlo por vocación íntima. Ni es filólogo quien, por ejemplo, no sintiéndose solicitado en su ánimo a enterarse del contenido de las *Reflexiones sobre el buen gusto* escritas por Muratori, se lanza a decir, sin haber leído una sola línea

de ellas (por carecer de esa curiosidad humana, filológica cuya primera expresión es la necesidad de ver por sí mismo de qué se compone una obra y cómo se explica su autor, para decidir *metódicamente cómo enjuiciarlos),* se aventura —repito— a decir o a escribir que esas *Reflexiones* de Muratori versan sobre estética, llamándole a engaño la palabra *gusto* (¡cuando en verdad de lo que tratan es de la enciclopedia del saber, de los vínculos que unen a las distintas disciplinas morales!). El auténtico filólogo es todo lo contrario del que habla o escribe «de oídas»: él nada dice a tontas y a locas, nada que no pueda reducirse a precisión textual y mental, de las que es ávidamente solícito. Sin embargo, me consta que la referida sandez la dijeron nada menos que dos sucesores del mismo Muratori en el oficio, que fue suyo, de diligentísimo filólogo de la historia, en las dos bibliotecas donde trabajó y se fatigó con noble empeño: la Ambrosiana y la de Este.

El verdadero filólogo no es el que se limita a «reunir y conservar los materiales» al modo del oficial de biblioteca, que va poniendo los libros en los estantes y los conoce no más que por el lomo y las cubiertas, sin leer ni uno, por lo que a menudo ni siquiera sabe dar los informes que le pidan sobre la existencia de determinadas obras y ediciones.

Este tipo del filólogo que se dedica a «recoger, conservar y limpiar los materiales», realizando «una labor mecánica» y moviéndose en el ámbito de una «ciencia natural» es de lo más adecuado para que Croce disfrute rebajándolo al poner su actividad en parangón con la superior actividad y con la dignidad del historiador-filósofo. Semejante filólogo no puede suscitar, ciertamente, más interés que el que suscita el especialista en alguna técnica, buen «conocedor de lo que trae entre manos». Ha existido, sí, y existe, y existirá, y siempre tuvo y tiene fortuna. Schiller y Schelling le conocieron ya y le llamaron *Brotgelehrter.* Y le describieron con tino. También le ha caracterizado Ortega y Gasset. Y nosotros mismos le conocemos. Carece de psicología y celo didácticos, de fervor de espíritu, de conocimientos complementarios en el terreno de la literatura universal, de impulsos elevados que se inspiren en la gozosa lectura de los príncipes del pensamiento y de la poesía; no tiene gratitud para ninguno, no se interesa en los problemas de la política y de la religión, no le importa que otros ofendan a la justicia o a la moral: como nada de esto lo considera de su competencia, no se inquieta por ello. A él no le incumbe lo que se salga de los límites de su oficio. Cualquier profundización de su cultura le parece ociosa y le azora. Y la diferencia entre este *philologus* y el verdadero filólogo

y literato, lector atento e intérprete sensible, está, como dijimos antes, en que el primero sólo ve en lo grande lo pequeño y lo adapta a su propia imagen o lo deforma, mientras que, para el segundo, aun *lo pequeño adquiere grandeza,* proporcionadamente a la finalidad a la que sirve. La filología del *Brotgelehrte* gira entre dos polos: o es material o es formalista; es decir, o versa sobre menudas noticias sin ningún contenido, sin meta ulterior, o sobre la observación retórica y gramatical. La verdadera filología es *formal y esencial,* porque mira a vigorizar el espíritu con el contacto de las grandes almas, recogiendo íntegras sus sugerentes palabras. Las grandes figuras de todas las épocas lo son por su dimensión moral, que refulge en las palabras que pronunciaron y se nos han transmitido: Platón, Virgilio, Lucrecio, Goethe, Petrarca... ¿Nos compensa cualquier disquisición erudita del daño de la árida frigidez por ella introducida en los cánticos que aquellos espíritus entonaban para que nos entusiasmásemos?

Al mero filólogo que hace muecas de simio contra Minerva, que lava los frascos sin saborear el vino que contenían, hemos de impedirle a toda costa que penetre en nosotros, como decía De Sanctis del *hombre* de Guicciardini.

La enseñanza secundaria debe procurar *sorprender al alumno en el punto clave de la formación* (como hubo de decir R. Longhi, hablando de la educación artística y contra la erudición que a su lado la sofoca, erudición proporcionada por una enciclopedia de la respectiva especialidad universitaria, recomendada por cualquiera —en *Paragone,* enero de 1951—); debe dar el mayor vigor posible a su conciencia intelectual, artística y moral.

Por el contrario, si bajamos el tono de la enseñanza y quitamos a ésta su finalidad moral, obtendremos unos graduados como aquellos titulados por algunos Institutos de los que habló Gallietti *(Bollettino P. I.,* abril de 1951). Después de él no ha habido ningún otro que fuese capaz o tan digno como para decir la verdad, que es lo único que nos hace libres.

En cambio, hay universitarios, incluso responsables y católicos (los cuales precisamente, por definición, deberían procurar la universalidad del saber) que, no creyendo en la virtud redentora de la cultura verdadera y humana, se engañan pensando que *a la cima sólo se llega* por la senda de la especialización. ¡Ingenua y falsa ilusión! Los mayores filólogos, los que dieron al traste con toda suerte de tesis indebidamente admitidas, de opiniones convencionales y errores históricos, fueron siempre los que más amplios intereses tuvieron. Fueron, inclusive, políticos en un sentido lato, por

su visión completa de la vida, por su honda experiencia de las exigencias de su tiempo, por su afirmación de los valores vivos y actuales de la existencia. Pensemos en Niebuhr, pensemos en Fustel de Coulanges. Fueron filólogos e intérpretes de los documentos, intérpretes de la historia y del derecho, grandes historiadores, revolucionarios, editores de las fuentes literarias y jurídicas, epigrafistas y especialistas en numismática. Todo lo contrario de especialistas en el menguado sentido de que se enquistasen en la costra de una técnica concreta, sino que, más bien, su gran sensibilidad de espíritu y su afán de estudiosos les alentaban y reforzaban en su especialización, de manera que ésta desembocaba en poderosas síntesis reveladoras y densas de interés para todos los hombres. Por eso tuvieron cargos políticos.

Al parecer, es en el idioma alemán en el que se ha conservado más tenazmente que en ninguna otra lengua europea (en las que ha prevalecido el significado técnico alejandrino de la palabra *philologia*) su originario sentido isocrateo. En Isócrates, el término φιλολογία aparece estrechamente unido al de εὐτραπελία formando un solo concepto que significa el conjunto de cualidades espirituales y literarias que contribuyen «a la educación de la inteligencia parlante» (πρός τὴν τῶν λόγων παιδείαν), mientras que otras dos palabras expresan conjuntamente lo contrario, cuales son las de μιχρολογία y ἀδολεχία , o sea, «la vana locuacidad de quien se entretiene en fútiles argumentos». Encuéntrase esto en los párrafos 189, 262 y 296 de la *Antídosis*, la oración más importante inmediatamente después del *Panegírico*. Ahora bien, la misma eficacia, el mismo significado los encontramos en un pasaje de la obra *Doktor Faustus* de Thomas Mann, donde el *altphilologisches Interesse* expresa explícitamente la sensibilidad para la belleza y, a la vez, para la dignidad racional del hombre, y la pasión por las lenguas antiguas designa la aptitud para respetar los sentimientos humanos y también la educación didáctica, educativa. El fervor filológico, la jocunda complacencia del leer en sus textos el latín y el griego *(freudige Tüchigkeit im Philologischen)* aparece tan lejana del *esprit de géometrie*, propio de quien se dedica a las ciencias de la naturaleza, como de los inarticulados sones de la música, menos segura, menos concreta y sólidamente educativa. La pasión por las lenguas y las literaturas antiguas se resuelve, según Thomas Mann, en pasión de humanidad («humaniora»), constituyendo la idea misma de la educación *(Erziehung)*. La educación literaria tiene esto de propio y excelente, que despierta todas juntas las energías latentes (las mejores, ya se comprende) y les da una tensión vivificante *(aufried und spannte)*.

No es posible hacer mejor elogio de la cultura clásica que éste (tanto más significativo cuanto que es espontáneo y procede de un novelista, quien lo hace de paso, no *ex profeso* ni interesadamente como podría hacerlo un profesor de literatura). Pero, ¿quién procura tal disposición en los jóvenes? No ciertamente el erudito, ni el gramático, ni el filólogo puro, sino más bien aquella misma filología que, según Niebuhr, *sanea el alma* y es «superior al nivel de las investigaciones eruditas». Esta filología tiene todos los atributos necesarios para que ni al estudioso ni al docente haya de tachárseles de *Brotgelehrte*. Es aquella cultura clásica que defendieron Pascoli, Fraccaroli y Romagnoli, solícitos de la verdadera educación de la juventud italiana. Es la filología y la cultura clásica que brillaron en un Vincenzo Gioberti como la virtud del verbo creador contra la enseñanza retórica de los jesuitas; es la filología de que hablaron tan noblemente Trezza y Gabelli.

Propiedades y afinidades de la filología

Si el alumno no entiende al autor en el momento mismo de la explicación, de la lección, la enseñanza sé hace inútil y el profesor sobra. Quiere decir que la inteligencia del alumno no está a la altura de aquellos textos, que no ha sido hecho para tales enseñanzas y que, por ello, es incapaz de atender. Puede entonces estudiar por sí solo o entender sin ayuda de nadie, utilizando algunos de los muchos libros que hay para prepararse a responder en cualquier examen. No necesita de fervores didácticos, de la precisión filológica de las explicaciones. Por lo demás, tal es la medida, hoy día, de la segunda enseñanza, tal su carácter crítico y doloroso. Ni exigen más las familias, que sólo se preocupan de la nota, del diploma, del título. Más probable es que sean el campesino o el obrero quienes pregunten aún a su chico: «¿Te ha explicado bien las cosas la maestra?».

De modo que, en conclusión, los rasgos propios de la filología, que es inseparable del espíritu humanístico y del paso que éste implica a ulteriores exigencias, son los siguientes:

1) Requiere y atestigua, suscita y mantiene el *esprit de finesse;*
2) necesita el apoyo de una forma sensible y representativa, esto es, surge y se realiza en presencia de la certeza textual;
3) educa el sentido positivo de lo concreto, evitando las generalizaciones, la superficialidad, el *dilettantismo* del que habla de oídas o por boca de ganso y, a la vez, evita igualmente la pura espe-

cialización, que tiene un no sé qué de incivil y de mentalmente trunco, pues no siente la necesidad de una ulterior integración de su ser y de su saber. Tal sentido filológico puede adquirirse, y aun alienta por fuerza en cualquier entendimiento que se mantenga abierto, vigilante y exigente y no esté deformado;

4) el sentido filológico es condición necesaria e impulso para la precisa evocación y percepción de un hecho, de una idea que eduquen la mente y la habitúen a gustar el placer que produce el ir aumentando nuestro propio patrimonio espiritual.

Los filósofos y los historiadores pueden expresar ideas y hechos carentes de forma representativa visible, o sea, sin tener que contar con un texto al que sujetarse y con el que confrontar y alimentar la cultura y los conocimientos personales. No se halla en este caso el filólogo, quien siente la necesidad de apoyarse en formas literarias visibles para entender con precisión un pensamiento y conservar tal cual el vestigio y el recuerdo.

Así, pues, la filología, en su significado originario de aptitud para recibir y exigir la imprescindible literalidad del saber, está en el centro mismo de la formación cultural, es el medio en que la inteligencia se forma. Constituye sus raíces la lectura de textos, especialmente en la enseñanza secundaria, cuando todavía no se han manifestado con claridad las aptitudes específicas y las tendencias profesionales de los jóvenes, cuando sus mentes, en la vida común y con los comunes intereses, están abiertas a todos los campos del saber: la lectura en los jóvenes de los quince a los diecinueve años, durante el período decisivo y más delicado de su apertura mental. Su orientación tendrá consecuencias para toda la vida.

La filología se relaciona conceptualmente con la erudición, que es genérica y lo abarca todo sin límites determinados, sin figura precisa; con la *historia*, que sin la filología no puede cumplir su tarea, pero que no se reduce a filología; con el *humanismo* que es el espíritu animador de la filología, en la que echa él, a su vez, sus raíces; con el *sentido estético*, porque sin la precisión textual la belleza ni se percibe, ni se gusta, ni se transmite, ni puede permanecer entre nosotros.

1

La filología helenística

Una vez discutido y definido el concepto de filología y después de haber mostrado sus aspectos fenomenológicos en la esencial bipolaridad de su significado (un sentido peyorativo y otro verdadero), determinada asimismo su importancia histórica, según un viejo principio lógico es menester dar ahora la división de su objeto, o sea, indicar las fases de su desarrollo histórico: tras la definición, la división (de un concepto).

La división más elemental de la filología es la que se corresponde sin más con la de la historia (civil): antigua, medieval y moderna.

La antigua se puede subdividir en filología alejandrina (o helenística), filología de Pérgamo y filología romana.

En la medieval, sin dividirla en formas sucesivas o progresivas, se pueden distinguir estas expresiones: conservación de los textos antiguos a través de la lucha pro y contra la cultura clásica en Italia y en Irlanda; renacimiento carolingio; filología bizantina; amor escolástico a los textos. En términos rigurosos, no es filología verdadera y propiamente dicha.

En la moderna se distinguen: el humanismo o la filología italiana; la filología (erudita) francesa; la filología (crítica) anglohollandesa; la filología (romántica o neohumanística) alemana; la filología (positivista) de la segunda mitad del siglo XIX; y la filología de nuestro siglo.

Pero se puede hacer otra división teniendo en cuenta el campo de la filología, el territorio lingüístico y étnico de que se ocupa. Y entonces tenemos filología clásica, filología románica, filología eslava, germánica, semítica, indoeuropea, etc.

Esta división ha prevalecido desde el siglo XIX hasta hoy a causa del inmenso desarrollo de los estudios lingüísticos y etnográficos.

Es imposible, en rigor, hacer remontar los comienzos de la filología hasta la edad clásica ateniense, ni siquiera viendo en ésta una época de preparación, para poder honrar así a la filología con los nombres de Protágoras, Isócrates, Platón y Aristóteles. Los tiempos áureos de la especialización erudita fueron los del helenismo, después y de resultas del prodigioso trabajo de la enciclopedia aristotélica (y de toda la gran literatura precedente, desde Homero hasta la época de Pericles), para cuya realización iniciaron especiales investigaciones varios discípulos del Estagirita según las aptitudes de cada uno (Teodectes sobre la retórica, Eudemo sobre la ética, Teofrastro sobre la botánica, Menón sobre medicina, Dicearco sobre geografía, Aristoxeno sobre teoría de la música). La cultura griega vino a tener su centro principal en Alejandría, en un ambiente nuevo que no era ya el del Atica.

Durante el período ático, de Protágoras a Aristóteles, los estudios lingüísticos, literarios, retóricos y estéticos fueron, si bien se consideran, de naturaleza filosófica, pues se hacían a base de distinciones teoréticas y con miras a afirmar una verdad y no a obtener clasificaciones cómodas, empíricamente comprobables y útiles en la práctica. El gramático o el filólogo puede creer, sí, que con sus clasificaciones, esquemas y distinciones mnemónicas contempla o posee una verdad intelectual adecuada a su entendimiento; pero, en realidad, trabaja con vistas a establecer un depósito de enseñanzas transmisibles a la posteridad, a fijar la certeza positiva de los datos lingüísticos. El que Protágoras distinga los tres géneros del nombre y halle diferencias en los verbos según expresen peticiones o mandatos, preguntas o respuestas (y ya tenemos al gramático dividiendo las proposiciones en imperativas, interrogativas, optativas, etc.); el que Pródicos de Ceos (el autor de la famosa fábula de Hércules en la encrucijada entre el vicio y la virtud, que tradujo Leopardi) distinga los sinónimos; el que Platón se plantee en el *Cratilo* el problema de si los nombres se imponen a las cosas según su naturaleza (es decir, por una relación necesaria entre el sonido articulado y el significado o concepto) o si, más bien, se les imponen por decisión o convenio entre los que hablan (hasta que el significado impuesto se difunde después y se enseña y transmite); el que Aristóteles escriba sobre la retórica o el arte del decir como doctrina afín a su poética —nuestra estética—: son todas manifestaciones de la reflexión filosófica o estética; no son encaminamientos hacia la filología propiamente dicha o inicios de ella, por más que impul-

saran o ayudaran en su trabajo a los primeros filólogos alejandrinos.

Dos nombres señalan sobre todo la época de transición de la edad ateniense a la edad alejandrina: Praxífanes y Demetrio Faléreo. Ambos fueron alumnos de Teofrasto, el sucesor de Aristóteles y el más culto de sus discípulos, que sabía desde botánica hasta estilística, pasando por la ética descriptiva. Estos doctos personajes son el símbolo del traslado de Grecia a Egipto, del transformarse de la cultura literaria y filosófica en erudición y en filología. Praxífanes es maestro de Calímaco, del típico sabio alejandrino, poeta y filólogo a la vez, redactor del primer catálogo de los escritores griegos, iniciativa importante para la historia de la literatura griega; y es también maestro de Eratóstenes, la mente más universal de la edad alejandrina. Demetrio Faléreo es, por su parte, quien sugiere, en 297 a. de J.C., al rey Tolomeo la fundación de la Biblioteca y el Museo de Alejandría. Pero fue además consejero del citado rey en cuestiones políticas y administrativas, después de haber gobernado personalmente Atenas durante diez años con gran aceptación. Escribió muchas obras (que no han llegado a nosotros) de historia, de política, de retórica, de literatura y de filosofía. Se ocupó también de la *Ilíada* y de la *Odisea*, y dejó un fragmento *Sobre la fortuna*, melancólica meditación acerca de lo mudable de las vicisitudes humanas en la que presagia el final del poderío macedónico.

Ciertamente, las tendencias de estos dos sabios de la escuela peripatética, que sirvieron de mediadores entre la cultura ateniense y la alejandrina, eran, más que filosóficas, literarias, y desde ellas era fácil el paso a la erudición filológica. Praxífanes había puesto en duda la autenticidad de los proemios a *Los trabajos y los días* de Hesíodo y, por otro lado, sin la biblioteca y el museo fundados por consejo de Demetrio Faléreo no habría tenido lugar el florecimiento de la filología en Alejandría. Una filología resulta inconcebible si no hay textos que consultar y estudiar. Sea como fuere, lo cierto es que se tuvo la sensación de que la literatura de tiempos pasados se había terminado ya y, por lo tanto, se la podía inventariar y enjuiciar. Tal convicción, junto con la conciencia de las nuevas exigencias sociales, culturales y artísticas, totalmente diferentes de las de la edad del clasicismo helénico, promovieron una creación poética de diversa inspiración y con otros incentivos, producida a menudo por los mismos doctos filólogos de Alejandría. Los nombres de Calímaco, Filetas, Asclepíades, Arato, Apolonio de Rodas, Herodes, Licofrón y Euforión atestiguan la nueva actividad poética, fruto del estudio y la erudición.

Pero la principal y más gloriosa expresión de la edad helenís-

tica fueron las ciencias: la matemática, la física, la historia natural, la medicina. Los nombres de Euclides, de Arquitas de Tarento, de Arquímedes (uno de los mayores matemáticos de todos los tiempos), de Aristarco de Samos (precursor de Copérnico), de Estratón de Lámpsaco, de Hiparco de Nicea, de Conón de Samos, Apolonio de Pérgamo, Tolomeo, Erófilo (padre de la anatomía), Erasístrato... son los de grandes personalidades científicas, pero que hoy aparecen desdibujadas en la lejanía del tiempo, porque sus obras se han perdido; y, en realidad, serían dignas de no menor consideración que Copérnico, Leonardo, Galileo, Kepler o Newton. Ya Leibniz observó cuán grandes fueron aquellos científicos de la época alejandrina, precursores de muchos descubrimientos que solemos atribuir a la Edad Moderna.

Mas, al llegar aquí, nos preguntaremos: ¿cuál es, pues, el valor de la civilización helenística, de la que la filología alejandrina forma parte? La civilización helenística, según el juicio de Droysen (1808-1884), que fue el primero en fijar su noción y en poner de relieve su importancia, significa no una decadencia, sino un desarrollo ulterior de la helenidad, es «la edad moderna del mundo pagano, de la Antigüedad», la edad que viene a poner término «como síntesis y crítica consciente» a su desenvolvimiento anterior. Según sostiene Droysen, no se debe reducir la historia griega a la de Atenas, ni tampoco el helenismo se limita a sola Alejandría. Pérgamo, Rodas, Antioquía, Efeso, Apamea son centros importantes de cultura que difunden la lengua, las ideas, la religión, el tráfico comercial, la cultura griega. Esta civilización helenística se hace cosmopolita gracias al vehículo de la lengua griega —el dialecto *común*— que convierte en ciudadanos del mundo a todos los que así hablan; aunque el científico, el poeta y el filólogo de la edad alejandrina son más bien cortesanos que hombres libres, independientes. Las tendencias filosóficas han bajado ya de nivel, porque al pensamiento le falta una inspiración profunda y el impulso de una vida políticamente libre. Los contrastes entre las ideas siguen dándose aún en Atenas, que forma parte también del mundo helenístico y de su civilización. Allí encontramos todavía las variedades del pensamiento filosófico que llevan los nombres de estoicismo, epicureísmo, escepticismo, academia nueva y eclecticismo; y en arte tenemos a un Filemón y a un Menandro, que prefieren quedarse en Atenas para componer sus comedias.

En este medio ambiente de innovación cultural y de una civilización nueva es Alejandría, entre todas las capitales de los Diadocos y de sus epígonos, la más rica, la más espléndida, la ciudad más

comercial del mundo helenístico. Concéntrase en ella la fuerza y la gloria de nuestra disciplina, que nace, en realidad, entre los muros alejandrinos; Pérgamo, Rodas, y Roma después, serán ya sólo su reflejo, su contraste o su prosecución.

Como hemos dicho, el rey Tolomeo fundó un museo (o templo de las Musas) y una gran biblioteca. En el museo había un jardín, una amplia sala para conversar *(exedra)* y un espacioso comedor. No se daba una enseñanza continuada y fija que equivaliera a las que se dan en nuestras universidades. Los maestros enseñaban conversando libremente (recordemos los diálogos platónicos). La biblioteca contenía alrededor de 490.000 volúmenes, y hubo que organizar otra, llamada del Serapeum por destinarse a tal fin un templo de este nombre, donde se conservaran 43.000 volúmenes más. Allí se reunieron, en mayor cantidad que nunca hasta entonces, los restos de la antigua literatura helénica. Dos siglos y medio más tarde, aquella inmensa colección de libros, que encerraba los tesoros de la sabiduría antigua en todas sus manifestaciones culturales, fue destruida por un incendio que acaeció el año 47 a. de J.C. durante la guerra de César contra el Egipto. Atestígualo una página de Séneca, quien, como filósofo moralista, negador de la importancia del acumular eruditos datos históricos si se compara con la sabiduría del recto vivir, no se inmuta ni entristece cual debiera si hubiese pensado que la pérdida de tantas obras filosóficas y científicas, no sólo literarias y eruditas, empobrecía aquel patrimonio de la humana inteligencia cuyo valor, progresivo y transmisible a lo largo de los siglos, reconoce él mismo en una sugerente página del *De brevitate vitae* (capítulos 12-14).

Los gramáticos, los doctos, los filólogos y eruditos más famosos de todo el mundo de entonces parecían haberse dado cita en Alejandría para dedicarse allí al estudio de los textos, en especial de los homéricos, para catalogar las obras, revisarlas, enmendarlas, comentarlas, proveerlas de sumarios y de apostillas o anotaciones *(escolios)*, de índices y de glosarios (indicaciones marginales sobre las variantes de las palabras), de tablas explicativas..., para añadirles cuestionarios y problemas o hasta biografías, más o menos difusas, de los autores, y para discutir sobre cuestiones gramaticales de todo género. El campo de las competencias de aquellos estudiosos abarcaba la gramática, la métrica, la historia, la retórica, la arqueología y las diversas ciencias. Tratábase, en suma, de una erudición enciclopédica. Ordenar, distribuir, catalogar, cotejar (o sea, confrontar las variantes de los textos) y comentar tantos materiales era una tarea inmensa. Su coronamiento era la edición de los escritores

antiguos, especialmente de los poetas. De tal acervo de erudición acumulada a manos llenas fue posible entresacar, en tratados especiales, la gramática, la prosodia, la métrica y otras disciplinas filológicas o auxiliares de la filología.

Pero, ante todo, se compuso un catálogo razonado, esto es, unas «tablas de los personajes más eminentes en cada ramo de la cultura, con la consignación de sus obras». Este catálogo ocupaba 120 libros. Autor del primer intento clasificatorio fue el poeta Calímaco, quien dividió a los escritores por categorías y los puso en orden alfabético. Este catálogo, con noticias biográficas y bibliográficas de todos los autores catalogados, según el género literario al que perteneciesen, fue la base de aquel *canon alejandrino* que constituyó el comienzo de la historia de la literatura griega y el principio de todo estudio sobre la misma, y determinó y favoreció además su conservación. Era una clasificación, por categorías, de los principales escritores griegos (llamados a causa de ella «canónicos», es decir, clásicos), y según los distintos géneros de composiciones que habían hecho, géneros o formas literarias cuyas nociones había definido Aristóteles: tragedia, épica, lírica, historia, oratoria, etc.

Para comodidad del lector, reproducimos aquí esquemáticamente el conjunto del canon alejandrino en lo referente a las letras:

Poetas épicos: Homero, Hesíodo.
Yámbicos: Simónides de Amorgos, Arquíloco, Hiponactes.
Trágicos: Esquilo, Sófocles, Eurípides, Ion, Acayo.
Cómicos (comedia antigua, media y nueva): Epicarmo, Cratino, Eupolis, Aristófanes, Ferécrates, Crates, Platón (antigua); Antífanes y Alexio (media); Menandro, Dífilo y Filemón (nueva).
Elegíacos: Calino, Mimnermo, Filetas, Calímaco.
Líricos: Alcmán, Alceo, Safo, Estesícoro, Píndaro, Baquílides, Ibico, Anacreonte, Simónides de Ceos.
Historiadores: Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Teopompo, Eforo, Helánico, Polibio.
Oradores: Demóstenes, Lisias, Hipérides, Isócrates, Esquines, Iseo, Antifón, Andócides.

El primer bibliotecario de la gran biblioteca de Alejandría fue Zenodoto de Efeso (340-265 a. de J.C.). Había sido discípulo del poeta y filólogo Filetas (o Filitas). En 280 asumió la responsabilidad de primer bibliotecario y reorganizador de la biblioteca y del museo alejandrinos. Hizo la primera edición crítica de los poemas homé-

ricos, el año 275, dividiéndolos en 24 libros cada uno e indicando los de la *Ilíada* con las letras mayúsculas y los de la *Odisea* con las minúsculas del alfabeto griego (como se sigue haciendo todavía hoy). Inventó el *obelo*, o sea, una señal consistente en una breve línea horizontal (—) para indicar, poniéndola al margen, los versos que consideraba espurios, es decir, no auténticos, no debidos a Homero. Posteriormente se vio que en sus rechazamientos no siempre fue razonable. Contra él reaccionará Aristarco, aunque tampoco siempre con justicia. Zenodoto indicó interpolaciones (o sea, arbitrarias añadiduras a los auténticos versos de Homero hechas por los copistas) y errores del texto homérico. Abrió así el camino para las futuras ediciones de Homero (y se ocupó también de Hesíodo, de Píndaro y de Anacreonte). Intuyó que los textos homéricos más fidedignos eran los más breves y los áticos, y no los egipcios.

Le sucedió en la dirección de la biblioteca, si no Calímaco, Apolonio de Rodas (del 265 al 245), más conocido por ser el autor de las *Argonáuticas*, poema épico de 5835 versos que ha llegado íntegro hasta nosotros y que originó una polémica literaria entre Apolonio y Calímaco. Este era contrario a la renovación del poema épico. Tenía razón. Pero el personaje de Medea, que aparece en el poema de Apolonio, inspiró a Catulo para su Ariadna y a Virgilio para su Dido, y es de gran finura y profundidad psicológicas, representación romántica de una historia amorosa desarrollada tan certeramente que basta por sí sola para hacer inmortal el nombre de su autor.

El tercer bibliotecario fue Eratóstenes (236-194), al que siguieron Aristófanes de Bizancio (que la dirigió del 195 al 180), y Aristarco. Discípulo de Aristarco fue Dionisio Tracio, el cual tuvo una escuela en Rodas y compuso la primera gramática en sentido técnico, obra que, lo mismo que para la geometría los *Elementos* de Euclides, sirvió de texto durante siglos. En la biblioteca de Alejandría sucedió a Aristarco su discípulo Apolodoro de Atenas.

Eratóstenes fue quizá la mente más rigurosamente enciclopédica entre todos los filósofos alejandrinos, el espíritu más polifacético del siglo III a. de J.C. Igual que Calímaco, fue acusado por los envidiosos de que se ocupaba de demasiadas clases de conocimientos. «Pentatlos» le llamaron, es decir, atleta ducho en los cinco géneros de la gimnástica, o sea, en todo; pero la envidia hizo que muchos le llamaran también «Beta», es decir, el segundo y no el primero en todas las ciencias a que se aplicó: filología, historia, filosofía, astronomía, matemática, geografía y cronología. Pero no cabe duda de que, al menos en estas dos últimas disciplinas fue grande su talla, ya

que él inició la geografía científica, acompañando de cartas geográficas sus descripciones de la tierra. En cronología fue el primero que calculó el cómputo exacto de las Olimpíadas. Fue también el primero en llamarse a sí mismo φιλόλογος, con lo cual quería decir que era «amante de los muchos aspectos de la cultura», y entendía probablemente por tal no reducirse a ser experto en los problemas metafísicos (ya definidos antes de él), al estudioso de los cuales se le denomina φιλόσοφος, sino también, y más especialmente, solícito de aquella variada cultura y erudición no común que él supo valorar en las cuestiones dimanantes del estudio de los antiguos escritores griegos. De él provino el significado que a la filología se le dio después, con un sentido más técnico y preciso, significado que prevalecería finalmente. Pero Eratóstenes cargaba el acento sobre el valor enciclopédico de su inmensa erudición, y así puso el ideal en comentar a los escritores antiguos desde todos los aspectos culturales, históricos y lingüísticos pertinentes. Se ocupó en especial de la comedia griega y de cuestiones mitológicas. Fue preceptor del futuro rey Tolomeo Filopátor. Escribió tres poemitas, de los que se han conservado escasos fragmentos. Fue contrario a la interpretación alegórica que los filólogos de tendencias estoicas de la escuela de Pérgamo solían hacer de Homero. Pero se opuso igualmente al realismo ingenuo de quienes creían poder describir con exactitud, por ejemplo, los viajes de Ulises por el mar. Negó la oculta sabiduría que era común atribuir a Homero, en lo cual fue un precursor de Vico. Φιλόλογος significa, pues, desde ahora, a partir de Eratóstenes, poseedor de unos conocimientos que capacitan para dar cuenta y razón de los textos literarios, base de toda cultura, explicándolos en todos sus aspectos. Mientras que hoy, para nosotros, filología quiere decir precisamente la actividad del que se aplica a los textos para corregirlos, rectificarlos, fijarlos (pertrechado, ya se entiende, con la necesaria cultura), en la edad alejandrina significa más bien la calidad del que tiene, y en cuanto que la tiene, aquella varia erudición pronta a desplegarse después, según haga falta, en la copia, en el establecimiento, en la comprensión, el comentario y la interpretación de un texto. Y como los textos son la síntesis del saber, los caracteres de virtualidad cultural o cultura potencial confiérenle al crítico e intérprete de los textos mismos (= φιλόλογος), durante la época alejandrina, una importancia superior a la que para nosotros tiene hoy el filólogo, que es más bien el profesional especializado en fijar los textos dentro de una rama de lo cognoscible. Con su inmensa cultura, el filólogo alejandrino puede considerarse más docto que el filósofo (algo así como lo que sería hoy con respecto a los filólogos

puros el «historiador»), mientras que el filósofo, o sea, el aplicado a lucubrar sobre las causas naturales, no parecía preocuparse tanto por poseer una amplia cultura humana y civil. Era, en el fondo, el mismo calificativo que Poliziano gustaba de atribuirse modesta e irónicamente, diciéndose apto, no para descubrir las misteriosas causas de lo real, sino para interpretar a los escritores especializados en todas las materias (a los filósofos, a los médicos, a los juristas...) incluso en los puntos más difíciles tanto por la forma como por el contenido, y para sentirse solidario con la cultura legada a través de los siglos.

A Eratóstenes le sucedió como bibliotecario Aristófanes de Bizancio, que tenía ya 62 años y ocupó aquel cargo del 195 al 180.

A Aristófanes (257-180) se le disputaron Eumenes, rey de Pérgamo, y Tolomeo, rey de Egipto, hasta que, adhiriéndose a este último, se trasladó él a Alejandría, donde fue discípulo de Calímaco y sucesor de Eratóstenes en la dirección de la Biblioteca. Hizo ediciones críticas de Homero, Alceo, Anacreonte, Píndaro, Platón, de los trágicos y, especialmente, de entre los cómicos editó a su gran homónimo, al autor de *Las nubes*, de *Las ranas* y de *Los caballeros*. Fue el primero en señalar gráficamente la división de las estrofas en las obras de los poetas líricos y en las partes líricas de las tragedias y las comedias, que antes se escribían sin separaciones. Continuó el catálogo de escritores griegos empezado por Calímaco. Se ocupó con certero criterio en cuestiones de mitología, léxico, ortografía y prosodia. Dio interesantes noticias históricas y biográficas de los escritores de que se ocupó. Pero, sobre todo, hizo una edición ejemplar de Homero. Los textos de los principales escritores adquirieron certeza gracias a él. E indicó la manera como había llegado a fijarlos. Ordenó los materiales de la gran Biblioteca de Alejandría, anotando al margen las dudas, las oscuridades, los errores textuales de la tradición manuscrita. Se le considera justamente el más grande filólogo de la época alejandrina, y tal vez de todos los tiempos, según los más recientes estudios, mientras que hace sólo cincuenta años se reputaba a Aristarco como el más ilustre filólogo de la Antigüedad.

Aristófanes indicó al margen las corruptelas, las oscuridades, los puntos dudosos de la tradición manuscrita, e indagó sobre métrica, lengua, contenido y fuentes. Fue el primero en juzgar con criterio criticoestético a los escritores del canon alejandrino. Estudió profundamente los clásicos griegos, con verdadero criterio filológico, transmitiéndoselos a la posteridad de tal modo que, gracias a sus cuidados, pudieron luego catalogarse, ordenarse y codificarse. Su

dominio de los textos, su asombrosa memoria con respecto a lo que contenían, nos los testimonia bastante el episodio referido por Vitruvio (época de Augusto) al comienzo del libro VII del *De architectura:* Como se dispusiera el rey Tolomeo de Egipto a otorgar el premio de un concurso al poeta que seis jueces habían declarado vencedor, en un momento determinado se levantó el bibliotecario Aristófanes y advirtió al rey que el presunto vencedor había copiado su composición de la de un autor precedente. El rey castigó al plagiario, y la reputación de Aristófanes aumentó entre los doctos y los filólogos. Se ve aquí un aspecto esencial, que suele ser poco notado, del instinto filológico y de la significación de la filología: el del vigilante atender a cuanto se lee, procurando grabar tenazmente en la memoria el contenido, que se imprime junto con su forma textual en virtud de una percepción concreta en la que entran todos los elementos del contenido y de la forma. Quien esté dotado de esta aptitud es, en verdad, «filólogo» en su interior, aunque no lo sea profesionalmente. En aquella ocasión se reveló Aristófanes ante todos como oportuno cortesano y a la vez como filólogo *interiore quadam virtute* en el susodicho sentido, amén de explícito y técnico escudriñador de los textos, con mucha doctrina, perspicacia y diligencia.

A Aristófanes de Bizancio le sucedió como bibliotecario Aristarco. La tradición asegura que éste tuvo 40 discípulos. Escribió, entre ediciones críticas, comentarios y diversas obras sobre determinadas cuestiones exegéticas o críticas, hasta 800 libros. Hizo dos ediciones de Homero, y era contrario a los «separatistas» (χωρίζοντες), atribuyendo él a un solo autor los dos poemas. Es la cumbre más alta a que llegó la crítica antigua sobre Homero, y trató de explicar a Homero basándose para ello en Homero mismo. Claro que, aislando así al poeta de la restante historia del *epos,* no da razón del desarrollo de la épica y hace surgir a Homero sin precedentes históricos ni poéticos, cuando lo cierto es que los descubrimientos (de Schliemann y de otros) realizados en el siglo XIX sobre las civilizaciones minoica y micénica han dado a conocer toda una cultura anterior a la de los tiempos de Homero y han aclarado multitud de cuestiones acerca de éste, de la cultura griega en general y del desarrollo de la poesía épica.

Aristarco es sinónimo de crítico severo, consecuente, inflexible, rígido, preciso y un poco maligno y difícil de contentar. Su fama a través de los tiempos fue mayor que la de Aristófanes, hasta que, en nuestro siglo, se ha puesto a éste en primer lugar. Estudió a fondo la lengua homérica, sin perderse en gratuitas conjeturas. Ex-

presó su sentido crítico mediante los llamados *escolios* o apuntamientos marginales. Los que puso al códice Venetus A De Villoison (1788), que inspiraron a Wolf sus *Prolegomena ad Homerum*, son famosos porque para ello pasó revista a todas las variantes de la tradición de los manuscritos homéricos, comentándola. Se atuvo al principio de explicar a Homero valiéndose de Homero mismo, sin recurrir a otras fuentes, informaciones ni comparaciones. Dio así por supuesta la unidad de origen de los diversos cantos homéricos, que era precisamente lo que se tenía que demostrar. Es decir, creía, sin admitir discusión al respecto, en la unidad u homogeneidad de los cantos de cada uno de los dos poemas, viéndolos como la obra de un solo autor.

Después de Aristarco, que junto con Aristófanes de Bizancio representa la culminación de la filología alejandrina y de toda la filología antigua, decae la actividad filológica en Alejandría. Sin duda alguna, hay que dejar bien sentado que los alejandrinos pusieron para siempre los estables fundamentos en que se apoya la auténtica, la verdadera y rigurosa filología. Es imposible pronunciar el vocablo *filología* sin pensar inmediatamente en la labor crítica y en la erudición de los sabios alejandrinos. Los cuales reconstituyeron el texto genuino de los clásicos griegos, ya sea con su búsqueda sistemática de los manuscritos, ya con sus observaciones tocantes al estilo y a la técnica poética, ya con sus muchas investigaciones relativas a los adjuntos históricos y al contenido mismo de los textos: crítica, exégesis y juicio. Pero, además de la tradición alejandrina de la *recensio* o clasificación de los códices *(stemma codicum)* según sus relaciones genealógicas, habrá también después la bizantina y la occidental (desde Irlanda hasta Carlomagno y hasta el Renacimiento).

Discípulo de Aristarco fue Dionisio Tracio. Elaboró éste la primera gramática o *arte gramatical*, entendida como «saber práctico de las formas más comunes de expresarse los escritores». Contenía la teoría de la acentuación, y enumeraba las letras y las sílabas, el nombre, el verbo, el pronombre, el artículo, la declinación y la conjugación. Distinguía así las partes principales de la actividad filológica: lectura, comentario, crítica del texto, historia de la lengua, etimología, analogía y juicio.

Antes de él, la gramática se hallaba implícita en el ejercicio y en la mente de los filólogos. Lo mismo que, en la práctica, la habían observado casi inconscientemente los escritores y todos cuantos hablaban. Aristarco, su maestro, había hecho ya varias distinciones entre gramática, prosodia, métrica, etc. Dionisio clasificó todas

estas distinciones y dio origen a aquella teoría o técnica que se llama *gramática* (γραμματική τέχνη), y de la cual la humanidad parece no poder prescindir en el aprendizaje de las diversas lenguas. En efecto, parece hoy día inconcebible una lengua que no tenga la correspondiente gramática por la que enseñársela a los muchachos. Sin embargo, si reflexionamos debidamente y pensamos en el derroche de tiempo y de fósforo en que se incurre de esta manera, con menoscabo para la lectura de los autores, medios insustituibles de formación y de los que surge, pues la tienen implícita, toda la doctrina gramatical, podemos preguntarnos si Dionisio Tracio, con su praxis o invención práctica, aportó un auténtico beneficio a la humanidad en cuanto al estudio de las lenguas y de las literaturas, ya que dio el impulso inicial a tan hipertrófico desarrollo de esa actividad mental sobre el vacío. Se nos ocurre pensar si es necesario para el entendimiento semejante saber sistemático y teórico de los abstractos elementos de la clasificación lingüística, es decir, de las reglas gramaticales y de sus inseparables excepciones; obra ésta, nò ya propia de una mentalidad filosófica, sino meramente cerebral y mecánica. Cabe preguntarse, en suma, si tal clasificación revela en su autor alguna superioridad de inteligencia equiparable, o poco menos, a las de Tales o Aristóteles (los dos extremos del desarrollo filosófico helénico). A nuestro entender, el afortunado impulso dado por Dionisio a la gramática responde a un hábito forzosamente restringido, poco vivo y estimulante de la inteligencia humana, fomentado por la connatural pereza del hombre para aprender nociones abstractas: el de atenerse a una cómoda clasificación, forma positivista del conocimiento que no estimula, pues tiene en sí misma su término, pero que resulta fácil. ¡Inclinación e ilusión inevitable de la mente perezosa, que quiere abarcar mucho en breve tiempo y con poca fatiga! De parecida manera se ofrecen las noticias en la denominada historia de la literatura, para ahorrar la fatiga tesonera y sustancial, deleitosa y tonificante, que supone el leer los textos mismos de los escritores, textos que son los únicos instrumentos insustituibles y verdaderamente fortalecedores. Quien aprende, en efecto, la propia lengua nativa, conversando y leyendo a los buenos autores, ninguna necesidad tiene de estudiar por separado la gramática, ni de leer el vocabulario, porque las reglas y las palabras las va aprendiendo de los labios maternos, del uso y de la conversación en sociedad, elevándose así poco a poco hasta el lenguaje más alto y poderoso de los grandes escritores, al cual se igualará mental y espiritualmente, sin las muletas de teorías gramaticales, sintácticas ni estilísticas, a fuerza de leer y de tratar con quienes la

vida le vaya poniendo delante o por elección suya o en virtud de razonables programas escolares y de la sabiduría del que le enseñe, y en proporción siempre a la capacidad de su inteligencia.

De Dionisio Tracio trae, pues, su origen la primera gramática de Occidente, que servirá de modelo a todas las gramáticas futuras. Más tarde llegarán a adoptarla hasta los armenios y los sirios para sus respectivas lenguas. En Roma fue aplicada a la lengua latina en tiempos de Tiberio. Puede decirse que todavía perduran los rasgos estructurales de aquella gramática, aunque modificados por la posterior ciencia lingüística o glotológica, especialmente en el siglo XIX, gracias a los profundos estudios realizados por Bopp, Pott y Grimm, quienes descubrieron la unidad de las lenguas indoeuropeas en el sánscrito de los «nobles padres arios». La gramática de Dionisio ha llegado hasta nosotros a través de una edición bizantina.

Indudablemente, para cuantos hagan consistir toda la fuerza de la inteligencia, tanto de la de ellos como la de sus hijos, en el discernimiento de las leyes generales de la gramática como inmanentes al discurso y análogas a las leyes que ordenan el universo astronómico o la naturaleza vegetal y animal, su clasificación por Dionisio Tracio tiene el valor de un hecho decisivo en la historia secular de la humanidad. Mas Dionisio no fue una inteligencia sublime parangonable a Aristóteles, Pitágoras y Arquímedes, ni siquiera a Aristófanes de Bizancio. Parecidamente, en la Edad Media y hasta en los tiempos modernos se creía que el silogismo aristotélico era un descubrimiento esencial de las leyes del pensamiento, y no se pensaba siquiera que las demás obras de Aristóteles, bastante más profundas (la ética, la metafísica, la psicología) podían entenderse y estudiarse sin conocer el silogismo, ni que todas las obras del pensamiento humano (científicas o artísticas) obedecen a una lógica intrínseca, que nada tiene que ver con el estudio del silogismo y de sus leyes, inútiles torturas del entendimiento. Se comprendió, en un momento dado, que la verdadera lógica se halla en la mente de todo hombre bien formado, y que se la va educando a través de los medios expresivos revelados implícitamente y aprendidos de un modo espontáneo por todo entendimiento sano y enérgico mediante el ejercicio del propio discurso y la percepción del ajeno. Cualquiera comprende, en efecto, que ninguna necesidad hay de saber la teoría de la digestión para digerir bien.

De todos modos, con Dionisio Tracio puede decirse que se agotó la escuela filológica alejandrina, así como con el inventario de la retórica y la poética aristotélicas cesaron las grandes personalidades creadoras de la literatura griega. No parece, pues, sino que la siste-

matización teórica rigurosa sea un freno para la creación, a no ser que haya de verse más bien en aquella misma el efecto o el síntoma de una crisis de la creación artística.

Concluyendo: de la gramática de Dionisio Tracio cabe decir que ha sido para la humanidad, para la cultura humana, lo que para la geometría los *Elementos* de Euclides.

Dionisio Tracio tuvo por alumno a Tiranión, a quien Lúculo llevó consigo a Roma en 77 a. de J.C. Por su medio vincúlase Grecia a Roma en cuanto respecta a la filología y a la gramática alejandrinas. Por lo demás, era inevitable que el pensamiento griego se reflejara también con este aspecto en Roma, que se dedicó a imitarlo, debido a la honda y perenne sugestión que todas las manifestaciones de Grecia ejercían sobre los romanos.

Escuela filológica de Pérgamo

Mientras los alejandrinos se dieron a la crítica textual, a las investigaciones cronológicas, a la erudición histórica, al estudio de Homero con los famosos escolios o notas (apostillas al texto, al pie o al margen), a la explicación de los términos, a la erudición mitológica, a distinguir diversos *géneros* y a distribuir según ellos a los poetas y demás escritores helénicos, surgió la escuela filológica de Pérgamo con otra orientación: se ocupó sobre todo de los problemas concernientes al contenido y demostró mayor amplitud de ideas, aunque también menos rigor en la erudición crítica. Se aplicaron los pergamenses, entre otras cosas, a la cuestión de la naturaleza del lenguaje, y en esto siguieron un criterio opuesto al adoptado por los alejandrinos.

Contra la norma de la *analogía* siguieron ellos el criterio de la *anomalía*, sosteniendo que la expresión humana, el discurso, no puede tener leyes fijas, por lo que el lenguaje se origina irregularmente, siendo el pensamiento por naturaleza variado, mudable e individual. Derivaba este criterio del pensamiento del estoico Crisipo (al que Varrón califica de «hombre agudísimo»), quien había escrito cuatro libros acerca de la anomalía, afirmando que la diferencia entre las declinaciones y las conjugaciones se basa en la mutabilidad que patentiza el uso lingüístico.

Otro rasgo distintivo de la escuela de Pérgamo consistía en que los pergamenses, como estoicos, interpretaban a los poetas teniendo en consideración el valor educativo de sus obras y, por ende, atendían más al contenido recóndito que a las palabras tomadas

por separado del contenido ideológico. Iniciaron así las interpretaciones alegóricas de la poesía. Fueron los primeros en atribuir a los versos homéricos un significado oculto o filosófico.

El más conspicuo representante de la escuela pergamense fue Crates de Malo (Cilicia), que vivió en la corte de Pérgamo y se reveló como furibundo adversario de Aristarco. Crates comentó e interpretó a Homero y a Hesíodo, basándose para ello en principios morales y místicos conformes al estoicismo. Quedan escasos fragmentos de su obra, por los que se trasluce que tenía alta opinión de sí mismo, tanto que no quería llamarse ni gramático ni filólogo, sino «crítico». Así como la palabra *filólogo* sirvió para designar en Grecia al hombre que poseía vasta cultura y podía, por lo mismo, comentar a los escritores en sus diversos aspectos y competencias, así también, para Crates, «crítico» significa un discernimiento intelectual de los textos superior al del gramático y al del filólogo erudito. El afirma realizar un trabajo no de obrero manual, sino de arquitecto. Comentó a Hesíodo, a Eurípides y a Aristófanes. Fijando también su atención en Homero, lo enjuició al modo de los estoicos, buscando en sus versos sentidos ocultos. Era, en germen, la tendencia platónica proveniente del *Cratilo,* donde se planteaba el problema de si los nombres significan algo por convención o es el significado intrínseco de las cosas lo que los vocablos expresan: si los nombres se originan de la naturaleza o del arbitrio.

Ordenó Crates la biblioteca de Pérgamo, haciendo una lista de los escritores, esto es, fijando según sus criterios un canon, relativo, en especial, a los oradores áticos.

La escuela de Pérgamo no concebía la gramática como un fin en sí, sino como una parte necesaria dentro de un sistema de dialéctica o lógica. Distinguían los pergamenses entre los sonidos inarticulados que emiten los animales y las voces humanas. Dividían los sonidos de la lengua griega en siete vocales y siete consonantes. Clasificaban los verbos en personales e impersonales, transitivos e intransitivos, y sus tiempos en presente, pasado y futuro. Estudiaban particularmente la etimología. La palabra se basaba, según ellos, en el principio de la onomatopeya, como producto natural, y hallaban que el sentido de las cosas significadas por el vocablo concordaba con el valor de sus sonidos. Zenón el estoico fue el primero que estudió las dicciones o *lexeis;* o sea, el sentido de cada palabra. El estoico Cleantes dice que la palabra poética es el mejor modo de ensalzar la dignidad divina. Es famoso su himno a Zeus. Pero el principal de los estoicos que se ocuparon en cuestiones de lengua fue Crisipo, quien dividió el discurso en cinco partes y fue el pri-

mero en idear la teoría de la *anomalía*. También Crates, la principal figura de la escuela de Pérgamo, fue anomalista y, por eso, acérrimo adversario de Aristarco, que, según hemos dicho, seguía el criterio de la analogía.

La filología en Rodas

En Rodas se formó una tercera escuela filológica a finales del siglo II a. de J.C., por obra de Dionisio Tracio, cuya gramática se nos ha conservado en una edición bizantina, y el último heredero de la cual, que nos la transmitió directamente, fue el gramático Prisciano, del siglo IV d. de J.C.

Pero la escuela de Rodas unió pronto su suerte a la de la filología romana, pues el mejor discípulo de Dionisio Tracio fue Tiranión, que pasó a Roma en el año 77 a. de J.C. Comentó a Homero y estudió a Aristóteles. Su hijo homónimo comentó a Aristóteles. También Posidonio, filósofo estoico, pasó a Roma, donde fue tratado por Pompeyo y por Cicerón. De Rodas era aquel Apolonio Rodio que enseñó elocuencia a Cicerón y a César. De Rodas y de la corriente estoica provenía Asclepíades de Mirlea, que dividió la crítica en «técnica», «histórica» y «gramatical», mientras que Tiranión el Viejo había distinguido, dentro del estudio filológico, entre: *lectura, crítica* del texto, *exégesis* y *enjuiciación*, que es la división que repetirá Varrón al distinguir entre: *lectio, emendatio, enarratio* y *iudicium*.

2

La filología en Roma

Un día, mientras se encontraba en Roma al frente de una embajada que allí había enviado el rey de Pérgamo, en el año 168 a. de J.C., entre la segunda y la tercera guerras púnicas, Crates de Malo resbaló en la boca de una cloaca y se rompió una pierna. De resultas del accidente, durante todo el tiempo de su legación hubo de convalecer y tuvo así ocasión de leer muchísimo a Homero y a otros escritores griegos, despertando con sus discursos y reflexiones, en los romanos que le visitaban, el gusto a la lectura y a los estudios filológicos. Según Suetonio, a él se debió precisamente la introducción del amor a la filología en Roma. Contribuyó asimismo a organizar bibliotecas en la ciudad del Lacio. Por su influjo dominó primero entre los eruditos romanos el criterio de la anomalía junto con las enseñanzas pergamenses sobre el lenguaje y sobre los escritores, hasta que la influencia alejandrina vino a temperarlas y a neutralizarlas.

Llegó después a Roma Tiranión, llevado por Lúculo, quien le había hecho prisionero en la guerra contra Mitrídates. Tiranión se hizo amigo de Atico y de Cicerón. Discípulo de Dionisio Tracio, introdujo en Roma el estudio gramatical según el método alejandrino, contrario, como hemos dicho, al pergamense, que había sido importado por Crates de Malo. Tiranión comentó a Homero; su hijo homónimo a Aristóteles. Siguieron en Roma la orientación alejandrina otros estudiosos, dedicados en especial a las letras y, más en concreto, a la gramática, como Trifón y, con mayor fama que él, Dídimo (65 a. de J.C.-10. d. de J.C.). Fue éste un tremendo trabajador que llegó a escribir cerca de 3500 volúmenes entre sus comentarios

a oradores y poetas y sus investigaciones anticuaristas, léxicas, gramaticales, literarias y mitológicas. Se le dio el sobrenombre de «Calcentero», esto es, «vientre de bronce», que quería decir «empollón, aplicadísimo». En un papiro egipcio se descubrieron en 1904 algunos fragmentos de un comentario suyo a cuatro oraciones de Demóstenes, trabajos que revelan una investigación formalista, superficial y apresurada. De lo contrario, no habría podido escribir tantas obras, por las que se le llamó también «olvidador de sus propios libros» (bibliolathas), ya que o repetía en un libro lo que ya había dicho en otros o se olvidaba de decir lo que debería decir.

Hacia el final de la actividad filológica alejandrina, que se despliega en Roma, hiciéronse meras compilaciones y léxicos de todas clases (no otra cosa fueron las obras de Trifón y de Dídimo). Algunos de estos trabajos versaban sobre palabras difíciles, otros sobre cualquier género literario. Iba unida a menudo a la filología la retórica, hijas ambas del amor más o menos exclusivo a las meras formas de la expresión, que son el pasto preferido de aquellos cuyo entendimiento muestra una especial proclividad. En la época augustea tenemos como principales retóricos a Apolodoro de Pérgamo, de tendencia peripatética y, por ende, formalista, y a Teodoro, cuya visión, más amplia, era de origen estoico, y que fue maestro del anónimo autor del tratado *Sobre lo sublime*, aquella obra (del siglo II d. de J.C.) en la que se respira un aura de grandeza y de magnanimidad, y se afirma que la poesía más elevada sólo puede surgir de una igual alteza de sentimientos e ideas y de unas condiciones cívicas de libertad, mientras que, por una parte, los retóricos de todos los tiempos, basándose en la idea de la imitación, creen que la poesía puede fabricarse con recetas y, por otra parte, los poetas mediocres se hacen la ilusión de que componen una poesía digna de este nombre ateniéndose puntualmente a un metódico equilibrio que de suyo no evidencia sino su mediocridad.

Apolodoro, junto con Dionisio de Halicarnaso, que era también un erudito formalista, gozó del favor de Augusto, admirador de aquel aticismo que ponía como meta en la elocuencia la perfecta imitación del antiguo purismo ateniense.

Por supuesto que de toda la producción filológica alejandrina y romana no ha llegado casi nada hasta nosotros en forma directa, sino solamente fragmentos sacados de compilaciones hechas en tiempos posteriores y cuyos autores habían podido recoger de los filólogos alejandrinos las noticias que éstos ofrecían. En las notas marginales o *escolios*, que añadían quienes transmitían las ediciones de los autores griegos, encontramos estos fragmentos.

Puede decirse que con Elio Estilón Preconino, de Lanuvio, se hace casi autónoma, esto es, obra de estudiosos romanos, la filología en Roma. Elio Estilón fijó el número de las comedias auténticas de Plauto, que serían luego mejor determinadas por Varrón, su discípulo. La autonomía de la corriente filológica iniciada por Elio Estilón se deduce de la expresión ciceroniana *Aeliana studia* que se lee en el *De oratore*, I, 43, y que se refiere evidentemente a los estudios filológicos romanos. Varrón se asimilará lo mejor de la teoría de Tiranión y de su maestro Elio Estilón. Mientras que Estilón (150-188) propugnaba una etimología de carácter estoico, mezclada con elementos de tipo alejandrino, y unía la explicación verbal con la real, Varrón puso en práctica un como eclecticismo entre las dos opuestas doctrinas de la anomalía y la analogía, procurando darse a un tercer partido consistente en seguir, al escribir y al hablar, en parte los dictados de la razón y en parte los de la costumbre, observando que la costumbre o el uso, con sus anomalías, tiene más estrecho parentesco de lo que se cree con la analogía. En cambio, Cicerón y César siguieron el método de la analogía.

Varrón trató de abarcar filológicamente en sus numerosas obras, casi todas perdidas, el cuerpo entero de la latinidad, con el mismo ánimo con que Tito Livio decía, en orden a la historia, que contemplando y admirando la grandeza de los romanos antiguos se había embebido, por simpatía, en su misma fe religiosa *(antiquus mihi fit animus):* Cicerón, en Acad. post., I, 9, celebra a Varrón con estas palabras que testimonian que tuvo conciencia de su valor filológico e histórico: «Tus libros nos han devuelto a Roma a nosotros, peregrinos en nuestra propia ciudad, a nosotros, que ignorábamos la situación y la condición de nuestra patria. En ella nos hemos reconocido al fin, por habernos revelado tú las épocas de su historia y las generaciones de los antepasados, mediante la cronología. Tú has distinguido el derecho divino y sacerdotal de la disciplina propia de la guerra, y ésta de la civil e interior; tú has determinado la situación topográfica y la geografía de Roma; has dado nombre y distinción a las diversas funciones de la vida humana y de las cosas sagradas; has esclarecido con muchísimas luces el conocimiento de nuestros poetas, la literatura de Roma en general y cada una de las palabras latinas» (etimología).

Con tal elogio quiso significar Cicerón que mediante la reflexión histórica y la investigación filológica Varrón les había dado

a los romanos la conciencia histórica de sí mismos y les había revelado, por así decirlo, su propio ser.

Cuatro eran, para Varrón, las fuentes de la lengua latina: la analogía, la costumbre, la autoridad y la naturaleza. Por donde se ve que contra la analogía estaban las otras tres. La «autoridad» era evidentemente la de los escritores; la «naturaleza» indicaba tal vez la creación de palabras onomatopéyicas o equivalentes a ellas (pensemos en el *Cratilo* de Platón); la *consuetudo* es el *usus* que celebrará Horacio con palabras que Manzoni hará suyas, esto es, «el uso es el árbitro, el amo y señor de las lenguas», porque depende del pueblo, que es quien lo dispone *(penes populum est ius et arbitrium et norma loquendi)*.

Las muchas obras de Varrón se han perdido. Versaban sobre todos los aspectos de la cultura. San Agustín llegó ciertamente a conocerlas, y por él conocemos nosotros algunos fragmentos. La noche de las invasiones bárbaras las dispersó. Junto con las tres cuartas partes que se han perdido de la historia de Livio, la pérdida de las obras de Varrón es, para nosotros, la más lamentable desdicha en cuanto respecta a los escritores romanos. En una de sus obras más importantes, también extraviada, en el tratado *De disciplinis*, distribuyó Varrón la cultura enciclopédica en nueve disciplinas, incluyendo, además de las siete artes medievales del trivio y el quadrivio (gramática, dialéctica, retórica; geometría, aritmética, astrología y música), la medicina y la arquitectura, que volveremos a encontrar en Vitruvio (siglo de Augusto). Mientras Catón el Viejo veía las materias de la enseñanza sólo en su aspecto de utilidad (consideraba así la retórica, la medicina y la economía rural), Varrón fue el primero en verlas todas con su significación teorética, considerándolas *liberales* en cuanto dignas del hombre libre. Esta es su concepción de la enciclopedia cultural. Y aunque ya antes de él los ramos del saber que constituyen la enciclopedia se enumeraban entre las disciplinas dignas del hombre libre y culto, sin embargo, los griegos no habían establecido aún el número preciso de las materias de la enseñanza ni un orden sólido de las mismas. Este orden, íntimamente fundado y orgánicamente concebido según su valor didáctico, se lo dio Varrón. Ha de reconocérsele este mérito no pequeño. Claro que de estas disciplinas o materias de estudio ordenadas y expuestas por él únicamente nos quedan fragmentos, que se encuentran citados en los escritos de Plinio el Viejo, de Aulo Gelio, de Suetonio y, en segunda línea, en los de san Agustín y san Isidoro. Pero, más aún que en los de estos dos últimos, aparecen citas de Varrón en las obras de Casiodoro y Marciano Capella. Me-

diante sus trabajos se proponía evidentemente Varrón dar a la instrucción mental y a la formación educativa un impulso decididamente humanístico: para educar al hombre romano, conduciéndole, por el saber desinteresado, a la verdadera *humanitas*. No veía, pues, en las disciplinas que han de formar la enciclopedia o educación cíclica del hombre, un acervo de datos muertos, una acumulación erudita. Quizá fuese de él de donde, con un espíritu ciertamente más profundo, tomó inspiración san Agustín para dar a los estudios liberales la suprema finalidad espiritual del conducir *per corporalia ad incorporalia*, o sea, de las cosas sensibles a las inteligibles, gradualmente, hasta elevarse a la pura noción de la Divinidad. A mitad de camino entre Varrón y san Agustín encontramos a Séneca, que concibe el fruto del estudiar las *bonae artes* como una victoria sobre el dolor y los golpes de la fortuna, sobre las amarguras que proporciona el mundo.

Pero —digámoslo en seguida, puesto que de él tratamos— Séneca es adverso a la erudición filológica, anticuarística e histórica, al gusto del bibliófilo y a la bibliotecomanía, así como a que se atienda al estilo del escritor; contrapone a todo ello tajantemente la sapiencia ética y la honestidad del vivir, la conciencia y la consistencia de la verdad, lo sustancioso y sincero de la expresión. Esta actitud pone en comunión al escritor romano con Platón, con Pico de la Mirándola y con Campanella. A los cuales tenemos que hacer referencia, en esta disertación sobre la filología, por su claro contraste con los filólogos de la peor orientación, ya que, contra éstos, afirman ellos (por lo menos en cuanto filósofos no naturalistas) aquel *humanismo* que es la raíz más profunda de la filología, y la unen así, en un mismo impulso interior, a la filosofía por ellos cultivada, dentro del proceso histórico de la educación, en la posesión de los bienes espirituales transmitidos y acrecentados por la tradición escrita. En esto consiste la verdadera unión de la filología y la filosofía. Varrón tomó de Tiranión (o de Dionisio Tracio) la distinción entre las cuatro partes del estudio filológico: la lectura, la *emendatio* (revisión y corrección del texto o crítica textual), la explicación (o *enarratio*), y el juicio (sobre el escritor). Cicerón, en el *De oratore*, I, 43, enumera también cuatro partes del proceso de intelección de los autores: la *pertractatio* de los poetas (o inteligencia crítica), la «historia», o sea las nociones relativas a su contenido, la «interpretación» (verbal de las palabras, de su significado) y el «sonido» o armonía poética del verso y de la prosa (razón estética de la belleza).

En Roma, pues, la filología empieza tarde, lo mismo que la lite-

ratura y la filosofía, cuando ya se inicia la decadencia de la filología helenística. Con anterioridad a la llegada de Crates (168 a. de J.C.), había habido algún asomo de fragmentaria erudición ocasional representado por Apio Claudio el Ciego, Livio Andrónico, Accio y Enio. A partir del 130 a. de J.C. comenzó también a desarrollarse, por influencia helenística, la gramática latina. Del círculo de los escipiones (del de Emiliano, hijo de Paulo Emilio) formaban parte hombres de elevado nivel cultural, como Panecio y Polibio. De modo que cuando llegaron, llevados por Lúculo, Tiranión y su hijo del mismo nombre (el padre había sido alumno de Dionisio Tracio, que a su vez lo había sido de Aristarco), la ya existente tendencia estoica y pergamense hubo de chocar con la peripatética y alejandrina.

Después de Varrón, los sabios y los filólogos más notables de Roma, faltos del sentido histórico y cultural de aquél, llenan de simple erudición un período que va desde la época de Augusto hasta el siglo IV d. de J.C. Su importancia se reduce a la de ser transmisores de la doctrina antigua, de la gramática y las distinciones respectivas, sin grandes destellos de ingenio ni novedosos descubrimientos ni nuevas distinciones en el campo de la cultura filológica.

Citemos ante todo, en la edad augustea, a Verrio Flacco, a quien Augusto confió la educación de dos nietos suyos. Escribió sobre ortografía, sobre la oscuridad verbal de Catón, sobre antigüedades etruscas y una obra muy extensa sobre el «significado de las palabras», trabajo de erudición enciclopédica, con las materias dispuestas en orden alfabético. Después de la pérdida de los escritos de Varrón, es ésta la más deplorable, pues se trataba de una mina de noticias, algunas de las cuales nos han llegado a través de Festo y Paulo Diácono, compendiadores de la obra.

Julio Higino, español de origen, que pasó de Alejandría a Roma, fue liberto de Augusto, quien le nombró bibliotecario de la biblioteca de Apolo Palatino, fue amigo de Ovidio y comentó a Virgilio.

En los tiempos de Tiberio y de Claudio descuella Palemón, que escribió una gramática latina adaptando la griega de Dionisio Tracio, mientras que Gnifón y Trifón (preceptor este último de César) trataron como analogistas las partes del discurso. A esta época pertenece también aquel Ateio Pretextato que fue el primero que se hizo llamar en Roma *filólogo* (como Eratóstenes, mentalidad bien diferente, se había hecho llamar en Alejandría). Ateio escribió un tratado sobre la latinidad. Por descontado que estos gramáticos no hacen una crítica filológica, pero sí que hablan de la flexión, de la pureza de la lengua y del valor de cada vocablo.

Plinio el Viejo, muerto mientras exploraba el Vesubio en erupción (79 d. de J.C.), dejó escritos ocho libros *De dubio sermone*, en los que se muestra más bien analogista, pero reivindica todo su derecho al uso, al que se debe dar la correspondiente parte. Reconoce además un valor a la autoridad de los escritores y a la dignidad y antigüedad de los vocablos, que son fuerzas contra las que debe luchar la analogía, fijada mecánicamente por los gramáticos como una uniformidad de inmutables reglas.

Analogista se mostrará también Quintiliano, autor de las *Institutiones oratoriae*, mientras que Sexto Empírico, filósofo escéptico de aquella época, se pronunciará en favor de la anomalía, burlándose de las exageraciones de los analogistas, a los que describe en sus inútiles esfuerzos por juntar siempre dos palabras similares, necesitando, para endilgarlas, acusar de barbarismo a todos los escritores antiguos que no se sujetaron a esta forma de la analogía, como a Tucídides, Platón y Demóstenes.

Noticias eruditamente apreciables desde el punto de vista lingüístico nos ofrecen Valerio Máximo, Aulo Gelio y Valerio Probo. En las *Noches áticas* nos da Aulo Gelio un centón de noticias retóricas, gramaticales, históricas, científicas, anticuarísticas y geográficas, citando autores en profusión y no sin cierto criterio.

Valerio Probo se dedicó a enmendar textos antiguos, y pasó por tan descontentadizo que fue llamado el «Aristarco latino». Pero recientes estudios han demostrado que tal atributo fue una usurpación suya, pues no está de acuerdo ciertamente con la mediocridad de sus opiniones ni con el carácter de sus trabajos, que son todo lo contrario de agudos. Tuvo la suerte de que los antiguos le citaran con frecuencia por las muchas noticias que dio sobre Quintiliano, Suetonio, Gelio y Diomedes; de aquí se originó la idea de que había sido crítico y filólogo de méritos. Según Suetonio, no hizo otra cosa que *emendare, distinguere et adnotare;* esto es, observar detalles de los textos y del lenguaje antiguo, cuidándose de algunas ediciones y comentándolas. Escribió también una vida de Persio y otra de Virgilio; hizo una edición crítica de Terencio.

Un tal Porfirión nos dio importantes noticias sobre Horacio. Y Hefestión escribió un tratado de métrica.

Entre los eruditos se puede contar también a Suetonio Tranquilo, del siglo I d. de J.C., historiador de la literatura en el sentido de que proporciona noticias sobre los escritores, y biógrafo de hombres ilustres, de emperadores y poetas; de sus escritos sacaron muchas cosas Donato y san Jerónimo. Las vidas de los emperadores redúcelas a una serie de chismes irrelevantes para la historia.

Comentarista de Virgilio fue, en el siglo I d. de J.C., Junio Filargirio, y con él se ha de recordar, ya en el siglo IV, a Servio, y a Helio Donato, que escribió la vida de Virgilio y comentó a Terencio. La gramática de Donato se dividía en dos partes: la primera para los principiantes, la segunda para los adultos. Al gramático Servio corresponde el mérito de haber notado, al comentar a Virgilio, la semejanza, por lo demás obvia, entre la *Eneida* y los dos poemas homéricos (de los que la *Odisea* se parece a los primeros seis libros y la *Ilíada* a los seis últimos del poema latino). Observó además que en las *Geórgicas* hay reminiscencias de Hesíodo y que Teócrito no es ajeno a la inspiración de las *Eglogas*. Notó también que el personaje de Dido, en el libro IV de la *Eneida*, recuerda bastante, sin duda, a la Medea de Apolonio de Rodas. Estas cosas se les habrían ocurrido probablemente a muchos, pero Servio fue quien las expuso por primera vez.

La última expresión de la languideciente cultura filológica, restringida a la gramática, son, en el siglo IV, Diomedes y Carisio. Un gramático del que nos ha llegado un texto, útil para conocer la gramática, la pronunciación y los acentos del latín, es aquel Prisciano de comienzos del siglo VI, del que se acuerda Dante en el *Infierno*.

Con la indicación del nombre de Donato, que vivió en el siglo IV, puede decirse que hemos entrado ya en la época cristiana y medieval, puesto que de Donato fue alumno aquel Jerónimo que daría en la Vulgata la versión latina del Antiguo y del Nuevo Testamentos, o sea, de toda la Biblia, y sentiría dramáticamente en su alma de asceta el contraste entre la cultura pagana y las exigencias cristianas.

3

La filología y la cultura clásica en la Edad Media

La filología medieval, más que por el comienzo cronológico de la Edad Media, puede denominarse así por los nuevos problemas que a la erudición plantea la nueva fe. Reconocida oficialmente en el Edicto de Milán (313) la religión cristiana, trasladada la capital del imperio a Bizancio, que recibió el nombre de Constantinópolis, en el año 330, el catolicismo único en el sentido disciplinar y dogmático, que duró hasta el siglo IX, se dividirá después en dos: el de Roma y el de Constantinopla. El problema de la tradición *(parádosis)* evangélica divídese entre las dos grandes ciudades, la una de cultura griega y la otra de cultura latina.

Este problema, práctico y a la vez teórico, empeña en seguida, en cierto modo, a la actividad filológica en la interpretación y transcripción de los textos sagrados. Después de los apologistas africanos (Tertuliano, Minucio Félix, Cipriano, Arnobio y Lactancio) será el Oriente bizantino el que dé a la Iglesia su mayor sistematización doctrinal y teológica, mostrándose espiritualmente superior al Occidente en el orden de las doctrinas y de los dogmas, hasta que aparezca la poderosa personalidad de san Agustín de Tagaste, que supere en profundidad especulativa, filosófico-teológica, a todos los doctores orientales precedentes, señalando los destinos de la cristiandad. A san Agustín apelará en el siglo XVI Lutero para interpretar el Evangelio conforme a las tendencias del padre africano sobre la gracia y la fe, y a él mismo apelará igualmente aquel movimiento entre católico y calvinista, de cariz herético, que fue en Francia el jansenismo del siglo XVII.

La interpretación de las Sagradas Escrituras impuso desde muy

pronto el inevitable contraste entre la fe cristiana y la sabiduría pagana. A los cristianos esta sabiduría les parecía falsa, por lo que despreciaban los textos que la contenían. Efectivamente, la nueva fe echaba por tierra aquellas verdades que habían constituido el orgullo del hombre clásico, aunque una parte de ellas aparecerá como convergente y no en discordia con las verdades cristianas, sobre todo el pensamiento de los grandes filósofos griegos y de los grandes escritores latinos: Platón y Aristóteles, Virgilio y Cicerón. Pero el concepto de san Pablo acerca de la *metanoia* o trastueque de los valores («el que se humilla será exaltado» y viceversa) forzaba en tanto a sentir la antítesis entre la sabiduría pagana y la humildad y la fe cristianas.

Durante la segunda mitad del siglo IV, en el oriente bizantino, ilustraban a los creyentes y les dirigían san Eusebio, san Atanasio, san Epifanio, san Basilio, san Gregorio de Nissa y san Gregorio de Nazianzo (los últimos tres naturales de Capadocia, y el de Nissa el más profundo de ellos). Cartas, discursos, homilías (en griego) son su producción, en gran parte llegada hasta nosotros. Eusebio, que quería emular a Demetrio Faléreo dándose a recoger manuscritos de todos los lugares del mundo para formar una gran biblioteca, anduvo por el camino de hacerse un gran erudito, hasta que, elegido obispo de Cesarea, será quien bautice a Constantino y se convertirá en cronólogo e historiador insigne con su *Epítome de historia universal* provisto de tablas cronológicas, y con su *Historia eclesiástica* en la que vierte abundante doctrina y cita los diálogos de Platón y las *Leyes*. Aprovechando la cronología de la historia precedente, escribió también una *Historia comparada* de los judíos y de los gentiles.

Atanasio fue campeón de la ortodoxia, refutando en el Concilio de Nicea (325) la herejía de Arrio; posteriormente, Juan Crisóstomo, hombre de extraordinaria elocuencia, discípulo del pagano y docto Libanio, difundirá la fe con su palabra fluida y briosa.

Hablando con rigor, en la Edad Media no se da una filología verdadera y propiamente dicha, por cuanto ni se descubren obras antiguas ni la investigación filológica de los textos aumenta ni se nutre de problemas nuevos. Es, con todo, importante el hecho de que se conservan los textos antiguos y se les reconoce su valor, aunque se choca de continuo con la dificultad de si la cultura clásica es útil o dañosa para la conciencia cristiana. En efecto, si se la hubiese considerado, sin más, incompatible con la cultura y con la conciencia cristianas se habría debido o podido pensar en acabar con ella, lo mismo que se destruían (cuando no se les adaptaba a las

nuevas funciones) los templos paganos. Pascoli ha expresado con poético acierto, en *Fanum Apollinis*, esta antítesis entre la «bella» religión antigua y la «buena» religión nueva, personificándolas en los dos custodios y sacerdotes del templo y en sus seguidores. Durante los primeros tiempos, los apologistas del cristianismo despreciaron llanamente como a embustera y corruptora la sabiduría pagana, incluso la contenida en los textos de los más grandes y venerados poetas y filósofos antiguos; pero poco a poco se fue distinguiendo entre la posibilidad de utilizar la cultura clásica grecorromana y la fe cristiana, en su contenido independiente de las creencias paganas encerradas en aquellos textos utilizables.

Tertuliano, san Cesáreo y san Gregorio Magno rechazaron como corruptora y mentirosa la cultura pagana e instituyeron escuelas monásticas, episcopales y parroquiales para ofrecer a todos la posibilidad de adquirir una cultura elemental genuinamente cristiana, de la que se aprovecharon nobles y villanos en aquellos tiempos de tanto analfabetismo. El obispo que se preocupase excesivamente por la enseñanza de la gramática era llamado al orden como escandaloso. El cultivo de la gramática y de la literatura concíbese como una forma de vanidad que el monje debe evitar lo mismo que todo lo mundano. Los estudios de gramática y de filosofía impiden mantenerse fieles a la sencillez monástica. Lo primero que se pone ante los ojos del alumno es un texto sagrado, el Salterio (que es el libro de los salmos), y después la Biblia entera.

Tertuliano se preguntaba: ¿Qué puede haber de común entre Atenas y Jerusalén? ¿Entre la Academia (platónica) y la Iglesia? Hasta los más simples condenan a la rival de la Revelación. ¿Cómo puede tener necesidad de ninguna otra cosa quien posee la palabra de Dios? *Fortiter te abstine ab omnibus alienis et diabolicis scriptis* («Abstente con fortaleza de cualquier escritura diabólica extraña al cristianismo, que pueda alejarte de la salvación»). La Biblia (el Viejo y el Nuevo Testamentos) basta para la vida y para el culto. Historia, poesía, elocuencia moral, cosmología: todo esto tiene la doctrina cristiana. San Isidoro de Sevilla y más tarde Graciano (siglo XII) prohíben a los obispos y al clero toda cultura pagana. El carácter idolátrico de la escuela clásica y de los autores profanos es puesto de relieve por san Basilio en sus homilías, que ponen en guardia contra el peligro de deleitarse con los libros antiguos. Un repertorio de personajes bíblicos, de proverbios y de historia sagrada sustituía en él a la mitología griega. El monaquismo reivindicó así la primacía de los sencillos, oponiéndose al orgullo intelectual de los filósofos y de los sabios. En la Galia cristiana Sulpicio Severo

se muestra duro y desdeñoso respecto a la cultura pagana, sosteniendo que el reino de Dios no se conquista mediante la elocuencia, sino con la virtud de la fe, y que la salvación es predicada suficientemente no por letrados y filósofos sino por unos pescadores; que nada importa conocer la filosofía de Sócrates y la poesía homérica de Héctor y Aquiles, sino que hay que ser conscientes del fin inmortal del alma. De modo semejante lucha Paulino de Nola contra la retórica y los poetas. Y el abad Juan Casiano exalta la vida ascética en Occidente antes que el venerable Beda, combatiendo el silogismo y la retórica, incomparables con la sencilla verdad de la fe.

Desde el punto de vista del método didáctico no es fácil decir si los cristianos crearon una escuela propia o si su instrucción religiosa se afirma junto a la cultura clásica con unos mismos procedimientos docentes. La tradición cristiana o *parádosis* no es sólo doctrina, sino interpretación de los textos sagrados, y contiene el derecho canónico, la doctrina apostólica, la apologética, la dogmática y la polémica contra las herejías. Para tal fin se crean escuelas de inspiración monástica y después episcopales, escuelas parroquiales y sacerdotales.

Ciertamente, el Evangelio, redactado en griego, era un estímulo para relacionar la nueva verdad religiosa con la cultura helénica. En este aspecto se hacía inevitable cierta síntesis entre el cristianismo y el helenismo. Aún más fácil era vincular con el cristianismo la latinidad, en virtud de la lengua y de la ciudad misma de Roma, sede del Imperio y de la Iglesia. La estructura gramatical misma impulsaba a volver atrás, a la cultura antigua, dado también el hecho de que la gramática de Dionisio Tracio había sido traducida al armenio y al siríaco, lenguas afines a la del Antiguo Testamento. Era, por lo tanto, inevitable una especie de ósmosis mental, por cuanto que la moral, la liturgia y la disciplina canónica cristianas no podían menos de servirse de los instrumentos de la cultura ambiental. Si la cultura clásica era una técnica para formar al hombre, no había sino hacerla indiferente, como tal técnica, con respecto a la conciencia cristiana y pedirle sus servicios tan sólo desde el punto de vista formal, no desde el sustancial, para insertarlos en el orden de la gracia. El sistema de la cultura antigua, en su estructura externa y formal, concebíase como distinto de su contenido pagano, en cuanto éste era incompatible con el contenido de la fe cristiana. Por consiguiente, la disciplina estructural o formal de la educación podía aprovecharse a favor de la íntima educación cristiana. Cierto es que todo renacimiento de la cultura (el bizantino, el carolingio, el occidental del siglo XII, el humanista del si-

glo XV) implica una renovación de la concepción y del significado de la cultura heredada, a saber, de la clásica, en función de las nuevas exigencias. Si el contenido nuevo es potente, quien lo vive puede someter a él, hacer servir para él, la precedente forma cultural. De ahí los fenómenos de recepción, asimilación, imitación y renacimiento, según el impulso y el vigor de la nueva fuerza con respecto a la antigua forma.

Era necesario, pues, justificar la cultura pagana sin supeditarse a ella. Con san Jerónimo y san Agustín resurge así el problema de si la cultura pagana es en verdad una idolatría o si se puede, en cambio, aprovechar como medio para conseguir un fin más alto.

Los primeros cristianos y los apologistas pensaron que el cristianismo debe proporcionar a sus discípulos y fieles una doctrina de la vida y del ser, esto es, la educación moral y la concepción del mundo, en un grado más alto que el de la instrucción elemental: el del todo implícito en la sabiduría cristiana. Pero semejante disciplina debe dimanar de una guía espiritual. Hasta el siglo IV los cristianos se habían preguntado indecisos si el conocimiento de la cultura pagana y de la concomitante elocuencia le sería grato a Dios. Las primeras versiones de la Biblia testimonian el desprecio a las reglas retóricas, que habían presidido la producción literaria antigua, y el descuido de la perfección estilística y formal. Cuando san Jerónimo fijó el texto definitivo de la Biblia (siglo IV) quitó, sí, de las antiguas versiones los errores más graves, pero, a fin de amoldarse a la cultura popular, dejó pasar otros que, ciertamente, no se le ocultaban (como, por ejemplo, el *Miserere nobis* en vez del clásico y correcto *miserere nostri).* Pero, en comparación con tales traductores, el historiador o analista cristiano Gregorio de Tours ignora hasta la antigua morfología. Y cabe decir que, a medida que cobra auge (según hemos visto) el criterio monástico de la vida como perfección cristiana, tanto más aumenta el manifiesto desprecio a la cultura pagana y profana.

Pero cuando se advierta que para luchar contra las herejías y vencerlas son necesarias las armas gramaticales, lógicas y dialécticas, así como la elocuencia, cosas de las que los antiguos habían sentado ya las bases y trazado la estructura, se buscará entonces una justificación de la cultura clásica con miras a apropiarse un medio cómodo para la formación dialéctica de la inteligencia. Parecerá un poco simplista la mística pregunta que antes se hacía el monje:

¿Para qué sirven los virtuosismos de los gramáticos y la filosofía de Sócrates y de Platón? ¿De qué aprovecha el leer los versos de los poetas antiguos, de Virgilio o de Menandro? ¿Qué utilidad tiene la historia de Salustio, la de Heródoto o la de Tito Livio? ¿Puede establecerse comparación alguna entre la sabiduría del Evangelio y la cultura oratoria y mundana de Varrón y de Demóstenes?

San Hilario de Poitiers combatió contra la cultura pagana y el poderío terrenal arguyendo que los favores temporales que se conceden a la Iglesia pueden inclinarla a corruptoras comodidades. No veía con buenos ojos la amalgama entre el cristianismo y el Imperio, entre la cultura profana y la literatura sagrada.

Pero fue especialmente san Jerónimo quien vivió y manifestó en sí mismo, como testimonio constante, este grave problema psicológico de la relación entre las dos culturas, esta antítesis entre el ideal del mundo y el ideal ascético. Hacia el 360 había sido discípulo del gramático Donato. Llegó a dominar profundamente el latín, el griego y el hebreo. Mimado por la aristocracia, aunque renuncia al mundo, es también amigo del papa Dámaso I, que le escucha con predilección. Embiste contra el clero mundano, inculto o de costumbres procaces. Y se pregunta qué es lo que tienen que ver Horacio con el Salterio, Virgilio con el Evangelio, Cicerón con san Pablo. Su adversario cristiano Rufino de Aquilea dirá luego malignamente que el programa del abandono de la cultura clásica no lo seguirá Jerónimo porque, a pesar de su juramento contrario, hecho a continuación del famoso sueño en que se vio ante el tribunal de Dios y oyó que se le echaba en cara: *Ciceronianus es, non Christianus* (No eres cristiano, como afirmas, sino que estás todo por Cicerón), volverá a sus antiguos amores literarios. Trabóse entre ellos un duelo teológico (epistolar) originando en su discorde interpretación del pensamiento de Orígenes (discípulo de Clemente Alejandrino), el cual produjo la primera gran enciclopedia cristiana y el primer amplio ensayo de crítica textual y de exégesis del Nuevo Testamento. En aquella exégesis vio la Iglesia y los condenó, muchos errores relativos a la Santísima Trinidad y a la naturaleza de Cristo. San Jerónimo se mantuvo, en cambio, dentro de la ortodoxia, aunque utilizó las obras de los filósofos griegos y reunió una rica biblioteca. Pasó a Roma en 372 desde el Oriente ilírico, donde había nacido. Llegó a ser consejero del papa. Dos años después renunció a la literatura clásica y se dedicó a leer libros de eremitas y a transcribir manuscritos cristianos. Tradujo del griego la *Crónica* de Eusebio, de la que sólo quedaban fragmentos. Del 382 al 385 empezó la revisión de la traducción de la Biblia al latín, de tal modo que, prácti-

camente, hizo de ella una nueva traducción a instancias del papa Dámaso. A la vez, instruía a los muchachos en la gramática y en los clásicos latinos. Sus autores favoritos eran Plauto, Terencio y Virgilio. Trasladado al Oriente, a Belén, fue director espiritual de santa Paula y de su hija santa Eustoquio (con las que mantuvo una importante correspondencia epistolar). Desde Oriente polemizó contra Rufino, que, interpretando la Biblia alegóricamente, seguía a Orígenes, el teólogo alejandrino (185-250) al que la Iglesia condenó porque, entre otras herejías trinitarias y cristológicas admitía, como los griegos, la eternidad de la materia.

Pero en los límites de la Edad Antigua, contemporáneo de san Jerónimo y de san Ambrosio (son los tres padres principales de la Iglesia occidental latina), el pensador que más profundamente supo conciliar las exigencias de la fe cristiana con la cultura antigua y prescribir y justificar el orden de las disciplinas que fortifican el entendimiento a favor también del espíritu y de la cultura cristiana, fue san Agustín. Estas son sus palabras en lo referente a la utilización y justificación de la cultura profana: «Así como los egipcios no sólo tenían ídolos detestados por los hebreos sino también preciosos y suntuosos ajuares, de oro y plata, y los judíos pudieron llevárselos para usar mejor de ellos por orden divina, así también las doctrinas de los griegos y la cultura antigua, aparte sus soberbios fines de grandeza y de dominio humanos, contenían instrumentos útiles para la defensa y el esplendor de la verdad cristiana. Como el oro y la plata que la naturaleza ofrece son bienes naturales que la Providencia pone a disposición de los hombres, así el cristiano puede y debe hacer suya, cual si fuesen preciosos atavíos tejidos y bordados por manos ignorantes de su destinación, debe, digo, hacer suya, apropiándosela sabiamente, para iluminación de su inteligencia y ayuda de su fe, la cultura clásica pagana en todas sus formas». Esto es lo que habrá que hacer con la filosofía de Platón y después con la de Aristóteles.

Tan admirable símil, que es calurosa justificación, obtuvo un grandioso éxito. Casiodoro, Alcuino, Rabano Mauro y Gregorio X lo utilizaron triunfalmente. Pero en el mismo libro II del *De doctrina christiana* (cap. XV) establecía también san Agustín un criterio *filológico* para la explicación e interpretación del sagrado texto: *horum quoque interpretum que verbis tenacius inhaeserum collatio non est inutilis ad explanandam saepe sententiam.* O sea, que el confrontamiento de los diversos traductores e intérpretes tiene bastante utilidad para declarar el pensamiento exacto de la Biblia. Y añade: «Los códices latinos, si los hay, han de enmendarse con la

autoridad de los griegos; aquí ayuda también muchísimo la multiplicidad de los intérpretes, examinados y confrontados sus respectivos códices: *collatis codicibus*».

En el siglo siguiente y en la misma Africa septentrional de san Agustín y de Apuleyo, un retórico de singular talla, no cristiano, pero tampoco entonado en clásicas arideces y frialdades, sino transido de místico y fantasioso fervor pagano, Marciano Capella, celebró en verso y en prosa la apoteosis de la filología, con las más aladas palabras, en su obra *De nuptiis Philologiae et Mercurii*, en nueve libros, correspondientes a las nueve artes (las siete del trivio y del quadrivio, más la arquitectura y la medicina, según la enumeración de Varrón). La filología es colocada por él junto a Júpiter, en el cielo empíreo, por encima de todos los demás dioses. Ella les revela a los hombres divinas enseñanzas por boca de la musa Euterpe, que fue la inspiradora de Pitágoras y de Platón. Apolo, el dios de la poesía y la elocuencia, es introducido para exhortar a Mercurio, el conductor de las almas y disciplinador de los cuerpos y de la palabra, a celebrar nupcias con la maravillosa doncella (la Filología), que enseña el arte del bien decir. Servidoras de la virgen, que va a las solemnes nupcias, son las siete artes liberales. Su señora puede subir al Olimpo sin temer los rayos celestes, posee la ciencia del futuro y sabe plegar a su voluntad a los dioses valiéndose de mágicas palabras. Es más fuerte que la voluntad misma de Júpiter. ¿Por qué? Porque el verbo o Palabra de Dios es la suprema potencia.

Esta obra alcanzó un gran éxito en el Medievo. Pareció el medio más autorizado de iniciar a los cristianos en el acceso a todas las fuentes del saber: antorcha de la poesía y de la ciencia, que saca de las tinieblas de la ignorancia a la clarísima luz de la sabiduría. Esta sabiduría y esta ciencia les parecieron a muchos estar de acuerdo con la fe.

En los comienzos de la Edad Media brillan tres notables personalidades cristianas que contribuyen a conservar los textos antiguos transcribiéndolos: Casiodoro, san Isidoro de Sevilla y san Benito.

Casiodoro fundó un eremitorio y un convento en Squillace (Vivarium), en el golfo de Tarento. En el año 534 había propuesto al papa Agapito la fundación de una universidad cristiana en Roma. No habiéndolo conseguido, convirtió su claustro en un centro de estudio: fomentó la lectura de los libros sagrados y profanos alter-

nándola con la oración y el trabajo manual. Se hizo enviar libros de todos los confines de Italia y de otros países. Valiéndose de su rica biblioteca compuso las *Institutiones divinarum lectionum*, estudiando las cuales sus monjes se instruían sin necesidad de maestros. Hizo transcribir muchos códices, salvando así del naufragio general gran parte de la literatura antigua, algo de la cual se hallaba incluida en sus *Institutiones*. Y suscitó entretanto, en los mejor dispuestos, la afición a la cultura. Su influencia fue muy grande, especialmente en la corte de Carlomagno.

San Isidoro, obispo de Sevilla desde el año 600, se ocupó de los textos antiguos corrigiendo errores de transcripción, aconsejando la lectura de los ortógrafos antiguos y escribiendo él mismo un tratado *De orthographia*. Añadía, como lectura útil para sus discípulos, además de los estudios sacros y como primer grado en la formación, la lectura de los autores profanos. En las *Institutiones Saecularium lectionum* encontramos: I) la gramática latina (según las reglas de Donato), II) la retórica según Cicerón y Quintiliano, III) la dialéctica según la lógica de Aristóteles.

Isidoro, que vivió del 570 al 636, fue el mayor compilador del Medievo. Dominó todo el saber de su tiempo, tanto el cristiano como el clásico. Escribió también las *Etimologías (etymologiae)*, tratando los diversos asuntos por orden alfabético. Para cada vocablo desplegaba toda la ciencia de su época. Otras obras suyas fueron las *Differentiae verborum* (o estudio de los sinónimos); *De natura rerum;* y las *Cronacha maiora* y las *Historiae* (de los godos, los vándalos, etc.), más un libro sobre los varones ilustres. Se ocupó también de la historia de la música y propugnó la introducción del canto sagrado en España.

San Benito, fundador del monasterio de Montecassino (quizás en 529), inicia un nuevo estilo de vida monástica: de individualista y contemplativa la hace activa y de inspiración comunitaria, con el lema de *Ora et labora*. El trabajo y la oración son concebidos como una función social. El ocio, según uno de los principales artículos de la regla, es enemigo del alma. Por eso, en determinadas horas, el trabajo manual y la lectura sacra deben alternarse con la plegaria y ocupar a los monjes. Se fijan, según las estaciones y los meses del año, diversos horarios de trabajo adecuados a las distintas funciones. Hay que vivir, además de la oración, del trabajo de las propias manos. El cenobio de Montecassino es el principio de una dilatada Orden cuyos monasterios se difunden por toda Europa. San Benito concibió como tarea ascética y purificadora la trabajosa copia de los códices antiguos, no viendo tanto en éstos de por sí un

valor cultural autónomo aprovechable para la cultura cristiana. La proverbial actividad de los monjes benedictinos también en este oficio de copistas de códices pasó a ser sinónima de paciencia, diligencia y exactitud.

Un hecho de notable importancia en la historia de la Edad Media, si se piensa en las destrucciones llevadas a cabo por los bárbaros, es el del silencioso y casi milagroso traslado de la cultura clásica del continente a Irlanda. Recibió ésta el cristianismo precisamente a la vez que le llegaban los textos de la cultura antigua, aquellos textos que en Italia fueron dispersados y destruidos en gran parte; de tal suerte que el ocaso de la cultura italiana con la irrupción de los longobardos empalma con la aurora cultural irlandesa. Entonces, a finales del siglo XVI, Irlanda, de pagana que era, se hizo católica. De Irlanda saldrá san Columbano, que en 612 fundará en Italia el convento de Bobbio. Todas las escuelas europeas habían sucumbido bajo las invasiones de los pueblos del norte (especialmente de las del 276 al 406), excepto algunas de Italia, que fue saqueada por los godos mientras Ravena se resistía, hasta que, en 568, sobrevino la destructora invasión de los longobardos. La cultura decayó al nivel merovíngico. Sólo se salvaron durante algún tiempo unas pocas escuelas del norte de Africa, pero fueron asimismo asoladas por los vándalos.

Entretanto, en el siglo VII, el venerable Beda (674-753), inmortalizado por Dante, escribe en Inglaterra la *Historia de la Iglesia británica* y los tratados *De ratione temporum* y *De natura rerum.* Decía: «Amé siempre aprender, o enseñar, o escribir». San Bonifacio, un anglosajón convertido al cristianismo, fue ardiente apóstol de la Germania pagana antes de que Carlomagno se propusiera convertirla a toda costa. Los sajones serían los más duros y reacios.

En la corte de Carlomagno se forma la Escuela Palatina, que representa un resurgir de la cultura. Este renacimiento carolingio tiene un carácter enciclopédico. Literatura, artes, miniaturas; se inventa un nuevo tipo de letra (la minúscula carolingia). Centro de tal renacimiento es precisamente la *Schola Palatina,* a cuyo frente pone Carlomagno (782) a Alcuino, gramático y literato anglosajón. Alcuino fue el eslabón que unió el despertar cultural anglosajón de la época del venerable Beda con el carolingio. En la Escuela Palatina se reunieron el franco Eginardo, autor de una biografía de Carlomagno, y el longobardo Pablo Diácono, que escribió la *Histo-*

ria Longobardorum y una *Historia de Roma.* Irradiaciones del renacimiento carolingio llegaron hasta Pavía, Fulda en Germania, Tours en Francia y Saint-Gall en Suiza.

Esta fuerza cultural promovida por quien fue el renovador del Sacro Imperio Romano concuerda con las directrices religiosas y morales que, partiendo de la gran abadía benedictina, daban comienzo a la verdadera unidad de Europa. La unidad religiosa fue promovida durante la Edad Media por las abadías diseminadas en Francia, en Italia y en otros países (en torno al abad y sus monjes se agrupa el pueblo, aterrorizado por las violencias de los bárbaros, y en busca de refugio, salvación y cultura). Coadyuvaba con esta cohesiva fuerza religiosa el ideal (siquiera fuese mítico) de la unidad del Imperio, que no sólo unía políticamente a una gran parte de Europa, mientras el islam conquistaba otras partes del mundo occidental, sino que con la fuerza ideal del renovado Imperio romano confería nueva autoridad al derecho romano justinianeo, regulando civilmente a los pueblos y domeñando la barbarie y la violencia. La sociedad percibía el beneficioso gobierno del antiguo derecho de Roma como un lazo de común civilización basada en una ejemplar ley común: *unum iús, unum imperium.* Fue ésta la meta de las aspiraciones del Medievo: la unidad religiosa, política y jurídica indistintamente, aspiración que tuvo fuerza bastante para crear a Europa como entidad histórica y moral, no simple expresión geográfica.

Para probar que Carlomagno se preocupaba por las letras basta con leer este pasaje de una de sus cartas: «Carlos considera útil que los abades mitrados y los monasterios, además de sus ocupaciones ordinarias y de sus conversaciones sobre la santa religión, dediquen amor y estudio a las letras según la capacidad de enseñar que cada uno por divino don posea. Así, pues, os exhortamos, no ya a no descuidar, sino a daros a porfía al estudio de las letras, con humildísima intención de agradar a Dios, de manera que con mayor facilidad podáis penetrar en el recto entendimiento de las Sagradas Escrituras». Y en una «admonición general» del año 789 se prescribe que los sacerdotes se dediquen sin rodeos a enseñar: «que todos los obispos y los monasterios enseñen los salmos, las notas musicales, el canto, el cálculo y la gramática; que se empleen libros católicos *bene emendati,* pues con frecuencia ocurre que, cuando algunos desean orar bien dicen mal sus preces porque los libros no están bien enmendados».

Si contra la barbarie de los longobardos y de los demás invasores tuvieron parte tan importante en Occidente, para la conservación de los textos latinos, los monasterios de Squillace, de Monte-

cassino, de Bobbio, y la Irlanda cristiana, en el Oriente bizantino se conservan en especial los manuscritos de los escritores griegos, literatura que se había empobrecido también por falta de estudio crítico e interpretativo, mientras la misma civilización bizantina estaba en peligro de sucumbir bajo el destructor avance del islam.

Allí, entretanto, en el siglo IX, después de casi tres centurias de esterilidad cultural, desde Justiniano en adelante, el patriarca Focio restaura los estudios, se cuida de los códices griegos y los hace copiar diligentemente. En el siglo IX descuella mucho su personalidad de patriarca de Constantinopla (elegido en el año 827). El contribuyó a la separación de la Iglesia oriental de la de Roma. Pero desde el punto de vista de la cultura tuvo el mérito de procurar la conservación de los antiguos textos griegos, reuniéndolos en una *Bibliotheca Photii* en la que se reseñan 274 obras de historia, literatura y teología, leídas y resumidas por él. Gracias a tal obra han llegado hasta nosotros muchas noticias sobre escritos y autores que, si no, se habrían perdido. Dejó también Focio un *Lexicon* y un epistolario interesante para el entendimiento de su época.

Es a través de la etapa bizantina como la Antigüedad y el Medievo nos transmiten los textos clásicos. El papiro es sustituido por los pergaminos, el rollo por el códice. Lo cual empezó a suceder cuando Egipto dejó de comerciar con el papiro y el reino de Pérgamo hubo de recurrir a los propios pergaminos. Ocurría entonces que las familias nobles se hacían copiar para sí los clásicos. De este modo, hizo copiar Casiodoro a sus monjes los códices de Virgilio, Tito Livio, Terencio, Cicerón, Salustio, Lucano y el Digesto, en el convento por él fundado en Squillace en 540. También Focio hizo copiar obras enteras de algunos escritores o extractos de las mismas. Después de él, debemos a Constantino Céfalo la *Antología Palatina,* llamada así por haberse encontrado en un códice palatino del siglo I. De esta época bizantina es también la *Antología de Planudes,* asimismo conservada; hoy se halla en la Biblioteca Marciana de Venecia. Los sabios de Constantinopla ejercieron más tarde una gran influencia historicocultural, cuando huyendo de su ciudad, que fue tomada y saqueada por los turcos en 1453, trajeron consigo hacia Occidente los textos de la antigua Grecia para sustraerlos a la salvaje destrucción. Gracias a ellos tenemos en muchos de esos textos los únicos ejemplares que se salvaron.

Expresión de culto a la Antigüedad a través del necesario trabajo filológico es el renacimiento del estudio del derecho romano en Bolonia, a principios del siglo XII, con Irnerio, encargado por la condesa Matilde, hacia 1111-1115, de leerlo, esto es, de interpretar-

lo en público. Desde Ravena, sede del Imperio bizantino, el *Corpus Iuris* de Justiniano había pasado, no se sabe cómo, a Bolonia.

Y allí comenzaron a llegar desde todos los puntos de Europa cuantos querían aprender las reglas de la justicia civil bebiéndolas en las fuentes del derecho abiertas de nuevo en Bolonia, que, para decirlo con Gioberti (en un discurso pronunciado en aquella ciudad en 1848), parecía «más romana que Roma». El derecho romano tenía entonces, frente a la barbarie, el significado de un derecho natural o ideal, esto es, de justicia eterna, que debía aprenderse para establecer normas de convivencia y medir por ella los regímenes civiles y las relaciones entre los hombres. La Europa belicosa y fuera de la ley necesitaba, en medio de tanta barbarie, unas normas precisas que regulasen las relaciones humanas, y por esto desde todas las partes de ella (ingleses, polacos, sármatas, francos y germanos, etc.) concurrían a la ciudad del derecho romano renovado para aprender cómo ha de gobernarse la sociedad. En Salerno, la escuela de medicina, impulsada por Federico II, utilizaba textos latinos traducidos del árabe, al que había sido traducida a su vez, en España sobre todo, la antigua sabiduría helenística. Estremecimientos de revolucionarias novedades y de científica modernidad se advierten en la época de Federico II, afirmador de la autonomía del Estado. Y Dante pone, con extraña audacia, a Siger de Brabante, manifiestamente averroísta y panteísta, en el Paraíso, diciendo de él que en la Sorbona, esto es, «en la calle de Fuarre», «silogismó entre envidias sus verdades» (canto X, vv. 1.418 y 1.419). Rogerio Bacon, en el mismo siglo de Dante, iniciador del método experimental que alcanzaría su máxima teorización tres siglos después por obra de su homónimo inglés, dijo que la sabiduría «sólo puede entrar en la mente a través de las palabras que los labios pronuncian»: de ahí la importancia de la cultura y de los escritos también para este franciscano del siglo XIII.

Con la muerte de Dante (1321) puede darse por concluido el Medievo.

4

El Humanismo italiano

Las diferencias entre la Edad Media y el Humanismo han sido vistas de diversos modos en las distintas épocas y según los distintos estudiosos que las han considerado. Burckhardt es quien más acentúa la separación; hay otros que minimizan o anulan las diferencias, y otros, en fin, que siguen una línea intermedia. La inclinación que hoy prevalece es la de atenuar la antigua y marcada antítesis. Las dos concepciones opuestas estriban en diversos enfoques históricos, objetivo y subjetivo, a tenor de los cuales el Medievo y el Humanismo y sus protagonistas son vistos por unos en resaltante contraste, como pertenecientes a dos siglos armados para luchar entre sí, mientras que otros difuminan y hasta borran del todo aquéllos. Hay quien encuentra (B. Nardi) ya en el mismo Medievo las fuerzas corrosivas que irán disolviendo ocultamente la escolástica y la concepción medieval, y quienes hallan (como Toffanin y Klibanski) en muchos humanistas de los siglos XIV y XV la misma fe cristiana de la Edad Media. Indudablemente, hay motivos para distinguir entre ambas épocas, pues en el Cuatrocientos se acusa más fuertemente la divergencia entre la cultura y la religión, dando preponderancia el hombre culto a la cultura clásica. Sobreentiéndese la fe y, con ella, la reverencia a los padres de la Iglesia, pero la aspiración prevaleciente consiste en el afán de conocer el mundo antiguo. El cual es sentido ahora con bastante más viveza que en el Medievo, y se ansia conocerlo concretamente sobre los textos y las obras de arte para poder vivir otra vez los sentimientos de la Antigüedad, para lograr simultáneamente la percepción simple y genuina de la naturaleza. De aquí la palabra «Renacimiento», que signi-

fica una asimilación concreta de los múltiples elementos de la Antigüedad que, olvidados antes, se trata de hacer resurgir como para conquistarse a sí mismos.

El humanismo habría sido de este modo la preparación en el Cuatrocientos, del Renacimiento que tuvo lugar en el Quinientos. El Renacimiento abarca así las obras de nueva creación (literatura, poesía, bellas artes) que son inconcebibles en el estudio de lo antiguo. Lo que no quita que también en el Cuatrocientos se realizaran obras geniales. Basten los nombres de Leonardo, Masaccio, Pier della Francesca, Alberti, Donatello, Boiardo, Pontano, Poliziano. Esto es ya propiamente Renacimiento. Pero el calificativo de humanistas les pertenecería solamente a Poliziano y a Pontano, porque ejercitan el arte de la palabra, cuyo prevalecimiento confiere carácter a una época en la que todos hablan pero no todos pintan. Sea como fuere, es innegable que, a diferencia de la primera edad cristiana, en el Cuatrocientos tanto el clero como los laicos participan de este fervor de renovación humanística.

Ejemplo conspicuo de ello lo es el papa Nicolás V (1397-1455), por su nombre anterior Eneas Silvio Piccolomini, quien influyó con su obra en la cultura clásica, creando un auténtico colegio de copistas y traductores, recogiendo manuscritos, dando comienzo a la Biblioteca Vaticana, prueba y medida de hasta qué punto no se oponía la Iglesia a los estudios humanísticos. La muerte prematura del papa Nicolás V, es decir, lo breve de su pontificado, le impidió realizar los grandiosos planes que había ideado y acariciado. Protegió a toda clase de artistas y humanistas. Reunió en Roma las obras de todos los autores griegos que pudo, adquiriendo la mayor variedad de manuscritos y traducciones. La filología y la cultura clásica fundáronse así sobre los cimientos de la latinidad; muy distinta hubiera sido la suerte de la filología clásica si se hubiese fundado sobre el helenismo, que fue cultivado más en las otras naciones de Europa.

El Humanismo representa, pues, el sentimiento cultural que se atribuye generalmente al siglo XV, época en la que se concibieron los *studia humanitatis* como instrumento apropiado para conseguir la perfección del espíritu. El humanista busca, en consecuencia, y saca a luz los textos reveladores de la Antigüedad clásica; los cuales deben ser reconstruidos con los medios que la filología suministra y sugiere. Tal reconstrucción de los textos ha de atenerse por necesidad a la confrontación entre varios manuscritos para elegir la lección genuina, auténtica. Como siempre, este trabajo de restauración no es mera labor manual, no sólo porque pone en movimiento todas las fuerzas del espíritu, sino también porque aspira a rehacer al

hombre en sus más puras energías interiores a base de fijarse en los antiguos. Los elementos formales y estilísticos son considerados durante el Humanismo, a diferencia de lo que sucedía en el Medievo, con mayor atención, y conscientemente, al utilizar los escritos antiguos. Es lo que hace, por ejemplo Petrarca, en comparación con Dante. De suerte que el Humanismo, en su afán de revivir la Antigüedad clásica, la busca y estudia, de hecho, en sus documentos auténticos, en los escritos de los autores, cuya apariencia o forma genuina reconstruye con el fin de penetrar en su arte y en su espíritu o mentalidad. Así, pues, la imitación, en el mejor sentido de la palabra, se hace con vistas a revivificar, a reproducir la vida y el arte antiguos, que se toman como ejemplo insuperable. Con esto mismo se quiere superar la escolástica. Es la idea de una cultura libre, respecto al escolasticismo trillado e informe y a la ignorancia ambiental, lo que anima a estudiar a los antiguos como medio para conseguir el propio perfeccionamiento cultural y moral. A partir también de los estudios gramaticales se pretende reconquistar la lengua y la literatura antiguas como revelación de una vida, de una civilización nuevas.

Ya en el siglo XIV había habido precursores del Humanismo. Así, Albertino Mussato (1261-1329), imitador de Séneca y de Tito Livio en la tragedia *Ecerinis* y en la *Historia Augusta*, donde narra los hechos de Enrique VII; en otra obra habla también de las vicisitudes italianas desde 1313 a 1329. Otro precursor del Humanismo puede decirse que lo fue Giovanni del Virgilio, que enseñó retórica en Bolonia y fue amigo de Dante, a quien provocó, escribiendo églogas en latín, a responderle con dos églogas latinas. Pero el severo natural de Dante no podía detenerse demasiado en este ejercicio formal. Dante no se queda por debajo del Humanismo, sino que lo rebasa con su incomparable estatura moral, intelectual y poética.

Pero el verdadero Humanismo surge cuando se siente el Medievo como edad agotada ya en sus fuerzas culturales, en sus recursos, en sus ideales, en el espíritu del tiempo que ya no resulta satisfactorio. Causa y efecto de esto lo son los primeros grandes descubrimientos de códices antiguos. Al descubrirlos hay un estallido de entusiasmo como si se hubiese vuelto a encontrar a viejos amigos perdidos desde hacía mucho.

Petrarca y Boccaccio son los primeros descubridores y a la vez elegantes escritores de poesía y prosa latina clásica. Descubren

obras poéticas y eruditas compuestas en latín. Y escriben en italiano y en latín unas biografías que dan origen a la historiografía moderna, la cual empieza a secularizarse con ellos, apartándose claramente de la costumbre medieval de las leyendas de santos y de milagros. Petrarca —el primer hombre moderno— descubre las *Epístolas* de Cicerón, las corrige, las comenta, las saborea. Habla con los antiguos como con unos camaradas, como si tratara personalmente con ellos y viéndolos parecidos a sí mismo. Es bibliófilo, o sea, coleccionista de libros, que copia, busca y acapara entre sus amigos, visitando las bibliotecas para copiar o adquirir códices. En Lieja, en 1333, descubre dos discursos de Cicerón; en Verona, en 1345, descubre las *Epístolas a Atico,* del mismo Cicerón. Confronta los textos, apostilla sus manuscritos. Siempre que lee toma notas filológicas, sobre datos prosódicos, mitológicos o históricos.

Boccaccio, por su parte, aunque menos sensible al verdadero espíritu humanístico, invita en 1360 a Leonzio Pilato, calabrés, a que vaya a Florencia para enseñarle el griego, y de él aprende a leer un poco el texto de la *Ilíada* y la *Odisea.* Descubre algunos libros de Tácito en Montecassino, y otros de Marcial y de Varrón.

Pero el más afortunado descubridor de textos antiguos fue Poggio Bracciolini, que recorrió buscándolos toda Francia y, sobre todo, Alemania, adonde hizo cuatro viajes sucesivos. Encontró las *Instituciones oratorias* de Quintiliano, las *Silvae* de Estacio, las *Púnicas* de Silvio Itálico, el *De rerum natura* de Lucrecio, ocho discursos de Cicerón y fragmentos de escritores latinos menores, como Manilio, Valerio Máximo, Columela, Amiano Marcelino... En Lodi, en la catedral, descubrió el obispo Landriani el *Brutus* de Cicerón. El cardenal Orsini descubrió doce nuevas comedias de Plauto. A Bracciolini (1380-1459) le parecía, como decía él, estar liberando a los poetas antiguos de los calabozos bárbaros. Visitó también el monasterio de Saint-Gall, junto a Constanza, y la abadía alemana de Fulda. Carducci celebró este fervor humanístico en una página estupenda *(Prose,* pp. 357-358): «Afrontando los peligros de largos viajes, descendían radiantes de una abadía gótica con un códice bajo el brazo... y los señores feudales se reían sin saber que de aquel códice habían de salir la palabra y la libertad...».

Promotores de la cultural humanística son, para el griego, Manuel Crisoloras, llamado a enseñarlo en Florencia (1397), y el cardenal Besarión, que lega a la república veneciana sus manuscritos griegos, origen de la actual Biblioteca de San Marcos. Grecistas son también Argioropoulos y Láscaris.

Valla escribe las *Elegancias latinas,* negando la calidad de ele-

gantes a los jurisconsultos romanos, y exalta el epicureísmo. En Florencia se granjea fama el predicador Marsilio porque, con las citas sagradas entrevera a menudo sentencias de Virgilio, de Séneca y de Cicerón.

Testimonios de la nueva celebración entusiástica de la cultura antigua en el Cuatrocientos son Cristoforo Landino, Coluccio Salutati, Leonardo Aretino, Giovanni Toscanella, Paolo Vergelio, Giovanni Pontano, Ludovico Carbone y Tomaso Occilio. Exaltan éstos la historia y la elocuencia con nuevo espíritu, refiriéndose en especial a los historiadores y oradores latinos.

Vivifican así las *artes liberales* mediante el estudio directo de los autores. De aquí procede el verdadero espíritu del Humanismo: el gusto de leer los autores y la consiguiente capacidad para escribir en latín. De donde, después, la doctrina retórica, que representará, por cierto, una degeneración. Pero, entretanto, la *eloquentia* expresa la sabiduría de quien sabe hablar bien y constituye la culminación de la cultura humanística, síntesis de vida y de pensamiento, de contemplación y de actitud práctica: hablar persuadiendo o persuadir mediante la palabra. Este amor a la palabra, este saborear su energía originaria había sido extraño en general al Medievo. La fuerza expresiva que surge del conocimiento de los autores, de sus textos genuinos, es reveladora e iluminadora, es un testimonio de belleza y una afirmación de nuestro ser. Contraponíase esencialmente a la charlatanería escolástica vacía y generalizadora; era una necesidad de leer en sus textos a los autores clásicos que se iban descubriendo: oradores, poetas, historiadores y filósofos. Era el conocimiento concreto de la Antigüedad, sentido como necesario para lograr la visión genuina de la juventud del mundo. De él, de ese conocimiento, no podía menos de surgir la necesidad de procurar la precisión de los textos antiguos: tenía que nacer la actividad filológica.

Naturalmente, cada ingenio sentía y juzgaba de distinto modo la sabiduría antigua y sus diversos aspectos: Coluccio Salutati defiende a la sabiduría cristiana y moderna contra los que admiran exageradamente la brumosa Antigüedad y llegan a idolatrarla. Su voz suena aislada. Y también él se manifiesta contrario a la vana locuacidad escolástica y celebra que en Petrarca se dé la síntesis de ambas exigencias: la moderna y la que rinde culto a lo antiguo. Filelfo enaltece el concepto de elocuencia identificándolo con el de dominadora sabiduría que hace eficaz todo saber; Antonio de Rho exalta las artes liberales y los *studia humanitatis*, sin los que seríamos mudos animales, incapaces de manifestar a los demás lo

que sentimos en nuestro interior. La historia es celebrada también como conocimiento verídico del pasado y enriquecimiento del presente, así como por lo que tiene de sugerencia acerca de los antiguos. Paolo Vergelio di Capodistria la exalta junto con la elocuencia. Leonardo Bruni, llamado el Aretino, elogia a la vez la pericia literaria y el conocimiento de la realidad tal cual aparecen entrambas cualidades en los Santos Padres; pero la costumbre de los clásicos, que saben hablar *cum dignitate* es cosa distinta de los preceptos gramaticales. La práctica del escribir debe ir unida a la riqueza de conocimientos. Sólo así obtuvieron los antiguos su grandeza y su gloria. Mucha lectura hace falta para igualárseles. Sólo con tales estudios se perfecciona el alma y conquistá el hombre su humanidad. Sabiduría y palabra. También Toscanella alaba a la historia llamándola útil y deleitable, y Ludovico Carbone da importancia a la lectura de los historiadores, que proporcionan mayor experiencia de la vida que los leguleyos, los cuales, hinchados de presunción, se creen los únicos consejeros dignos de los príncipes.

En todos los aspectos, el saber hablar correcta, luminosa y persuasivamente aparece como la meta más excelsa del estudio de la Antigüedad. Con tal actitud se tenía conciencia de estar superando la informe y ramplona escolástica, renovando el espíritu de lo clásico. Pero, inevitablemente, la elocuencia —síntesis de todo el hombre y de todo el saber— implicaba sin más la praxis imitativa, al menos para el común de los humanistas. Los clásicos eran los modelos, los prototipos que imitar o falsear, según fuesen las fuerzas de cada lector o estudioso de ellos y según las diversas concepciones de la relación entre los antiguos y los modernos. Así, en el siglo XV, se suscitan sobre este particular dos sonadas polémicas: una entre Poliziano y Paolo Cortese acerca del concepto de imitación (más o menos libre); otra entre Pico de la Mirándola y Hermolao Barbaro acerca de la relación entre la elocuencia y la verdad, entre la forma expresiva y el contenido o las ideas.

Más tarde, cuando en el siglo XVI se descubra la *Poética* de Aristóteles, donde se concibe la poesía como *mímesis*, serán infinitas, con los comentarios a la obra descubierta, las discusiones y las maneras de concebir la poesía en su relación con la realidad humana, con la historia.

Preeminente es la personalidad de Angelo Poliziano (1454-1494), filólogo, escritor y poeta latino e italiano. A los dieciséis años traduce en hexámetros virgilianos los libros 2-6 de la *Ilíada*. Se gana con esto la admiración de Lorenzo el Magnífico, saliendo así de la pobreza a los diecinueve años. Ocupa después la cátedra florentina de elocuencia griega y latina, donde expone a Virgilio, Homero, Persio, Estacio, Quintiliano y Suetonio. Es el primero que llega a poseer el griego en Italia con igual perfección que los griegos emigrados. Leyendo a sus alumnos Aristóteles, en la prolusión a los *Priora Analitica* les dice que quiere comentar diligentemente este texto porque los filósofos dejan de lado, como poco útil, esta difícil obra aristotélica, siendo así que lo que hay que hacer en cambio es analizarla filológicamente, para fundamentar bien la intelección de su pensamiento y capacitarse para expresarla. Afirma que él se contenta con interpretar la abstrusa obra de Aristóteles y no quiere sino que se le llame, por tal trabajo, «intérprete» y no filósofo. El intérprete del rey no se considera como el rey mismo; ni Donato ni Servio, ni Aristarco ni Zenodoto, estudiosos de los poetas antiguos, se creyeron ni se profesaron poetas. Lo propio del gramático es dedicarse al *excutere atque enarrare*, examinar y exponer toda suerte de escritores: poetas, historiadores, oradores, filósofos, médicos y jurisconsultos. Según Poliziano, nuestra edad ha circunscrito excesivamente el terreno del gramático, *nimis brevi gyro*, mientras que para los antiguos eran ellos jueces, críticos e intérpretes de los escritores: no sólo señalaban los versos *censoria quadam virgula*, sino que distinguían los libros verdaderos de los falsos y redactaban el canon de los escritores auténticos, eliminando de él a los apócrifos. Poliziano, en su *Panepistemun*, dividió la gramática en «retórica», «histórica» y «mixta». La primera es la doctrina del bien hablar y escribir, la segunda enseña a leer y a exponer, la tercera, síntesis de las otras dos, es la doctrina del enjuiciar. De este modo, la filología es concebida por él como una introducción a todas las disciplinas.

En cuanto al provecho que se ha de sacar de la lectura de los prosistas latinos, medió entre él y Paolo Cortese una polémica en la que Poliziano llamó papagayos y micos a los que, mendigando estilo a diversos autores o sacándolo de distintos pasajes de un mismo autor, creen poder componer, sin tener capacidad para escribir nada propio si no cuentan con algún libro del que extraer las floriturás estilísticas. Consideraba absurdo que alguien, sin ser Cicerón ni pertenecer a los tiempos ciceronianos, pueda o deba imitar a Marco Tulio en vez de tratar de expresarse sinceramente

él mismo. Y tampoco creía que se debiera tomar eclécticamente de aquí y de allí, de este o del otro autor, el estilo latino. Según su parecer, hay que darse a largas y variadas lecturas y a un prolongado y tenaz ejercicio de la invención y del escribir para adquirir la capacidad y la dignidad personal propia del escritor o del poeta, aun pudiéndose jactar de haberse nutrido en los clásicos. A tal categoría estimaba ciertamente haber llegado él, sea como poeta latino, sea como poeta italiano (las fuentes o reminiscencias de varios poetas latinos, indicadas por Carducci, en su admirable comentario a las *Stanze* y al *Orfeo*, a la manera de un humus del que se alimenta la inspiración polizianesca, no menoscaban su originalidad). Sólo entonces, una vez formados así, podrán los escritores lanzarse a nadar *sine cortice*, dice Poliziano, o sea, sin salvavidas ni flotadores. Cortese replicaba que la imitación es necesaria para hacerse verdaderamente personal en la expresión de los propios sentimientos e ideas, adhiriéndose cordialmente a un solo autor; y se afirmaba ciceroniano, esto es, hacía ostentación de atenerse sólo a aquel ejemplar no para ser un mono de imitación con respecto a él (según lo reprochaba Poliziano), sino para asemejársele como un hijo a su padre. Claro está que Poliziano, cual poeta original que era, con su sentimiento y fervor personal creativo, no podía permitirse el imitar a los escritores latinos *sic et simpliciter*. Pero también en la idea de la imitación defendida por Cortese había algo de verdad, si se la entiende como admirativo, paciente y amoroso acostumbrarse a un autor digno de ser tomado por modelo: si no se sabe hacer cosa mejor, es bueno sujetarse así, para la formación personal, a una autoridad segura. No otra era la enseñanza del viejo Quintiliano, quien sin embargo observaba también que si todos tuviesen necesidad de seguir constantemente un ejemplo, nunca surgiría el genio o poeta original y nadie sentiría ansia de remontarse con sus propias alas.

Otra polémica bastante más profunda que la precedente fue la que se inició en 1485, con toda cortesía, entre Pico de la Mirándola y Hermolao Barbaro. La disensión era esta vez entre la elocuencia, concebida por Barbaro como concreción expresiva y luz de humanidad, y la libre fuerza, ineliminable, del pensamiento. Veía Pico la verdad como no necesitada de ornamentación para expresarse pura y genuinamente, sin elementos extraños que la macularan, desfiguraran o disminuyeran en su verdadero ser. Ambos polemistas de-

mostraron gran agudeza en sus argumentos, por lo que su disensión sigue siendo no sólo histórica, sino eternamente instructiva.

Hermolao celebraba como necesidad esencial para el discurseante la nitidez, pureza y elegancia del discurso. Pico defendía ante todo la verdad, el pensamiento, que debe imponerse sobre las conveniencias estéticas de la palabra. Para Pico de la Mirándola, la verdad puede resaltar, manifestarse e imponerse sin necesidad de ornamentos extrínsecos, de amenidades; se contenta con un discurso sobrio. Aun con esta sobriedad el pensamiento puede ser también sublime y austero, teniendo en sí mismo su propio adorno, esto es, los medios suficientes para su propia revelación. Una sabiduría no elocuente es mil veces preferible a una gárrula estupidez (según la expresión ciceroniana). Recordaba Pico el antiguo aforismo de Catón: *Rem tene, verba sequentur* (no le faltarán palabras a quien domine la materia). Hermolao argüía que la forma es esencial al pensamiento y que también el filósofo debe saber hablar de acuerdo con su dignidad. Pico respondía que ningún hombre carece en absoluto de filosofía, esto es, de humanidad. Hermolao entiende, en cambio, por humanidad la cualidad elemental de quien sabe comunicar su propio ser a los otros mediante la palabra. Hace consistir Pico la vida del hombre en la sabiduría, ínsita en todo ser humano, prescindiendo del accidental medio de expresarse, que tanto puede ser el latín como el francés... No considera el latín como el único medio de expresarse necesario y digno. Hermolao sostiene, por el contrario, que la palabra elegante y bella posee un valor eterno como vía necesaria para la manifestación del pensamiento y de la sabiduría, y no quiere admitir que las más elevadas doctrinas, como la filosofía, la matemática y el derecho puedan separarse de la elocuencia y vivir sin los *studia humanitatis*, ya que éstos son el medio ineludible de *aperire et illustrare* las cosas con la palabra. Si no, la verdad es oscura y no se manifiesta. El filósofo, observa Hermolao, no debe despreciar la elocuencia, que es la misma diáfana claridad de la cosa, según había observado ya Petrarca contra los averroístas de Padua.

En Pico había un elemento innegablemente místico, puesto que creía que el sentimiento íntimo no siempre llega a ser expresado por el discurso. En su opinión, el pensamiento es superior a la palabra externa, que no llega a adecuársele. Era, en definitiva, adverso a los preciosismos, a los adornos superfluos, a los histrionismos de la expresión. A su vez, Barbaro exige simplemente que ésta no sea descuidada, que no ofenda la dignidad civil del hombre y que tenga tal claridad que baste para iluminar el pensamiento que

se comunica. Hácese, por ende, esencial, necesaria. Tal cualidad es precisa sobre todo al traducir de otra lengua, en la que la forma aparece esencial al contenido del pensamiento, que debe ser vertido fielmente: nada de floriturás ni pomposas suntuosidades dignas de los persas, pero tampoco un lenguaje sórdico ni cínico, sin dignidad ni decoro.

Estos son los extremos de la insigne polémica en que los dos grandes ingenios del Cuatrocientos midieron sus fuerzas críticas con toda agudeza, considerando un mismo tema cada uno desde su ángulo de visión. Puede decirse que esta cuestión no ha sido superada todavía, pues siempre resurge el doble peligro de que la expresión se convierta de artística en retórica y el pensamiento resulte oscuro o ineficaz si no se acierta con la expresión adecuada.

Llegamos ya al siglo XVI. En los estudios de estética, de crítica literaria, filológica e histórica (materias tanto más confusas entonces cuanto más difícil era la claridad en las distinciones teóricas), hace época el descubrimiento de una parte de la *Poética* de Aristóteles. Lo que en la conciencia filosófica había perdido ahora Aristóteles con respecto al Medievo, al ir siendo sustituido, desde el Cuatrocientos, su dominio por el de Platón y el neoplatonismo (baste con pensar en Pico y en Ficino), lo ganaría no ya por los filósofos, sino gracias a las cabezas menos sólidas de los literatos, debido al descubrimiento de una obra suya, menos importante que las propiamente especulativas (que la metafísica, la ética, la política o la psicología), pero que produjo enorme revuelo. La *Poética,* que trata de la tragedia y de la épica y de las relaciones entre la poesía y la historia, alcanzó un número elevadísimo de comentarios y de ediciones. Aquí los retóricos se desfogaron, especialmente en Italia, el país de las discusiones lingüísticas y retóricas. Sería preciso que llegara el romanticismo para que la plúmbea masa del clasicismo codificado, a base de insistir en la miope interpretación de la poética aristotélica, pudiera ser quitada de en medio.

Para no salirnos de Italia, recordaremos sólo la siguiente serie de tratados sobre el arte poética en el Quinientos: de Daniello (1536), de Muzio (1551), de Varchi (1553), de Giraldi Cinzio (1554), de Fracastoro (1557), de Minturno (1559), de Partenio (1560); tenemos después la de Julio César Escalígero (1561), que llamó a Aristóteles *imperator noster,* perpetuo dictador de todas las disciplinas y producciones literarias.

Pero los comentarios más agudos y originales a la *Poética* de Aristóteles fueron los de Robortelli (1566-1567) y de Ludovico Castelvetro (1570). El primero fue, en cambio, el de Vida (1520), mientras que Giorgio Valla, placentino, sobrino quizá de Lorenzo, tradujo al latín en 1488 la misma *Arte poética* del Estagirita. En griego, el *Arte poética* fue impresa por primera vez en 1508, en *Rhetores Graeci*, edición Aldina.

En 1536, el filósofo francés Pierre Ramus declaró falsa la doctrina aristotélica y especialmente la estética, y en aquel mismo año publicó Trincavelli aparte esta obra con traducción latina hecha por un tal Pazzi. Mientras Ramus hablaba mal de esta edición y de la respectiva traducción latina, aseguraba Pazzi, por su parte, que los preceptos de Aristóteles estaban divinamente inspirados, lo mismo que todas las demás partes y formas del conocimiento expuestas por el «maestro de quienes saben». De aquí dimana la grandísima influencia que ejerció Aristóteles en la literatura. Y precisamente del 1536 al 1570 es cuando los italianos aceptan como si fuesen objeto de una revelación los preceptos aristotélicos de la *Poética*. Tenemos así, además de los ya mencionados, los comentarios de Trissino, de Piccolomini (1575), muy estimado de Tasso en especial por la exposición de la unidad de lugar y de tiempo, y el del Tasso mismo en sus discursos; además, los de Segni, Maggi y Vettori. Un texto griego de Aristóteles se vendía a elevadísimo precio y era muy solicitado, según los testimonios de Milton y de Bentley.

Todo se resolvía, en el fondo, en un litigio de lo más sutil sobre el concepto de *imitación:* efecto de la ignorancia de las leyes que rigen el intelecto humano, como hubo de decir Manzoni; o sea, elucubración de gentes no ejercitadas en pensar, sino llenas de retórica y muy pagadas de las vacías formas de los géneros literarios (épica, tragedia, historia, etc.), de vanos nombres sin contenido. Los cuales, no obstante, llegaban a decir a veces algo si contaban con la experiencia de algún ingenio no vulgar, como el de Robortelli, que supo interpretar la catarsis aristotélica de la tragedia de un modo adecuado a nuestras exigencias hodiernas, o el de Castelvetro, que afirmó agudamente dos cosas al comentar la *Poética* de Aristóteles: 1) que el poeta, aun tratando argumentos históricos y conocidos, puede expresar la fuerza de su estro en aquellas partes donde su mirada es capaz de mayor penetración, sin que el historiador tenga que contradecirle (en lo cual se muestra precursor de Manzoni respecto a la manera de entender la relación entre la poesía y la historia); 2) aun viendo sucumbir, en la representación trágica, al inocente, se experimenta «una grandísima y veraz delectación», porque en la

tristeza que produce la contemplación de tal injusticia se saborea el placer de reconocer en nosotros por contraste la justicia, aunque nos contristemos de que quienes son buenos padezcan desventuras, que, por lo demás, no son el mal, pues el bueno es inmune respecto al mal.

Hasta ingenios equilibrados y nada vulgares no supieron librarse del «espíritu de la época», del culto a Aristóteles y a Cicerón. Citaremos a dos de los más beneméritos: Nizolio y Vettori.

Mario Nizolio (1498-1566) escribió un *Lexicon ciceronianum*, que posteriormente fue reeditado por Leibniz (1670). Leibniz recomendó como modelo de estilo filosófico las obras de Nizolio, en el correspondiente prefacio. Facciolati lo volvió a publicar en 1734. Nizolio combatió los barbarismos escolásticos en uso y supo aprovecharse de la lengua de los mejores escritores de Grecia y de Roma.

Pier Vettori (1499-1585) es el mayor grecista italiano. Publicó en tres volúmenes las cartas y las obras filosóficas y retóricas de Cicerón. Hizo además ediciones de Catón, Varrón, Terencio y Salustio. Comentó la retórica, la poética y la política de Aristóteles, así como a otros autores griegos, demostrando amplísima cultura.

Y lo mismo que durante el primer Renacimiento, en el Cuatrocientos, pareció que, a fuerza de leer e imitar, se le pegaría al lector y se trasfundiría en él un poquito siquiera de la sabiduría antigua, así también en el Quinientos hubo una afición extraordinaria a teorizar y litigar en torno al concepto de imitación. Pero una cosa es leer para contagiarse de la potencia espiritual del escritor, y otra muy distinta clasificar sus peculiaridades expresivas para imitarlas formalistamente, y peor aún creer que sobre la imitación puedan darse normas. Había comenzado el secular clasicismo retórico que duraría hasta el romanticismo.

La lengua vulgar, el italiano, ya no infante sino adulta en el siglo XIII, tuvo necesidad de que Dante la defendiera (en el *Convivio*) para que se la considerase digna y capaz de expresar los más elevados pensamientos y los sentimientos más nobles, los realmente sentidos en lo inmediato de la interioridad, sin ejemplos antiguos ni precedentes que imitar. También después de Dante se la siguió considerando como inferior, de suyo, al ilustre latín literario, hasta tal punto que en el Cuatrocientos un gran artista y escritor en prosa, León Bautista Alberti, propuso el *certame coronario* para premiar en un concurso a quien mejor escribiese algo sobre la amistad en lengua vulgar (y nadie fue digno del premio). De manera que, en los ingenios propensos al raciocinio, la idea de la imitación, antes que práctica y estilística, se convirtió en gusto y manía de teorizar, de dar nor-

mas a los escritores según los dictámenes retóricos atribuidos al «maestro de sabios» y a los tratadistas latinos de retórica (Cicerón, Horacio y Quintiliano). No se cayó en la cuenta de que el genio, que a sí mismo se dicta leyes con su proceder, no puede recibirlas de quien carezca de inspiración.

Este clasicismo fue el que dio origen en el siglo XVI a los muchos comentarios a la *Poética* de Aristóteles, recién descubierta entonces, entre los cuales sobresale, por la originalidad de su concepción estética, una sola obra: el *Naugerius* de Girolamo Fracastoro, médico de Verona, ilustre en la historia de la medicina por haber descubierto el concepto científico del contagio que hace de él fundador de la patología moderna, y también autor del bellísimo poema latino *Syphilis*.

5

El pensamiento animador de la filología renacentista

La fuerza animadora del humanismo se compendió en la idea de conquistar para el hombre un nuevo continente mediante la revivificación del pasado clásico, que refulgía en la memoria para dar valor a sus obras, a su libertad y a su voluntad. Los literatos ponen este nuevo sentido del valor del hombre en las letras; otros, en la virtud del pensamiento. Así, la *humanitas* del hombre, su calidad civil, deriva, según Leonardo Bruni, toda ella de esta fuente de elevación y de perfeccionamiento que constituyen los estudios literarios y filosóficos: *studia humanitatis*. Toda una serie de estudiosos de los siglos XV y XVI exalta este concepto de la dignidad del hombre y de su superioridad sobre la naturaleza: en Italia Coluccio Salutati, san Bernardino de Siena, León Bautista Alberti, Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola, Manetti, Giordano Bruno, Campanella; en Alemania Nicolás Cusano y en España Hernán Pérez de Oliva y Elio Antonio de Nebrija, en las universidades de Salamanca y de Alcalá, son mantenedores elocuentes y convencidos de esta nueva concepción del valor del hombre y de su potencia, instauradora del *regnum hominis*, reino que se alza sobre el de la naturaleza, por encima de la cual, según lo dijo ya Cicerón, viene como a crear una segunda naturaleza *(quasi alteram naturam efficere conamur)*.

Sin esta idea animadora, explícita en algunos (como los recordados en el párrafo anterior), sobreentendida y latente en otros, no habrían acontecido, en el Cuatrocientos y en el Quinientos, los progresos que hizo el estudio detallado de las letras antiguas. De aquí surgió en algunos la idea de que los antiguos somos más bien nosotros, puesto que estamos cargados de ciencia y de la sabia expe-

riencia legada por los siglos, y de que la verdad es hija del común trabajo de los hombres, de la labor solidaria y cooperante de las generaciones *(veritas filia temporis)*. De donde la importancia del pasado y la necesidad de estudiarlo y conocerlo para afirmarse en el presente. Y de aquí también la idea del progreso.

Los humanistas más profundos son conscientes de que el estudio del pasado no se debe hacer simplemente con miras a reflejar de un modo pasivo una edad pretérita, por espléndida y admirable que hubiese sido, sino para ir más allá de donde ella llegó en todos los campos y enriquecernos y realizar progresos con nuestro esfuerzo. Las enseñanzas de los antiguos se han de revivir, observaba Ficino. Leer no es otra cosa que estimular la actividad interior. Quien lee o escucha va a menudo más allá del pensamiento de aquel autor, e indagándolo lo perfecciona en virtud de su fecundo poder mental.

Naturalmente que los filólogos de los siglos XV y XVI no poseían de un modo explícito este concepto de la continuidad histórica y del progreso, tal como lo expresaron los filósofos y los más agudos literatos del Renacimiento. Pero muchos de ellos, amantes de lo antiguo, la filología, o estudio preciso de los textos, la sienten y ejercitan como potencia de la actividad investigadora gracias a la cual la mente humana puede descubrir en el pasado nuevos motivos verdaderos, porque el tiempo (lo había dicho ya santo Tomás) coopera bien a los descubrimientos.

De todos modos, con el estudio del pensamiento y de la belleza antiguos, se reconocía de hecho el valor del clasicismo, porque se tenía conciencia de que de él derivan nuestra formación mental y nuestra cultura, merced a la cual estamos hoy más capacitados para superar a los antiguos con nuestra laboriosidad y meditación sobre los textos.

Examinemos ahora las ideas de algunos de los estudiosos más conscientes para ver cómo se configura en ellos la relación entre el pensamiento y la erudición literariofilológica. Nos interesan en especial Mureto, Erasmo, Campanella y Naudé.

Con Marco Antonio Muret (Muretus o Mureto), estudioso de la Antigüedad (1526-1585), nacido en Francia pero que vivió en Italia durante los años más fecundos de su actividad, enseñando en Venecia, en Padua y en Roma, llegamos al punto en que la idea de la imitación humanística y de la erudición anticuaria parecen convertirse en *inteligencia histórica* de los escritores, pues la filología, la

retórica y la cultura clásica aparecen dominadas por un interés más profundo o, mejor dicho, por múltiples intereses que son la raíz del contenido de aquellos textos que Mureto lee e interpreta. Comentó desde su cátedra a los principales autores griegos y latinos, exponiendo en las respectivas prolusiones sus ideas acerca de la historia, la elocuencia, la poesía, la retórica, la ética, la jurisprudencia y la vida civil y política. La variedad de los autores interpretados dio ocasión a su multiforme ingenio de hacer valer su polifacetismo y sus múltiples intereses humanos y culturales. En 1784, el gran filólogo holandés Ruhnken hizo una edición completa de sus escritos en cuatro volúmenes (el titulado *Variae Lectiones* contiene los estudios filológicos), alabando su latín literario como límpido, desenvuelto, elegante e independiente de cualquier modelo. Mureto abandona también la vieja idolatría ciceroniana y alaba las obras de cuantos se esfuerzan por quitar de los libros antiguos errores y dificultades.

Distingue él la *eruditio,* necesaria para comprender a los escritores y explicarlos en sus diversos aspectos históricos, de la *emendatio* o técnica filológica ordenada a librar de oscuridades e incertidumbres los textos antiguos.

Será conveniente que recalquemos aquí los principales pensamientos que tuvo ocasión de exponer en sus introducciones a Homero, Cicerón, Virgilio, Salustio, Séneca y Tácito. También él, como Budé, exalta la importancia de la cultura literaria para el orden civil: *vis praecipua litterarum in republica.* Así, pues, la palabra no es menos necesaria en el orden de la convivencia que en el del conocimiento. De ahí que importen ante todo su rectitud y su autenticidad. Pero a continuación advierte que es preciso mostrar el valor de las letras con respecto a las demás partes del saber. Según sea el autor que tenga en sus manos y haya de interpretar (orador, filósofo o historiador), celebrará Mureto la elocuencia, la filosofía, la historia, etc., penetrando en la mentalidad de ese autor y concibiendo siempre como inseparables el contenido y la forma expresiva, por cuanto mutuamente se apoyan y fortalecen.

He aquí algunos de los temas que tratan sus prolusiones:

Al interpretar la *Eneida* siente la necesidad de discutir cuál sea la genuina naturaleza de la poesía, y la define como un «furor divino», teniendo en la mente el pensamiento de Platón (diálogo *Ion)* y de Cicerón *(Pro Archia).* Afirma en tal ocasión la espontaneidad creadora de la poesía, combatiendo la presunción de los gramáticos que se creen que enseñan a hablar: «Los hombres hablaban correctamente antes de que naciesen los gramáticos», y la facultad de hablar bien no proviene de sus preceptos, sino que son éstos los

que provienen de las observaciones hechas por los gramáticos considerando a los que hablaban bien. Asimismo los jurisconsultos dicen que «el derecho no nace de las reglas, sino éstas del derecho» (1579).

Apresándose a interpretar la salustiana *Conjuración de Catilina,* pone de relieve el carácter concreto de la historiografía distinguiéndola de la relación de los asuntos privados y de las biografías de personajes particulares. Concibe, no obstante, la historia como percepción de lo particular: *historiam non vocari nisi particulatim ad singula veniatur;* si interesa al hombre y a los jóvenes, es por ser la disciplina que toca más de cerca a los intereses de la mente humana en su totalidad. En virtud de ella vivimos la vida de muchas generaciones, nos valemos de una experiencia que no se puede obtener directa o experimentalmente, dada la brevedad de nuestro existir. En virtud de la historia somos como un solo hombre ideal que vive muchos siglos, haciéndose propias las vicisitudes y experiencias de la humanidad a lo largo de tantas generaciones. Esta concepción le fue sugerida probablemente por Séneca quien, en el *De brevitate vitae* (caps. XII-XIV), expresó agudamente por primera vez la idea del progreso intelectual y moral de la humanidad.

Hace también Mureto sus reservas acerca de la diferencia aristotélica entre poesía e historia, según la cual la poesía es más severa y filosófica que la historia. La historiografía romana se adecua, para él, a la grandeza de su contenido objetivo: *scriptorum praestantia rerum magnitudinem adaequavit.* Fue la grandeza objetiva la que suscitó la excelencia de los historiadores.

La sensibilidad que demuestra al observar la importancia que tienen para la educación la forma y el estilo de los escritores le permite responder con agudeza a la gravísima objeción que ponen quienes tachan de excesivo el tiempo dedicado a aprender las lenguas antiguas, mientras que en vez de ellas se podrían aprender tantas cosas útiles. Ciertamente, él sintió también que la cultura literaria de su época habría debido abarcar además (si no principalmente) el conocimiento de los escritores modernos (italianos y extranjeros). Ya Coluccio Salutati había insistido dos siglos antes en la importancia de las lenguas neolatinas que señalaban el comienzo de la nueva vida espiritual de los pueblos salidos de la barbarie de la Edad Media y que iban formando, con las naciones germánicas, la nueva cultura europea.

Ha de responder, pues, a quien le pregunta por qué tienen que aprenderse dos lenguas muertas y sepultadas desde mucho tiempo atrás (en vez de las modernas), siendo así que contamos con buenas traducciones de todos los escritores griegos y latinos. Es ésta, en

sustancia, la objeción que le ponía Pico de la Mirándola a Hermolao Barbaro, considerando la lengua como un impedimento inútil y peligroso, porque es fácil que degenere en preciosismo, histrionismo o retórica, dejando de responder a lo esencial del pensamiento. Replica certeramente Mureto que las lenguas son como los sagrarios *(sacraria quaedam)* o templos en que se encierran y guardan las disciplinas aprendidas. No se debe menospreciar la forma como se expresaron los autores, pues revela la mentalidad de los mismos, que es lo que nos debe nutrir. Sólo mediante la lengua originaria se penetra en el pensamiento de los escritores aprehendiéndolo en su concreción viva, esto es, en su verdadera individualidad y en la precisa situación histórica en que ellos vivieron. Pero se objetará: ¿Para qué se ha de perder tanto tiempo estudiando la escritura morfológica y sintáctica de las lenguas antiguas con el único fin de hacerse con el pensamiento de los autores? Mureto trata de demostrar que el saber debe ir a beberse en sus fuentes lingüísticas e históricas, ya que sólo así puede entrar en nosotros el espíritu de la nación y del autor. La personalidad viva de los escritores es, según Mureto, inaprehensible fuera de la lengua original en que pensaron y se expresaron comunicándonos su propio ser.

Es ésta (notémoslo) una justificación más profunda que la que hoy son capaces de dar los defensores del latín, porque Mureto no se refiere a la estructura gramatical ni piensa en que el latín habitúe a razonar, como suele decirse, sino que se fija únicamente en el espíritu y en la importancia del contenido de los escritos antiguos. Es consciente de que la palabra original, por las muchas vibraciones que puede suscitar, resulta una incomparable promotora de la certidumbre espiritual y de la formación mental concreta, proporcionando unos conocimientos no meramente abstractos sino también emotivos. Sólo así se hace el saber verdaderamente histórico, puesto que los griegos y los romanos son un eslabón ineliminable en la sucesión histórica de la civilización humana. En la percepción del vínculo necesario entre lengua y pensamiento, en la necesaria historicidad del saber, en la imprescindible literalidad del conocer, es como se ha de revivir el mundo de los escritores, porque forma parte de la historia de la que somos hijos. Su grandeza y su individualidad históricas, únicas e incomparables, nos son necesarias, en un sentido riguroso y total, para formar nuestra mentalidad y nuestra conciencia. No podemos prescindir de ellas, por el hecho mismo de que aquellos autores nos han precedido, de que aquellas conciencias han existido con anterioridad a las nuestras. Debemos, por eso, enriquecernos de su ser con la ayuda de los documentos en

que se contiene, introduciéndolos en el círculo de nuestra existencia espiritual, que quedaría pobre y truncada si los ignorásemos o fingiéramos poder prescindir de su conocimiento. Los escritores griegos y latinos levantaron con sus obras un monumento luminoso, eterno, de su espíritu y, a la vez, de las civilizaciones de que son exponentes. Aprender de ellos las elegancias del lenguaje junto con su sabiduría concreta es el más acabado provecho que se saca de su lectura y que consiste en la inseparabilidad de persona e historia, individuo y pueblo, forma y contenido. Elementos que, si el lector los adquiere simultáneamente, promueven en máximo grado su cultura y su personalidad, por el hecho de derivar de la misma fuente: *verba et cognitio utraque ex iisdem fontibus eodem tempore haurire licet.* Esta observación es una prueba de la gran inteligencia de Mureto.

Ciertamente, Vico, en el *De ratione* o «Método de los estudios de nuestros tiempos comparado con el de los antiguos» demostrará mejor (1708) la concreción de la cultura clásica antigua y la fuerza de las lenguas concebidas como «el vehículo por el que se trasfunde en quien las aprende el espíritu de las naciones» (1732). Pero no podemos negarle a Mureto, que pasó de Francia a Italia huyendo de persecuciones y acusaciones —no sabemos en qué medida fundadas—, la aspiración a una universalidad europea, basada en la cultura latina, que es tan apta para conferir la ciudadanía del mundo. En Italia valorizó su vasta cultura y sus múltiples intereses informándolos del espíritu y de los ideales del Renacimiento, sintiéndose hombre de su época, hasta el punto de que recibió el público encargo de celebrar en Roma, en 1571, la victoria de las armas cristianas sobre los turcos en la histórica batalla de Lepanto, cosa que hizo dignamente en una elocuente oración latina.

Erasmo de Rotterdam (1466-1536) se sale de los límites de la filología y de las fronteras de Holanda, elevándose a una significación europea de cultura civil y de ciudadanía cosmopolita. Pero entra también dentro del campo de nuestro tratado por su gran experiencia como lector e intérprete de textos antiguos. Tuvo una multiforme experiencia moral e intelectual. Es, entre otras cosas, significativa su actitud hacia la Reforma y hacia la Iglesia. Favorable al principio a Lutero, se separó de él cuando se dio cuenta de lo incivil de las violencias en que incurría el fraile sajón, rebelde a Roma y, a la vez, sometido a los príncipes tudescos y al

poder político, subvertidor del orden en la comunidad religiosa europea. Erasmo es famoso asimismo por su *Elogio de la locura* y por el *Ciceronianus,* obra ésta en la que combate la manía de quienes procuraban imitar servilmente al gran orador antiguo hasta en las más mínimas expresiones verbales, tanto que consideraban, por ejemplo, disparatado escribir la forma verbal *laudavissemus,* si en esta persona, la primera del plural del pluscuamperfecto de subjuntivo, no la hubiese usado nunca el escritor romano. Escribió también el tratado *De ratione studii* (1511), en el que el instrumento de la palabra tiene precedencia como aprendizaje inicial, pero el contenido es juzgado como más importante que la expresión: *cognitio verborum prior, rerum potior est.* Una vez procurada la facultad del discurso, si no sobreabundante, al menos digna y suficiente, en seguida debe empeñarse el ánimo en llegar al contenido *(ad rerum intelligentiam).* El filólogo debe tener múltiples conocimientos de las más diversas disciplinas: de geografía, historia, botánica, etimología, numismática, astronomía, ciencias naturales... Ninguna materia, ninguna disciplina o noticia le sobra a quien quiera explicar los poetas y los oradores: tiene que conocer desde la vida militar hasta cuestiones de música, de agricultura o de arquitectura. Todo lo escible puede servir para explicar los autores. Ya estaba aquí latente el futuro programa de la filología poligráfica francesa.

Erasmo llama «héroes» a Barbaro y a Poliziano, a quienes halla de acuerdo con él en su libre anticiceronianismo, con vistas a denigrar la cobardía literaria y moral de tantos coetáneos que se repantigaban como parásitos a la sombra de una gran figura. Publicó el Nuevo Testamento en 1516 y un tratado sobre la pronunciación del griego. Fue atacado por Robortelli por cuestiones filológicas, así como por Escalígero el Viejo, que le llamó «parricida» por no ser bastante ciceroniano. Erasmo respondió con un silencioso desprecio.

Tomas Campanella (1568-1639) se burla de los gramáticos que malgastan su tiempo *in grammaticando et rhetoricando,* complaciéndose en insertar alguna que otra palabra griega o hebrea en sus disertaciones para pasar por maestros de sumo saber lingüístico y acicalando sus discursos *(decorant fuco).* Después de Pico de la Mirándola y de Mureto, esta figura de héroe mártir de sus convicciones religiosas, políticas y filosóficas, es también inconfundible con los literatos humanistas de su siglo en cuanto que no admite en el discurso nada que sea superfluo o suprimible, exigiendo sólo propiedad y claridad en el lenguaje, espejo de la verdad. Cuando falta la forma antigua de algún vocablo no se debe recurrir a fastidiosas

e impropias circunlocuciones, sino que se ha de emplear el vocablo nuevo, sin temor de pecar contra la latinidad. Esto les diría hoy a esos latinistas que se esfuerzan por traducir a la lengua de Cicerón las invenciones y los descubrimientos de nuestra era atómica. El vestir las propias ideas con ornamentos ajenos y ajeno estilo es falta de originalidad y actitud de aduladores cortesanos, a menos que la elegancia crezca a la par de la sabiduría, como en César, que había aprendido de los labios de su madre *tamquam naturalem sermonem venustum*. Haciendo tal excepción, Campanella venía a reconocer como algo esencial en la expresión sincera de los grandes escritores el rasgo de una elegante belleza. Pero a su amigo el alemán Schoppe, pidiéndole que leyese y corrigiese el latín de sus escritos *De sensu* y de la *Metafísica*, le recomendaba que no cambiase los vocablos puestos por él adrede, porque los latinos no podían tener vocablos adecuados para las nuevas ideas actuales, y no es lícito recurrir a obnubilantes y tediosas circunlocuciones. Con esto venía a firmar enérgicamente la inseparabilidad de la forma y el contenido, que es el único camino para evitar la vaciedad y la falsedad retórica.

En consecuencia, exalta a Dante por parecerle menospreciador de las vanas elegancias del lenguaje, y alaba a Séneca más que a Cicerón porque éste le parece que habla más a los oídos que al corazón. El verdadero sabio, el que expresa lo grande y es capaz de darlo a entender, desdeña el servirse de una *politissima oratione*. Cuando en una república logran mucho predicamento los preciosismos de la palabra, esa república empieza a corromperse. Es bajo la tiranía cuando *conditur sermo et elegans placensque redditur:* se hace ostentación de cortesana elegancia.

Confiesa que, por la lectura intensa, *verba* y *res*, forma y contenido, se fijan en él y se identifican con él tenazmente, con lo cual quiere decir que el objeto se ha trasfundido en su espíritu lleno de sugerencias y de inmediatas resonancias. Insiste en el *sensus historicus*, que es lo que constituye la intelección crítica de los autores. El sentido histórico o comentario viene a ser para él filosófico y filológico a la vez, porque la interpretación de un escritor no es sólo cuestión de forma, sino de escrutar el verdadero motivo psicológico de sus ideas y sentimientos. Despreciador de toda adhesión ciega a la autoridad de un filósofo y contrario a la filosofía de las escuelas, ensalzó el gran libro de la naturaleza y de la historia. Hay en Campanella presentimientos de verdades que más tarde expresaron Descartes y Vico. Leibniz le juzgó por eso superior a Descartes.

Para Campanella es la historia elemento esencial de la verdad. Fuera de la historia no hay salvación para la ciencia, dice, sino vana charlatanería. La ciencia «se construye sobre la historia». Cualquier verdad cuyo carácter quiera investigarse ha de ser examinada en su historia: la de la teología, la de la astronomía o la de las ciencias naturales. Hay que ver qué es lo que pensaron quienes de ella se ocuparon de intento con anterioridad a nosotros. A falta de tal estudio concreto, los espíritus se alimentan en las escuelas de viento y de vacía verborrea. La ciencia, en cambio, se forma y constituye mediante el conocimiento de las cosas concretas *(ex individuis universalia fiunt)*. Y señala las *pugnae verborum* de que se nutren las decadentes escuelas, en vez de alimentarse de verdades sustanciales.

El conectar íntimamente la historia con el pensamiento constituye ya un principio importante para la filología, porque el vehículo de tal conexión es el lenguaje. El desprecio en que tiene a la retórica por amor al hombre concreto y a su historia es un precedente de la total valoración que de las palabras hará Vico elevándola e insertándola en el orden del pensamiento y de la historia. Hasta ahora tenemos, pues, en Campanella, la afirmación de la severidad del pensamiento contra la palabrera retórica humanística; veamos en él, en su *Ciudad del Sol*, la gravedad del hombre que revaloriza el trabajo como la única medida de los méritos de cada uno.

Otro representante de la disolución del humanismo, en su sentido peyorativo o retórico, y de su sustitución por un concepto más amplio y vívido de la importancia de los estudios literarios y de su virtud educadora necesaria para formar al ciudadano, es el parisiense Gabriel Naudé o Naudaeus [Naudeo] (1600-1653), que tiene una concepción clara y enérgica del saber y de la cultura literaria, atribuyéndoles una función imprescindible en la vida humana. Cortesano, médico y bibliotecario, sintió la vinculación de las letras con la vida civil y política, lo mismo que ya la había sentido su coterráneo Budé. Naudeo piensa que también el hombre político tiene necesidad de cultura y de educación literaria, porque tiene la noción precisa de la función de las letras y el sentido histórico de la cultura, que por fuerza ha de ser literaria, en su conexión con el panorama de las diversas exigencias de la vida. Distingue, por consiguiente, de la erudición gramatical que es fin en sí misma, la cultura literaria, verdaderamente formativa, que modifica al hombre entero capacitándole para el ejercicio de la vida civil, mientras que aquélla esteriliza los ánimos de los jóvenes descarriándolos por

los terrenos de la pedantería y de las menudencias. Escribió en Italia los dos opúsculos *Syntagma de studio liberali* (1632) y *Bibliographia politica* (1633). En este último, sobre todo, habla de los libros que debe leer el político, insistiendo especialmente en los de historia porque por ellos se conocen las causas ocultas de los hechos y propósitos de quienes actúan. Como experto político escribió las *Consideraciones políticas sobre los golpes de Estado*, por las que Meinecke le dedica un capítulo en su *Historia de la razón de Estado*.

Según Naudeo, la historia, estudiada con empeño y con inteligencia educa para la sabiduría práctica. Después de haber alabado a los historiadores antiguos, cita entre los modernos como dignos de alabanza a Leonardo Aretino, a Jovio y a Guicciardini, los cuales exponen multitud de hechos iluminándolos con el juicio de sus entendimientos. En otra obra, el *Syntagma*, defiende sus ideas sobre la formación literaria de los jóvenes, elogiando al verdadero historiador, que da a conocer cómo sucedieron las cosas con todas sus circunstancias particulares, penetrando íntimamente los ánimos e inflamándolos en afán de gloria mediante la representación de heroicas hazañas. Siente lo que vale para la educación la literatura, elevando por encima de las ciencias particulares a la verdadera *humanitas*, fundamento de toda cultura. La formación de esta *humanitas* comprende el estudio de las lenguas latina y griega, de la elocuencia, la poética, la geografía, la cronología, la historia, las antigüedades *(antiquitates)*, la mitología y la crítica o *censura librorum*. Hace de la historia, de las antigüedades y de la crítica como tres círculos concéntricos, definiendo así certeramente el carácter y el ámbito de la filología clásica. Distingue entre el aprendizaje de las lenguas antiguas con finalidad cultural y el de las lenguas modernas necesarias para usos prácticos. Es adverso a que se encierre al hombre en las estrecheces de una erudición a base de minucias en materia de lenguas, y estima en mucho y da gran importancia a la poesía. Entiende que si la poesía es un don natural, como ciertamente lo es, el poeta no puede formarse con las recetas de los retóricos. Oídos unos pocos preceptos, lea el joven por sí solo los poetas y vigorice su espíritu en la atenta meditación del estro que les caracteriza. Distingue entre cuatro formas de historia: la civil, la eclesiástica, la natural y la antigua. La mente humana debe trabajar sobre lo positivo y concreto para determinarse, no debe replegarse sobre sí misma; y clama contra las furibundas polémicas de los literatos del siglo XVI. Quiere él que la crítica se ocupe no en sutiles menudencias, sino en ilustrar las razones de la belleza antigua. El baño de cultura literaria y humanística le será beneficioso también para toda la vida

al hombre político, informándole de honradez y decoro y habilitándole con ello para lograr éxitos prácticos en su carrera.

La semilla que a los futuros literatos, críticos y estudiosos de la Antigüedad les proporcionarán unos amantes de las letras antiguas tan severamente exigentes como Erasmo, Pico, Campanella y Naudé, dará frutos de severidad filológica entre los futuros intérpretes y creadores de la ciencia de la Antigüedad, porque en la historia nada se pierde, aunque sólo se recoge andando el tiempo. La historia nunca es un progreso rectilíneo, pero pone sus productos a disposición de quien sepa utilizarlos aun después de decenios o de siglos.

6

La erudición histórica y la crítica filológica durante los siglos XVI y XVII

Daremos un cuadro esquemático de los más importantes filólogos y humanistas de los siglos XVI y XVII, especialmente de Francia y de Holanda (pero también de Alemania e Inglaterra), donde la filología o estudio de los textos antiguos, sucediendo al humanismo italiano, asume un valor principalmente histórico y de polifacética erudición (en Francia) y además crítico (sobre todo en Holanda), ampliando el campo del conocimiento de los escritores por los terrenos de las cuestiones históricas y afinando en la crítica textual. Permítasenos extendernos algo más, en este capítulo y en el siguiente, sobre quienes merecen particular atención por haber expresado más explícitamente un concepto orientador del estudio filológico.

De todos modos, no hay, en rigor, una separación neta entre los eruditos de Francia y Holanda y los precedentes o coetáneos de Italia o los ingleses y alemanes de la misma época o de poco después. El pensamiento filológico circula ya por toda Europa rebasando las fronteras. Tampoco hay entre ellos una absoluta distinción cronológica, como si se tratara de diversas actividades sucesivas, aunque cada nación marca una impronta propia y da un carácter particular a su cultura filológica. Por ejemplo, Linacre y Grocyn, ingleses del siglo XV, reciben en Florencia las lecciones de Poliziano, a quien son presentados por el benedictino inglés Wilhelm Selling, el primer grecista inglés, que celebró a Italia como a madre y educadora de ingenios. Julio César Escalígero es un italiano que va a Francia a desplegar sus actividades; su hijo José Justo, protestante, enseña en Holanda; Mureto, uno de los más profundos y conscientes mantenedores del humanismo, nacido en Francia, pasa sus mejores años

en Italia, enseñando en varias universidades. Erasmo, holandés, viaja a Italia y luego a Cambridge y a Oxford. Muchos humanistas se refugian en Leiden para no ser perseguidos, mientras que Tomás Moro es decapitado en Inglaterra por haberse mantenido fiel a sus principios católicos y no someterse a su rey separado de Roma.

Suele decirse que el período francés, de carácter esencialmente histórico, sucede al período italiano, de carácter estilístico y retórico; y que el período anglo-holandés, que sucede al francés, es sobre todo crítico. Pero también éstas son designaciones acomodaticias, que sirven para describir las características generales y predominantes de la actividad filológica de un siglo o de una o dos generaciones. Tienen, ciertamente, su importancia, aunque sólo sea porque estos períodos o épocas de la filología corresponden de manera significativa, si bien por aproximación, a otros tantos y parecidos períodos históricos en el proceso del renovado estudio del derecho romano, que desde el siglo XII en adelante necesita también él del método filológico.

He aquí a los principales filólogos de los siglos XVI y XVII agrupados por naciones:

Guillaume Budé (1467-1540), francés, con sus anotaciones a las *Pandectas* abrió una nueva era en el estudio del derecho romano, escribió el *De Asse,* aclaró la terminología legal de los griegos y de los romanos, escribió los *Commentaria linguae graecae* y el librito *De Philologia,* donde en un diálogo entre él y el rey quiere demostrar la importancia de las letras para la república y para la sociedad a fin de consagrar su público reconocimiento. Fue autor también de una disertación titulada *De transitu Hellenismi ad Christianismum,* en el que ensalza a la filosofía griega como preparación para el cristianismo y defiende los estudios helénicos contra la acusación de herejía. Escribió en francés el tratado *De l'Istitution du prince,* demostrando que también los reyes están obligados a amar las letras y las disciplinas liberales urgidas entre ellos por la *philologia.* Recalcó la utilidad de la alianza entre el estudio del griego y el espíritu cristiano. Débese a Budé el que el primado de la filología pasase de Italia a Francia, así como con Erasmo se difundió en general desde Italia por toda Europa la cultura clásica.

Aprendió la lengua griega de Láscaris, llegando a ser uno de los

más impuestos helenistas de su época. Ocupó cargos públicos, fue secretario y bibliotecario de Francisco I de Francia; fue también embajador en la corte de León X. Aconsejó la fundación del Colegio de Francia, núcleo inicial de la Biblioteca Nacional de París.

M. A. Muret (1526-1585) estudió a Cicerón y a Terencio, fue profesor de Montaigne en Burdeos, donde enseñó filosofía, historia, pedagogía y teología. Hubo de pasar a Italia en 1554 huyendo de ciertas acusaciones. Estuvo en Venecia, en Padua, en Ferrara y en Roma. Escribió en elegante prosa y también en verso y publicó ediciones de Cicerón, Séneca y Tácito; comentó además el Digesto. Lo mismo que Budé y que otros franceses fue, a más de filólogo y buen prosador latino, jurista. Comentó también a Ronsard, cuya importancia artística acertó a discernir.

Denís Lambin [Lambinus o Lambino] (1520-1572) murió aterrorizado en la noche de san Bartolomé (24 de agosto de 1572). Fue profesor de griego. Pasó dos veces a Italia. Comentó a Horacio, Lucrecio, Cicerón y doce comedias de Plauto. Tradujo al latín la *Etica* y la *Política* de Aristóteles. Escribió sobre la utilidad del griego y el método de estudiar los autores antiguos y de traducir del griego al latín. Hizo una edición de Horacio y otra, magistral, de Lucrecio, basándose en cinco manuscritos y demostrando que Lucrecio fue un escritor elegantísimo, purísimo, lleno de ornato y de gravedad. Pretendía haber enmendado 800 pasajes de Lucrecio, y su edición fue calificada de óptima por Munro, especialista inglés en Lucrecio del siglo XIX. Mureto le ayudó a descifrar algunos manuscritos lucrecianos, bien que Lambin acusara después a Mureto de haberse apropiado observaciones suyas para sus *Variae lectiones* (editadas por Ruhnken en 1784).

Pierre Ramus (1515-1572) ocupó la cátedra de elocuencia en París. Combatió la autoridad de Aristóteles. Como protestante, fue víctima de la noche de san Bartolomé.

Adrián Turnebus (1512-1565) enseñó griego e hizo crítica sobre textos griegos. Publicó a Esquilo y a Sófocles con los *scholia* de Triclinio. Comentó a Varrón, a Plinio el Viejo y el *De Legibus* de Cicerón. Su doctrina era amplia y segura, sobre todo como especialista de la crítica textual griega. Montaigne, que le conocía, habló de él con admiración.

Robert Estienne (Sthephanus) (1503-1559) pertenece a una familia de tipógrafos franceses que hicieron importantes ediciones de los clásicos grecolatinos e imprimieron diccionarios hechos por ellos mismos. Las actividades de esta familia van desde 1502 hasta 1664 en París y en Ginebra. Los nombres de estos libreros, editores y

filólogos son: Enrique I; Roberto I —que es el ya citado— discípulo de Láscaris y el más incansable propugnador de lo helénico. Fue nombrado tipógrafo regio por el rey Francisco I. Estampó 40 ediciones: críticas de los clásicos latinos, de gramáticos y de diccionarios. Escribió el *Thesaurus latinae linguae.* Litigó con los teólogos católicos y, refugiándose en Ginebra, en 1550 se hizo protestante. Carlos escribió un *Thesaurus Ciceronis;* Enrique II fue helenista, se ocupó de Anacreonte y escribió un *Thesaurus graecae linguae:* obra fundamental para la lexicología, donde, estudiando las dos lenguas francesa y griega y comparándolas, sacó la conclusión de que no hay ninguna lengua tan afín al griego como la francesa. Exaltó su lengua nacional contra los que elogiaban entonces por cima de todas la italiana. Otros descendientes fueron Roberto II, Enrique III y Antonio.

Gabriel Naudé, parisiense (1600-1651), fue hombre político y tuvo el cargo de bibliotecario. Por voluntad de Mazarino reunió en diez años una biblioteca que llevó el nombre del gran ministro francés. Pasó a Italia, donde trabó conocimiento, en Roma, con Campanella. Fue hombre de amplísima visión. Acabó su vida en Estocolmo.

P. Daniel Huet (1630-1721). Fue preceptor del delfín, junto con Bossuet. Dirigió las ediciones de los clásicos *in usum Serenissimi Delphini;* obispo desde 1689, tuvo amistad con todos los hombres más cultos de Europa, entre ellos con Leibniz. Habiendo pasado a Suecia, a la corte de la reina Cristina, descubrió allí en 1652 un códice de Orígenes, cuyas obras exegéticas publicó. Escribió *De interpretatione* y un tratado sobre los orígenes de las lenguas romances. Su misticismo le inspiró un tratado sobre la debilidad humana, contra el racionalismo imperante en su época. Fue también elegante latinista y grecista, autor de *Carmina latina et graeca.* Escribió además sobre cuestiones religiosas y teológicas, mostrándose adversario de la filosofía cartesiana por ser ésta contraria a la cultura literaria, y dejó apuntes para escribir la historia del cartesianismo. Propugnaba la concordia entre la razón y la fe. Fue humanísimo conversador. Sus cartas dan precioso testimonio del nivel intelectual alcanzado por la sociedad de su tiempo.

Charles du Cange (1610-1688) representa el paso de la filología erudita del siglo XVII al moderno historicismo erudito del XVIII. Tuvo una cultura extensísima, una erudición pasmosa. Se ocupó de historia, geografía, derecho, heráldica, numismática, epigrafía y paleografía griega y latina. Consultó innumerables manuscritos para elaborar sus léxicos. Compuso el mayor glosario del latín medieval,

publicado (1678) en tres volúmenes en folio y, diez años después, el correspondiente glosario del griego medieval, en dos volúmenes. No obstante, escribía en elegante latín clásico. Compuso también una *Historia bizantina*. Este sabio, que fue acaso el mayor lexicógrafo francés, fue amigo de Mabillon y tuvo, como él, un temperamento sociable y una sincera piedad religiosa.

Erasmo (1466-1536) escribió en 1529 el tratado *De pueris statim ac liberaliter erudiendis*. Hizo una edición de Terencio y otra de Orígenes. Latinizó con amplitud de criterios, sin imitar a Cicerón. Editó también a Plauto, Virgilio, Horacio y César; y, de los griegos, a Luciano, Demóstenes, Heródoto y Aristófanes. Publicó obras de Séneca, Suetonio, Plinio el Viejo, Terencio y el *De Officiis* con profusión de anotaciones. Enmendó los textos de san Ambrosio y san Agustín. Ejerció grandísima influencia en toda Europa con su estilo satírico y sus críticas a príncipes y sacerdotes; renovó el estilo y la sintaxis latina librándolos de la pesadez medieval; en 1528 publicó el *Ciceronianus*.

José Justo Escalígero (1540-1609) enseñó en Leiden, y se hizo protestante. Tuvo gran influencia en la cultura del tiempo; demostró una memoria y un saber enormes, sólo comparable este último al de Erasmo; fue equiparado por Niebuhr a Leibniz. Conocía el griego a la perfección, tanto que podía poner en griego los textos latinos. Entendía el latín arcaico. Superó el método de la crítica textual hasta entonces empleado, colmando las lagunas del manuscrito incompleto de Horacio, del que, con genial adivinación, hizo una edición muy valiosa. Estudió también inteligentemente a los elegíacos romanos; llenó las lagunas de los textos mutilados; trató de hacerse con el arte de la poesía elegíaca al estudiar sobre todo a Propercio. Su mérito indudable es el de haber sido el fundador científico de la cronología, que ha hecho posible toda la moderna ciencia histórica. Conocedor de los idiomas orientales, confutó en su libro «Sobre la reforma de la cronología» (1583) la reforma gregoriana del calendario, y 23 años más tarde, o sea en 1606, publicó el *Thesaurus temporum*, en el que editó todas las antiguas cronografías accesibles, revisadas críticamente, estudiando con gran penetración la *Crónica* de Eusebio, que reconstruyó con ayuda de los textos derivados de ella. Y colocó a Dionisio el Areopagita no ya en la edad apostólica, sino en el siglo v d. de J.C. Hubo de sostener por ello grandes disputas con los eruditos católicos, siendo calvinista. Hizo también una edición del poeta astronómico Manilio, con pleno conocimiento de la materia. Además puede considerársele como fundador de la epigrafía

científica, pues recogió muchas inscripciones griegas que le sirvieron también para el *corpus* de las inscripciones latinas.

Estudió José Justo Escalígero el derecho romano bajo la dirección de Cuiacio, quien en su comentario al Digesto aceptó explícitamente algunas correcciones hechas por su discípulo. Publicó los *Catalecta* de Virgilio (1573). Hizo ediciones de Ausonio, Festo, Catulo, Tibulo y Propercio. Estimó frívola la imitación del latín de la que fue tan devoto su padre, el cual, Julio César Escalígero, había fijado los cánones del clasicismo con el *De causis linguae latinae* y la *Poética,* abriendo así el camino al racionalismo retórico de Boileau.

Gerardo Voss (1577-1649), profesor de elocuencia en Leiden y de historia en Amsterdam, escribió el tratado *De Philologia,* expresión de la tendencia del siglo a la erudición polifacética, asignando a la filología cuatro partes: gramática, retórica, métrica e historia. División más completa es, para él, la que distingue entre la doctrina de las palabras y la doctrina de las cosas. La segunda es cuádruple, abarcando la historia natural y humana, la fantasía (poesía), la razón (filosofía), y la revelación (teología). El *sermo* o la palabra es vehículo de doctrina y comprende la gramática, la retórica y la poética, que tienen caracteres formales, por lo que le parece más precisa y fundamental otra división de lo escible en *polymathia,* filosofía y elocuencia, correspondientes a los estudios de la lengua, de la sabiduría y de la oratoria. Distingue entre las diversas maneras como tratan la historia el filólogo y el filósofo. Al primero bástale con conocer los hechos con miras a entender a los escritores; el segundo, en cambio, el filósofo, ve en la historia el espejo de la divina Providencia.

Viejos prejuicios alternan en Voss con su amplitud de visión y se hallan en él indicios de cierta novedad dentro del ámbito de las ideas de su época. Discute también el problema, tratado ya por san Agustín, de si los estudios liberales ayudan o no a la religión. Exalta los estudios literarios como un don de Dios, advirtiendo que no se puede subir a la consideración de los asuntos elevados sin pasar antes por la gramática. Recalca la idea de que las disciplinas deben estudiarse conjuntamente.

Fue de los primeros en ocuparse de la historia de la literatura, y publicó en 1624 el *De historicis graecis* y en 1627 el *De historicis latinis.* De los poetas griegos y latinos se había ocupado ya el ferrarense Lilius Giraldus, a quien se remite Voss en tan útil como difícil asunto. En su tratado sobre los historiadores latinos llega hasta la época de Carlomagno, y analiza los estilos de Catón, César, Salustio y Tito Livio; denuesta contra los que sólo miran al estilo de los escri-

tores y, al hablar del diálogo *De Oratoribus*, dice que tiene sabor a cosa de Quintiliano más que de Tácito, observando que este segundo es, en los *Anales, concisior* y en las *Historias, uberior*, y que en estas últimas están expuestas con más vigor las causas de los acontecimientos.

Entre los estudiosos holandeses dedicados al examen de la Antigüedad, en el siglo XVII no se debe callar a Hugo Grocio (1583-1645). Escribió buenos versos latinos, hizo ediciones, comentarios y traducciones de autores clásicos. Pero su fama principal la debe a haber sido uno de los iniciadores del derecho natural internacional con su obra *De Iure belli et pacis*, en la que a partir de textos antiguos supo idear su nueva concepción del derecho que habría de despertar la conciencia cívica e internacional de su época. Las experiencias religiosas y políticas de su tiempo le impulsaron a pergeñar un nuevo derecho interno e internacional, derivado en gran parte de Platón, de Cicerón y de los jurisconsultos romanos: un nuevo derecho natural que le hizo propugnar la paz y el entendimiento entre los pueblos, la unidad moral y jurídica de Europa sobre la base de la común civilización cristiana, desgarrada entonces también por las guerras y las persecuciones, promoviendo de este modo el espíritu de libertad y de tolerancia. Perseguido por motivos religiosos aun en su libre Holanda, pues le acusaron de arminianismo, sufrió prisión. Dio consejos al legado del rey de Francia, Benjamín Mauer, sobre el método de los estudios literarios como educadores del espíritu (1615), poniendo a Eurípides y a Demóstenes, a Terencio y a Horacio, a Cicerón y a santo Tomás como autores principales para educar la fantasía y los sentimientos morales y cívicos. En Grocio está implícita la idea de que sin cultura literaria, que se remonte a sus fuentes clásicas, es imposible sentirse incitado a ninguna concepción, a ningún pensamiento nuevo, así como influir en los demás.

En el siglo XVII y a comienzos del XVIII, la filología holandesa tuvo su centro en la universidad de Leiden, entonces fundada (1575), que atrajo en una primera época a los humanistas perseguidos por sus libres opiniones religiosas. Pero allí enseñó también un católico de gran valía, Justo Lipsio (1547-1606), quien contribuyó, con su crítica textual y su exégesis, al profundo conocimiento de Tácito, del que hizo dos ediciones. Restableció además el texto de Séneca. Escribió disertaciones sobre el ejército romano y sobre los anfiteatros. Se le llamó el Varrón holandés y oráculo de la universidad, especialmente por la inmensa erudición demostrada a propósito de Tácito en el dominio de toda la historia y de las antigüedades romanas. Hizo también apreciables ediciones de Valerio Máximo y de Veleyo Pa-

térculo, mostrándose extraordinario conocedor de la edad de plata. El griego no lo dominaba tanto.

Isaac Casaubon (1559-1614), de origen francés, enseñó en Holanda. Puso notas a Teofrasto Ateneo y Persio. La edición de este último no ha sido aún superada. Compuso un tratado sobre la poesía satírica, y una Introducción a Polibio que le sirvió de ocasión para esclarecer importantes cuestiones sobre la evolución de la historiografía griega. En esta época contaba Francia con gran número de eminentes eruditos, mientras que Italia se distinguía con los trabajos de algunos humanistas, como Pietro Vettori, que enseñó latín y griego en Florencia en 1538 y conocía muy bien el griego.

Al ulterior desarrollo de la filología sirvió de especial estímulo la Contrarreforma, que, no obstante, hizo que en Italia retrocediese el griego, a pesar de haber sido la lengua antigua de la Iglesia, es decir, la de los cuatro evangelistas y la de san Pablo. El griego pasaba por ser la lengua de los herejes, según lo escribió un fanático teólogo: porque Lutero, para su nueva interpretación de la fe, había apelado a los citados textos griegos.

Juan Meursio (1759-1639) enseñó historia y griego en la universidad de Leiden y después marchó a Dinamarca. Reunió sus estudios en el *Thesaurus antiquaritatum Graecarum,* editado por Gronovius y por Grevius.

Daniel Heinsius (1580-1655), admirador de José Justo Escalígero, que le dejó en herencia su biblioteca, le exaltó en tres oraciones sobre Aristóteles en relación con la *Poética* de Horacio. Su edición es la única aportación a la crítica y al comentario de esta obra que se ha producido en Holanda. Se ocupó también de la estructura de la tragedia, comparando las de los griegos y las de Séneca. Su obra sobre este particular se difundió por Francia e influyó en Racine y en Corneille.

Claudio Salmasio (1588-1663) fue hijo de un ardiente hugonote francés. Tuvo por maestros a los calvinistas Casaubon y Gottofredo. Sucedió en Leiden a José Escalígero, y descubrió en Heidelberg la *Antología Palatina.* Editó a los escritores de la Historia Augustea con notas de Casaubon. Escribió las *Exercitationes plinianae.* Se ocupó en cuestiones de derecho ático y romano, de la lengua helenística, *De re militari romana* y también de teología. Publicó el *De pallio* de Tertuliano, de aquel apologista cristiano tan severo con las mujeres. Defendió al rey Carlos I de Inglaterra contra Milton. Gozó de la estima y de los elogios de Grocio y de Gronovius, quien le llamó el Varrón y el Eratóstenes de su ciudad.

Jacobo Gronow (1611-1671), filólogo amigo de Grocio. Trató en

La Haya a Vossio, a Heinsio y a Salmasio. Visitó las bibliotecas inglesas estudiando los códices de los autores latinos conservados en ellas. Fue también a Italia, donde estudió con gran entusiasmo en las bibliotecas de Florencia, Pisa, Roma y Venecia, encontrando en ellas tesoros de noticias. Editó a Plauto, Tácito, Tito Livio, Séneca, Estacio, Salustio, Plinio el Viejo, Fedro y Marcial. Ocupándose de numismática polemizó con Salmasio. Tuvo el mérito de publicar por primera vez, en 1663, el *De iure belli et pacis* de Grocio.

Nicolás Heinsius (1620-1681), hijo único de Daniel. Recorrió muchos países de Europa con cargos diplomáticos. Hizo ediciones de Claudiano, Ovidio, Virgilio, Prudencio y Valerio Flacco. Sus estudios de crítica textual fueron reunidos en un volumen por Pedro Burman y todavía son válidos. En su tiempo se le llamó el salvador *(sospitator)* de los poetas latinos.

Juan Grevio (1632-1703) tuvo una erudición más vasta que profunda. Fue influido por su maestro Gronovio, y enseñó arqueología en la catedral de Leiden. Rechazó una oferta que le hizo la república de Venecia para que enseñase en la ciudad de los Dogos. Estudió a Lucano, Suetonio, Catulo, Propercio, Tibulo, Floro y Justino, cuyas obras publicó. Escribió un *Thesaurus* de las antigüedades romanas y otro de antigüedades e historia de Sicilia, Córcega y Cerdeña. Editó las cartas de Cicerón en seis volúmenes, y también el *De Officiis*, el *Cato maior* y el *Laelius*. Mantuvo correspondencia con Bentley, cuya grandeza filológica supo descubrir llamándole *novum splendidissimum Britanniae lumen.*

Jacobo Perizonio (1651-1715) escribió *Animadversiones Historicae* (1685), magistral ensayo de crítica histórica a propósito de la historia romana. Fue el primero en señalar el origen épico de los episodios heroicos de Tito Livio, que pasaban por fabulosos. En tal sentido, vino a ser un precursor de Niebuhr. Editó inteligentemente la *Varia Historia* de Eliano.

Estos sabios forman un cuadro del saber universal, ampliando el campo de la filología, que se abre a más dilatados horizontes culturales, aunque a costa de disminuir la intensidad de la problemática. Lo que en el Renacimiento recibió el nombre de elocuencia conviértese ahora en *polymathia,* una especie de enciclopedia erudita. Se mantiene vivo el sentido de la unidad del saber bajo la apariencia de la erudición, lo cual constituye un progreso en el sentido de que la idea de elocuencia, tenida como algo impalpable, fácil por consiguiente de degenerar en retórica, se va desvaneciendo. Los renacentistas habrían dado cualquier cosa por componer una oda digna de Horacio o un discurso semejante a los de Cicerón. Los eru-

ditos de ahora se empeñan con entusiasmo en abarcar todos los campos del saber histórico. Y tienen esto de ingenuos: quieren rehacer *ab ovo* la partición del saber para reconstruir el *orbis disciplinarum*, vinculando su objeto con todo el saber para asignarle su debido puesto y valor. A la necesidad de la imitación anteponen el placer de renovar el antiguo polifacetismo de la cultura. Esta tendencia, en lo que respecta a Italia, se unirá, ampliándose el horizonte histórico, al impulso de la Arcadia, que, fomentando la erudición histórica, preparará las condiciones idóneas para la orientación de la historiografía y la crítica románticas.

Pasando ahora a los alemanes, Felipe Melancton (1497-1560) explicó en su país las obras de Virgilio y de Terencio y los escritos retóricos de Cicerón. Se cuidó de ediciones de Cicerón, Terencio, Salustio, Quintiliano y de los *Fastos* de Ovidio. Estudió el Nuevo Testamento en el original griego, exaltando el cristianismo contra los humanistas paganizantes, especialmente los italianos. En Wittenberg, donde enseñaba griego, hizo la prolusión, publicada después, *De corrigendis adulescentiae studiis*, a modo de proyecto de reforma universitaria. En la misma ciudad, en la que Lutero fijó el 1 de noviembre de 1517 sus 95 tesis revolucionarias contra el papa, Melancton le sirvió de gran ayuda al heresiarca para combatir la interpretación católica del texto paulino en lo referente a los conceptos de gracia, justificación y fe.

Rodolfo Agrícola (1444-1485) es considerado como el adelantado del humanismo en Alemania: el primer humanista germano en el orden del tiempo. Estudió el griego bajo la dirección de Teodoro Gaza, y el derecho y la retórica en Pavía y en Ferrara.

Juan Reuchlin (1455-1522) fue profesor en Tubinga. Escribió un *Vocabularius breviloquus*. Recomendó el estudio de las disciplinas liberales, negando además que se pudiese comprender el pensamiento de Aristóteles sin saber griego. Conoció en Italia a Hermolao Barbaro. En Roma fue discípulo de Argiropoulos. Se opuso a los oscurantistas de su época en lo relativo a la importancia filológica del hebreo, y fue el primero en plantear su problemática científica.

Jacobo Camerario (1500-1574), hizo ediciones de clásicos griegos (Homero, Teócrito, Sófocles, Tucídides, Heródoto) y de la *Etica* y la *Política* de Aristóteles (póstumas), demostrando penetración y buen gusto. Fue amigo íntimo de Melancton. Tradujo al latín los clásicos griegos. Fue uno de los principales eruditos alemanes del siglo XVI.

Juan Guillermo (1555-1584) de Lubeck escribió un *Commentarius* sobre cuestiones plautianas, y combatió a Sigonio al demostrar que la *Consolatio* no pertenece a Cicerón. Tradujo al latín el *Fénix*. Su autor preferido era Cicerón, y los resultados de sus estudios sobre él fueron publicados en 1618 por Gruter.

Juan Gruter (1560-1627) puede ser considerado como un hijo de la filología holandesa, cuyos métodos siguió. Pero era natural de Alemania, y por eso damos cuenta de él aquí. Hizo ediciones de clásicos latinos, entre ellos, de Séneca, Marcial, Salustio, Tácito, Tito Livio y Apuleyo. Reunió y publicó —su obra más importante— un *corpus* de inscripciones antiguas de toda la romanidad, expresión de su aptitud epigráfica. Compuso un florilegio de proverbios y sentencias tomados de diversas lenguas: latinos, italianos, franceses y alemanes. Se ocupó también de la historia de la Iglesia, recogiendo las crónicas eclesiásticas con filológica habilidad. Escribió un volumen de *Suspiciones*, explanando y enmendando pasajes de Plauto, Apuleyo y Séneca. Se había educado en Inglaterra; pasó después a estudiar en la universidad de Leiden y enseñó en Wittemberg. Puso notas a los escritores menores de la *Historia Augustea* (1611). Representa lo que hay de común durante los primeros decenios del siglo XVII entre la filología inglesa y la holandesa y alemana.

Gaspar Scioppio (1576-1649), un alemán que vivió en Italia y fue amigo de Campanella y adversario de Escalígero el Viejo, nos dejó un cuadro resumen de sus juicios sobre los filólogos y eruditos más sobresalientes de su época: un esquema de las diversas tendencias filológicas del siglo XVI, en el que define las características de algunos filólogos, entre otros de Merula, de Julio César Escalígero, de Lucas Fruterio, de Antonio Mureto, de Isaac Casaubon y de Justo Rivio. Escribió *De arte critica* y *De lingua latina*.

Tomás Linacre (1460-1524), inglés, fue un asiduo estudioso de los clásicos. Examinó el *Fedro* platónico en la Biblioteca Vaticana de Roma. Tradujo al latín a Aristóteles por sugerencia de Hermolao Barbaro, que le conoció en Venecia, donde también conoció él a Aldo Manuzio, el gran tipógrafo, quien en el prefacio al segundo volumen de la *Editio princeps* de Aristóteles (1497) reconoce deberle muchas cosas de ella a Linacre, *homo et Graece et Latine peritissimus*. En Florencia asistió a las lecciones de griego de Poliziano. Estudió a los médicos griegos, en especial a Hipócrates; al volver a Inglaterra, hizo erigir en los Alpes un altar simbólico dedicado a Italia, *sancta mater studiorum*. Pero, además de ocuparse de las obras de ciencia griegas y especialmente de las de medicina, publicando las traducciones de la obra de Galeno sobre el cuidado de la salud

y el método de curarse (1517 y 1519), escribió también sobre cuestiones gramaticales: *De emendata structura Latini sermonis* (1524).

Una de las más conspicuas personalidades inglesas del siglo XVI es santo Tomás Moro (1478-1535), profundo conocedor del griego. Como erudito corre parejas con Colet (que aprendió el griego en Italia), con Grocyn y con Linacre, discípulos de Poliziano. A los cuatro les alaba Erasmo, que les trató durante dos meses en 1499 en Oxford, y admira sobre todo la habilidad y el equilibrio de Moro. Al escribir su *Utopía* (1516), tuvo el canciller inglés en su mente a Platón y también *La ciudad de Dios* de san Agustín. Pero, mientras que la *República* de Platón es aristocrática y abstracta, la *Utopía* de Moro reacciona contra los males de la sociedad atenjéndose a la realidad histórica y afirma el ideal de la igualdad entre los ciudadanos, la comunidad de bienes y la necesidad del trabajo para todos como expresión de dignidad. El autor de *La Ciudad del Sol* propondrá análogos ideales. Moro padeció el martirio —subió al patíbulo en julio de 1535— por no haberse sometido a la despótica voluntad de Enrique VIII, que le exigía que aprobara con su autoridad lo que repugnaba a su conciencia de hombre libre y católico.

Muchos otros cultivadores de las letras clásicas hubo en la Inglaterra del Quinientos. Nos contentaremos con nombrar a Roger Ascham (1515-1568), orador (tuvo cátedra de elocuencia) y secretario de la corte, que escribió muchas cartas latinas a príncipes por encargo del rey y de la reina. Lector entusiasta del *Fedón* platónico, de Cicerón y de casi todos los escritores latinos, compuso el *Schoolmaster*, guía para hacerse con una educación rigurosa. El tiempo que pasó en Italia lo consideró el más fecundo para sí en fervor intelectual, y lo mismo pensaba que sería para toda persona digna y noble. De retorno de Italia, tuvo gran influencia en Cambridge, contribuyendo a la difusión del gusto por la cultura clásica entre sus conciudadanos.

Jorge Buchanan (1506-1582), escocés, fue inspirado poeta latino, que mereció alabanzas de Escalígero; tradujo en versos satíricos el *Alcestes* y la *Medea* de Eurípides. Su biógrafo Guillermo Drummond (1585-1649), humanista y jurista, escribió sonetos inspirados en los de Guarino y en otros poetas latinos del Renacimiento italiano.

Durante los siglos XVI y XVII surgen entretanto en Europa numerosos eruditos que exponen los programas de su actividad enfocada a estudiar los textos antiguos y hacen muchas distinciones y particiones de la filología fundadas sobre los gramáticos antiguos, pero

que asumen también un acento y un valor particular en el ambiente del siglo. La historia de la cultura y la de la filología son ciertamente afines, teniendo la filología innúmeras relaciones con las restantes formas de la cultura. No puede haber, en efecto, una verdadera cultura literaria sin la filología, porque toda manifestación cultural se apoya en la base de la lectura y la comprensión de los textos antiguos o recientes, por medio de los cuales las personas presentes se comunican con las pasadas y lejanas, nutriéndose de vida mental al ir fijando, meditando y haciéndose propia la idea visible para los demás en el documento que la contiene perdurablemente.

El interés se va centrando cada vez más en la erudición histórica y realista, se va haciendo menos literario y retórico. Siéntese la angustia de lo que significa una ocupación puramente formal en medio de tan amplio campo como es el de la cultura humana. Sin embargo, falta todavía la fuerza mental necesaria para dar una organización rigurosa al saber literario y, como la filosofía es en este siglo esencialmente racionalista (con el cartesianismo) y, por lo mismo, se despreocupa de las letras y de lo antiguo y de las disciplinas que no sean reducibles a medida geométrica, el estudio de las literaturas antiguas y modernas no experimenta impulsos renovadores ni suscita intereses profundos.

El estudio de la Antigüedad no llega a ser todavía en este siglo conocimiento histórico. El desprecio de los pensadores de aquel tiempo por lo que tocaba a la filología perjudicó al pensamiento histórico. Los estudiosos de la Antigüedad, los filólogos de aquel entonces, son un buen índice del nivel cultural de la época.

Entre ellos sobresale Juan Wowerio (1574-1612), natural de Hamburgo, discípulo en Leiden de J. J. Escalígero, y que visitó Italia y Francia. Hizo una edición de Petronio, ayudado por su maestro, y otra de Apuleyo. Publicó en 1606 su *Tractatio de Polymathia,* que quería ser la primera síntesis de todo el campo de la cultura antigua. La *polymathia* o «aprendizaje de muchísimas cosas» es doble: 1) de la gramática, que enseña el modo correcto de hablar y explica los poetas *(recte loquendi scientia et poetarum enarratio);* 2) de la crítica, su parte más perfecta, próxima a la filosofía, tanto que el πολυμάθης es *medius* entre el gramático y el filósofo. Su saber consta de dos partes: la doctrina erudita aprendida en los libros y la ciencia que se adquiere de una activa y fructuosa experiencia de la vida (mediante los viajes, etc.), observando las cosas mismas y conversando con el que sabe, o sea, en contacto con los demás hombres y particularmente con los doctos. Wowerio trazó un esquema de la totalidad de los estudios filológicos, dividiendo la gramática en técnica,

exegética (interpretativa de las palabras o de las cosas y, en cuanto a las cosas considerándola mítica o verdadera o casi verdadera, lo mismo que el drama) y crítica. Viene después la crítica propiamente dicha, dividida en *iudicium* (de las obras de cada autor, sobre si son genuinas o espurias, y pasando revista a todos los escritores) y en *emendatio* (rechazando los escritos inauténticos de los escritores, corrigiendo las corruptelas y revisando las lecciones antiguas).

El «polymathes» no es sólo gramático, sino que *transit in partes philosophi*, no para hacer de ellas el centro de su búsqueda ni objeto de imitación. La *polymathia* vuelve a juntar los esparcidos miembros de lo escible, mientras que la filosofía es la ordenadora de las ciencias y su reina o también su «arquitectónica» (término aristotélico que volverá a emplear Kant). Wowerio cita a los retóricos romanos y a los gramáticos griegos, cita en especial a Varrón, Cicerón, Séneca y Quintiliano, mostrándose conocedor de las importantes distinciones hechas por ellos, como de aquella de Varrón, que divide la gramática en: *lectio, enarratio, emendatio, iudicium*. No aprueba el que Séneca condenase la erudición como pérdida de tiempo y antítesis de la verdadera sabiduría. En suma, Wowerio apunta con su obra a recoger y transmitir *(dilucide tradere)* lo que del saber antiguo nos ofrece la tradición; no lo reelabora ni reconstruye sintéticamente teniendo en cuenta las exigencias modernas.

En el palacio Pitti de Florencia puede vérsele retratado con Felipe Rubens, hermano y condiscípulo del gran pintor.

La obra más orgánica del siglo XVIII sobre este tema del equilibrio entre la erudición y la filología, parangonable a la *Polymathia* de Wowerio, pero más clara y orgánica y de carácter verdaderamente enciclopédico, es el *Polyhistor literarius, philosophicus et practicus* de Daniel Jorge Morhof (1639-1690), publicado en su primera parte en 1688, y entero en 1704, 1731 y 1747. Está dividido en siete libros concernientes al empleo de las bibliotecas, al método, a la preparación, a la gramática, la crítica, la oratoria y la poética. Era ésta una forma de ordenar —mediante la división lógica que debe seguir a la definición del objeto propio— todo el inmenso fárrago de la masa erudita: era un esfuerzo por vincular la totalidad del saber literario, histórico y filosófico. Hablando del método y de sus variedades, observa Morhof que siempre hay algo en él que se le escapa aun a la más matemática y precisa diligencia. Celebra la importancia de estudiar las historias particulares, las vidas de las personalidades literarias, y afirma la unidad de vida y pensamiento; es decir, el nexo que hay entre las acciones y la personalidad moral de su protagonista.

Puede decirse que aquellos eruditos del siglo XVII que dieron mediante la filología cierta organización al saber histórico y literario, no fueron inútiles para el progreso de nuestra ciencia, pues ayudaron a las investigaciones ulteriores de quienes, pertrechados de mejores directrices en sus tareas históricas, filológicas y literarias, procederían después a una mejor ordenación de la cultura. El mismo aborrecimiento y fastidio producido por los farragosos acervos eruditos resultará de provecho, al poner de relieve la necesidad de una filología y una crítica más sustanciales y conscientes de sí, más adecuadas a las nuevas exigencias y maneras de pensar. Pero la erudición seguirá existiendo en todos los siglos, ya que es un plano especial y elemental del conocimiento. Lo importante es que nunca se estanque en su curso el pensamiento histórico consciente, que debe servirse de la erudición para ampliar no sólo el ámbito del saber, sino la fuerza misma del pensamiento, el cual, nutriéndose de los materiales recogidos, se hace más vigoroso, como el fuego que se alimenta de más combustible.

7

Crítica, erudición histórica y filosofía de la historia en el siglo XVIII

El siglo XVIII es grande en lo que respecta también a la erudición y a la historiografía. Si en su segunda mitad domina el filosofismo y el espíritu histórico propios de la Ilustración, en la primera prevalece una historiografía erudita y filológicamente cauta, que se contrapone a la historiografía del humanismo, que tenía un carácter retórico de acuerdo con los esquemas de los historiadores romanos. Los nombres de Mabillon, Montfaucon y Muratori representan la erudición historiográfica moderna, en la que la más escrupulosa y honrada diligencia va unida a la agudeza de la investigación: consúltanse a fondo las fuentes documentales y las literarias.

Jean Mabillon (1623-1707) escribió los *Anales de la Orden de San Benito* y el tratado *De re diplomatica* (1681), en el que expone el método que ha de seguirse en la investigación de los documentos. En cambio, Bernard de Montfaucon (1655-1741) se ocupó en especial de cuestiones paleográficas y arqueológicas, y publicó en 1708 *Phaleografica graeca* y en 1719 un vasto repertorio de antigüedades clásicas: *Antiquité expliquée.* Publicó después, en dos volúmenes en folio, la *Bibliotheca Bibliothecarum,* que contiene todos los catálogos de Europa, reunidos por el autor en el espacio de cuarenta años. Si añadimos a Tillemont (1637-1698), que escribió la *Historia de los emperadores y de los príncipes reinantes durante los primeros seis siglos de la Iglesia* y el *Memorial de la historia eclesiástica,* podemos decir que, en el siglo XVIII, Francia va a la cabeza de la nueva erudición, que tamiza críticamente los materiales, lo mismo que va también a la cabeza en punto a cultura filosófica e histórica. El mérito de haber preparado tanta mole de erudición para el siglo siguiente,

que la utilizará con más sentido histórico, pertenéceles a los padres Maurinos.

En Italia acontece, por decirlo así, el perfeccionamiento del método de los Maurinos con la obra grandiosa de Ludovico Antonio Muratori (1672-1750), discípulo del padre Bacchini, que había mantenido correspondencia con Mabillon. Muratori, llamado con razón el padre de la historia italiana (de la que va desde el Quinientos hasta 1749), escribió tres obras fundamentales, de gran aliento y llenas de aguda erudición (además de muchos escritos menores sobre diversos asuntos), que son: *Rerum Italicarum scriptores*, en 28 volúmenes; *Antiquitates Italicae medii aevi* (su obra maestra): 75 disertaciones sobre varias cuestiones históricas; y los *Annali d'Italia*, en los que llega hasta 1749.

Otro historiador italiano de aquella época y de gran garra es Scipione Maffei. En la historia literaria erudita descuella Tiraboschi, sucesor de Muratori en la Biblioteca Estense de Módena; en arqueología, Quirino Visconti; en lexicografía merecen mención Facciolati y Forcellini.

Entre los más eminentes eruditos del siglo XVIII, con categoría de polígrafos, tenemos a Jorge Walch (o Walchius: 1693-1775), Pedro Burman y C. A. Heumann.

El primero publicó en latín una *Historia crítica de la lengua latina*, dedicándosela al filólogo italiano Facciolati, maestro de Forcellini. Declara que quiere juntar los estudios literarios con la cultura filosófica, afirmando que la lengua latina sigue siendo un instrumento de gran utilidad, aunque no constituye todo el saber ni toda la erudición. Además del estudio de las palabras, ha de procurarse no dejar de lado las cosas. Combate la usanza de los maestros que pierden todo su tiempo haciendo poner en latín párrafos de lengua vulgar y escribiendo en latín sus composiciones. Se ocupó de las ediciones de los autores antiguos, discurriendo sobre los prosadores y los poetas clásicos y cristianos y haciendo la historia de la gramática y de los léxicos latinos. Insiste en la idea de que la erudición estriba en la filosofía y en la filología, en el estudio de las cosas y en el de los vocablos: erudición real y erudición verbal. Divide la filología en general (que trata de la naturaleza de las lenguas) y especial (que versa sobre la gramática, la retórica, la filología en sentido estricto y el arte de la crítica). La gramática la divide, a su vez, en teórica y práctica (esta última es la que ofrece preceptos para escribir y hablar bien). La crítica enseña los preceptos necesarios para enmendar los pasajes corrompidos de los escritores.

El holandés Pedro Burman (1668-1741), en una oración *Pro litte-*

ratoribus et grammaticis (1732), exalta con entusiasmo la obra de aquellos eminentes ingenios que en el Cuatrocientos ilustraron con el brillo de las letras los ánimos sumidos hasta entonces en errores pueriles y en seniles supersticiones, vigorizando al espíritu en sus innatas potencias y en su avidez de conocimientos, mediante una egregia doctrina sobre lo verdadero y lo recto, y resquebrajando con su ardor los fundamentos de una insufrible tiranía (protestante, alude al pontífice de Roma). Prepararon así el ambiente, con las enmiendas a los textos sagrados, para que resucitaran en Italia las disciplinas *(artes)* que estaban muertas o arrumbadas. Estos gramáticos, estos filólogos, estos estudiosos de los poetas y de los historiadores alzaron la bandera de la libertad en medio del silencio de los demás doctos y juristas que se encorvaban ante la autoridad constituida. Admirador fanático de las lenguas clásicas, mientras desprecia y desaprueba Burman a los escritores no griegos o latinos y todo lo que consigo llevan las lenguas vulgares, deplora a la vez el cartesiano desprecio a la historia, detractor de la antigua sabiduría. Para Burman, la filología, en todo su ámbito, no puede fundarse en otras bases que en las antiguas del asiduo leer, del comentario y de la imitación libre (no servil) del gran estilo antiguo, hecha con cotidiana ejercitación.

Cristóbal Augusto Heumann (1681-1764) es el último de los doctos polígrafos del siglo XVIII que cultivan el ideal de la cultura polifacética de fondo clásico, vertiéndola en sus eruditos volúmenes, que no saben, sin embargo, componer como expresión de un interés teórico preeminente. Se ocupó en materias de crítica y de cultura clásica, de teología y de filosofía. Menos ingenuo que Walch, es un gran amontonador de datos eruditos, pero no llega a tener la fuerza crítica de un Bentley ni la conciencia escépticamente fecunda de un Leclerc. Todavía estamos lejos de aquella profundización en las funciones de la filología que se dará en los alemanes Gesner y Ernesti y en los holandeses Ruhnken y Wyttembach, y tampoco tiene, ni mucho menos, la profundidad de sus casi contemporáneos Vico y Leibniz.

Heumann publicó la *Commentatio de arte critica et speciatim de arte therapeutica* (1747). También él divide el saber en dos partes: el concerniente a las palabras y el que respecta a las cosas, filología y filosofía. También él afirma que el saber perfecto lo constituye la unión de entrambas. En cualquier disciplina prevalece o el elemento real o el elemento verbal. Unos se cuidan con solicitud *de rebus* y otros *de verbis* La filología, para él, implica el pensamiento, de modo que tenemos dos partes de ella: la historia filológica y la crítica

filológica o simplemente crítica. El filósofo puede llamarse, pues, crítico *realis*, ocupado del contenido cognoscitivo; el crítico puede llamarse filósofo *verbalis*, solícito de las palabras.

Enumera Heumann diez cometidos del filólogo, correspondientes a las modalidades de su ejercicio crítico. Tiene el buen sentido de rechazar como árida e inútil la discusión sobre la edad de oro o de plata a que pertenezca un escritor latino, y se fija en cambio en las peculiaridades personales de cada autor. Afirma como criterios para discriminar la autenticidad de un escritor numerosas observaciones sacadas de su estilo. Este, el estilo, es el criterio principal de la crítica enmendadora y basta por sí solo para dirimir una controversia. Es superstición el no querer apartarse nunca de la lección que ofrezca un códice antiguo, aunque también es verdad que cuanto más próximo sea a los tiempos del autor tanto más digno es de que se le respete. Pero, a veces, sucede que hasta los más antiguos códices conservados resultan corruptos, mientras que puede darse el caso de que los más recientes estén mejor conservados. Hay aquí un barrunto de la exigencia de hacer la historia de los manuscritos, si bien el ponerlos dentro de la perspectiva histórica será propio de la filología alemana del siglo XIX. También él accede al parecer de Bentley, según el cual, entre la autoridad de un códice, por antiquísimo que sea, y el ingenio de un crítico prestigioso, se debe dar más valor al ingenio y a la razón que al códice, puesto que el manuscrito depende siempre de la pericia y de la fidelidad de los copistas.

Expone, en consecuencia, los cuatro cánones críticos o (con término tomado de la medicina) terapéuticos.

Escribió además Heumann *Un cuadro de la república literaria* que quería ser un camino abierto a los jóvenes estudiosos para facilitarles el conocimiento de la historia de la literatura. Este *Conspectus reipublicae literariae* (1753) es un testimonio de la diversidad de criterios con que se concebía entonces y se concibe todavía hoy la historia de las letras. Igual que para la literatura Tiraboschi, así él hace consistir la historia literaria en solas las noticias biográficas y bibliográficas sobre los autores, más la historia de las diversas disciplinas en su progreso externo y observaciones sobre el contenido de los libros. Divide esta historia literaria en las siguientes partes: 1) del estilo y progreso de los estudios literarios, 2) de la suerte de las disciplinas y de su origen y adelantos, 3) noticias sobre los escritores y autores. La historia literaria es, para él, la luz de la verdad y la madre de la libertad intelectual. Pero tal historia literaria entiéndela no como fuerza educadora y liberadora, sino como formal y externa descripción de los hechos literarios. Confiesa, no obstante,

que el simple conocimiento externo de los libros escritos sobre cualquier materia da la posesión más de la corteza que del núcleo de la ciencia. Alaba a Woss, a Morhof y a Fabricius como inteligentes cultivadores de la historia literaria.

En cierto momento, habla de la poesía no como de tema fundamental de la historia literaria, sino como recipiente de los documentos antiguos y observa con indiferencia que, según la tradición, parece ser que en los tiempos más antiguos se confiaba más a los versos que a la prosa la transmisión de las leyendas. Hace referencia de pasada a la utilidad social de la sabiduría literaria y a lo dañoso de haber ignorado la historia civil y eclesiástica, el estudio de las lenguas y la filosofía moral y política. Pone por las nubes como libros óptimos entre los ilustrados con notas el Horacio de Bentley, el Lucrecio de Lambino y el Tácito de Lipsio. Las buenas ediciones no deben velar solamente por la integridad del texto, sino explicar también los lugares obscuros, difíciles o ambiguos de los escritores antiguos, ilustrándolos en lo que respecta a las antiguas costumbres. En el último capítulo de su *Conspectus* literario, al dar noticia de los libros, aduce tres causas de la enorme cantidad de ellos que había en su tiempo: primera, las universidades, que miran de instruir a los jóvenes; luego, el afán de lucro de los editores y la facilidad de imprimir después de la invención de Gutenberg. Harles publicó en Bremen una *Introducción a la historia de la lengua latina* (1764), en 1775 páginas, y escribió también una breve noticia de la literatura latina, por la que sabemos que hubo una traducción alemana, hecha en 1801, de la obra de madame Staël *Sobre la literatura en relación con las condiciones sociales y el espíritu de los tiempos.* Y cita a Ernesti y a Heyne como sagaces editores de autores latinos.

Pero muy por encima de todos estos eruditos descuella, en el siglo XVIII, la poderosa personalidad filológica del inglés Bentley, mientras que en la meditación de los problemas históricos se distinguen tres pensadores que unen estrechamente el valor de la historia con el de la filosofía: de la historia investigada, escudriñada y debidamente interpretada. Estos tres pensadores, que son también historiadores, son el uno holandés (de origen suizo), el otro alemán y el tercero italiano: Leclerc, Leibniz y Vico. El último de ellos conoció al segundo y mantuvo correspondencia epistolar con el primero.

La personalidad de Richard Bentley (1662-1742) llena con el gran aliento de su obra filológica la segunda mitad del siglo XVII y la primera del siglo XVIII. Dio un impulso regenerador a la languideciente filología, reanimando los estudios de griego en la universidad de Cambridge. Dotado de extraordinaria agilidad mental, fue perspicacísimo en descubrir los errores de los textos. Dedicado a la crítica de los mismos, siguió un método rigurosamente lógico y unió a una intuición genial una vastísima erudición. Demostró con creces ser el primer crítico de su época. Grevio le llamó nuevo y esplendorosísimo luminar de Britania. En 1697 publicó una edición de Calímaco con un erudito comentario. Se atuvo al principio de que la objetividad y la razón valen más que cien códices. Esto lo dijo en ocasión de presentar el texto de Horacio, con la famosa sentencia triunfal: *Nobis et ratio et res ipsa centum codicibus potiores sunt.* Dominó los textos con plena conciencia de su penetración dialéctica. En 1711, en la edición de Horacio, corrigió 710 pasajes. Por más que Horacio no fuese tal vez el escritor más a propósito para su crítica conjetural, expresó aquí Bentley la fuerza lógica de su poderoso entendimiento crítico, más bien que su gusto poético, que no era tan grande. Publicó fragmentos de Calímaco, de Menandro y de Filemón. Su edición de Terencio, con el tratado sobre la métrica de este poeta, causó sensación. Dirigió también su atención sobre la más antigua literatura latina y estableció en este terreno netas diferencias entre la métrica latina arcaica y la griega en orden al acento prosódico, tarea en la que tuvo después como continuadores a Hermann y a Ritschel. Notable ejemplo de su genialidad fue el descubrimiento de la digama en Homero (1732-1734); con él se iniciaba una nueva concepción de la lengua homérica y de su tradición. Pero sobre todo es famosa su disertación sobre las *Cartas de Fálaris* (1697), que declaró falsas, demostrando que presuponen unas circunstancias históricas de época bastante posterior. También fue audaz al editar el Nuevo Testamento, remontándose hasta los textos que eran corrientes en tiempos del Concilio de Nicea (325) y abriendo el camino al método de Lachmann. Ciertamente, las *Cartas de Fálaris* hacen época en la historia de la filología, pues no son sólo una piedra de escándalo y de controversia, una novedad originalísima, sino toda una mina de erudición. Hizo también Bentley una edición de las *Tusculanae* de Cicerón.

Puede decirse que los dos siglos que van de la llamada de Escalígero el Joven a la universidad de Leiden (1593) hasta la publicación de los *Prolegomena* de Wolf (1795) estuvieron dominados por la filología holandesa, pero que durante la primera mitad del si-

glo XVIII sobresale por encima de todos la personalidad de Bentley. Sea como fuere, las dos filologías, holandesa e inglesa, están tan estrechamente unidas que forman un único período, expresión de un claro enfoque crítico. Bentley se caracterizó como filólogo por su absoluta independencia de espíritu: no imitó, como los humanistas italianos, a los clásicos latinos. Usó también, además del latín, su lengua vernácula, y supo asimilarse toda la literatura clásica que le fue accesible tanto impresa como en manuscritos.

Jean Leclerc o Clericus (1657-1736). Una tendencia al escepticismo anima a este estudioso de la Antigüedad, en el sentido de que él, más que a recomponer integralmente la Antigüedad en su cuerpo y en su espíritu, trata de sorprender insidias y errores en la palabra antigua transmitida y se preocupa de no entender mal su sentido. Natural de Ginebra, fue calvinista y arminiano, como Grocio y como Voss.

Procuró captar la mentalidad, el pensamiento de los antiguos, sin cuidarse de menudencias, sin pretensiones multieruditas. Fue influido por Descartes y por Locke. Su pensamiento fue, por lo tanto, matematizante y escéptico, desconfiado de la tradición. Quiso leer directamente a los escritores clásicos para saborearlos en su carácter genuino. Conforme al espíritu cartesiano, que dominaba entonces en toda Europa, opina que la filología, entendida críticamente, como criba mental aplicada a los textos, ha de poner en orden y claridad el caos de la cultura literaria y de la tradición histórica. Pero reconoce también, con su buen sentido, los límites de la ciencia matemática. Afirma que ésta no ha de aplicarse a las disciplinas concernientes a la vida política, social y económica. Juzga de ineptos a los matemáticos puros en cuanto se salen de su campo. Sin lecturas, sin experiencia de la vida de los demás, el espíritu humano permanece rudo e ignorante, capaz sólo de adherirse a las opiniones ajenas y a las costumbres. El que mucho lee no se queda aferrado a sus propias ideas con inexperta testarudez. Gracias a la lectura, el espíritu puede educarse y afinarse. Pero Leclerc, molesto por lo indeterminado del lenguaje, del sentido convencional de los vocablos, analiza la correspondencia entre éstos y el pensamiento y la halla a menudo deficiente. Ya Bentley afirmaba por su parte que la historia externa ilumina poco la palabra escrita, y que hay que recurrir al colorido de la frase poética para poder asir la verdadera significación de los vocablos. A Leclerc le apasiona la exactitud de las palabras, y declara engañosos al uso y a la tradición. La analogía del lenguaje se halló después de que ya se hablaba: es un producto de la conversación y

la costumbre, siendo así que muchas voces que se aceptan pasivamente como verdades no son sino meros sonidos carentes de sentido alguno *(sine mente)*.

Su *Ars critica* (1696-1700) sirvió de manual del método crítico-filológico en muchas escuelas de Europa, como instrumento de disciplina mental y lógica. El método geométrico, transferido al campo filológico, es, según Leclerc, un filtro purificador del indigesto amontonamiento de la *polymathia* filológica. Su *Ars critica* es un fruto de la unión de la matemática con las letras humanas. Es «el arte de entender a los antiguos poetas y prosistas, de discernir entre sus escritos los auténticos de los espurios, los antiguos de los más recientes». Clericus hace agudas observaciones sobre lo convencional del lenguaje, sobre el significado de los vocablos admitidos muchas veces a tontas y a locas, sin reflexionar en su intrínseco valor concreto. Este convencionalismo es causa de muchos equívocos. Resulta peligroso pensar en una lengua y adaptar al pensamiento los vocablos de otra. Con frecuencia, el que traduce pone algún énfasis que no había en el texto original, y por eso es augurio de buenos intelectuales el empleo de una única lengua. Todo lo que se toma de los antiguos, de sus ideas, es incierto, convencional, porque sus doctrinas resultan en parte de sus opiniones y, en parte también, de las que nosotros les adjudicamos o añadimos. La recta inteligencia del lenguaje de los escritores antiguos no se consigue solamente con el diccionario, sino con la larga y atenta lectura de sus obras. En la tercera parte del *Ars critica* se dan diez reglas para juzgar de la autenticidad o inautenticidad de una obra, de sus interpolaciones y de cómo distinguir entre los pasajes corrompidos y los íntegros. Cita como ejemplo, para demostrar errores de geografía, de historia, de astronomía y de los hechos positivos, la *Vida de Alejandro* de Curcio Rufo. El origen de los errores en las palabras de los textos antiguos puede deberse o a los editores o a los críticos o a los escritores, o al tiempo. Estaba al corriente de los estudios cronológicos, y cita así el *De re diplomatica*, hablando de la importancia de los manuscritos, de sus épocas y de sus características. Evidencia la ignorancia de la astronomía y de la geografía en Curcio Rufo, así como el carácter fabuloso de su relato. También trata mal este autor la cronología, y nada se diga de su tono declamatorio, hiperbólico, de la hinchazón y énfasis de su estilo. Hizo Leclerc una edición de la *Teogonía* de Hesíodo que fue juzgada adversamente por Heyne, y polemizó con el príncipe de los críticos de su tiempo, Bentley. En gran estima le tuvo Vico, quien le envió el *De uno* y la *Scienza nuova*. Lo cita con complacencia en su autobiografía, publicando algunos fragmentos

de las cartas que obtuvo en respuesta. Sin embargo, en cuanto a la concepción del lenguaje, eran ambos bien distantes, pues Leclerc lo consideraba una convención social y Vico un efecto o una necesidad naturales.

Godofredo Guillermo Leibniz (1646-1716), además de gran filósofo y científico, fue historiador, y como poseyó en gran medida el sentido del valor de la tradición, de la importancia del estudio de la Antigüedad y tuvo en alto concepto a los filósofos y a los científicos antiguos (en los que halló sugestivos precedentes de las modernas ciencias (fisicomatemáticas), merece ser contado entre los autores que aquí nos interesan.

Como erudito, forma parte de la tendencia analística vigente en la Alemania de fines del siglo XVII: la época de Mabillon y de Montfaucon. Fue encargado por su príncipe de escribir los *Annales Brunsvicenses* del Imperio alemán, que él expuso entre 1703 y 1716, delineando los orígenes güelfos de aquella familia. Fue el primero que aplicó el método erudito de los maurinos franceses a la historia de Alemania. Pasó a Italia para consultar las bibliotecas y los archivos. Estuvo en Parma y en Venecia, pero sobre todo en Módena (donde conoció a Muratori) dedicándose a estudiar en la Biblioteca estense las relaciones entre las familias de los Brunswink y los Este. Aspiraba a ser el sucesor de Puffendorf como historiador de Brandenburgo. A decir verdad, no demuestra ser un historiador más profundo que los padres maurinos ni que Muratori, siendo más bien inferior a éste. Da crédito a las tradiciones generalmente admitidas, tanto en lo cronológico como en lo geneológico, sin cuidarse de dar hondura a la historia. En su crítica interna de las fuentes se encuentran aquí y allá unas cuantas observaciones inteligentes. Es la suya una historia de principios; no barrunta la próxima historiografía de la Ilustración. Su examen de la tradición histórica es riguroso, pero no entra en la problemática económica y sociológica en que fijó su interés Muratori. De todos modos, tiene con Muratori en común el interés anticurialista de defensor de los derechos del Estado.

Lo que más que nada importa en él es el sentido histórico con que se preocupaba por la negación que los seguidores de Descartes y de Bacon propugnaban de la tradición histórica y de la importancia de estudiar la Antigüedad. En una carta de 1673 a Daniel Huet (o Huetius) se lamenta con él de semejante destrucción o *internecio*

de la sabiduría antigua, que es defensa del presente, y lo refuerza con la experiencia de los siglos. Une la sabiduría de los antiguos con las invenciones de nuestros tiempos y habla de arte crítica, que se ejercita *in discernendis monumentis*, explora lo fidedigno de los manuscritos, la propiedad lingüística, el genio de los siglos y la serie de los tiempos. Observa que para conocer la historia universal es necesario reunir monedas e inscripciones y hacer el inventario de todas las reliquias de la Antigüedad, así como establecer la historia de los manuscritos y de los mejores códices de Europa a fin de saber si son dignos de fe histórica.

Según Leibniz, es erudito quien no precisa descubrir por sí mismo las verdades, sino que las aprende de las cosas y de los hombres. Conocida es la distinción que hizo entre verdad de hecho y verdad de razón; o sea, entre erudición y filosofía, entre lo cierto y lo verdadero. La historia, la erudición, el arte crítico (expresión que volverá a hallarse en Vico) tratan de comprobar la historia sagrada, de establecer la verdad de la religión, la cual, para afirmarse, necesita de los instrumentos filológicos que cooperen a demostrar su credibilidad. En las verdades de hecho, que han de demostrarse, hay que recurrir a los testimonios.

Insistía en el tema de los antiguos y de la necesaria conservación de la literatura al escribir también, en 1692, a Huet, quien preparaba la edición de los libros para el delfín. Pone de relieve la finalidad teorética de la historia, por la que se explica el grandísimo placer originado del contemplar los hechos en el cuadro de su admirable presencia real: *in conspectu rerum mirifico*. La historia proporciona el gozo de conocer las cosas en su singularidad concreta y ofrece la percepción de las causas del presente radicadas en el pasado. El presente es, a su vez, una realidad grávida de futuro. La filología trata de afirmar lo auténtico de los escritos, recabando su verdadera interpretación en orden al espíritu del tiempo *(genius temporum)* y confrontando la mentalidad de los antiguos con la de los modernos. Y observa que los escritores semibárbaros transmiten los hechos mejor que los más elegantes posteriores a ellos, porque aquellos semibárbaros fueron contemporáneos de las realidades que describen.

Las lenguas hacen las veces, para Leibniz, del documento histórico cuando de otro modo es imposible remontarse con testimonios seguros hasta los nebulosos y remotos orígenes de las naciones. Las lenguas deben servir para el estudio comparativo de las culturas. Precursor en esto de Vico, observa que los rudos bárbaros tenían más ímpetu que razón, y que los pueblos primitivos formaron los

sonidos de las voces según las impresiones que en bruto les iban asaltando. *Impetus* y *afectus* se contraponen de suyo a la *ratio* de nuestros tiempos, y la lengua viene a ser así el documento de la prehistoria.

De este modo, la mentalidad de Leibniz resulta, no, como suele decirse, intelectualista y antihistórica, sino reveladora de la exigencia contraria: amante de la historia, de la jurisprudencia, de la Antigüedad, del documento transmitido por escrito; consciente de la necesidad moral de conservar los textos antiguos y de estudiar las mismas ciencias de los antiguos. Su nombre no podía faltar, por eso, entre los de quienes afirman el valor y la ciencia de la filología como necesidad de precisión consciente y de documentada certeza en el estudio del pasado y de la Antigüedad, cual instrumento necesario para la formación de nuestra conciencia presente.

Ningún tratado de historia de la filología puede prescindir tampoco de la obra de Juan Bautista Vico (1668-1744), si bien no fue un filólogo en el sentido técnico. Es más, muchas de sus etimologías son manifiestamente arbitrarias o abstrusas; pero vive tanto y tan profundamente en él el sentido de la importancia del documento escrito para componer la historia y para leer en su testimonio la vida y las instituciones de la humanidad, que ningún otro estudioso da tanto valor a las leyes transmitidas, a las monedas, a las reliquias de cualquier clase, a las tradiciones escritas y orales, para cuanto respecta a escribir la historia con fundamentos filológicos. Muratori, su coetáneo, fue un gran investigador, filólogo e historiador; pero los más profundos sondeos sobre la historia de la Edad Media que en la obra de Vico se hallan derivan de una interpretación más aguda de los documentos. La falta de éstos podía conducir, sin más, a Vico por caminos desviados, erróneos, mientras que Muratori, ateniéndose sólo a los hechos documentados, con mayor dificultad caía en el error. Sin embargo, en muchas ocasiones, Vico va bastante más allá que Muratori en la interpretación de la verdad histórica.

Ciertamente, los documentos deben ser analizados con atención para que se los entienda bien, según la situación histórica y el espíritu de la época a que se refieren. Se ha dicho que la obra principal de Vico, la *Scienza nuova,* tiene más de filológica que de filosófica; o sea, que lo fundamental de ella consistiría en su exigencia de documentos por interpretar. Llama él filólogos a todos los que se

ocupan de cuestiones lingüísticas y de los asuntos de los pueblos transmitidos documental o monumentalmente. Y desde la publicación de su opúsculo *De Antiquissima Italorum sapientia* (1710) trataba de deducir de los orígenes de los vocablos un testimonio de la antigua sabiduría de los pueblos itálicos. Análoga investigación sobre la lengua y sobre las leyes antiguas es la que hace en el *De constantia iurisprudentis* (1721), donde se lee ya la famosa distinción entre filología y filosofía como dos partes que se integran recíprocamente para completar el estudio de la historia de la humanidad. En la *Scienza nuova* (1725 y 1744) la investigación del curso de la vida social y de los orígenes de la civilización en las épocas más oscuras, de las que no quedan vestigios, se atiene íntimamente a los testimonios filológicos. Aquí coinciden la poesía, la lengua, el canto, el mito y la historia. Pero lo importante es que Vico llega a una nueva concepción sobre los poemas homéricos y que esta concepción se relaciona con la famosa cuestión homérica que surgirá por obra de Wolf en 1795. Sea como fuere, Vico ve en los escritores testigos de la cultura y documentos de ella. La filología es, pues, para Vico, un instrumento no sólo de la historia sino de su filosofía esencialmente moral, que se constituye sobre el fondo del desarrollo moral, civil y jurídico de las sociedades humanas en virtud de un potente método filológico-histórico cuya mejor ilustración son estas palabras de Manzoni: «De los siglos heroicos y del Medievo, de las leyes y de los poemas, de los símbolos y de los monumentos; de etimologías a veces ingeniosas y que son verdaderos descubrimientos, pero a veces también arbitrarias y desmentidas por la ciencia posterior a él; de los ritos religiosos, de las fórmulas jurídicas y de las doctrinas filosóficas; de los tiempos, de los hechos, de pensamientos, en suma, desperdigados, digámoslo así, por toda la vida del género humano, tomó aquí y allá algunos indicios que, a decir verdad, en su mente pasan a ser demasiado aprisa certezas. Pero cuando luego de haber demostrado lo ambiguo, falso o contradictorio de las ideas comunes respecto al estado de la sociedad en una época oscura e importante, las sustituye por una idea basada en alguna nueva observación de los pocos hechos conocidos de aquella época, ¡cuántos errores destruye de un plumazo!, ¡qué haz de verdades presenta en una de aquellas fórmulas suyas potentes y luminosas, que son como la recompensa del genio después de sus largas meditaciones!».

Quedan aquí descritos todos los méritos y los defectos del pensamiento y de la filología de Vico. Su filosofía está condicionada toda ella por la historia entendida como exploración conjunta de

las ideas y de los hechos a través de la palabra rediviva del pasado o mediante los indicios que los documentos transmiten. Para indagar en las oscuridades históricas del pasado y dar con los significados recónditos de ciertas instituciones griegas, romanas o medievales, se sirve de las etimologías y de la mitología, que es el vocabulario de los pueblos primitivos; establece un nuevo arte de la crítica y de la hermenéutica, un arte diagnosticador cuya función es interpretar la situación moral de las sociedades; es decir, «los signos claros del estado de las naciones». Este arte diagnosticador lleva a la filosofía de la historia a querer establecer, determinar, el curso general del desarrollo de una sociedad, lo que en ella hay de típico y uniforme, forjando esquemas, leyes, normas y conceptos que serán recogidos y elaborados por las ciencias sociales, gracias, especialmente, a Max Weber y a otros sociólogos. No se trata de la despreciada filosofía de la historia, que cree poder fijar leyes para lo futuro proféticamente. Lo cierto es que Vico asienta este gran principio: la historia de las voces o de las lenguas debe conformarse a la serie de las cosas humanas. La historiografía y la lingüística románticas del siglo pasado, fundadas en el conocimiento de las lenguas y en la etnografía, han seguido esta orientación.

Pero Vico, al estudiar a Homero y poner en duda su existencia histórica individual, convirtiéndolo en un rasgo típico de la civilización griega, ha descubierto en él una singular potencia poética, falta de sabiduría oculta o filosófica y sin embargo, a la vez, sumamente educadora de las generaciones griegas. La poesía es, para Vico, expresión de humanidad en forma no intelectual sino sensiblemente espiritual. La lengua coincide, o casi coincide, con la idea de poesía, pero es sobre todo un vínculo civil, porque las gentes se juntaron y convivieron en sociedades ya por la costumbre, ya por la comunidad lingüística *(in linguarum et morum societatem coalescere)*. La lengua fue providencial para la conservación del género humano, fue condición para la convivencia social. «Cuando todavía no se había inventado la escritura, los hombres conservaban y se transmitían más fácilmente sus tradiciones mediante el canto.» Confirma esto la diversidad de planos graduales en que se presenta y como se debe concebir la filología, a la que Vico da un sentido que es el más alto y el más pertinente a nuestros intereses humanos. La filología es necesaria para entender las fórmulas del derecho y las ideas de humanidad contenidas en esas fórmulas. Sólo a través de ella se hace inteligible la humana naturaleza, que se viene desplegando a partir de la «fuerza bruta de las bestias» hasta llegar a ser el principio puro de la conciencia moral guiada por la fuerza de la

verdad. La bárbara pasión no menos que la conciencia religiosa, la poesía primitiva y el pudor lo mismo que el derecho natural de los pueblos cristianos, investíganse mediante la filología.

Elevada a esta alta dignidad a través de la investigación y la fijación de tan importantes momentos de la historia y del destino humanos, la filología es concebida no como órgano extrínseco al trabajo del pensamiento en su proceso investigador, sino como ciencia intrínseca que es con respecto al interés moral por la suerte del espíritu humano. No toma ella de ninguna otra ciencia en préstamo el criterio de verdad que necesita, porque es la misma operación mental del investigar lo cierto para referirlo y exponerlo: lo cierto, es decir, la historia hecha de individualidad y de comunidad (como para Humboldt el lenguaje), la historia de la común naturaleza humana y de los héroes que de ella sobresalen y llegan a ser hacedores de naciones. Nuestro entendimiento, apropiándose los hechos estudiados a través de la lengua y de otros documentos, revive las ideas y el espíritu de aquellos hombres, en los cuales nos reconocemos. Reviviendo los hechos y las ideas del género humano, nuestra mente, al sentirse en unión con seres a la vez semejantes y diversos, experimenta el divino placer de reconstituir la historia *(verum ipsum factum)*. De aquí surge en nosotros el verdadero sentido histórico, la conciencia histórica, y se constituye nuestra vida en vínculo de pensamiento y de acción que nos une a la historia de toda la humanidad: nuestra existencia pasa a ser factor de desarrollo y de progreso.

Ningún placer encontraba Vico más digno del hombre que el de este conocimiento, a un tiempo filológico, histórico y filosófico. Y todo el significado de la filología viquiana está precisamente aquí, y puede servir de argumento contra la «micrología» de quienes, dedicándose a las minucias, no ven un ulterior destino de la filología ni comprenden su función educativa.

En todas las obras de Vico es palmaria la unión entre el pensamiento y el documento, necesarios ambos para comprender la historia. Lo cierto y lo verdadero son sus dos elementos o aspectos constitutivos e inseparables, como lo son también, inseparables y complementarias, las dos disciplinas que, integrándose recíprocamente, constituyen el saber histórico. Por el siguiente luminoso axioma (el décimo) se ve la parte y la importancia que se da a la filología:

«La filosofía contempla el campo de la razón, de donde procede la ciencia de la verdad; la filología observa la autoridad del humano arbitrio, de donde procede la conciencia de lo cierto.

»Este axioma define en su segunda parte a los filólogos como a

todos aquellos gramáticos, historiadores y críticos que se ocupan en el conocimiento de las lenguas y de los hechos de los pueblos, tanto de los domésticos, cuales son las costumbres y las leyes, como de los de fuera de sus fronteras, cuales son las guerras, las paces y alianzas, los viajes y el comercio.

»Este mismo axioma demuestra que se quedan a mitad de camino tanto los filósofos que no apoyan sus razonamientos en la autoridad de los filólogos, como los filólogos que no se cuidan de verificar sus autoridades con ayuda de la razón de los filósofos; si hubiesen hecho lo cual, habrían sido más útiles a las repúblicas y se nos habrían adelantado en la meditación de esta ciencia».

8

El neohumanismo filológico holandés y alemán

La filología holandesa cuenta, en la época de su florecimiento, con dos grandes estudiosos de la Antigüedad: David Ruhnken y Daniel Wyttenbach. Estos dos autores la vinculan con la próxima gran filología germánica, que comienza con los *Prolegomena* de Wolf, quien dedicó su obra de 1795 a Ruhnken. El carácter puramente erudito de la filología holandesa anterior se transforma, gracias a estos dos filólogos, en exigencia de cultura verdaderamente interior y humana, anticipo de las tendencias del neohumanismo alemán representado por Ernesti, Gesner y Heyne.

Ruhnken, en 1757, hablando de la *Grecia inventora de las artes y de las doctrinas,* celebró la cultura antigua como algo perennemente vivo y operante, contra las presunciones de los eruditos modernos. Las verdades antiguas poseen eterna sencillez y fecundidad. Montesquieu mismo sacó de los antiguos mucho de lo que dice en su obra sobre *L'Esprit des lois.* En 1761 pronunció Ruhnken una importante disertación desde su cátedra de elocuencia: *De doctore umbratico.* Clama contra el estudioso que se esconde en su agujero, entre las sombras de una biblioteca, temeroso de la luz pública y del trato de los hombres. Este tal pierde el sentido común y no produce nada útil, por estar atento sólo a minucias, dentro de su ocupación puramente erudita. Así no puede acostumbrarse más que a mezquinos y pueriles pensamientos que por fuerza le empequeñecerán el ánimo. Y asegura haber conocido a damas francesas que gustaban y comprendían tragedias griegas traducidas por ciertos grecistas más entendidos en aticismo y en métrica trágica y en toda erudición gramatical que cualquiera, pero insensibles al

pathos trágico de los antiguos. Hay que infundir en los ánimos de la juventud lo que en los antiguos tiene aún capacidad para comunicarse con nosotros, o sea, lo eternamente humano. Quien penetra a fondo en la cultura antigua no es el anticuario, afanoso de catalogar fíbulas, anillos y tipos de calzado de los griegos y los romanos, sino el que, como Montesquieu, sabe sacar de la civilización antigua inspiraciones con las que dar expresión a las modernas exigencias políticas. La cultura clásica del hombre de hoy ha de saber penetrar las diferencias históricas existentes entre Sófocles y Racine, entre Eurípides y Corneille, entre Fedro y La Fontaine. Las muchas notas puestas a los clásicos latinos a propósito de menudencias no tocan a veces para nada el pensamiento profundo de un Lucrecio o de una obra filosófica de Cicerón. En cuanto a la elocuencia, ésta sólo la alcanza quien tiene grandeza de ánimo. La preceptiva con que se atiborra las cabezas a los alumnos les vuelve a menudo sordos a la poesía. La verdadera filología, según Ruhnken, es intérprete de toda la Antigüedad, a través de los oradores, los filósofos, los poetas y los historiadores, entendiéndolos mediante la crítica de los monumentos dejados por ellos mismos y en la comprensión de sus ingenios. Observa, entre otras cosas, que Nonio Marcelo había sido estudiado en el siglo anterior porque los fragmentos, por él transcritos, de autores mas antiguos, brindaban magnífica ocasión para las correcciones y las conjeturas, que hacen las delicias de los eruditos minuciosos.

Pero la mejor expresión de su sentimiento de la Antigüedad la dio (1768) en el elogio de su predecesor holandés Tiberio Hemsterhuys. En él se ve la amplitud de la concepción que este estudioso tuvo de la filología, la atención que pone en estudiar, a una con las palabras de los autores, las cosas también, juntando la reflexión histórica con la consideración filosófica. Vislumbra incluso un estudio comparativo de las lenguas encaminado a descubrir en los vocablos las señales de los tiempos, los indicios no conocidos históricamente; esto es, entrevé aquella arte crítica que había sido ya prevista por Leibniz y por Vico. A pesar de lo cual, explica erróneamente el latín como derivado del griego eolio. La crítica, según Ruhnken, abarca la *emendatio* y la *interpretatio,* cuyo fin es aclarar los sentidos oscuros de los escritores antiguos. Bentley subordinaba el valor de los códices a las exigencias de la *ratio;* en Ruhnken apunta la exigencia de subordinarlos a la interpretación apoyada en la observación histórica. Sólo más tarde se comprenderá que toda la erudición histó-

rica necesaria para entender a los autores debe ser unificada por el sentido histórico, que penetra en el valor de la obra situándola en su tiempo, en el del escritor, y en su peculiar actividad.

Wyttenbach escribió la vida de Ruhnken, en latín, en 1769. En ella va más allá de las exigencias del maestro en cuanto a la concepción humanística y a la pericia filológica, y distribuye los monumentos antiguos en cuatro categorías: 1) escritos literarios, 2) inscripciones, 3) monedas, 4) monumentos no literarios (o sea, las obras perceptibles a los sentidos por ser de naturaleza corpórea, como estatuas, edificios y esculturas). La base sigue siendo la primera categoría (la de los escritores y sus obras), a cuya luz se entienden las demás. A tal interés prevalente subordínase toda la experiencia filológica. La civilización entera es compendiada por él en la tradición literaria (lo que hace pensar en la concepción de Hermann). Surgen así las disciplinas fundamentales y las disciplinas auxiliares. El cometido de la ciencia filológica consiste en la «interpretación gramatical», que «parte de un conocimiento diligente de la lengua para llegar al conocimiento de los hechos y del contenido». Para él, el conocimiento lingüístico o *scientia grammatica* constituye el contacto con lo concreto de la palabra, donde se resume el pensamiento que le corresponde. De esta manera se reivindica para la filología el derecho y la capacidad de comprender el pensamiento, en contra de las presunciones de la filosofía. La interpretación gramatical debe superar las dificultades de la lengua y las corrupciones de los códices. La razón y la autoridad deben ser los dos elementos de la actividad filológica como estudio interpretativo de la tradición.

Juan Ernesti (1701-1781) distinguió en sus *Initia doctrinae solidioris* (1775) entre el conocimiento histórico y el conocimiento filosófico, haciendo consistir el primero en recoger un acaecimiento (presente o pasado), la segunda en entender su causa y razón. El latín es necesario para hacerse entender por los extranjeros; comprende tanto la elegancia del discurso como la fuerza del pensamiento. Los libros bien escritos sobreviven a sus autores porque sólo así puede sustraerse el pensamiento a la caducidad. También los filósofos y los matemáticos se deben leer en las escuelas, no sólo los poetas y los oradores. Ernesti se muestra contrario a limitarse a la fraseología de unos pocos escritores latinos o de uno solo, pues esto trae consigo la decadencia de las letras. Tal especie de *stupor paedagogicus*, es decir, de cretinismo de los pedagogos, se alía a la miseria de los *Thesauri* y de los comentarios críticos que acumulan una disparatada y farragosa erudición sin mirar a los autores. Lo

que debemos recabar de los estudios es el conocimiento de la sabiduría antigua. Así que es preciso: 1) entender a los autores antiguos, 2) imitarles no en la lengua antigua, sino en nuestro idioma moderno, lo cual quiere decir que hay que sacar de su lectura la verdadera formación de la personalidad. De esta suerte, en Ernesti, el sentido histórico se une a la valoración estética. El hecho literario y el hecho histórico los investiga a fondo en su disertación *De fide historica recte aestimanda,* donde combate el escepticismo filológico de Bayle y de Leclerc, que niegan la seguridad del significado verdadero de las palabras. Afirma que hay signos de probabilidad de su verdadero sentido; signos que, unidos a la naturaleza de las cosas y al aporte de la razón, deben producir una certeza que sólo puede ser subjetiva, pero que, en cuanto tal, es suficiente. El método matemático no tiene aplicación en filología, ni en derecho, ni en nada de lo que depende de la voluntad humana: no es susceptible de método y medida matemáticos lo que es vario, mudable e incierto. La lengua y la historia, cosas fenoménicas, no pueden someterse a normas matemáticas. Otro tanto se diga de la certeza religiosa, fundada también en el «sentido íntimo del ánimo». Así, pues, la filología, entendida como demostración de una verdad que hay que comprender mediante la observación atenta y rigurosa de las palabras, afirma su primado sobre la filosofía, porque ésta carece de aquella concreción que produce por sí sola la certidumbre en que el ánimo se aquieta. El escepticismo queda descartado, porque tal certidumbre se logra gracias a una experiencia interior no metafísica, sino real, gracias al *internus sensus animi.* La *natura ipsarum rerum* da carácter de objetividad a aquel saber de que se apodera el sentido del alma. La objetividad la dan el documento y la historicidad de los escritores. El sentido interno no sólo es justificado por los testimonios y pruebas externas, sino que es incitado también por nuestra orgánica necesidad de conocimientos históricos, que halla en la palabra cierta la señal atestiguadora de su indudable validez, afirmada por la conciencia, que sabe que en los documentos tiene la garantía de su inconcusa certeza. Además de las fuentes de la historia, Ernesti se ocupó especialmente de la crítica e interpretación teológica con gran agudeza y pasión, publicando *Opuscola critica philologica,* e *Institutio interpretis Novi Testamenti* que aún hoy hace autoridad.

También la más reciente teología católica tiene un agudo intérprete en el español Bartolomé M. Xiberta, autor de *Introductio in Sacram theologiam,* Madrid 1949.

Juan Gesner (1691-1761) es el iniciador del neohumanismo que,

en Alemania, con Wolf y Goethe, llegará a la plenitud romántica del moderno concepto de clasicismo. La filología francesa, holandesa e inglesa, seguidora del humanismo italiano, había ampliado el ámbito de la erudición provechosa para entender a los escritores antiguos y había afinado la capacidad crítica y analítica orientada a enmendar lecciones y a fijar textos. Gesner, junto con Ernesti y con Heyne, realiza un progreso y una profundización que pueden parecer, sin más, la ruina de los precedentes métodos de la filología clásica, por cuanto se orienta a la comprensión histórica, estética, formativa, de los autores griegos y latinos. Mientras los eruditos de los Países Bajos se burlaban de los tratados teóricos sobre la belleza y de las observaciones estéticas como de cosas ajenas a la competencia filológica, Gesner, en cambio, interpreta a los autores para hacerse en lo posible con su genio, o sea con su arte y su espíritu; y de ellos se sirve también para trazar las semblanzas del mundo antiguo, aunque se ayude además de otros documentos. Tuvo una noble vocación didáctica, y trató de formar más bien maestros inteligentes y eficaces que filólogos cargados de erudición. Educaba el buen gusto y el juicio de los jóvenes procurando que penetrasen las cualidades íntimas de los más excelsos poetas. De aquí la importancia que para él tenía la lectura *cursoria:* lectura libre, integral, completa, seguida, de los textos antiguos, los cuales proporcionan el goce del habituarse a tratar con los mayores y más nobles espíritus que han existido. De aquí, el valor literario y formativo que atribuye al estudio continuado de un mismo autor, sin interrupciones entretenidas y pedantes a propósito de minuciosas observaciones gramaticales, formales y eruditas.

La lectura, pues, de los poetas y demás escritores clásicos produce tal gozo que entraña la educación misma del gusto y la percepción de lo que en ellos hay de grande, verdadero y bello. Sólo con tal condición se fecunda la mente, piensa Gesner, y se puede llegar a producir algo propio y personal en literatura, en arte o en filosofía. Esta fe en la mucha lectura y en el abordar directamente los textos siempre capaces y apropiados para excitar nuestra sensibilidad, hace actualísima la enseñanza de Gesner, quien tiene, por lo tanto, todavía hoy, algo importante que decirnos a nosotros, que andamos aún discutiendo sobre si el latín o el griego son o no útiles. Y en el siglo en que dominaba todavía el método cartesiano, con su exigencia de certeza y precisión matemáticas, Gesner, lo mismo que Ernesti y lo mismo que media centuria antes Vico, celebra la elocuencia en virtud de su nuevo humanismo concreto: ensalza el poder de la palabra, que inculca la persuasión de las verdades humanas y

divinas, respondiendo a los intereses más altos del espíritu humano, no con argumentos matemáticos ni con rigurosas fórmulas lógicas. La elocuencia hace falta especialmente para persuadir en las cosas que conciernen a la vida práctica y activa, de la que viven también los filósofos y los filólogos, los cuales tantas veces yerran en los problemas de la vida económica, en la elección de mujer, en la educación de los hijos, porque carecen del sentido de lo particular y concreto.

Frente a la triste situación de la enseñanza universitaria de las letras clásicas por que atravesaba la Alemania de su tiempo, hizo Herder un gran elogio del método practicado y recomendado por Gesner (sobre todo en su prefacio a Tito Livio y en la *Isagoges),* conviniendo con él en la condenación de aquella deprimente y fatigosa manera de leer los autores (lectura *stataria)* que, sin cuidarse del significado de una página entera, disuelve el período en minuciosas explicaciones gramaticales, rompiendo así la unidad de la impresión causada por la lectura y hastiando mediante tal ejercicio analítico aun a los jóvenes de ingenio, enfriándoles su entusiasmo por la belleza y provocando en ellos repugnancia hacia los grandes autores, en vez de fomentar su afición a leerlos. *Reglas de oro* llamó Herder a las dictadas por Gesner sobre el leer, el aprender, el *exerpiren* o sacar extractos, esto es, sobre el seleccionar pasajes importantes, y sobre la atención; reglas contrarias todas al método entonces vigente de la esclavitud gramatical. La meta puesta por él al estudio de los poetas antiguos fue la formación del gusto moderno, y a este fin orientó toda su actividad didáctica y filológico-crítica, excluyendo, por ende, tanto la imitación estilística como la simple erudición de diversas y múltiples noticias reunidas en torno a una obra o a un pasaje como si tales reuniones fuesen la aspiración suprema de la cultura clásica. Los autores, presentados en su lección crítica, deben explicarse e interpretarse, según Gesner, *adnotatione perpetua,* para hacer entenderlos y disfrutarlos provechosa y estimulantemente aun a lectores no especializados en materias de erudición.

Gesner enseñó en Leipzig y, durante treinta y seis años, en Gotinga. Hizo juiciosas selecciones de Cicerón y de Plinio el Viejo, comentó a Horacio, a Claudiano y a Plinio el Joven, y se cuidó de ediciones *rei rusticae* de los escritores latinos. Su crítica textual resulta a menudo inadecuada, pero sus notas explicativas son un modelo en su género. Escribió un *Nobus linguae et eruditionis romanae thesaurus* (1749). Pero su obra fundamental, en la que converge toda su cultura filológica, histórica y filosófica, formando una

unidad enciclopédica en la que expone sus mejores ideas renovadoras, es la publicada póstumamente por un discípulo suyo con el título de *Primae lineae Isagoges in eruditionem universalem* (1774). También tiene importancia su prefacio a Livio, donde insiste en la necesidad de la lectura ininterrumpida o *cursoria*, como estimulante, y combate el *stupor paedagogicus*, el cretinismo escolástico y gramatical de su época.

Christian Heyne (1729-1812) fue un estudioso de amplísima visión, abierto a todos los problemas concernientes a la cultura clásica, que era sentida por él como operante fuerza educadora. Advirtió con agudeza la función de las letras en la vida del hombre como promotoras del sentimiento y de la voluntad y aquilatadoras de la conciencia. Confirió mediante su gran sentido crítico lo antiguo con lo moderno, observando también sus diferencias históricas. Concebía la ciencia en conexión con la vida, y supo ver los vínculos existentes entre las diversas disciplinas y la solidaridad del individuo con la comunidad en la historia. Manifestó sobre todo su penetración como historiador sosteniendo el carácter severo del mito en contra de la concepción de los ilustrados, para quienes la religión y el lenguaje tenían origen convencional. Fue sensible a la belleza y afirmó que las obras de arte son necesarias para la formación de los jóvenes. Juzgaba que la Antigüedad era digna de estudio por el noble contenido moral de sus escritores, así como por la característica concreción que domina y se echa de ver en sus obras. Precisamente este carácter lo juzgaba muy idóneo para la mentalidad juvenil, que es de encendida fantasía y ávida de ejemplos vivos y tangibles.

Con Heyne se va afirmando más y más la necesidad de interpretar lo antiguo históricamente. Tal interpretación, predominante sobre la crítica filológica en sentido estricto (o sea, sobre la erudición analítica que caracterizó al período holandés), significa una ampliación cada vez más grande del interés por el espíritu de la Antigüedad. Nuestro autor sostiene que hay que comprender a los escritores en su auténtica situación histórica, y sabe también que para conocer lo antiguo en su totalidad hay que sentir de nuevo, hay que repensar, rehacer los sentimientos, la mentalidad y la acción antigua en nosotros mismos. Esta idea la desarrollará Wolf. En una prolusión de 1763, recalca la necesidad de atender, en los antiguos prosistas y poetas, al elemento de la belleza literaria más que al elemento retórico y anticuarista. Sólo así los tiernos ingenios de los jovencitos se educarán en el sentimiento de la virtud y de la belleza y se inflamarán de amor a ellas. Las bellezas de la naturaleza, del arte y de

la literatura no pueden enseñarse ni gustarse a base de reglas y preceptos. Así como el músico no llega a ser tal sin oír cánticos y sonidos, ni el pintor sin ver cuadros, así solamente leyendo se forma el buen gusto literario. En la fuerza de la fantasía tiene su fundamento la vocación para la belleza, mediante la cual la vida se afina en todas sus manifestaciones *(omnis vitae elegantia instruitur)*. En otras prolusiones u oraciones inaugurales, discurriendo sobre la utilidad de las artes en la enseñanza universitaria o sobre la necesidad del estudio histórico para cualquier disciplina, insiste en que las disciplinas literarias influyen directamente en la formación de la voluntad virtuosa, ayudando a vencer las malas pasiones y todas las tendencias inferiores destinadas a dar frutos toscos y viles. A este propósito aconseja a los jóvenes que pasen de una asignatura a otra en breve espacio de horas, ya sea para dar elasticidad al espíritu, ya por el vínculo que él veía entre todas las artes y por la ideal perfección cognoscitiva que anhelaba para todo hombre culto. En otra de sus disertaciones hace de la historia la base de toda disciplina, porque todas se fundan en el trabajo pretérito y ajeno. Como la ciencia del derecho halla su consistencia en la historia política y civil, y semejantemente la teología encuentra en la historia los fundamentos de la fe, así también la filosofía saca sus fuerzas de la luz de la historia, de la experiencia de los siglos. De este modo, la obra de la comunidad humana y la fuerza del pasado hacen imposible que el ingenio individual se enriquezca, excite y promueva sin la obra, el ejemplo y el impulso de quienes le precedieron. Así, nuestra labor, desde el punto de vista de los estudios, ha de unirse a la de los demás, y no puede darse una doctrina aislada, sin relaciones con las demás. El progreso intelectual solamente es posible si se asocian muchos ingenios para cooperar en sus estudios y si hay un vínculo y una correspondencia convenientes entre las distintas disciplinas.

Heyne comparó a los más antiguos habitantes de Grecia con los pueblos bárbaros y salvajes de la actualidad: de esta manera la prehistoria es iluminada por la etnografía, y las exploraciones de las tierras vírgenes ayudan a colegir cuál sería la vida primitiva en los países clásicos, oculta bajo los velos de la leyenda. Vislumbra él ya que en una época remotísima existieron pueblos singularmente civilizados (como el egipcio y algunos de la América precolombina). Y apunta las ventajas que la educación antigua tenía sobre la nuestra, en la que predomina la cultura intelectual. Reconoce a este respecto que las lenguas antiguas agudizan nuestra primera reflexión, proporcionándonos la manera de pregustar la lógica y de írnosla

formando gracias a sus complejas gramáticas. También él propugnaba el reconocimiento del valor de las letras para la vida pública y abogaba por su virtud redentora y su importancia cívica. Para lograr su plena reivindicación sabía que hacen falta maestros dignos, capaces de despertar la emoción en los ánimos de la juventud al leer e interpretar a los mejores escritores. El arte afina, según él, la costumbre, y ésta capacita para gustar de la belleza. Definió lo bello como «una perfección que puede impresionar los sentidos e imprimir una imagen de sí en el ánimo». La belleza es siempre una perfección sensible dotada de una imagen, percibida *sensu ac mente* por la conciencia dispuesta para recibirla, instruida, experta mediante el arte.

Tuvo Heyne un hondo sentido de la libertad, tanto que, al estudiar la constitución de Esparta, notaba en ella los defectos morales como índice de la definitiva decadencia de aquel Estado tiránico, y celebraba, recordando a Cicerón, la *alma libertas* «nutricia de la humanidad y aun madre de ella, luz de los ingenios, antorcha de la vida y fundamento de todas las cosas divinas y humanas». La condición de la república y de las letras no puede ser feliz cuando la libertad falta. Aparte de esto, hay que distinguir entre el mito genuino y el elaborado artificiosamente, entre el primitivo y el interpolado en los textos, entre el indígena y el transmitido desde otros países, entre el núcleo originario y las posteriores añadiduras.

Se ocupó también de arqueología (no ajeno a las enseñanzas de Winckelmann), de las instituciones políticas y de la jurisprudencia romana. Atendió, en orden a la Antigüedad, al *genius saeculi*, concepto que Voltaire había forjado en 1739 dando comienzo a la nueva historiografía de la Ilustración con respecto al siglo de Luis XIV. Heyne aplicó la noción de «espíritu de la época» ya a los escritores, para situar históricamente su personalidad, ya a períodos históricos enteros, como al de los Tolomeos, para calificar en sus rasgos peculiares a la edad alejandrina, siendo en esto un precursor de Droysen, el autor de la clásica *Historia del helenismo*, visto éste no como una época de retroceso sino de progreso civil y cultural. Hizo Heyne ediciones y comentarios de los clásicos griegos y latinos, demostrando una aguda percepción de las exigencias de la interpretación detallada y continua, cual es la que hoy preferimos al poner notas y comentarios a un clásico. En este sentido, es más próximo a nosotros que a la filología holandesa de los siglos XVII y XVIII: aboliendo aquella erudición indigesta y fastidiosa, presentuosa e inútil, capaz únicamente de enfriar el entusiasmo suscitado en el lector por la lectura directa del poeta. Comentó todo Virgilio, remitiendo a *excursus* finales algu-

nas cuestiones (como las relativas a Laocoonte, á Dido y sus amores, a los orígenes, mitos y religiones de los antiguos pueblos de Italia; esto es, a los libros II, IV, y VII respectivamente de la *Eneida*). Dignas son hoy todavía de lectura su introducción y sus dos disquisiciones preliminares a la *Eneida*, la primera sobre el *epos* virgiliano y la segunda sobre la invención de la *Eneida*. Puso de relieve como el gran poeta educa al lector para la grandeza. Recalcó además la lógica necesidad de la crítica justificadora de lo bello para superar la fase de la admiración mística por la que se exclama siempre sin más explicaciones: ¡Bello, sublime, divino! Hay que darse cuenta, mediante la meditación, de los sentimientos e impresiones que espontáneamente surgen en nosotros mientras vamos leyendo. Razonó el porqué de la suma poesía de Homero, sin rebajar el valor de Virgilio, como lo harían en seguida sus paisanos; porque vio en el diverso carácter de la *Ilíada* y de la *Eneida* la profunda diferencia entre dos épocas históricas, aparte de dos temperamentos poéticos incomparables: el *epos* virgiliano tiene distinto color del homérico, en conformidad con las diversas condiciones históricas y el diferente espíritu nacional y cívico que informa la época de Virgilio. En Virgilio señala el ideal supremo de la perfección artística y descubre el genio mismo de la poesía *(poëtici sermonis genium)*, excluyendo la suposición de que el ingenio de Virgilio fuese escaso en punto a inventiva poética. El poeta fue sin duda especialmente agudo y cuidadoso en la elección de unos argumentos que fuesen aptos para la ejecución poética. No fue el de Virgilio simple trabajo de miniaturista sin vigor poético original, pues supo infundir en sus versos una suavidad y una gravedad que los griegos desconocían, y descubrió en los mitos itálicos lo que era más idóneo para la fecunda libertad de la fábula y para el vivo interés de la historia.

Las últimas frases que acabamos de transcribir son el juicio de Manzoni sobre Virgilio, muy afín al de Heyne. Y así como Manzoni calificó de incomparable la virtud poética de Virgilio, parecidamente Leopardi llamó a Virgilio «supremo ejemplo de perfección para los escritores».

Al discurrir sobre la armonía imitativa en Virgilio, advierte nuestro autor que tal armonía no consiste en formar a capricho sonoros versos para reproducir de un modo material los sonidos de las cosas naturales (el sonar de las trompas o el relinchar del caballo): es el poeta el que crea espontáneamente las palabras que expresan el sentido de las cosas, no con su sonido material, como se suele creer, sino en virtud del impulso contemplativo, por el que ellas se traducen en imágenes que van surgiendo en el ánimo del

lector. Es el lenguaje el que, secundando la visión poética, forma con espontaneidad los sonidos que la mente, enardecida, necesita para hacerse con la imagen de las cosas. El alma del poeta, en su esfuerzo por expresar vivamente lo que ve dentro de sí, halla sin darse cuenta las palabras que precisa y que más convienen. Las onomatopeyas surgen, pues, de una necesidad de propiedad y de adherencia a las cosas, no son fruto de un virtuosismo cerebral o de ingeniosos juegos de entretenimiento en los que se combinen vocales y consonantes. De ser así tendríamos en esas onomatopeyas negaciones de la auténtica poesía.

Comentó también a Tibulo, celebrándole entre los demás líricos latinos por la naturalidad de los afectos, y discutió las variantes de sus códices y de sus ediciones precedentes. Preparó (1802) una edición de la *Ilíada* traducida por él en prosa latina, donde critica las ideas de Wolf, pues Heyne reconoce la genialidad poética de quien dio por primera vez unidad artística a los cantos de este poema.

9

El espíritu romántico alemán aliado de la filología: Schlegel, Schelling, Ast, Schleiermacher

El romanticismo alemán, en su vasta expresión cultural, abarca todos los aspectos de la vida humana, ampliando infinitamente el horizonte intelectual, el aspecto moral y las exigencias históricas. Matiza también, por lo tanto, la actividad filológica, que ve converger todo el pasado del hombre en la intelección de la palabra (antigua y moderna), símbolo y reflejo de la vida de un pueblo. Para entender esa palabra, esa vida, muchas ciencias, como la mitología, la arqueología, la etnografía, la historia de la religión, la historia política y la historia de la filosofía, se hacen auxiliares de la filología. Aspírase al conocimiento integral del espíritu y de las vicisitudes históricas por que han atravesado las naciones.

Todos los aspectos de la vida se ven converger en la intelección de la palabra antigua, que se ha hecho digna de interés porque despierta las propias fuerzas interiores y junta al hombre moderno, ávido del humanismo y la universalidad más elevados, con el hombre antiguo, concebido en su primera aparición primaveral. La Antigüedad clásica, y especialmente el helenismo, concíbese como la perenne juventud del hombre, mientras que la romanidad, época de reflexión y de rigor jurídico, de fuerza política y conquistadora, es despreciada. Así, mientras que la filología alejandrina y la antigua en general, lo mismo que la del Renacimiento, tendían a interpretar la palabra separadamente y en sentido estilístico, y la filología de los períodos francés y holandés habían ejercitado la fuerza acumuladora de la erudición sobre la crítica de los textos, empleando la capacidad para el polieruditismo que las distinguía en detallar las particularidades de los escritores antiguos ilustrándolas con

profusión de conocimientos útiles, y mientras que la filología inglesa (de Milton a Bentley) había dado importancia a la belleza literaria de los antiguos al restablecer con método y con racional coherencia la autenticidad de los textos, ahora, a finales del siglo XVIII, Alemania aborda soberanamente el estudio de la historia, afirmando su vitalidad con la potencia de una nueva visión del mundo que renueva todas las disciplinas. Además de la visión del mundo antiguo, renuévase también el conocimiento de las civilizaciones del antiguo Oriente, del mundo islámico y de los pueblos de la América precolombina.

El neohumanismo alemán es el romanticismo aplicado a la concepción del mundo de la Antigüedad clásica. Precursores de este neohumanismo fueron Ernesti, Gesner y Heyne. Ya en el Quinientos había tenido Alemania defensores de la cultura antigua y estudiosos del griego y del latín tan representativos como Nicolás de Cusa, Rodolfo Agrícola, Juan Reuchlin, Hutten y Melancton. La Reforma protestante había impulsado los estudios en un sentido divergente del que seguían los humanistas italianos y católicos, reavivando en Alemania el interés por los estudios bíblicos. Desde entonces, la filología clásica apenas tuvo allí especial voz, y, hacia finales del siglo XVII, seguiría las huellas de la cultura francesa y más tarde las de la inglesa; hasta que, dueña ya de sí y consciente de su propio espíritu autónomo, organizará la cultura en función de su nueva visión del mundo y de sus nuevas también y vigorosas exigencias filosóficas, históricas, nacionales. Es un poderoso movimiento cultural que va desde el último cuarto del siglo XVIII hasta cerca de mediados del XIX. Es la edad heroica de la cultura alemana, aquella en la que da al mundo las más nobles creaciones del genio musical, filosófico, poético, historiográfico. Edad que se inicia con Lessing, Herder, Kant, Goethe, Mozart y Winckelmann. Profundízase entretanto en la concepción de las lenguas: de las arias o indoeuropeas, de las germánicas, de las románicas y de las semíticas; descúbrense sus relaciones, sus vínculos, diferencias y semejanzas, sus estructuras orgánicas naturales y las modificaciones debidas al transcurso del tiempo y a los avatares históricos por que atraviesan los pueblos. Las lenguas son espejos, vehículos y testimonios del ser de las naciones que las hablan. Así, el lenguaje es concebido, tanto por la lingüística como por la filología (que halla en él su centro), como la emanación más sincera, espontánea, natural y profunda del espíritu de un pueblo y, a la vez, como la más sencilla y genuina revelación del espíritu individual.

Reafírmase con ello enérgicamente el estrechísimo vínculo que une a la historia con la filología en el sentido expresado por Max

Müller (vol. I de sus *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje*, de 1866) de la siguiente forma: «La ciencia histórica se sirve del lenguaje como de un simple medio. El griego, el latín (y cabe añadir que cualquier otra lengua) es para ella solamente una clave con la que descifrar los monumentos literarios, que, cual fórmulas mágicas, nos ha legado el pretérito, o como una llave con la que abrir los sepulcros del tiempo para hacer salir de ellos a los espíritus de los grandes hombres de épocas y países distintos; medios, en suma, para descubrir las grandes líneas del progreso social, moral, intelectual y religioso de la especie humana».

En la filología alemana del siglo XIX, la erudición histórica y filológica se une profunda y rigurosamente al pensamiento. La historia de las naciones es abarcada en su totalidad; fórmanse, en consecuencia, teorías sobre metodología y sobre la enciclopedia filológica que, a la vez que articulan entre sí las diversas disciplinas que constituyen su campo, vienen a ponerlo en orden y a completarlo.

Exáltase a la nación como al objeto central del estudio filológico, y su objetividád histórica procúrase que se refleje en la subjetividad del conocimiento humano, que, mediante las diversas disciplinas de su competencia forma la totalidad de lo escible filológico. Surge entonces el gran concepto de la «ciencia de la Antigüedad», cual inmensa estructura que se eleva al cielo del saber total y riguroso de lo antiguo, y que consta de distintos planos, apartamientos y articulaciones. Organos de esta ciencia son la crítica y la hermenéutica; es decir, el arte y la ciencia del leer bien y del entender como es debido o de interpretar los textos.

Una historia de la filología, además de pasar revista a los filólogos de renombre, con sus esfuerzos, estudios, ediciones, comentarios, descubrimientos, o sea, con todos los resultados conseguidos gracias a su laboriosidad, no puede silenciar el hecho de que, en cierto modo, algunos de ellos expresaron o tuvieron la ocasión de expresar en sus obras el sentido que querían dar a la función y a las tareas filológicas en general, la conexión que percibieron entre lo antiguo y lo moderno, las relaciones que tiene la filología con la historia y con las demás disciplinas.

No podemos omitir, por eso, al llegar a este punto, el nombre de Federico Schlegel (1772-1829), que se ocupó de la lengua y la historia de los indios, de la poesía y la prosa literaria griegas, de la literatura latina, y que a sus 25 años trazó el esbozo de un tratado *Zur Philologie*, que no había sido publicado hasta nuestros tiempos

(1928). Las ideas expuestas en él influyeron incluso sobre los filólogos mismos que, si bien no escribieron acerca de ningún aspecto teórico de la filología, sabían ciertamente cuanto se elucubraba sobre el particular. Ejemplo típico de esto fue Wolf, quien cogía al vuelo las ideas que circulaban en su época y sabía verterlas después más o menos coherentemente en sus escritos, procurando potenciarlas de tal modo que pareciesen originales.

Schlegel llamó, no sin tino, «dogmáticos» a los filólogos holandeses, «escéptico» a Wolf (por lo de la cuestión homérica) y «constructivo» a Heyne. Concibió el traducir como inseparable de la idea de filología; aquel traducir que tanta importancia tuvo durante la época romántica en toda Europa, por la necesidad, universalmente sentida, de participar de los sentimientos y maneras de pensar de los otros pueblos leyendo sus escritos, a fin de darse cuenta del nivel alcanzado por cada nación, y con ello, que toda persona culta, en cada una de esas naciones, pudiese formarse una conciencia cosmopolita.

El de traducir es «un arte filológica», dice Schlegel, en el sentido de que el traductor se empeña en una tarea delicadísima de intuición y de reflexión, de raciocinio y de experiencia, de memoria y de conocimiento de las lenguas extrañas y de la propia, en una operación que exige, para ser llevada a buen término, escrupulosa exactitud, vigilante diligencia y gran observación mental y expresiva. La actividad filológica debe desempeñarse siempre sobre la base histórica, contando con el sentido histórico, pues de lo contrario incurre o en la pura erudición, o en la mera gramática, o en el estetismo mudo, afásico, que todo se resueve en admirar, sin más, la belleza antigua, en lo que algunos se pavonean dándoselas de entendidos y haciéndose los embelesados. El sentido histórico-filológico facilita, en cambio, el sentimiento de la belleza antigua, justificándola en su vinculación con el mundo del que formó parte y en relación con el nuestro. Si se deja de lado el elemento histórico, el arte filológica se convierte en oficio de simple gramático, de erudito puro o de retórico clasicista y estetizante. El sentido de la belleza le es, por ende, imprescindible al filólogo, que ha de ser φιλόμουσος, «amante de las Musas, gustador de las artes», pero debe poseer también el sentido histórico para no caer en el inferior esteticismo retórico. Lo bello tiene que admirarse no fuera del tiempo ni de las condiciones históricas. Cabe, pues, sacar la conclusión de que «la filología es la educación del sentido histórico mediante unas reglas». El filólogo genuino ha de ser en verdad no sólo «filómuso», sino «filósofo»: la mentalidad misma del filólogo implica una filosofía. Lo cual

quiere decir que la doctrina de la letra y la del espíritu deben fusionarse en una sola.

La filología, además de intelección de la belleza y de la historia —implícitas ambas en su actividad—, es también cultura enciclopédica; o sea, saber integral, completo y sistemático, orgánico. Es decir, que toda la cultura puede ser necesaria y útil para entender una palabra, un verso, un período, un documento. No amasijo de noticias amontonadas, sino la vida íntegra de la Antigüedad: eso es lo que ha de aprehender. Contra la filología formalista, «micrológica», de cortos vuelos y perpetuo detallismo miope, insiste Schlegel en la importancia de la filología real (o material). Y, verdaderamente, ni siquiera hoy se ve muy claro, cuando se dice que alguien es un latinista, si se le tiene por gran conocedor del estilo y de la sintaxis, tanto como para ser capaz de escribir en latín una disertación retórica, o si se le considera poseedor de la lengua del Lacio de tal modo que pueda leer de corrido y comprender y explicar a los poetas y prosistas latinos, sintiendo con hondura el que fue su mundo, e indicándonos sus ideas principales y características. Este equívoco lo desharía hoy el mismo Schlegel poniendo de manifiesto la pobreza de ideas con que se discute sobre la utilidad del latín.

Observa Schlegel que al arte figurativo se le dio sólido fundamento (por obra de Winckelmann) tan sólo mediante la historia de su formación, considerando la Antigüedad como un todo y advirtiendo la absoluta diferencia que hay entre lo antiguo y lo moderno. Pero, en otro sentido, unifica él lo antiguo y lo moderno, superando la separación estática y llenando el abismo entre lo clásico y lo romántico en virtud de la misma naturaleza humana, que nunca es antigua o moderna de un modo absoluto, sino pura y enteramente humana. Así, ya desde muy joven, tiene la categoría Schlegel de precursor de las opiniones más certeras de los más recientes filólogos alemanes, que irán particularizando y demostrando explícita y conscientemente muchas de sus ideas.

Su noción de la cultura clásica era la de algo pleno, real, como íntegro conocimiento de los escritores y de sus pensamientos y sentires más altos, expresados a través de sus poderosas palabras. En una historia de la literatura latina puso de relieve, en efecto, la melancolía de Lucrecio, la solemne grandiosidad de Enio, las características del mito en Virgilio, el severo estilo de Tácito. Muchas de sus ideas más agudas y brillantes sobre la crítica histórica y literaria estimularon sin duda a los que escribieron después de él la historia de la literatura europea, y siguen siendo aún para nosotros, lo mismo que éstas sobre la filología, dignas de admiración. Pero lo

que durante su juventud había sido su sueño clásico de la belleza antigua, especialmente de la helénica, como medio para evadirse de la realidad, idealización enunciada de un modo genérico y apresurado, se convirtió después, durante su edad madura, en un concreto y definido interés o estudio no ya de la Antigüedad, sino del Medievo y de lo moderno en sus aspectos civil y poético. Aquí desplegó Schlegel su gran fuerza de penetración con una seguridad del sentido histórico y filosófico que cuando joven aún no podía tener y que daría la medida de su potencia como crítico romántico. Vio en el Medievo especialmente la compenetración de todas las actividades humanas en un sentimiento vital *(Gesinnung)* promotor del armónico desarrollo de las fuerzas humanas, dominado por un único principio religioso. La poesía, la filosofía y la religión se reavivan y reaccionan e interfieren de continuo entre sí. Opinó que lo clásico y lo romántico (a los que Schiller había llamado lo ingenuo y lo sentimental) se han de entender como lo antiguo y lo moderno. Después los considera, como Goethe, idénticos. Más tarde contrapondría lo romántico a lo clásico condenando al clasicismo francés por la falsedad técnica de las famosas unidades. Vio el clasicismo francés como una enfermedad propagada por Europa hasta finales del siglo XVIII, hasta el advenimiento del romanticismo.

Observó con agudeza que la elección del metro es inseparable de la poesía misma; que toda obra de arte es, de suyo, incomparable, y que cualquier paralelo distrae. Concibió la lengua como la revelación integral del espíritu humano, y compendió en la *Bildung* la perfección individual, haciendo consistir la silenciosa formación interior de cada uno de nosotros en una virtud media entre el sentimiento y la inteligencia, entre la razón y la sensibilidad, visible especialmente en la educación artística, en la que el individuo se eleva a su forma ideal. Consideró la cultura del alma como afín al impulso creador del artista. Por todas estas ideas y algunas otras, fue el más conspicuo exponente de la crítica romántica, el que elaboró y puso en circulación las nociones fundamentales del romanticismo.

Incitando a los filósofos al conocimiento preciso de los poetas antiguos y modernos, les apostrofa en un pasaje del *Atheneum* (1800) con esta ferviente y significativa salutación: «¡Salve a los auténticos filólogos! Sus obras son divinas, pues difunden el sentido del arte por todos los campos de la erudición. Ningún erudito debería limitarse a ser un obrero manual».

Los grandes pensadores del romanticismo alemán tuvieron en alta estima la Antigüedad clásica, mientras que en los países latinos,

como los románticos hubieron de oponerse con energía al neoclasicismo retórico y académico, contrario a cualquier innovación e insensible a la belleza y a la grandeza antiguas, parecieron interesarse menos por la cultura clásica. Pero los alemanes enaltecieron especialmente lo helénico; las cosas romanas no las apreciaron tanto. Consideraban que las facultades integrales del espíritu humano, tan profunda y entusiásticamente estudiadas y celebradas por ellos, se habían realizado de un modo ejemplar en los pueblos clásicos, y del modo más eminente entre los griegos, que por esta causa habían sido grandes.

En la determinación del cometido y funciones de las diversas disciplinas, que Federico Schelling expuso en 1803 en la universidad de Jena con sus catorce *Lecciones sobre el método de los estudios académicos,* tiene su puesto la filología, por los siguientes motivos: 1) porque la «Antigüedad es para nosotros eternamente sagrada» (como ejemplar e imprescindible momento del desarrollo de la conciencia humana); 2) porque filología es sinónimo de historia del arte y de la poesía, o sea, «construcción del saber a través de las condiciones del tiempo»; 3) porque la historia toda sólo se entiende mediante la actuación de la conciencia, que la interioriza y vivifica para darle realidad y concreción, en cuanto que solamente en la conciencia personal se la capta y compendia con vivida y operante eficacia. Aquel saber que, para él, es real en el arte, o sea, expresado como en una institución, se manifiesta *ideal* en la filología (o sea, reflejado en la mente culta), que es su estudio histórico. Si sólo «el genio artístico representa una inteligencia que opera como naturaleza» (tal es la síntesis de su concepción del arte expuesta en el *Sistema del idealismo trascendental),* en la filología es donde se viene a conocer reflexivamente esa operación del genio. La obra espontánea del «genio» (diría De Sanctis, quien se inspiró mucho en Schelling) es reproducida (por el filólogo o crítico) como obra refleja del «gusto». Sino que, mientras para De Sanctis (especialmente en el período romántico), con desviación hegeliana, la posición del crítico, del historiador o del filólogo viene a ser, en cierto modo, superior a la del poeta, porque teniendo lugar después de ella reasume en sí la obra poética y le añade la conciencia refleja del que la juzga, en cambio, para Schelling, la dignidad del filólogo consiste en que capta con viva intuición la *historia* o el proceso creador de las obras artísticas o científicas. Por tal función, el filólogo se halla «en el grado más alto, junto con el filósofo y con el artista o, más bien, el artista y el filósofo se compenetran en él».

La diferencia, que parece diluirse en una serie de expresiones o de distintos modos de presentar las cosas, estriba, en el fondo, en esto: para Hegel y para De Sanctis el pensamiento absorbe *(aufhebt)* el arte, se lo integra superándolo; para Schelling, el arte conserva su existencia autónoma. El pensamiento no es, por lo tanto, superior al arte, e incluso tres años atrás había exaltado al arte (en el *Sistema)* como al «órgano eterno del saber y documento supremo de la vida humana y de la espiritualidad».

Tuvo Schelling vivísimo el sentido de la misión de la Universidad, científica y a la vez ética, argumento de su segunda lección académica. La historicidad del saber se une a esta misión de la enseñanza superior en cuanto que el saber no es concebido como un inerte irse transmitiendo opiniones ajenas, sino como expresión de la eterna verdad que se va conquistando poco a poco. En vez del aprendizaje memorístico de nociones materiales exígese el ejercicio de la inteligencia y del juicio. El saber, recogido históricamente, debe ser guiado por el discernimiento crítico a fin de que no caiga en una forma de ciega tradición erudita. El pasado ha de vivirse en nuestra conciencia merced a nuestra evocación recreadora y participante. «El estudio de las ciencias y de las artes en su desarrollo histórico ha llegado a ser una especie de religión»; pero el conocimiento del pasado como tal no debe suplantar a la ciencia, la cual se identifica con la conciencia científica. Es decir, que no basta con que una idea se haya albergado en las cabezas de otros para que tenga, sin más, importancia para mí. La cantidad y la perfección externa de nociones o de noticias eruditas no constituye de suyo la enciclopedia científica, la verdadera ciencia. Por otra parte, el especialismo es contrario a aquella idea universal de la verdad que obliga a todo estudioso a reconstruir por dentro el saber, a hacerlo vivo en virtud de un interés presente. «La juventud debe aprender ante todo a ejercitarse en pensar y en juzgar»; sólo así el conocimiento del pasado se convierte en nosotros en conocimiento histórico. Si no, el saber es cosa insípida *(geistlöser)* para el que lo adquiere y cosa muy muerta *(geisttodtender)* para el que lo contempla. El método de la enseñanza universitaria debe ser el «genético»: el maestro no se contentará con dar sólo unos resultados ya terminados, sino que mostrará cómo se llega a ellos, procurará que el conjunto de la ciencia nazca ante las miradas de sus alumnos. Desde el punto de vista ético, ninguna distinción se debe hacer en una Universidad fuera de las que provengan del ingenio y del valor científico, poniendo sobre el candelero a los mejores, los cuales han de sobresalir precisamente en virtud de aquel poder de las ideas que

deberá crearse de por sí la más alta y decisiva influencia, sin necesidad de recomendaciones ni protecciones (Schutz). Pone el dedo en la llaga del «enchufismo» de todos los tiempos, que se da hasta donde menos debería aparecer: en el seno mismo de las alegres agrupaciones universitarias.

En la cultura filológica ve Schelling una extraordinaria potencia formadora que suscita la unificación de las fuerzas del espíritu, especialmente en lo que atañe a la aptitud inventiva. Hay que ejercitar sobre todo el órgano intelectivo, más bien que acumular materia de aprendizaje. En la filología, lo mismo que en cualquier otra enseñanza, rige el siguiente aviso supremo: «¡Aprende sólo para crear tú también!» *(Lerne nur um selbst zu schaffen!)*. Para esto, es necesaria una gran compenetración entre la técnica y la ciencia, entre la ciencia y la conciencia, entre lo particular y lo universal, entre la materia y la forma. De lo contrario, se viene a parar al «trabajador de oficio», a aquel *Brotgelehrte* o «profesor chusquero» estigmatizado ya por Schiller en una prolusión a un curso de historia en 1789. El *Brotgelehrte* se muestra pronto a ultrajar, a calumniar o a despreciar a cuantos profesen ideas generales, expresiones del espíritu filosófico, de aquel *philosophischer Geist* que Schiller contrapuso precisamente al espíritu del pancista.

Se afirma en otra lección de Schelling la benéfica virtud educadora que tienen las lenguas antiguas, cuyo valor es el de ser medios para alcanzar un fin más alto: «No conozco ninguna otra ocupación tan apropiada, para dar al ingenio en su tierna edad la perspicacia y la fuerza inventiva, como el familiarizarlo con las lenguas antiguas». El mero conocimiento de una lengua no hace de por sí al genuino filólogo. El profesor de idioma no es, en cuanto tal, filólogo, no es digno de ocupar una cátedra universitaria. El verdadero filólogo es el que estudia la lengua como interpretación y mejora de una lectura por la vía de las conjeturas críticas, ejercitando su mente en reconocer las varias posibilidades ideales de lección que ofrece un pasaje. Ahora bien, la educación científica del filólogo consiste precisamente en su capacitación para reconocer con relativa facilidad aquellas posibilidades, sin atenerse simplemente a lo que da la tradición (escrita). De tal suerte, el estudio de la lengua educa, sin más, ese poder reconocer el espíritu de un documento muerto para nosotros. Entre la lengua de un escritor antiguo y el que la estudia, o filólogo, se observa la misma relación que se da entre la naturaleza y el estudioso de sus leyes. «La naturaleza es como un antiquísimo autor que ha ido trazando jeroglíficos sobre colosales infolios; la tierra es como un libro resultante de unir fragmentos y

rapsodias de diversísimas épocas... Cada mineral es un auténtico problema filológico. De la geología espera aún Wolf que descomponga la tierra en sus distintos estratos (como él lo ha hecho con los poemas homéricos) y revele su composición.»

De estas palabras es fácil deducir la impresión que le causaron a Schelling los *Prolegomena* wolfianos de 1795, que examinaban, con procedimiento que pareció científico, el nexo que une históricamente las varias redacciones de la *Ilíada:* de donde proviene la eterna «cuestión homérica».

Como apéndice o corolario a cuanto se ha dicho sobre Schelling —que no puede ser extraño al interés histórico de la filología, ya que él fue influido por la obra de Wolf, quien a su vez se inspiró en Schelling— debemos indicar que la ecuación entre genio y gusto que se lee en un capítulo (el XVI) de la *Estética* de 1909 de Croce, y que deriva directamente de De Sanctis, tiene su origen precisamente en Schelling. Tal ecuación, poniendo a la misma altura la dignidad del crítico literario o la del lector de una obra de arte y la del artista creador, ha ocasionado el fatuo y retórico orgullo de cuantos se hacen la ilusión de captar por completo el inagotable valor de una sinfonía de Beethoven o de una tragedia de Shakespeare o de un canto de Dante, como si nosotros pudiésemos convertirnos poco a poco en cada uno de aquellos genios simplemente porque creamos comprenderlos o porque nos conmueven con su sublime inspiración. Vana y ridícula presunción a la que ha dado pie Croce, que, sin embargo, sabía muy bien que aquella fórmula de origen romántico estaba ya en De Sanctis, y la tomó también él tal cual porque le resultaba cómoda, y no la omitió en ninguna de las sucesivas ediciones de su *Estética.* Pero Schelling, en el *Sistema del idealismo trascendental* (1800), observó que «el artista ha representado en su obra una infinidad que ningún entendimiento finito es capaz de desarrollar por entero». Y, semejantemente, De Sanctis había dicho que «cada uno se hace una Beatriz a su manera, según las fuerzas de su espíritu». Y Croce, aun afirmando (con sabor panteísta) que el crítico y el poeta, es decir, el gusto y el genio, «coinciden y vibran en la universalidad del Espíritu», en otra ocasión (1929) dijo, más cuerdamente, que el oficio de la crítica consiste en resolver los problemas lógicos o de enjuiciación que surgen a propósito de una determinada obra de arte, pero que ésta, al no tener equivalente lógico ni estético, da lugar simplemente a un juicio personal, originado por la impresión o por la presencia del arte; juicio que varía de lector a lector, de época a época, pero que es inevitable que cada uno de nosotros lo emita sobre la obra inmu-

table a que se refiere; por lo cual, «todo juicio histórico-estético sobre una obra viene a ser como el predicado de un sujeto sobreentendido» por el lector.

Mientras en las lecciones sobre los estudios académicos se ha elevado la filología a la dignidad del concepto del arte mediante el pensamiento, mostrando cómo coinciden en el filólogo el artista y el filósofo, Schelling postula, en un punto del *Sistema*, la posibilidad teórica de la historia, la cual «no es concebible sino en una conciencia que piense y reviva el pasado nutriéndolo de interés». La historia radica en la conciencia del individuo, pues en ella se imprime la obra necesaria de la historia. La cual existe sólo para aquel que haya sentido la eficacia y la influencia del pasado, con su repercusión en nuestra conciencia actual a través de los innumerables eslabones o miembros intermedios que la han constituido. Es éste un pensamiento heredado de Schiller («¿con qué fin se estudia la historia universal?»); pero a tal importancia de la historia se une estrechamente en Schelling el concepto de la filología, por evidente influjo de Wolf; de la filología entendida como rigurosa y severa búsqueda del lenguaje y del documento auténticos. Y puesto que la filosofía es un saber en el que se refleja la esencia del hombre, así también la historia, que refleja el drama humano, va estrechamente unida, en Schelling, a la filosofía y a la filología, estudiando esta última los testimonios escritos en el pretérito acerca de las acciones y pensamientos del hombre.

La filología debe hacerse representante de la tradición de un modo riguroso, severo y consciente. Y como hay una época especial en la historia de la humanidad que recibe el nombre de Antigüedad, delimítase así con precisión el campo de la cultura clásica, que se constituye severa, rigurosa y conscientemente mediante la fijación y el dominio de los materiales respectivos. A este campo cognoscitivo definido histórica y conceptualmente lo llamará Wolf la «ciencia de la Antigüedad» *(Altertumswissenschaft)*.

Federico Ast fue un seguidor de la filosofía de Schelling, con lo que se puso en unas condiciones mentales más profundas que las de Wolf para comprender la Antigüedad clásica. Escribió comentarios e hizo traducciones y ediciones de Platón; a los 30 años, en 1808, publicó dos obras en las que expresó, dentro del campo filológico, su predilección por los problemas del conocimiento y de la interpretación, alentada de un fervor casi místico y de una pasión por la vida antigua, que él sentía en su actualidad, en su espiritualidad. Las dos obras son: *Compendio de filología* y *Lineamientos de gramática, hermenéutica y crítica.*

En los *Lineamientos* afirma que para entender la Antigüedad, y cualquier obra de literatura antigua, es preciso que nos sintamos unidos e identificados con el espíritu de lo antiguo, apropiándonos lo que en el orden temporal nos es extraño. La erudición filológica consiste en purgar *(reinigen)* el alma limpiándola de lo temporal, de lo accidental y subjetivo, para formarla *ad humanitatem (zur Humanität zu bilden)*. De esta suerte, la verdad, la bondad y la belleza de los antiguos vienen a transformarse en nuestra esencia. El todo y las partes condiciónanse en la obra de arte recíprocamente. Cada particular es la revelación del todo. Cometido del intérprete es explicar las obras, exponer su significado, su conexión interna y externa, el vínculo entre su contenido y su forma. El contenido lo da todo el conjunto de la vida antigua (artística, científica, privada y pública) y abarca la historia política, las antigüedades, la mitología, el arte, la ciencia, la filosofía y la literatura antigua. En cambio, la forma, cual expresión del espíritu, la da el lenguaje.

El lenguaje revela el espíritu del autor o escritor. Así reduce Ast la interminable materia de las veinticuatro disciplinas, que según Wolf forman la ciencia de la Antigüedad, a un orden interior que la resume toda, puesto que todos los conocimientos convergen en definitiva y como que se contienen en el lenguaje de un escritor. Al autor se le conoce a través de su obra, y si se estudia ésta es para conocer el espíritu del autor. Tal es la finalidad suprema de la interpretación. En la obra del escritor, el contenido y la forma se fusionan y unifican, pero es preciso entender cómo en ese escritor determinado se expresa el espíritu de la Antigüedad. De tres maneras se comprende a un escritor: histórica, gramatical y espiritualmente. O sea que se reconoce «lo que» el espíritu del escritor ha formado, «cómo» lo ha formado, y de qué modo tal materia y forma se organizan y revelan a su autor. En otras palabras, a un escritor se le entiende por la letra, por el sentido y por el espíritu. El espíritu entero, la mentalidad e inspiración peculiar de un escritor, se percibe en una primera intuición, mediante la adivinación del primer abrirse o desenvolverse y encenderse *(aufglimmen)* de su idea. También Schelling se había referido a la reconstrucción del proceso artístico creador partiendo de la idea fundamental que, consciente o inconscientemente, guió al autor en la realización de su obra. Y Schleiermacher hablará de la adivinación, por el intérprete, del germen o impulso germinal de una obra literaria.

En el otro escrito de los citados, en su *Compendio de filología*, ocúpase Ast del espíritu de la Antigüedad, viéndolo reflejado del modo más puro en las obras de los escritores, y concibe la vida y

la forma, tanto la externa como la interna, unidas por una única fuerza y por un solo principio. Tal método de interpretación, propio —según Ast— del nuevo espíritu germánico, supera la unilateralidad de los períodos precedentes y de los anteriores métodos seguidos en filología clásica: los del humanismo italiano, los del estudio material y multierudito de la filología francesa y los del estudio formal o crítico de las escuelas holandesa e inglesa. Al cabo de tres siglos, las exigencias de la verdadera educación humanista son satisfechas, gracias a una filología más rigurosa y profunda, por un estudio consciente y completo del espíritu de la Antigüedad. Los tres máximos prohombres de la educación artística e histórica alemana, Winckelmann, Lessing y Herder, hicieron ver cómo un espíritu nutrido por la Antigüedad clásica puede participar en la verdadera educación.

Resuelve Ast la antítesis entre el mundo antiguo y el moderno mediante su concepto de «humanidad». La Antigüedad dio la belleza; el espíritu moderno da la verdad.

Ve en cada manifestación del ser humano la vida infinita del Todo: en cualquier expresión cultural se refleja la forma viviente y educadora del ser. Así, la poesía, la elocuencia, la historia y la filosofía representan cada una de por sí la vida infinita en una particular manifestación. Y toda vida es virtud educadora *(Bildung)* en cuanto es aprehendida; y es representación en cuanto se la ve en su ser. La palabra, el lenguaje, que para Ast constituye el centro de la filología, concíbelo como «el primer producto inmediato de toda creación individual», porque el lenguaje es el signo, la revelación del espíritu humano en el arte y en la ciencia, la expresión de toda espiritualidad, el irrumpir de ésta desde lo íntimo hacia lo exterior *(Hervorbrechen aus dem Inneren)*.

Ve en el hecho lingüístico la raíz del sujeto humano y el vehículo por el que se penetra en el ámbito de la conciencia y se entiende a los escritores antiguos y modernos.

En una historia de la filología no puede prescindirse de citar a Federico Schleiermacher, aunque pertenezca más bien a la historia de la filosofía y a la de la estética. Pero su experiencia como estudioso de Platón y del Nuevo Testamento, además de haber afinado mucho sus criterios en el ejercicio filológico, le impulsó a plantearse el problema teórico de la interpretación, sobre el cual dio en varios cursos importantes y sugestivas lecciones ya hacia el final de su vida, especialmente de 1826 a 1832, por la necesidad de penetrar las más delicadas cuestiones concernientes a la individualidad espiritual de cada escritor a fin de entenderle plenamente y comprender,

con ello, su estilo y su intención vital. Así, pues, su hermenéutica viene a ser como la concreción de su estética (que es un momento importante de la filosofía del arte en el período romántico). Schleiermacher no ejercitó la crítica literaria como hoy la entendemos nosotros, pero proyectó su gran experiencia de estudioso de los textos filosóficos y religiosos sobre la problemática de la interpretación; entendía por ésta un ir narrando las peripecias del acto creador realizado por el escritor; esto es, un tratar de comprender el ánimo del autor, que nos habla desde su íntimo recogimiento. Así, en 1829, trató sobre el *Concepto de la hermenéutica en relación con las indicaciones de Wolf y con el manual de Ast*, exigiendo un tratamiento científico del problema hermenéutico tal como no se encontraba en estos dos filólogos. Pero reconoció que Ast había sido el primero en expresar el concepto de que la filología ha de ocuparse de algo extraño *(fremd)* que tiene que ser comprendido, mientras que contra Wolf observa que la hermenéutica es necesaria también para el discurso oral y para el diálogo.

Discurre Schleiermacher sobre dos aspectos de la hermenéutica: el comparativo y el adivinatorio. El primero trata de entender el discurso por el conjunto de la lengua; el otro trata de entenderlo como continua producción de pensamientos. En suma, el uno mira a la objetividad, el otro a la subjetividad. El juicio comparativo puede tener un aspecto gramatical y otro psicológico. Pero el lenguaje es visto como necesario para el pensamiento y como creación del individuo, además de como cuerpo objetivo de un idioma (el que se encuentra en el vocabulario).

En su segunda lección (del 22 de octubre de 1829), examina el proceso de la interpretación partiendo del principio formulado por Ast de que «el todo se entiende por la parte y la parte por el todo». Comiénzase a partir de un presentimiento *(Ahnung)*, determinado por el tema inicial de la obra o por el tono o el aire de cada uno de sus primeros detalles y de los que les siguen. Así se comprende la diferencia de talentos de las dos clases de intérpretes: de los que se fijan más en la relación lingüística y de los que prefieren atender al proceso psíquico en que se origina la producción literaria y a la vinculación de los pensamientos con las imágenes. El intérprete lingüista trata de abarcar la obra concreta y relacionarla con la literatura análoga. Aquí diríase que desaparece la persona del escritor, que su individualidad no cuenta. Las relaciones entre el lenguaje y el género literario se esfuman, en cambio, cuando se consideran los momentos vivos de la inspiración y de la concepción y todo lo que se refiere al proceso inventivo, para ver cómo la operación ente-

ra del componer se desarrolla conforme a una determinada personalidad. Aquí se verifica la distinción entre los pensamientos principales y los pensamientos accesorios o secundarios *(Nebengedanken)*.

De este modo, en Schleiermacher queda establecida netamente la distinción entre la lengua en sí y la lengua (o el lenguaje) que el individuo va creando sin cesar: la distinción sobre la que tanto meditó Humboldt.

El interpretar se distingue del entender, según nuestro autor, tan sólo como el hablar en voz alta se distingue del habla interior *(das laute Reden von dem innern Reden)*. En otra lección (del 20 de marzo de 1830), Schleiermacher, hablando del *Concepto y división de la crítica filológica*, establece la relación entre la crítica inferior y la crítica superior. La primera versa sobre la autenticidad de los escritos, y se la puede llamar también crítica documentante; la crítica superior puede ser llamada también adivinatoria y se sirve de «pruebas internas»: de pruebas que no son arbitrarias ni meramente subjetivas, puesto que las había afirmado nada menos que el filólogo más genial del siglo precedente, Bentley, al decir aquello de que *Mihi ratio et res ipsa* valen más que cien códices. La crítica inferior versa sobre las palabras por separado o sobre pasajes cuya genuinidad busca, mientras que la superior se ocupa de obras enteras. Pero la crítica adivinatoria presupone, según el autor, la crítica documentante. Toda la crítica filológica está comprendida dentro del ángulo de visión de la crítica histórica; la cual trata de reconstruir y fijar los hechos valiéndose de los relatos y de las noticias concomitantes, apartando la verdad de los errores e ilusiones y discerniendo de la percepción acertada y exacta lo que es juicio meramente subjetivo y añadidura del escritor.

En una prolusión de 1832, Schleiermacher sentó la relación entre la gramática y la dialéctica dentro del ámbito de la teoría de la interpretación. Puesto que la hermenéutica lleva a entender el contenido del pensamiento y éste sólo es real a través de la lengua, la hermenéutica se apoya en la gramática, que es el conocimiento de la lengua. Considerando el pensamiento en el acto de su comunicación mediante la lengua (que es precisamente la transmisión del pensamiento a la comunidad), la hermenéutica mira sólo a presentar el saber como algo en lo que todos participan. Así, la gramática y la hermenéutica relaciónanse con la dialéctica como con la ciencia de la unidad del saber o de la cultura, que ha de comunicarse a una sociedad de hombres que conviven. Así, el discurso es comprensible para toda la vida a la que pertenece; esto es, para la

comunidad en la que vive, «ya que cada palabra solamente es reconocible como momento de vida y ésta se entiende sólo en la totalidad de sus condiciones ambientales, a través de las cuales se determinan su desarrollo y su conservación. De modo que cada hablante únicamente se entiende a través de su nacionalidad y de su tiempo».

De esta manera, Schleiermacher veía con acierto la relación entre el individuo y la colectividad en lo tocante al lenguaje y a las producciones literarias. La comprensión es identificación o coincidencia del momento gramatical con el psicológico, que son dos aspectos de la misma realidad. El súmmum, en el aspecto gramatical, se alcanza en el clásico; lo mejor, en el aspecto psicológico, se logra en el original, donde hay un máximo de propio y un mínimo de común. Por ejemplo, Cicerón es clásico, pero no es original; el alemán Hamman es original, pero no es clásico.

Reconoce el autor que el éxito en el desempeño del cometido hermenéutico depende de que se acierte en dar con la pura relación entre la materia y la forma. De ahí la diferencia entre el escritor importante y el insignificante o de menos importancia. En este último, el aspecto psicológico es pobre o nulo en comparación con el gramatical. Y recalca también Schleiermacher la diferencia entre la exposición de la obra científica y la de la obra artística. En ésta tiene lugar la pura e íntima manifestación de la personalidad *(Selbstmanifestation)* en la absoluta correspondencia entre el contenido y la forma; mientras que en la ciencia o en la prosa científica se manifiesta siempre algo *objetivo* desde el punto de vista del conocimiento.

Ciertamente —observaremos por nuestra parte—, también en la obra científica hay siempre un mínimo de automanifestación o de valor artístico y literario. Por eso difieren y a la vez son análogas la prosa y la poesía. El cometido psicológico del intérprete consiste, pues, en adentrarse con su intuición en la intimidad del sujeto que escribe, lo cual se puede hacer gracias a la analogía que entre él y nosotros encontramos, mientras que se califica de «cometido técnico» al que considera el esfuerzo realizado por el escritor para poner en forma su pensamiento en su mismo acto de literaturizar, al que considera «cómo va surgiendo el escrito según el contenido y la forma, a partir del vivo impulso germinal *(Keimentschluss)*». Cada escrito tiene un peculiar proceso genético, que es el orden de los varios pensamientos de que consta, entre los cuales los secundarios expresan la inconsciencia del arte y de la función creadora, o sea, representaciones que se le escapan al acto voluntario del escritor, quien domina en la meditación y en la composición sub-

siguiente las ideas centrales. La diferencia entre la meditación y la composición depende de la separación entre el contenido y la forma: cuanto más próximos e identificados estén ambos elementos, tanto más ideal y perfecta es la forma literaria. La composición es un acto relacionado inmediatamente con el sujeto que escribe. El conocimiento exacto de su individualidad absoluta condiciónanlo tres elementos que el crítico y el intérprete deben conocer: 1) toda la vida literaria de la nación y de la época; 2) su manera peculiar de componer; 3) la esfera total de su personalidad de escritor.

La misión de la hermenéutica puede sentirla una generación (como, por ejemplo, aquella de la que fue Lutero el exponente con respecto a la Biblia, traducida después por él) y de ahí puede resultar una incitación, una palanca *(Hebel)* que la eleve de nivel espiritual. El desarrollo de la cultura y de la civilización en todos los aspectos ha solido ser promovido, desde el Renacimiento en adelante, por el afán de interpretar con rigor los textos antiguos primero y, después, los modernos también.

Distingue Schleiermacher tres grados del interés hermenéutico: el histórico (descubrimiento de cada hecho y elemento científico), el artístico (y del gusto), propio solamente de personas cultas y de formación literaria, y el especulativo o científico-filosófico. Junto a éste, que es el grado supremo, pone el interés religioso. El número de los que se elevan hasta el interés religioso (y especulativo) es aún menor que el de los que se interesan por la historia y por el arte. También en el grado del interés religioso hay que habérselas con la lengua para comprender y hacer comprender, tan cierto es que «si el interés religioso hubiese de extinguirse, no podemos asegurar que se perdería igualmente el interés hermenéutico».

La hermenéutica es elevada así a la dignidad de conocimiento esencial y liberada de la limitación al campo de lo clásico. Es concebida como partícipe de la unidad del saber, y hasta se concentra en ella todo el saber de tipo histórico. Es historia, no ya, como para Wolf, en cuanto que la historia tenga necesidad de todos los documentos de la erudición que proporcionan las veinticuatro disciplinas filológicas, sino que se identifica con la historia en cuanto ésta es percepción de lo individual, que la conciencia del estudioso se apropia estudiando el pasado en todas sus relaciones y circunstancias. Esto constituye la unión de lo especulativo con lo empírico, según Schleiermacher. De aquí la plena reciprocidad entre la interpretación gramatical y la interpretación psicológica. La modificación lingüística entiéndela simplemente como un hecho del espíritu, que

refleja todos los influjos recibidos del individuo manifestándolos en la modalidad lingüística: del individuo que con el hablar o el escribir evoluciona, se desenvuelve, se va transformando. Así es como Schleiermacher, estudioso de Platón y del Nuevo Testamento, concibe el nexo dialéctico entre la hermenéutica y la civilización. Pero las fuerzas más puras de la civilización —vinculada de tal modo a la interpretación filológica que no puede concebirse sin el apoyo y el nutrimento de los textos legados por la tradición cultural— represéntalas, según él, el interés religioso y filosófico, que se alimenta de la palabra comunicada entre los semejantes en la conversación, o transmitida por una autoridad espiritual superior, por una personalidad divina y humana, a la posteridad, la cual enciende en esa palabra su humanidad para construir dignamente la casa común, la vida civil.

10

Los grandes filólogos del siglo XIX

Federico Augusto Wolf inicia el nuevo período de la filología clásica, en Alemania y en Europa entera, con sus *Prolegomena ad Homerum* (1795). Origínase con ellos una nueva y discutidísima concepción de cómo se compusieron los poemas homéricos, concepción que tendrá sus continuadores en Hermann, Lachmann, etc.

Wilamowitz observó que el principal mérito de los *Prolegomena* no está en el planteamiento de los problemas homéricos que allí se apuntan, sino en el descubrimiento de los *escolios;* o sea, en haber hecho la historia del texto de la *Ilíada* con ocasión de la publicación (1788), por obra de De Villoison, del Códice veneciano a.454, con los signos críticos de los alejandrinos y con la mención de las diversas redacciones antiguas. Pero Wolf creía, erróneamente, que en la época de Homero no existía aún la escritura, por lo que su hipótesis se viene en gran parte abajo, aunque sigue teniendo gran importancia su esfuerzo por sacar partido de las vicisitudes por que atravesó la tradición manuscrita de Homero. De todos modos, después de tantas investigaciones y polémicas, que fueron para algunos utilísima piedra de amolar en la que afinaron la penetración crítica de la filología a lo largo de todo el siglo XIX, hoy ha disminuido la importancia de la cuestión y se tiende en la actualidad a atribuir a un solo autor la creación de los dos poemas. La significación de más alcance de los *Prolegomena* está, antes que en el valor de los resultados, en el método de su investigación: método de búsqueda consistente en ir interrogando a todos los testimonios de un producto literario según las distintas épocas (en el caso homérico habrían sido seis las épocas o fases de su tradi-

ción). Sostiene Wolf que los poemas homéricos, o sea, sus núcleos primitivos, se transmitieron oralmente, gracias a los rapsodas y a los aedos. Su forma unitaria, su actual composición artística debía ser atribuida a una época posterior; o sea, a la habilidad y talento de varios autores. Ya D'Aubignac (1664) había afirmado que los poemas homéricos eran conjuntos de cantos populares, obra de diversos autores y reunidos y transmitidos por los rapsodas. Asimismo, Vico había hablado de la transmisión oral de los poemas homéricos, como testimonio de las costumbres de la Grecia heroica y expresión de la poderosa fantasía del primitivo pueblo griego, que, cantando, pasaba de padres a hijos sus tradiciones históricas. Perõ Vico no disolvía, como Wolf, el valor de aquella poesía. La hipótesis wolfiana fue rechazada por Goethe, Heyne, Cesarotti, Klopstock, Voss y Schiller. En cambio, se adhirieron a ella los hermanos Schlegel y W. Humboldt.

Wolf recoge en su obra de filólogo las resonancias de las más diversas voces que se hacían oír en el renacimiento de la cultura alemana, participando así de lleno en la gran fermentación intelectual de la singular época en que tuvo la suerte de vivir y reflejando sin mucha profundidad sus numerosas ideas.

Escribió en 1787 una *Historia de la literatura romana,* en la que da noticias biográficas y literarias de los escritores latinos y de sus ediciones, exponiendo los criterios por los que cree elevar la historia literaria de antiguo cuño a expresión científica; a saber, relacionando las mencionadas noticias con la idea general de todo el desarrollo de la cultura de un pueblo. Si no se hace así, el resultado es «una biblioteca o una galería de personajes o una necrología». Aquel mismo año publicó los *Prolegómenos a las antigüedades griegas,* obra en la que fija el concepto de la ciencia de la Antigüedad diciendo que es la disciplina que abarca «el conjunto de conocimientos que, con los hechos, la ordenación política y la literatura de los pueblos antiguos, nos informan sobre su cultura, sobre la lengua, las artes, las ciencias, las costumbres, la religión, las características nacionales, de tal modo que venimos a quedar capacitados para entender y juzgar con gusto y penetración sus diversas obras».

Donde no se ve muy claro si puede haber una ciencia de la Antigüedad antes que las obras antiguas o si sólo éstas, en cuanto conocidas y criticadas, constituyen tal ciencia.

Precisa mejor sus conceptos en las lecciones sobre la *Enciclopedia de la Filología* (1798-99), distinguiendo tres categorías de ciencias: históricas, filológicas y mixtas de ambas. Para Wolf, en la filología cobran unidad las ciencias particulares gracias a la nación, que

es captada en su ser y en sus diversas manifestaciones mediante el estudio filológico. Así que la filología viene a ser el estudio histórico y filológico o documental del contenido espiritual de todas las naciones. Cada una de ellas tiene su filología propia. Pero, de todos modos, para Wolf, la filología es ciencia que considera principalmente la Antigüedad. En último análisis, para él filología es sinónimo de historia, de conocimiento de la Antigüedad clásica. Para tal conocimiento juzga que son necesarias tres ciencias principales y formales: la doctrina lingüística o gramática (que divide en general y especial), la hermenéutica y la crítica. Luego añadirá el arte del estilo como educación asimiladora del espíritu de los escritores. Vienen detrás las disciplinas reales y auxiliares, que versan sobre los objetos concretos e individuales, de manera que en la filología wolfiana llegan a ser nada menos que veinticuatro estas disciplinas subalternas.

La hermenéutica y la crítica constituyen para él la parte verdaderamente filosófica de la ciencia, la más profunda y conclusiva. Son el órgano primordial de la ciencia. Lo demás forma su cuerpo histórico: a base de las ciencias particulares, eruditas, concernientes a los distintos objetos de la vida antigua. A esta totalidad de la erudición llámala él la suma de los saberes proporcionados por las diversas disciplinas filológicas y por el espíritu del tiempo. Al llegar aquí cabría preguntar cómo puede formarse en nosotros la idea del espíritu del tiempo por separado de la suma de los saberes y del conocimiento de los autores de las obras.

En 1807 publicó Wolf la *Exposición (Darstellung) de la ciencia de la Antigüedad,* que es la forma más madura y consciente de su sistematización filológica. Alaba en ella a los griegos como a desinteresados y originales, como a modelos representativos de la superior cultura del espíritu en el ejercicio de las más altas facultades humanas, mientras que los romanos no fueron un pueblo de talentos originales si se exceptúa el arte de conquistar y dominar. Del saber se les alcanzó a los romanos la parte más próxima a la vida práctica, y así dieron en el derecho tantos frutos como los griegos en la filosofía. El conocimiento de los griegos y de los romanos, de toda su múltiple y diversa cultura, ha de servirnos, según Wolf, para ponernos en condiciones de «entender a fondo las obras que nos legaron, gozándonos en penetrar el espíritu de su contenido con todos sus matices y haciéndonos así presente la vida antigua a fin de compararla con la de la posteridad». La ciencia de la Antigüedad divídese aquí en disciplinas formales, de función orgánica, y en ciencias reales, que son las que forman el cuerpo histórico del

saber y, finalmente, en educación civil, moral e intelectual, que sería el resultado ético, el florón culminante de la cultura, de la formación humana. Esta parece hacerse realidad ora mediante el órgano esencial a la filología, ora mediante el conocimiento histórico. La virtud educativa de la Antigüedad parece residir ya en las obras literarias, ya en el ejercicio de la investigación filológica, ya en el espectáculo de la humanidad antigua en su conjunto, ya en la contemplación de fuertes individualidades ejemplares, ya en la personalidad del escritor que vive descollando entre su pueblo. Otras veces, en fin, el fruto óptimo de la cultura, galardón del estudio filológico, parece consistir para Wolf en la energía de todas nuestras fuerzas espirituales juntas, fuerzas que el estudio estimula y educa armónicamente.

Pero esta idea la había tomado de Goethe. Todo ello patentiza el carácter inorgánico y fragmentario de la concepción wolfiana, que reúne, recogidas al vuelo, las diversas nociones que iban surgiendo en la fermentación mental de la época. Si Wolf, con su exigencia de la conexión histórico-filológica de las distintas partes de la Antigüedad mediante el estudio orgánico del espíritu nacional, dio materia e incentivo para una intensificación del concepto de la historicidad de lo antiguo, en cambio, la literatura, en su concreción, no la puso él de relieve ni acertó a verla en su valor específico. Vio, sí, en el ejercicio filológico y en el laboreo mental sobre el lenguaje el medio de elevarse de la bastedad de los sentidos y de la inmediatez empírica al mundo del espíritu, preparando al hombre a una más alta perfección a través de las obras antiguas, penetradas en su significado y en su espíritu mediante la fecunda superación de las dificultades de la exégesis y la rectificación de los textos antiguos. Sus palabras más elocuentes a tal propósito son éstas: «La crítica filológica, subsanando una lección, recabando, por la conexión con la tradición, lo perdido, según intrínsecos motivos reales, adivina con audacia y con vidente espíritu. A pesar de trabajar con lo pequeño, el filólogo se mueve en un mundo sensible cuya armonía con lo grande no deja de percibir. Así el arte de interpretar las reliquias del pasado actúa sobre nuestra educación, ampliando nuestro campo visual, siempre y cuando nos ocupemos de lo antiguo directamente, disponiendo nuestra alma para la apertura de horizontes y para los más altos vuelos no por medio de traducciones, aunque éstas sean fieles».

Recálcase aquí un rasgo esencial de la filología en su sentido más pleno e integral: el de ser educadora de la mente mediante la percepción precisa de un mundo lejano y extraño, que se llega a

poseer con el ejercicio o praxis de la crítica y la hermenéutica centradas sobre lo pequeño y que ven esto en conexión armónica con lo grande.

Augusto Boeckh (1785-1867) resume todo el esfuerzo consciente de la filología alemana en la fase de su mejor actividad, que es precisamente la que va desde finales del siglo XVIII hasta los años 1860 y tantos. Discípulo de Wolf y de Schleiermacher, hereda del uno la concepción de una ciencia total de la Antigüedad clásica, y del otro el concepto de la hermenéutica en su sentido superior, filosófico, como potencia de interpretar a fondo la historia, el pensamiento de una época y de un escritor.

Mientras Godofredo Hermann (1777-1848) concentraba su atención en el lenguaje y en la poesía griega, en Boeckh predominaba el interés histórico. La influencia de Wolf le hizo darse al estudio de los clásicos griegos y las lecciones de Schleiermacher le orientaron al estudio de Platón. Se aplicó también a los trágicos. En él la crítica verbal se subordina a las cuestiones de gran interés literario. Dedicó su estudio sobre los trágicos griegos a Hermann, para quien era un desconocido y cuyo adversario llegaría a ser. Publicó además tres escritos sobre Píndaro de interés métrico y literario más que histórico-anticuarista. Escribió en 1824 una versión libre sobre el texto de la *Antígona*. Una crítica suya conjetural acerca de un pasaje de Eurípides tuvo un éxito extraordinario. Entretanto, sobre materias netamente históricas, escribía dos obras: *La economía pública de Atenas* (1840), con un apéndice en el que trata de la marina ateniense, y el *Corpus Inscriptionum Graecarum*. Aquí, sus estudios sobre las monedas y sus consideraciones astronómicas y matemáticas, necesarios para fijar la cronología, son expresión de la amplitud de sus intereses y de su profundidad y competencia en el vasto campo de la cultura. Estas obras siguen siendo hoy día válidas y sólidas. Pero a nosotros nos interesa sobre todo aquí hacer notar que con Boeckh llega la filología a su mayor exigencia de un fundamento filosófico y a su mayor complejidad histórica. La obra en que se contienen sus reflexiones sobre el ámbito jurisdiccional de la filología y sobre su método es la *Enciclopedia y metodología de las ciencias filológicas*, publicada póstuma en 1877, obra que hace pensar en la *Historik* de Droysen (1858), o sea, en sus *Lecciones sobre la Enciclopedia y la Metodología de la historia*. En muchas prolusiones, de 1820 a 1860, había ido determinando ya Boeckh poco a poco su concepto de la filología en relación con la historia y con la filosofía, su idea de la ciencia de la Antigüedad y de la cultura clá-

sica. Pero sólo en la *Enciclopedia* llegan sus concepciones a su más plena y consciente madurez.

La hermenéutica y la crítica constituyen lo capital de la filología; es decir, que el comprender y el juzgar son sus operaciones básicas en orden a componer la historia de la recogida y de la intelección de los restos de la Antigüedad. Hay una relación de circularidad entre las dos funciones intelectiva y judicativa. En 1822 se definía la filología como «el conocimiento histórico y filosófico de toda la Antigüedad» *(universae antiquitatis cognitio historica et philosophica)*. Si se concibe la historia como exposición de hechos en orden cronológico, la filología abarca algo más; a saber, es historia y, a la vez, filosofía: conocimiento de los particulares vistos en la totalidad de la vida de los antiguos. El saber de la Antigüedad es unificado en su complejo conjunto y en su significación merced a las *summae notiones* o categorías de lo real, obtenidas por la atención que el filólogo consciente, fortificado y armado de las más extensas noticias y de la más precisa determinación de los elementos históricos, vuelca sobre los materiales. Así, la hermenéutica y la crítica no son para él el término de la filología, su meta, sino los instrumentos para descubrir la verdad. La filología no consiste en un desordenado amontonamiento de cosas diversas, heterogéneas, recogidas aquí y allá con materiales fatigas, sino que es conocimiento histórico y filosófico de los antiguos, logrado en virtud de las supremas ideas o categorías inmanentes en la vida de los pueblos antiguos y expresadas a través de formas representativas visibles *(adspectabilibus imaginibus expressa)*. No es una colección de minucias y naderías relativas a una época dada pero sin conexión que a nosotros pueda interesarnos merecidamente. La filología viene a ser, pues, una ciencia autónoma, con una constitución intrínseca, inmanente. No necesita tomar prestados ni su contenido ni sus criterios de la filosofía o de la historia, porque los posee en sí misma, sin depender a este respecto de ninguna otra disciplina.

Las partes de la filología son cuatro: el estudio de las cosas públicas, el de las cosas privadas, el de las artes y la religión y el de la literatura y las ciencias morales. Cuídase también de estudiar los estilos y formas de los gérmenes literarios, fijándose sobre todo en los mayores esplendores formales, aunque sin despreciar el resto. Boeckh excluye de la verdadera ciencia filológica las *antiquitates* de la vieja historia multierudita, y niega que la bibliografía sea de suyo una ciencia (contra Wolf, que la había incluido entre sus veinticuatro disciplinas). Boeckh hace que la absorba la historia de la literatura, que debe exponer críticamente los géneros literarios y los diversos

estilos, abarcando todos los monumentos literarios pero insistiendo en aquellos que muestran mayor perfección.

Un tratado de Boeckh sobre las inscripciones griegas provocó una recensión adversa de Godofredo Hermann, que dio origen a una polémica entre ambos filólogos, bastante interesante y sutil, acerca del concepto mismo de la filología. Sostenía Hermann el primado de la lengua y de los escritos en la función específica de la filología clásica, mientras que Boeckh ponía ante todo como objeto primario de la filología las «cosas»; es decir, las instituciones y las ideas del mundo antiguo, de las que el lenguaje y los escritos son el instrumental que las da a conocer. Para Hermann, la literatura y la intelección de las obras escritas por los antiguos y que se han conservado constituyen el fundamento de toda la ciencia de la Antigüedad. La filología tiene, para Hermann, el cometido de interpretar el pensamiento y la forma de un texto, la manera como se narra un hecho histórico, la estructura de una composición, sus virtudes y defectos. Boeckh respondía que es imposible explicar las palabras y el pensamiento de un autor si antes no se conoce la historia. El conocimiento de la historia era, en cambio, para Hermann algo encaminado tan sólo al conocimiento del escritor, mientras que, según Boeckh, había que elaborar un nuevo concepto de la Antigüedad mediante el estudio histórico de sus diversas manifestaciones, conforme a la exigencia de Wolf, a su concepción de la «ciencia de la Antigüedad». Hermann no compartía la idea de esta gran construcción científica, y veía el lenguaje como el centro desde el que se irradia el conocimiento de lo antiguo. En Hermann, la crítica y la hermenéutica se implican recíprocamente. Boeckh era más bien heredero del método filológico-histórico wolfiano y de la exigencia filosófica de Schleiermacher. La filología, en su concepto, es crítica e interpretación de la Antigüedad a través de los escritores. La historia de cualquier actividad humana, para que sea verdadera y exacta, debe elaborarse filológicamente. La filología consiste en reconocer lo que ha producido el espíritu humano. Todo el proceso histórico debe proceder filológicamente, ya porque se basa en las fuentes, ya porque los hechos históricos son el producto humano que debe reconocer el estudioso o filólogo. El conocimiento filológico parte de un impulso esencial a todo pueblo civilizado. En medio de un pueblo inculto o bárbaro podrá surgir un filósofo, dice Boeckh, pero el filologizar sólo es posible en el seno de una sociedad civilizada. O sea, que la filología presupone la base de una variada y muy difundida cultura. La realidad de la idea filológica la da el amor que le tienen sus cultivadores. Mientras la filosofía conoce

«primitivamente», la filología reconoce o aprende como en una especie de reminiscencia platónica: no inventa. La filología parte de lo acaecido, la filosofía parte del concepto. La filología reproduce lo que es extraño a la mente del estudioso, pero se lo va haciendo propio mediante la concreta adquisición mental de los textos estudiados.

Distingue Boeckh en el curso de su *Enciclopedia y metodología* las categorías diferenciales de lo antiguo y de lo moderno, derivándolas de la contemporánea cultura romántica. Espíritu, libertad, individualidad, idealismo, interioridad y subjetividad serían las categorías de la conciencia moderna, a las que se oponen las cualidades atribuidas a la conciencia antigua; a saber, naturaleza, necesidad, multiplicidad, naturalismo, exterioridad y objetividad. Ya se entiende que tales oposiciones son relativas, no absolutas. El espíritu humano nunca está falto de sus eternos atributos: la cuestión es, en cada tiempo, que resalten más o menos.

Del cuerpo (conceptualmente entendido) de la ciencia de la Antigüedad elimina él las antigüedades y la bibliografía como no esenciales a la disciplina filológica, sino accesorias o sobreentendidas; suprime también la diferencia entre historia externa e historia interna de la literatura, diferencia en que se basa la concepción de Bernhardy. Y en la comparación ve algo de externo. Combate el filologismo micrológico y el materialismo erudito, que son causa del excesivo desmenuzamiento de la labor filológica. Son necesarias, afirma, la visión panorámica desde lo alto *(Uebersicht)* y la posesión de ideas generales. La filología no consiste en andar a caza de conjeturas, de minucias gramaticales, de alteraciones textuales: tarea infecunda que envilece el cometido y la actividad filológicos. Es imprescindible que la disciplina de lo particular esté informada de espíritu filosófico en los estudiosos que se dedican a la investigación concreta; sin secos esquematismos, pero conforme al inmanente desarrollo de la ciencia.

De este modo, la filología alcanzaba, con Boeckh, su más completa y profunda sistematización. Godofredo Bernhardy (1800-1875) publicó en 1832 la primera *Enciclopedia de la filología,* cuando aún no había sido publicada la de Boeckh, que, como hemos dicho, apareció póstuma en 1877. En la de Bernhardy se advierte una profunda antítesis entre lo antiguo y lo moderno, porque en la Antigüedad el fuerte sentimiento de la vida y la penetración de lo sensible se reflejan en todas las manifestaciones de la cultura (en las letras, en las artes, en la religión y en el Estado), mientras que en la conciencia moderna habría más bien un hiato, una escisión entre el ánimo y el intelecto. Para este autor, el objeto propio de la actividad

filológica es el estudio de la parte formal o expresiva de las obras escritas en la Antigüedad. El contenido y la unidad material de la filología los dan las obras escritas.

Distingue con nitidez la historia interna y la historia externa de la literatura antigua. Según él, la interpretación pone en juego todas las fuerzas de la razón, mientras que la crítica consiste en el poder lógico del entendimiento. Pero tanto el crítico como el intérprete nacen, no se hacen. La hermenéutica y la crítica son interdependientes, así como hay integración y reciprocidad entre disciplinas materiales y disciplinas formales. Llama interpretación sintética a la que trata de captar el plan y la estructura de una obra en su verdadero espíritu, aquel único espíritu por el que Tácito y Platón, por ejemplo, son igualmente importantes por la forma y por el contenido de sus escritos. Retorna a la idea de Wolf según la cual una obra antigua debe medirse por los ideales que la estética de la Antigüedad concibió en cuanto a las obras de arte maestras.

Escribió Bernhardy una *Historia de la literatura latina* (1830) y una *Historia de la literatura griega* (1836-1845), ateniéndose en ellas al susodicho criterio de la distinción entre historia externa e historia interna de la literatura. Antes de tratar del tema siente la necesidad de definir las características nacionales de los griegos y de los romanos, pues las considera como condicionantes de la personalidad de cada escritor y de la lengua, la educación y la instrucción del pueblo a que pertenecen aquellas literaturas. Expone, por separado, primero el desarrollo histórico de la literatura (grecolatina), en orden cronológico; después, los distintos autores con sus biografías y bibliografía. De ahí las inevitables repeticiones. No puede negarse la elevada concepción que de la literatura tiene Bernhardy si se la compara con las de las precedentes historias literarias, puramente eruditas. En él se echa de ver un pensamiento consciente y vigoroso. Debía distinguirse, por fin, la erudición histórica (necesaria para comprender a un autor), del buen gusto, que lleva espontáneamente a leer una obra de arte, y de la representación o intelección histórica de la misma, que requiere las dos precedentes fases preparatorias pero implica el juicio.

En 1829 había iniciado la publicación de estudios con un volumen sobre la *Sintaxis científica de la lengua griega* lleno de referencias a la historia de la literatura. Era ya perceptible su peculiar tendencia a tratar la literatura sistemática y enciclopédicamente.

Federico Haase (1808-1867) piensa que la Antigüedad, con la

imagen de su vida fuerte y jocunda, lozana, natural y armónica, puede aminorar las discordias y los contrastes que perturban la conciencia moderna; es, pues, un romántico que, contra el hodierno utilitarismo práctico, pone la perfección ideal del ser en lo clásico. Estudió a los escritores de temas militares, la constitución de Esparta, las obras de Jenofonte y de Tucídides; hizo ediciones de Veleyo Patérculo, de Tácito y de Séneca; se ocupó de cuestiones lexicológicas, de historia literaria y de inscripciones en *Miscellanea philologica*. Trató de un modo bastante inteligente la historia de la filología clásica: su exposición es de las más sugestivas y meditadas de cuantas hasta entonces y en lo sucesivo se hayan hecho. Para él, la unidad científica se la da a la filología su finalidad, que es conseguir el conocimiento del espíritu de la Antigüedad clásica. No se cuida de lo curioso, sino de lo esencial. Con esto se resuelven muy bien, en su sentir, las contradicciones entre la filología formal y la filología material o real, así como también las que parezcan darse entre la filología (como estudio de los textos y de la palabra) y la arqueología (estudio del arte y de los restos soterrados de los antiguos usos). Divide las disciplinas filológicas en fundamentales y auxiliares. Las primeras estudian lo natural y lo prehistórico; luego, la parte histórica se divide en eticidad, arte y ciencia. Las disciplinas auxiliares abarcan la historia literaria, con la epigrafía, la numismática y la bibliografía; a continuación, la lexicografía, la gramática y la paleografía. A estas disciplinas añade la hermenéutica y la crítica como método para tratar la materia con fines científicos.

La hermenéutica se propone dar a conocer la verdadera esencia del escritor; la crítica busca la autenticidad de lo concreto: determina, si no el autor, por lo menos la época y el grado de desarrollo de la literatura y del espíritu antiguo del que la obra es fruto; se establece así el mérito de cada obra según la medida de lo antiguo, como manifestación de su tiempo.

Según se ve, las directrices de Boeckh se hacen sentir. El ideal está también para él en lo griego, porque los griegos desarrollaron su prosa y su poesía al compás de la naturaleza. No así los romanos. La ciencia comprende toda la cultura como contenido, mientras que el arte contendría la forma de todas las manifestaciones.

Fue Haase una de las mejores cabezas de la Alemania del pasado siglo, y de gran rectitud moral, así como sensible a todo lo bello. Padeció a la edad de 27 años uno de prisión por motivos políticos, lo cual merece la pena de que lo recordemos aquí, porque no suelen los alemanes enfrentarse al poder público para defender la libertad, desde que Lutero agravó el sometimiento de la Iglesia al Estado.

Carlos Otofredo Müller (1797-1840) reanudó la polémica que se había agitado entre Boeckh y Hermann a propósito de las dos opuestas tendencias de la filología, la real y la verbal. El entró en liza con mayor conciencia, reavivada por una visión histórica que había ganado en profundidad y amplitud gracias a su concepción más rigurosa del vínculo que unía a las diversas manifestaciones de la vida antigua. Publicó en 1813 las *Euménides* de Esquilo, con un prefacio en que decía que el editor de una tragedia antigua ha de dominar los múltiples nexos históricos en que se enraíza la obra, y atacaba a Hermann por su erudición meramente prosódica *(Notengelehrsamkeit)*. Es, por consiguiente, deber del filólogo plantearse problémas más amplios, de más alcance que los puramente gramaticales y formales.

Haciendo Hermann que toda la crítica y la interpretación histórica versasen sobre la palabra y la lengua, entendía sin duda hacerlas partícipes y capaces de todo el contenido del lenguaje. El problema es, en suma, el de concebir la palabra o como simple objeto de gramática, de métrica, de análisis disgregador o, por el contrario, como energía, vehículo y testimonio de toda la vida y la conciencia humanas. El filologismo o «micrología» puede surgir tanto de la erudición histórica como de la verbal, lo mismo del gramático puro que del puro coleccionista de *antiquitates*.

Pero Müller tuvo una viva sensibilidad para el arte y para la literatura y un dominio completo de los elementos históricos y culturales de la Antigüedad. Su *Historia de la literatura griega* sigue aún en pie por sus muchos méritos. Y en 1836, replicando al ataque de Hermann, que había criticado el método de Boeckh como editor del *Corpus inscriptionum Graecarum* (de 1825), afirmó su propia concepción de la filología como de «un gran sistema de conocimiento humano íntimamente conexo», dándole así categoría de ciencia autónoma y distinguiéndola de la historia, con la que, no obstante, tiene estrechísima vinculación. La filología no se identifica ni con la historia civil ni con el comentario explicativo de los escritores antiguos. Es preciso darle una unidad determinada, pues la masa de noticias heterogéneas (lingüísticas, históricas, anticuarísticas y estéticas) que, al modo escolástico, sin límites concretos, sirven para explicar los escritores antiguos, no es ciencia, sino una *polymathia* o plurierudición histórica de viejo cuño. La filología, según Müller, «abarca un determinado período de la cultura del género humano en su normal desenvolvimiento colectivo y en sus formas individuales; ese período lo conoce científicamente y se lo apropia íntimamente para dar a su vigoroso espíritu toda su poten-

cia, elevándolo por encima del estrecho horizonte de lo contingente y haciéndole sentir todas las formas de la nobleza y de la grandeza humanas». No le es esencial el descubrir hechos concretos o palabras que insertar en sus tablillas; sino el llegar «a la plena y total comprensión de la vida antigua en el entendimiento, el sentimiento y la fantasía». El punto clave es, desde luego, la lectura de los escritores antiguos, pero «a ella deben precederle muchas cosas y seguirle algunas».

Es de creer que Müller consideraría como necesarios precedentes las nociones indispensables de morfología y de historia, así como también la sensibilidad intelectual y moral del hombre. Y subsiguiente parece que debería serlo la capacidad reconstructiva histórico-estética de la literatura, de la que él nos dejó un ejemplo notable en su historia de la literatura griega de la edad clásica. Ciertamente, Müller ve todas las formas de la vida antigua unidas por una inquebrantable unidad: la literatura, las artes figurativas, la religión, todo se halla conexo, y hasta el arte y la ciencia modernos son secuelas de la educación antigua. A él la filología, con su actividad, parece abrirle las puertas de la historia, que no es tan fiel ni exige tanto esfuerzo. La filología tendría, pues, una virtud de concreción que ayudaría a la historia a abarcar en imagen perfecta la vida espiritual, abordada y penetrada por aquélla mediante el estudio de los documentos y de los monumentos.

Si esta filología de Müller es más concreta, diligente y eficaz que la historia, tiene también una amplitud y una universalidad dignas de la filosofía, sin participar en los defectos de ésta, cuales son el abstraccionismo y la presunción intelectual. De ahí que la filología pueda infundir claridad y vigor incomparables en el espíritu de los jóvenes, por la vía sencilla y transparente de la antigua educación.

En su polémica con Hermann, Müller hacía cometido de la filología el esclarecer debidamente el aspecto lingüístico de escritores todavía no bastante estudiados, como Tucídides: su educación política y retórica dentro de la época de Pericles, y la severa gracia de su lenguaje. El espíritu nacional y el individual los ve Müller a la vez unidos y distintos, de manera verdaderamente dialéctica. El espíritu individual se enciende en la historia e ilumina la expresión literaria. Ve hondamente adheridos el contenido y la forma, las cosas dichas y las palabras con que se dicen. A Hermann la vida privada y la pública le interesaban tan sólo para explicar a los autores antiguos, pero Müller le objeta que en la antigua vida política solían expresar también sus ideas los individuos particulares y que,

sin embargo, esas ideas tenían carácter público. Leyendo a Demóstenes, a Tucídides, a Platón, es necesario, para entenderlos, interesarse en los temas de la historia política y filosófica sobre los que ellos discurren. De no hacerlo así, su lenguaje resultará un campo de mezquinas disputas y cavilosas observaciones. El conocimiento científico de la Antigüedad no sólo explica a los escritores que son los órganos de la vida antigua, sino que los hace aparecer en esa misma vida antigua con todos sus sentimientos e ideas.

Había, en suma, el gran problema de fijar la relación entre toda la vida histórica de un pueblo y sus manifestaciones concretas, que es el problema mismo de cómo alcanzar una concreción siempre mayor que la que se logra en el mero conocimiento histórico. Müller se muestra contrario a la vieja práctica escolástica de la pura instrucción gramatical y retórica, llevada adelante con el pretexto de que para la educación de la adolescencia conviene lo meramente formal, sin revivir las circunstancias históricas en que surgieron las ideas de que esas formas se revestían, ¡como si el joven pudiese permanecer indiferente al pensamiento de los escritores que contemplaron lo bello y lo grande, y como si no sintiese ya desde el principio la necesidad de alimentarse de la belleza y la grandeza! No basta con aludir en notas a cuanto se refiere a las diversas manifestaciones de los griegos y de los romanos. Además de la gramática, para comprender las obras de los clásicos se necesitan algunas otras cosas. La función intelectiva no debe aplicarse únicamente, según Müller, a aquello que la lengua transmite en particular *(im Einzelnen)*, sino que ha de extenderse a todos los pensamientos y sentimientos humanos, a los mitos y costumbres, a las obras figurativas, a las instituciones políticas... En una palabra, que el contenido y la forma están unidos de la manera más estricta. Estudiar las lenguas, sí, pero entendiéndolas como «resonantes realidades con las que los pueblos hablan a la posteridad: a través de toda su existencia viva. El filólogo debe interesarse por sus objetos en el sentido integral de la palabra, entusiasmándose más y más por el contenido, que ha de conquistar mediante su estudio formal y sustancial». Cierto que hay quien es más apto para la crítica de los textos y quien lo es más para analizar los hechos políticos o las ideas del escritor; pero la verdadera filología, «llegada a cierto grado de madurez, bucea en la plenitud de los tesoros de la tradición, contrayendo una relación íntima con todo el mundo de determinados espíritus o períodos de la humanidad o de una nación, para hacerse por entero con su modo de actuar y de pensar».

El procuraba inmergirse en la vida toda de un pueblo, que habla

igualmente por las obras escritas, por los monumentos artísticos y por las instituciones sociales. Este único espíritu armónico, que forma cuanto es helénico o romano o hebreo, tiene sin duda algo de romántico, pero había también en él un profundo motivo de verdad, frente a la disgregación erudita de las varias divisiones de la filología. Müller veía la nación como una unidad infrangible, no como una formación sujeta a experiencias, al estudio imparcial de los hechos: la nación sujeta a influjos, a desequilibrios, según la influencia de las varias personalidades heroicas o perversas que sobre ella influyen. Sabido es que Müller elogió el espíritu espartano porque le parecía ver en él una honda coherencia de la unidad étnica y la espiritual. Pero la historia, lo mismo que el individuo, está, en cierto sentido, más allá de la nación, por cuanto el individuo vive de la universalidad del espíritu humano, o sea, en sus formas eternas, que se reflejan en la nación pero no son de ningún modo determinadas por ella. También la historia de la Antigüedad se incardina en la historia del mundo, y es inteligible precisamente dentro de la idea de la historia universal, no en la de cada nación por separado.

Carlos Lachmann (1793-1851) es famoso por su prefacio a la edición del Nuevo Testamento griego (1842-1850) y por el que puso a la edición de Lucrecio (1850), escritos que constituyen la base de su teoría, por la que se le considera el fundador del nuevo método de la crítica textual. Admiró como al más grande de los críticos modernos de altos vuelos *(grossartige Weise)* a Bentley, de quien se sentía legítimo sucesor.

El prefacio al Nuevo Testamento es el más rico en rasgos característicos; señala un punto fundamental en la historia de la crítica de textos y de la tradición de los códices. En el prefacio al primer tomo escribe: «Al ponernos ante los escritos de los antiguos, nos servimos de dos artes diversas, considerando, por una parte, *qui scriptor quid scripserit,* o sea, «quién es el escritor y qué lo que ha escrito», y por otra parte, exponiendo en qué situación lo hizo y con qué sentimientos e ideas *(quo rerum statu quid senserit et cogitarit).* El primero de estos dos ejercicios compétele a la facultad crítica (al sentido técnico); el segundo consiste en la interpretación. Los grados del juicio, dice Lachmann, son tres: *recensere, emendare, originem detegere.* Lo escrito debe entenderse por dos caminos: examinando los testimonios y confrontándolos con la verdad cuando yerran. Después se pasa de los escritos al escritor. Examinar lo que los autores nos han legado, lo que se traían tal vez entre manos; indagar en qué tiempos, bajo qué condiciones y con qué instrumental

trabajó el escritor. El *recensere* puede darse sin el *interpretari*. En cambio, el *interpretari* tiene como condición necesaria el conocimiento de los testimonios para cuyo fin se ha de fijar primero la identidad personal del escritor. La interpretación es condición de la *emendatio* y del establecimiento del origen del libro, porque respecta a la índole y al ingenio del escritor. Y como los testimonios han de recabarse de libros transmitidos a lo largo de muchas centurias y dispersos entre diversas gentes, es preciso tener en cuenta los más antiguos y cotejar entre sí los de las más dispares procedencias. Es menester contar con los *recentiores*, aun cuando sus textos estén corrompidos. La seguridad es mayor si concuerdan textos procedentes de distintas regiones. Pero hay que tener por ambiguos los testimonios cuando la concordancia entre los textos más lejanos coincide con la de otros textos igualmente distantes y que atestiguan de distinto modo.

Así, Lachmann venía a poner seis grados de autoridad o credibilidad en la *recensio* de cualquier palabra.

En el prefacio al segundo tomo del Nuevo Testamento (1850), al tratar de la *emendatio* dice que es verosímil aquello cuyo contrario carece de testimonio o sugiere como aconsejable una corrección. Si no se da una primera percepción de lo verosímil, no se puede entender qué es lo verdadero ni qué lo conjeturable. Si bien se puede indagar qué fe merece cada testigo, es en cambio imposible comprobar todos y cada uno de sus testimonios. La mente de un escritor no puede conocerse en todos sus detalles.

Estos principios ayudaron a expurgar la historia de los manuscritos del arbitrario apriorismo de la «mejor lección», y a poner los manuscritos mismos en la perspectiva histórica conveniente. Claro que los criterios de Lachmann no se han de entender a la letra, como si fuesen normas eternas. Adolecen de cierta rigidez mecánica. Dan poca confianza a las ideas, es decir, a aquella razón que tanto enaltecía Bentley. Acaso la excesiva metafísica de la generación precedente hiciera a Lachmann adverso, y no sin justicia, a todo apriorismo. Pero, al combatir una abstracción, introdujo un distanciamiento de los hechos un tanto externo, un como estadio preparatorio a la elaboración de los hechos. Es la suya, en definitiva, una ciencia de la fase precedente a la historia de los textos, y por lo mismo viene a ser tan objetiva que anda rozando el mecanicismo, en el que incurrieron especialmente sus seguidores. Hasta Pasquali advierte que no se deben adoptar estos criterios en todo.

11

La filología en el siglo XIX

En la reducida extensión de un tratado como éste sólo podemos referirnos con brevedad a los más notables filólogos de cada nación, entre los que, en el siglo pasado, siguiendo las directrices trazadas por los grandes maestros de la investigación filológica o bien por propio impulso, ampliaron el campo del conocimiento de las diversas civilizaciones mediante el estudio de los documentos que nos han legado. No hay, tengámoslo presente, una sucesión lógica, sino tal como la imponen la necesidad de los métodos y las iniciativas. Cada estudioso se aplica según su punto de vista, siguiendo sus tendencias en el aprovechamiento de lo ya conseguido antes de él. Por lo tanto, los caminos abiertos o señalados por la investigación tienen un carácter contingente y empírico, no el de un progreso necesario. Se da, de hecho, una continua ampliación de horizontes, en virtud de las exigencias individuales, del gusto y las inclinaciones de cada estudioso, bien sea que le estimulen a éste los ejemplos o las palabras de sus maestros, o bien su propia necesidad de estudio o también el deseo de hacer ediciones de autores precedentemente descuidados.

Aquí, lo mismo que en los demás ramos del saber (por ejemplo, en filosofía y en música), Alemania estuvo a la cabeza, tanto durante la primera mitad del siglo como durante la segunda.

Con todo, entre las dos mitades del siglo XIX se ha de observar una diferencia general, si no absoluta: durante la segunda mitad, las investigaciones, a medida que se amplía el campo del saber y lo vasto de los objetos históricos impide abarcarlos totalmente, se van particularizando, especializando cada vez más. Entra con

ello la afición al especialismo, aconsejado por los más competentes y halagüeño en sus resultados, así como idóneo con vistas a la carrera académica y según la establecida especialización de las cátedras universitarias. Piérdese, sin embargo, no poco del fecundo y estimulante sentido de la unidad del saber, cuya exigencia teníala Boeckh tan viva (en 1868, conmemorándole, lo recordaba Steinthal expresamente). Y Mommsen —que fue quizás el principal y el más enérgico estudioso de la segunda mitad del siglo— hubo de decir que la ordenación de las facultades universitarias imponía absurdas limitaciones de especialismo, dañosísimas para el desarrollo de la ciencia.

Pasemos rápida revista a los más conspicuos filólogos, lingüistas y arqueólogos, desde los comienzos del siglo XIX hasta los primeros decenios de nuestro siglo:

Augusto Lobeck (1781-1860) dominó con singular comprensión toda la literatura griega y tuvo fina sensibilidad para el lenguaje. Hizo una doctísima edición del *Ayax* de Sófocles, trabajo que fue muy encomiado por Hermann, quien había sido su maestro. Escribió el *Aglaophamus* (1829) sobre las causas de la teología mística de los griegos, obra de admirable erudición.

E. Gerhard (1795-1867) escribió unos *Lineamientos de la arqueología,* reclamando para esta ciencia un puesto independiente con respecto a la filología entendida en sentido estricto.

F. G. Welcker (1784-1868) estudió a Grecia en los tres aspectos convergentes de su poesía, su arte y su religión. Religión significa para él mitología; escribió *La doctrina de las divinidades griegas,* en tres tomos, publicando a la vez una edición de la *Teogonía* de Hesíodo. Comentó el *Banquete* de Platón y el *Prometeo* de Esquilo; tradujo *Las nubes* y *Las ranas* de Aristófanes, con notas explicativas. Estudió también los trágicos griegos, poniéndolos en relación con el ciclo épico.

I. Bekker (1785-1871), discípulo de Wolf, recensionó la *Ilíada* de Heyne y el *Homero* de su maestro. Se ocupó también de Tucídides, de Isócrates y de Esquines, cotejando los manuscritos respectivos. Hizo dos ediciones de la *Ilíada,* aduciendo de manera fidedigna los *scholia* del *Codex Venetus* de Villoison. Contribuyó mucho a dilucidar la lexicografía y la etimología griegas. Editó a Tácito y a Livio con correcciones textuales y comentarios eruditos. Desarrolló una actividad extraordinaria y fue tenido en la mayor estima por los filólogos, aunque en la conversación corriente no era nada lucido. Puede decirse que editó unos sesenta textos griegos y colacionó más de 4000 manuscritos.

Carlos Gabriel Cobet (1813-1889) es el más grande de los grecistas holandeses y agudo paleógrafo. Estudió críticamente los fragmentos de los poetas cómicos griegos, en *Miscellanea Critica.* Publicó una edición de Diógenes Laercio y las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso. Demostró un profundo conocimiento del desarrollo histórico del lenguaje, de la evolución de la lengua hablada respecto a la escrita. Su extenso saber gramatical le sirvió de mucho para leer correctamente los mejores manuscritos, subsanando sus corrupciones. Fruto de esta actividad fueron sus *Variae* y sus *Novae lectiones* sobre los autores griegos, con los que llegó a estar familiarizadísimo gracias a los numerosos estudios de manuscritos que llevó a cabo durante su permanencia en Italia, trabajos que le capacitaron para descubrir las fuentes de las corruptelas y para ejercitar la crítica conjetural. En sus escritos hizo gala de un elegantísimo estilo latino. Con ocasión del tercer centenario de la fundación de la universidad de Leiden, en 1875, se reunieron en Holanda los delegados de todas las universidades europeas, entre ellos Cobet y también Madvig, el gran filólogo danés. Allí, no obstante sus diversas orientaciones y las precedentes polémicas en que se habían enfrentado, los dos sabios se dieron recíproca demostración de estima. En la revista *Mnemosyne* fue exponiendo Cobet a lo largo de los años los resultados de sus investigaciones filológicas.

C. Reisig (1792-1829), discípulo de Hermann, hizo estudios sobre los escritores latinos y griegos, aportando apreciables correcciones. Publicó una edición crítica de *Las nubes* de Aristófanes.

F. Boissorade (1774-1857) enseñó en el Colegio de Francia, estudió a Aristófanes, editó los poetas griegos en 34 volúmenes, publicó *Anecdota Graeca* y estudió en especial a los últimos prosistas griegos.

Franz Bopp (1791-1867) es el fundador de la lingüística comparada. Estudió en París de 1812 a 1815 el árabe y el persa y aprendió por sí solo el sánscrito. Comparó los sistemas de conjugación del sánscrito y del griego, el latín y el persa. Explicó los orígenes de las formas gramaticales de las lenguas indoeuropeas, de donde resultó después su *Grammatica comparata* de las mismas. Los filólogos más renombrados de entonces, como Hermann y Lobeck, tardaron en caer en la cuenta de la importancia que tenían los descubrimientos hechos por Bopp.

Augusto Meineke (1790-1870). Escribió una historia crítica de los poetas cómicos griegos, de los que publicó los fragmentos. Explicó a Horacio y a Esquilo. Se ocupó también de la poesía alejandrina, publicando *Analecta Alexandrina.* Publicó juntos a Euforión, Partenio, Teócrito, Bion y Mosco, e hizo una edición de la *Antígona*

y del *Edipo en Colona* de Sófocles, acompañándola de una monografía crítica. Hizo también una edición de Horacio. Fue muy versado en la crítica textual y tuvo buen gusto poético; extendió a los comediógrafos griegos la obra que Bentley había iniciado sobre Filodemo y Menandro. Fue de elevada conciencia religiosa y moral.

E. Hubner (1834-1901) descolló como arqueólogo, ocupándose sobre todo de los monumentos de lengua española, para lo que vivió algún tiempo en España. Pero también trató de cuestiones pertinentes a la historia de la literatura latina.

Otro arqueólogo fue Preller, que escribió sobre mitología griega y romana (1858) siguiendo las huellas de Heyne y de Welcker.

El danés Madvig (1804-1886), entre otras producciones, estudió el *De finibus* de Cicerón e hizo una introducción al mismo. Demostró también notables aptitudes para la crítica de este autor, especialmente en lo tocante al *Pro Caelio.* En la crítica de los escritores griegos no fue tan feliz.

Otro danés, excelente arqueólogo, fue Zoega (1755-1809) que estudió en Gotinga y visitó Italia.

Moritz Haupt (1808-1874) fue discípulo de Hermann. Publicó en 1837 *Quaestiones Catullianae.* Estudió la *Germania* de Tácito y dio una edición de los siete primeros libros de las *Metamorfosis* de Ovidio. Publicó también el seudovirgiliano *Aetna.* Colaboró activamente en revistas filológicas.

Federico Ritschl (1806-1876) estudió primero los poetas griegos con Hermann y con Reisig. Publicó un ensayo sobre la *Biblioteca alejandrina;* pero su actividad posterior se centró principalmente en los estudios sobre Plauto, acerca de cuya crítica textual publicó una bibliografía, hasta que en los años 1836-1837 visitó Italia. En Milán, descifrando el más autorizado códice plautino en un palimpsesto de la Ambrosiana, descubrió el verdadero nombre del comediógrafo latino, escrito al final de la *Casina.* Dos pasajes, el uno de Varrón, citado por Gelio, y el otro de Plinio el Viejo, examinados agudamente por Ritschl, confirmáronle definitivamente en su opinión de que se debía decir no ya *Marcus Accius Plautus,* sino *Titus Maccius Plautus.* A pesar de las oposiciones y polémicas de otros filólogos, quedó admitido en adelante el descubrimiento de Ritschl, quien en 1842 publicó el *De Plauti poetae nominibus* y en 1845 *Parerga Plautina.* En 1848 publicó nueve comedias de Plauto. Estudiando entretanto a este autor profundizó en las leyes del lenguaje latino arcaico, sirviéndose de la ayuda de las más antiguas inscripciones, que recogió luego, en 1862, publicándolas con el título de *Priscae Latinitatis Monumenta Epigraphica.*

K. L. Urlichs (1813-1889) escribió *Vindiciae Plinianae* y *Chrestomathia Pliniana.* Se ocupó también de los diversos aspectos de la filología, distinguiendo entre filología pura, que comprendería la crítica y la hermenéutica, filología histórica (vuelta hacia la consideración del múltiple contenido de la Antigüedad) y filología estética, que sería la historia del mito, de las artes y del pensamiento. Para estos tres planos independientes designa tres categorías diversas de filólogos. De todos modos, su amplia concepción de la filología se resiente de la influencia de las teorías anteriores, no bastante asimiladas ni unificadas. La filología viene a tener así, en último análisis, dos cometidos, el uno ideal y el otro técnico.

Martín Hertz (1818-1895) se ocupó de la crítica textual a propósito especialmente de los historiadores latinos. Hizo ediciones de Tito Livio, Prisciano, Gelio y Nigidio Fígulo. El estudio de Aulo Gelio le sugirió la idea de distinguir en la literatura latina un período renaciente y otro barroco. Este último sería precisamente la época de Aulo Gelio, que vivió a finales del siglo II d. de J.C. en Roma.

Carlos Prantl (1820-1888) tuvo intereses colindantes entre la filología y la filosofía. Además de publicar la *Historia de los animales* de Aristóteles, se ocupó de la enciclopedia filológica. Dio cursos de lógica, acudiendo a oírle estudiantes de todas las facultades, que llenaban su aula y llegaron a ser más de doscientos. Publicó en cuatro tomos la clásica *Historia de la lógica en Occidente* (1855-1870). Tradujo varios diálogos de Platón, entre ellos la *República,* y también las obras de Aristóteles sobre física.

W. S. Teuffel (1820-1878) inició sus actividades filológicas en la *Real Encyclopädie* de Pauly y Wissowa. Compuso artículos sobre la literatura griega y especialmente sobre Platón, publicados después en los *Estudios y características* de las literaturas griega, latina y alemana. Pero sobre todo debe su renombre a su *Historia de la literatura latina* (1870), revisada y puesta al día por Swabe, obra clara y llena de erudición, aunque no profunda.

Max Müller (1823-1900). Su obra es de gran valor en lo que respecta a la literatura védica. Fue indólogo, lingüista e historiador de la religión. Fue discípulo de Boeckh y de Schelling. Es la suya una filología comparada. Estudió las leyendas populares y fue un divulgador de los textos de la India. Publicó los *Himnos védicos.* En sus estudios de historia religiosa y de mitología concibió esta última como una inevitable enfermedad del lenguaje; según su teoría, de los nombres derivan los dioses: *numina, nomina.* Obra suya fundamental son las *Lecciones sobre la ciencia del lenguaje* (1866). Se le llamó a Inglaterra, donde ejerció un estimulante influjo en los diver-

sos campos de la filología y familiarizó a los ingleses con los estudios de filología comparada.

Jacobo Bernays (1824-1881) se ocupó de Heráclito y de Lucrecio y también de la introducción de la filosofía griega en Roma y, por ende, de los estoicos y de los epicúreos. Estudió además a Tucídides y la historiografía griega. En 1852 publicó una excelente edición de Lucrecio. Se ocupó de la catarsis aristotélica y la interpretó como «purgación» por las emociones de temor y de piedad. Demostró gran amplitud de intereses y unió mucha agudeza crítica a un profundo instinto filosófico.

Rodolfo Westphal (1826-1892) fue especialista en métrica y en música antiguas.

Otto Ribbeck (1827-1898) estudió los poetas latinos y se ocupó especialmente en el arte poética de Horacio y en los fragmentos de los dramaturgos. Editó el *Miles gloriosus* y escribió una historia de la poesía latina en tres volúmenes.

Carlos Bursian (1830-1890) fue arqueólogo y, a la vez, filólogo clásico: vio ambas actitudes como coincidentes en finalidad. Hizo una edición de Séneca el Viejo y escribió una geografía de Grecia. Se ocupó también de la historia de la filología clásica en Alemania, con trabajos de escaso valor (1883). Fundó una revista para exponer, entre otras cosas, las producciones de la filología clásica. Pero no comprendió la importancia de Lachmann ni la de los criterios de la crítica textual expuesta en su prefacio al Nuevo Testamento.

Hermann Usener (1834-1905) se ocupó, como Prantl, filológicamente de temas filosóficos: desde Teofrasto hasta Dionisio de Halicarnaso, desde Homero hasta la astronomía bizantina. Escribió sobre el texto de Platón un ensayo de la historia de dicho texto, y asimismo una historia de la gramática griega y latina, con visión amplia. Pero son sobre todo importantes sus estudios sobre Epicuro, que después dieron lugar a su publicación titulada *Epicurea*. Hizo estudios sobre la historia religiosa y sobre la mitología y la épica griegas, así como sobre las leyendas de los santos; se ocupó especialmente de Casiodoro y de Boecio. Contra Wolf, se opuso al concepto de nación como coincidente con el ámbito mismo de la filología, por el hecho de que las naciones se comunican entre sí: ejemplo, el propio pueblo griego. La misma historia interna de una nación no se entiende si no se siguen los hilos que la vinculan con las demás naciones. Reveló la importancia del método comparado, que abre al horizonte de la prehistoria e induce a considerar la vida de los pueblos primitivos. La filología no es, para él, una ciencia verdadera y propiamente dicha, sino un círculo de estudios *(Studienkreis)*.

Usener tenía un temple de estudioso como muy pocos en la segunda mitad del siglo XIX europeo. No se contentó con verificar los hechos literarios. En 1934 publicó la editorial Teubner, de Leipzig, su correspondencia con Wilamowitz, su discípulo, de tendencias más positivistas, amigo de reducir todo testimonio al nivel documental. Usener le manifiesta en una carta su concepto más plenario de la filología, como «impulso a pensar y sentir de nuevo, con simpatía, lo que ya otros pensaron y sintieron antes», y esto para enriquecernos interiormente. Observa además que el profesor, al hacer entender a los alumnos un poeta con su alma, trasfunde en ellos la chispa de la común humanidad. Así la filología se convertía, para él, en humanismo, superando la mera instrumentalidad.

Luciano Müller (1836-1898) se ocupó especialmente de métrica *(De re metrica)*, tratando de Livio Andrónico y de Nevio. Hizo una estimable edición de las *Epístolas* y las *Sátiras* horacianas.

Enrique Schliemann (1822-1890) era un aficionado que, con enorme entusiasmo, se apasionó por el mundo homérico; enriquecido gracias a sus grandes cualidades para el comercio, con su afán de poderse dedicar a sus estudios y exploraciones del mundo clásico griego, empleó en esto su fortuna. A los 36 años de edad se puso a aprender el griego y el latín. A los 46 empezó a visitar los escenarios de la poesía homérica. En 1871 inició las excavaciones de Troya, Micenas, Orcómeno y Tirinto, siempre tras los vestigios de Homero y de sus grandes héroes y tratando de descubrir el tesoro de Príamo y de Atreo. Los filólogos vieron con desconfianza (y con envidia) al principio el que un *dilettante* hiciese tales descubrimientos, y no se percataban de su importancia; pero él, entretanto, lograba introducir al conocimiento del mundo helénico de dos mil años antes de Cristo, despreciando la leyenda de que la civilización helénica comenzase con Homero. Descubrió después los grandes sitios arcaicos de Creta, revelando la existencia de una poderosa cultura en la edad prehelénica y planteando los problemas de averiguar cuáles serían las relaciones entre Grecia y las primitivas poblaciones del Asia Menor. Se llegó a la conclusión de que sin conocer la cultura micenicocretense el mundo homérico resulta incomprensible.

En la historia de la filología hay que dar una parte a los estudios especiales de las lenguas, esto es, de sus estructuras: a los estudiosos dedicados a compararlas, a los especialistas en glotología o lingüística comparada. La ciencia del lenguaje *(Sprachwissenschaft)* puede entenderse en dos sentidos: como ciencia filosófica y como ciencia naturalista. Como ciencia filosófica cuenta con los nombres (si no queremos remontarnos hasta el *Cratilo* platónico) de G. Hum-

boldt, que fue su verdadero iniciador moderno, Steinthal, W. M. Urban (que todavía vive, autor de *Lenguaje y realidad)* y otros. En cuanto a la glotología o lingüística, que indaga sobre las formas de los idiomas y sus relaciones y compara sus estructuras, tuvo en el siglo XIX extraordinario auge, partiendo de Bopp, Pott, Grimm, y Diez y llegando hasta nuestros días. Entre estos dos enfoques es muy conveniente distinguir.

Guillermo Humboldt (1767-1835), espíritu polifacético y profundo de la edad áurea de la cultura germánica, es famoso sobre todo por sus estudios lingüísticos, a los que imprimió un original carácter filosófico. Pero también dejó la huella de su penetrante ingenio en otros campos, ocupándose de estética, de crítica literaria, de historia antigua, de teoría de la historiografía, de teatro... Fue además político y embajador en Roma. Fundó la universidad de Berlín, a la que llamó a los más ilustres ingenios de la época. Tuvo tratos con Goethe y amistad con Schiller, con quien se cruzó una importante correspondencia epistolar que publicó después de muerto el poeta. Conoció a Heyne, a Wolf, a Jacobi, a Lavater, a Koerner (padre del poeta caído en Leipzig)... Se ocupó de la lengua éuskara o vascongada. Tradujo el *Agamenón* de Esquilo. Estudió las lenguas malasias, el chino y algunas de la India. Pero su obra fundamental sigue siendo la *Introducción a la lengua kawi* (de la isla de Java), que es un estudio filosófico «Sobre la diversidad de la estructura lingüística humana y su influencia en el desarrollo espiritual de la humanidad».

Humboldt (hermano mayor de Alejandro, gran geógrafo autor de *Cosmos,* que tuvo correspondencia epistolar con Manzoni) sitúa el fenómeno del lenguaje en el centro del desarrollo cultural de la humanidad, porque expresa su conexión histórica en el seno de cada nación, porque es la sede y el principio de la espiritualidad humana, la revelación del pasado, el testimonio del ser, la concreción espiritual del individuo, el vínculo cultural entre los hombres. El lenguaje, en la riqueza de su contenido, en la amplitud y variedad de sus relaciones es para Humboldt psique, sonido, belleza, emoción, espíritu, sensibilidad y universalidad humana, libertad y mecanicismo, historia e institución, pensamiento y civilidad, expresión del individuo y del pueblo. El lenguaje es creación colectiva de las naciones y es, al propio tiempo, particular y original creación del individuo. Como expresión colectiva y social tiene un valor práctico de comunicación; como producción individual expresa el sentimiento (en poesía o en prosa), que dimana de la más íntima estructura psicológica de la persona. El lenguaje es forma interior y energía media-

dora. La lengua del vocabulario es un hecho (ἔργου); el lenguaje como creación espontánea es energía del individuo (ἐνέργεια), que se transmite también a los demás individuos por la común naturaleza y la sensibilidad y la inteligencia humanas. El lenguaje es necesario para pensar; por eso el atender y el hablar son expresiones de la misma fuerza interior, por el hecho de que sin hablar no se puede pensar. Para comprender el significado de la palabra, el hombre debe ver los efectos que produce en los demás: es, pues, creación del individuo y, a la vez, necesidad colectiva y vínculo comunicativo. El lenguaje es expresión de toda la fuerza del hombre. Los dos aspectos esenciales del lenguaje son el significado lingüístico y la forma sonante *(Sprachsinn* y *Lautform)*, aspectos que constituyen una síntesis.

Estas nociones influyeron más o menos en todos los glotólogos, críticos y filólogos de la época romántica: Wolf, Bopp, Pott, Grimm y Diez. El pensamiento de Humboldt es siempre sugestivo y desde luego no está anticuado aún, por más que Steinthal le hiciese algunas críticas.

Steinthal sostuvo en 1855 (en un escrito sobre «Gramática, lógica y psicología») que se puede pensar sin la palabra, con signos significativos; o sea, con expresiones diversas de la palabra, distinguiendo netamente entre el juicio lógico y las representaciones psicológicas y lingüísticas. La proposición no es un juicio expresado con palabras, como en la escuela se sigue enseñando, sino la representación de un juicio. Y en 1863, tomando en consideración las relaciones entre la filología, la lingüística, la historia y la psicología, criticó los siguientes tres conceptos: 1) el del espíritu nacional o popular *(Volksgeist)* (que daba lugar a la filosofía de la historia); 2) la doctrina de las ideas defendida por Humboldt; 3) la comparación externa. Evidenció así que poseía un ingenio igualmente adverso a las abstracciones románticas y al simplismo de los positivistas. Criticó con no menos razón la definición que de la filología había dado Boeckh (en 1877, cuando salió, póstuma, su *Enciclopedia y Metodología)* como «conocimiento de lo conocido», objetando que no siempre se vuelve a conocer lo conocido, pues a menudo las creaciones históricas y las representaciones (por ejemplo, las de los salvajes) son inconscientes. Distinguía seis formas de interpretación: gramatical, ambiental, estilística, individual, histórica y psicológico-genética. Herbartiano como era, criticó con precisión y severidad el concepto de lo popular. Sintió asimismo la exigencia de la unidad del saber, que entre tanta necesidad y afición de las especialidades se iba disolviendo y desparramando al extenderse el campo del cono-

cimiento. Se ocupó con penetración de las concepciones lingüísticas entre los griegos y los romanos.

Jacobo Grimm (1785-1863) estudió principalmente las lenguas eslavas y la lengua y la literatura alemanas, afirmando que todo poema e inclusive todo proceso histórico lleva en sí su propia vida orgánica y se desenvuelve en virtud de una fuerza irracional, es decir, inaccesible a la razón. Era ésta una verdad que ya habían afirmado los románticos. El se complació en investigar las antigüedades germánicas, para encontrar a través de ellas románticamente divino el origen del lenguaje, de la poesía y del derecho. Fundador de la germanística, concibió la poesía popular como superior a la artística, y sostuvo que la raza germana era superior a las demás, aunque tenía a este respecto una disposición de ánimo tolerante, no materialista, exclusivista ni racista como la que luego se daría en otros estudiosos y hombres políticos. Impulsó poderosamente la historia de las antigüedades germánicas, con una comprensión crítica y sintética de todas las manifestaciones culturales, promoviendo la investigación de las fuentes y la conciencia de la historia patria y lanzando rayos de luz sobre todas las formas de vida de los tiempos en que se originaron los pueblos modernos. Recogió las leyendas y consejas populares, que son su libro más difundido; después, en colaboración con su hermano menor Guillermo, publicó tres volúmenes de cuentos de distintos países y épocas. Consideró unitariamente la epopeya, el mito y la historia; fundó la gramática histórica y comparada de las lenguas germánicas y puso seguro fundamento a la etimología. Veía estrechamente adheridas a una única raíz la poesía y el derecho primitivos, y concebía el genio popular como predominante sobre las leyes. Estudió la mitología alemana y aplicó los resultados de la filología comparada a la etnología y a la historia cultural de Alemania. Compuso también una historia de la gramática alemana. Obra fundamental es su diccionario de la lengua alemana, en el que emite juicios sobre la etimología, la historia y el idioma desde Lutero hasta Goethe; pero llegó tan sólo a la palabra *Frucht*.

Friedrich Christian Diez (1794-1876) es el fundador de la lingüística románica. Estudió primero filología clásica bajo la dirección de Welcker; pero, de resultas de una conversación mantenida con Goethe en 1818, sintió que se despertaba en él el interés por la poesía trovadoresca y así, en 1826, pudo publicar su estudio sobre *La poesía de los trovadores* y más tarde (1829) el titulado *Vidas y obras de los trovadores* y la *Antigua literatura española investigada en las cortes de amor*.

Desechó por completo la opinión o el prejuicio de que el antiguo provenzal fuese una fase intermedia entre el latín y las lenguas romances. Luego de trazár la historia de la literatura occitana o provenzal, se dedicó al estudio del francés antiguo; y así fue haciendo la historia de las lenguas románicas, como Grimm había hecho la de las germánicas. Publicó tres volúmenes de gramática, entre 1836 y 1843, y un *Diccionario etimológico de las lenguas románicas*. Fundamento de sus estudios fueron la fonología y la sintaxis. Con él surge la nueva disciplina de la filología románica, que sienta las bases históricas para el conocimiento lingüístico del mundo neolatino. Gracias a la labor de Diez, el mundo medieval salido de las ruinas del mundo antiguo, y sus lenguas, hijas de la latina, aparecen como objetos de gran interés filológico y lingüístico, como una nueva civilización que se destaca totalmente de la de la antigua Roma, ya caducada. Los pueblos neolatinos iniciaron una nueva vida, cuyos vestigios se descubren mediante el profundo estudio de sus lenguas y literaturas, que habían adquirido una dignidad propia y autónoma relevancia. De ahí, a partir de la obra de Diez, las cátedras universitarias instituidas en todas las naciones de Europa para el estudio de la filología románica.

Franz Bopp (1791-1867) fue discípulo de Windi Schumann, médico y filósofo seguidor de Schelling. Marchó a París a perfeccionarse en el conocimiento de las lenguas orientales y del árabe; se dedicó también a estudiar los poemas épicos de la India y orientó hacia el estudio del sánscrito a Augusto Schlegel. Tradujo los dos poemas hindúes *Ramayana* y *Mahabjarata*, anteponiéndoles un prefacio en que exponía sistemáticamente el verso sánscrito comparado con los de las lenguas indoeuropeas, obra que fue la expresión del primer gran interés lingüístico y literario en Occidente respecto a la antigua lengua de los nobles padres arios.

Escribió sobre el sistema de la conjugación sánscrita comparado con los de las lenguas griega, latina, persa y alemana, así como sobre los pronombres demostrativos y personales; después se ocupó de las lenguas eslavas, del armenio y de los idiomas de la rama irania, de los que fue el primero en dar una sistematización en forma de una fonología arioeuropea y un cuadro morfológico de las lenguas arias comparadas. En 1854 publicó un sistema comparativo de la acentuación, y demostró las correspondencias gramaticales entre el sánscrito y el griego. En 1886 le fue reconocido por todos el título de sistematizador de la conjugación y fundador de la gramática comparada. Concebía el lenguaje como un fenómeno que evolucio-

na originalmente según leyes propias y con el dualismo histórico de la raíz y la flexión.

A. F. Pott (1802-1887), gran lingüista, enseñó en la universidad de Halle. Escribió sobre cuestiones etimológicas, que eran estudios sobre las relaciones entre la glotología y la etnografía, sosteniendo que «las desigualdades entre las razas humanas comienzan sobre todo, desde el punto de vista lingüístico, bajo la forma del desarrollo fonético». Tuvo grandísimo conocimiento de las lenguas bantúes, y las relacionó con el habla de los gitanos de que tenía noticia, asunto sobre el cual escribió la obra básica *Los gitanos en Europa y en Asia* (1845). Después se ocupó del letón y del curdo y de las lenguas neolatinas, en el aspecto léxico. Estudió los elementos románicos de la ley sálica y de las leyes longobardas.

Ferdinand de Saussure, lingüista suizo (1857-1913), escribió el *Cours de linguistique générale,* en el que expone su concepción de la lengua como sistema convencional de signos, por lo que se la puede estudiar o *sincrónica* o *diacrónicamente;* esto es, describirla tal y como es hoy o compararla con sistemas más antiguos o recientes. Su concepción glotológica se ha revelado estimulante y fecunda en ulteriores avances de los estudios de lingüística románica.

En Inglaterra, en el siglo XIX, Richard Porson (1759-1808) aplicó su actividad especialmente a la crítica verbal. Era contemporáneo de Wolf. Fue profesor de griego en Cambridge. Hizo ediciones de Esquilo y de Aristófanes; publicó también cuatro tragedias de Eurípides: *Hécuba, Orestes, Las Fenicias, Medea.* Hizo progresar bastante la cultura clásica en Inglaterra. A propósito de *Hécuba* polemizó con Hermann. En una segunda respuesta a éste compuso un agudísimo estudio crítico, según el juicio de Jebb. Hermann le consideró, a su muerte, como un gran sabio, especialmente en lo tocante a la enmienda conjetural de los textos griegos, fruto de su penetrante y asiduo estudio de esta lengua, al que hacía converger con fecundidad sus muchas y variadas lecturas y para el que se ayudaba también de la ventaja de una portentosa memoria.

La tradición implantada por Porson pasó de Cambridge a Oxford en la persona de Peter Elmsley (1773-1825), que visitó Italia y en la Laurenciana de Florencia estudió los manuscritos de Sófocles, reunidos por él en 1820. Puso de relieve su alta categoría como filólogo en la introducción a sus ediciones del *Edipo en Colona.* Examinó los papiros de Herculano que se conservan en el museo de Nápoles. En 1804 publicó el texto de Tucídides con traducción latina. Colaboró en la «Revista de Edimburgo» con varios artículos sobre la *Ilíada.*

Tomás Gaisford (1789-1856) estudió en especial a Sófocles y a

Platón. Hay que recordar también a Thompson (1810-1886), profesor de griego, especialista en Eurípides, Platón y Aristóteles, autor de una *Historia de la filosofía griega* y de unos *Comentarios al Fedro y al Gorgias*. Contemporáneo suyo es Donaldson (1811-1861), que se ocupó de filología comparada, de Varrón y de Píndaro y escribió un interesante ensayo sobre la filología y la cultura clásicas, además de una gramática griega y otra latina. En Cambridge enseñó Ricardo Jebb (1841-1905), profesor de griego que estudió a Sófocles y a Homero, así como a Erasmo y a Bentley. Meditó también sobre el valor del humanismo para la educación. Hizo gala de una amplia cultura y de una gran erudición sobre la Antigüedad grecolatina, y en su memorable monografía sobre Bentley alabó el poderoso sentido adivinatorio y la inspiración del ilustre crítico inglés del siglo XVIII. La *Enciclopedia británica*, en los artículos que tratan de la cultura antigua, ofrece al lector las eruditas e inteligentes contribuciones de los mejores filólogos de Inglaterra, de los que uno de los más conspicuos fue, en los primeros años de este siglo, D. B. Monro (1836-1905), que redactó la historia de los poemas homéricos tratando magistralmente las cuestiones anejas.

H. Munro (1819-1885) fue el primer profesor de latín de Cambridge. En 1864 publicó una notable edición de Lucrecio. Se ocupó también de Catulo y de Lucilio. Fue elegante poeta latino.

Como a importante estudioso de las literaturas clásicas grecolatinas debemos mencionar también a Guillermo Sellar (1825-1890), que estudió con gran finura interpretativa a los poetas latinos y escribió tres volúmenes muy estimables sobre los de la época republicana.

Dos grandes historiadores alemanes emplearon el método filológico para lanzar potentes rayos de luz sobre la historia de Roma: negadores de la tradición, no impidieron el que más tarde se volviese a un espíritu más razonable de conservación de la tradición misma. Nos referimos a Niebuhr y a Mommsen.

Bertoldo Niebuhr (1776-1831) descubrió, en el verano de 1816, en un palimpsesto de la biblioteca capitular de Verona, las *Instituciones* de Gayo. Informó de ello al eminente jurista Savigny y se puso de acuerdo con él para editarlas a expensas de la Academia de Berlín. En Roma, en un manuscrito de la Biblioteca Vaticana, descubrió fragmentos del *Pro Fonteyo* y del *Pro Rabirio* de Cicerón. Editó a Frontón, que había sido descubierto en parte por Mai en el monas-

terio de Bobbio. En una carta a un joven filólogo amigo suyo expone su elevada concepción de la cultura clásica, indicándole los autores que debe leerse con preferencia como los más formativos: Homero, Esquilo, Sófocles, Píndaro, Heródoto, Tucídides, Demóstenes, Plutarco, Cicerón, Tito Livio, César, Salustio, Tácito, etc. Aconsejaba leer para asimilarse el espíritu de los antiguos, sin hacer de la lectura objeto preciso de crítica estética o de otra disciplina. «Esta es —declaraba— la auténtica filología, la que sanea el espíritu, en tanto que las investigaciones eruditas pertenecen a un nivel inferior.»

En Nápoles cotejó Niebuhr el *Diálogo de los oradores* de Tácito y el manuscrito de Carisio encontrado en Bobbio. Pasando por Saint-Gall, en Suiza, descubrió en un palimpsesto los fragmentos del retórico español Merobaudes. En Bonn publicó los textos críticos de los historiadores bizantinos, con introducción, traducción y notas: *Scriptores historiae byzantinae.* Fundó en 1827 el *Rheinisches Museum* junto con Brandis y con Boeckh. Su teoría de que la antigua historia romana deriva de cantos populares, teoría que echaba por tierra el relato de Tito Livio, fue combatida por muchos eruditos, incapaces de deshacerse de la costumbre de citar a los analistas romanos. Este, con las debidas correcciones, fue un punto central y fecundo de su gran construcción histórica, que a la vez que con vigor filológico desvaloraba las fuentes convencionales, revelaba también sus propias tendencias románticas. Leopardi, que se encontró con él en Roma (donde Niebuhr fue embajador de 1816 a 1823) y fue por él invitado a encargarse de una cátedra en Bonn, le acusa en una de las páginas del *Zibaldone* de haberse aprovechado de las ideas de Vico sin citarle.

Se ha de advertir que su gran *Historia de Roma* tiene el defecto de recargar la exposición con digresiones filológicas y anticuarísticas que fatigan al lector. Otros historiadores, como Mommsen y Ranke, se atuvieron a una más prudente distinción entre las dos cosas.

Teodoro Mommsen (1817-1903) pertenece, de suyo, a la historia más que a la filología. Pero su penetración de los documentos fue más profunda que la de todos los demás filólogos del siglo XIX. Las cuatro grandes obras que escribió (la *Historia de Roma,* la edición de las Pandectas, el *Derecho Público Romano* y el *Corpus inscriptionum latinarum)* no habrían podido salir de su pluma si no hubiese tenido una enorme capacidad para la investigación de los más diversos monumentos y documentos: desde los textos de los autores a los epígrafes e inscripciones, desde el derecho romano a las monedas.

La economía monetaria, la numismática, el derecho penal y la filología pura no tenían secretos para él, de modo que fueron más de mil los trabajos que publicó, en un prodigioso despliegue de actividad. No hace aquí al caso examinar su laboriosidad como filólogo, que cedió a su incesante producción como jurista y como historiador revolucionario. Debemos decir simplemente que sintió siempre gratitud hacia su hermano menor, estudioso del griego, que le había dado la ocasión de nutrir su espíritu con la cultura clásica. Escribiéndole, le decía: «A ti te debo, querido hermano, el no haberme olvidado de Homero por las Pandectas». Se mostraba también reconocido a otros filólogos, como Jahn, Haupt, Welcker y Lachmann, que le habían ayudado grandemente. Llamó en especial maestro suyo al italiano Bartolomeo Borghesi di S. Marino, en cuyos *Fasti consulares* halló mucha luz para asignar a cada magistrado sus competencias. Y recordó asimismo a De Rossi, eminente arqueólogo, sobre todo en lo relativo a la Roma cristiana de las catacumbas.

Volviendo ahora a los meramente filólogos de la segunda mitad del siglo XIX y de las primeras décadas de nuestro siglo, recordaremos a Federico Blass (1843-1907), que hizo una edición crítica de la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles, descubierta en 1892, y una edición de Baquílides. Comentó las *Coéforas* y las *Euménides* de Esquilo. Se ocupó, en cuatro volúmenes, de la elocuencia ática, publicando los textos de los oradores áticos, a excepción de Iseo y Lisias. Se interesó también en el problema teórico de la filología, siguiendo en esto las ideas de Ritschl y de Usener. En cuanto a la crítica estética, concíbela como aplicación *ab extra* de cánones prefijados; no es, para él, la pura y genuina intelección del fenómeno literario su cometido sustancial. De ahí que, después de él, otros se desembarazarán fácilmente de ella como de cosa irrelevante. Sabiendo que hay que contar con la categoría de lo bello, estos epígonos del gran período de la filología se sienten en el deber de reservar a esa categoría un capítulo de sus tratados, pero no pasan de este reconocimiento puramente convencional. Tal es la causa de que Blass diese ejemplo de cierta tosquedad interpretativa, como a propósito de las ensangrentadas manos de Orestes en su comentario (1907) a las *Euménides* de Esquilo, según lo han notado con agudeza Romagnoli y Valgimigli. ¡Las manos de Orestes, según Blass, estaban manchadas no de sangre humana, sino de *sangre de cerdo*, dado que poco antes acababa de sacrificar Orestes un puerco a las divinidades!

Erwing Rohde (1845-1898) fue amigo de Nietzsche, quien con sus conversaciones le inspiró la idea de estudiar los orígenes del misticismo griego, estudios que le moverían más tarde a escribir su obra fundamental, *Psyche*, investigación sobre la creencia en la inmortalidad del alma entre los griegos desde la antigüedad homérica hasta Platón. En esa obra demuestra Rohde un gran dominio de la materia y una gran coherencia en la argumentación. Se ocupó también de la «novela griega», sirviéndose en este campo de la historia de la literatura griega y de las literaturas comparadas en lo concerniente a la fabulación. Mientras investigaba tal asunto, confesó haberse dejado llevar a convertir la investigación puramente filológica en investigación histórica y en apreciación estética, lo cual transformaba su precedente formación filológica en algo más elevado. Concluía de ello que nunca debe olvidarse el punto de partida, que el núcleo germinal de la labor filológica debe ser la literatura, la cual sólo se puede comprender si se cuenta con un sano criterio estético.

Ulrico Wilamowitz (1848-1931) es el más renombrado filólogo alemán del helenismo en nuestros tiempos. Escribió una importante *Introducción a la tragedia griega*, llena de erudición, una breve *Historia de la filología* y muchos estudios y comentarios sobre autores griegos. A él se debe también, en Italia, el cambio que ha juntado las cátedras de literatura y de literatura latina en una sola, llamada de «Filología clásica». Este cambio ha sido criticado por algunos como índice del peligro de convertir la exposición de los escritores en la búsqueda demasiado minuciosa de elementos filológicos y eruditos. Wilamowitz fue muy apreciado aquí en Italia, especialmente por nuestro mayor grecista, Girolamo Vitelli. Pero se le opusieron Fraccaroli y Romagnoli, acusándole de escasa sensibilidad artística y por cierto encono que sentían ellos contra la germanofilia filológica. Wilamowitz sintió, de joven, especial aversión a Federico Nietzsche, desde que éste publicó su obra titulada *Los orígenes de la tragedia del espíritu de la música*. Las ideas y tendencias de esta obra movieron a Wilamowitz a llamar irónicamente «filología del porvenir» a la iniciada por Nietzsche. Wilamowitz, por su parte, provocó la animadversión de Ricardo Wagner, a quien le repugnaba la ostentación de su filología clásica en un «monstruoso aparato de notas y de citas», a través de las cuales no le parecía a Wagner que resplandeciera precisamente «el reinado de las Musas», ni tampoco el espíritu de la Antigüedad, como lo promete el estudio de la filología. El gran compositor se apartó de tal monstruosidad con espan-

to, lo mismo que su amigo y admirador Nietzsche, y se dio a buscar más bien en los orígenes de los cantos y leyendas populares de Alemania la inspiración para su música.

Eduardo Norden (1868-1941), en su *Historia de la literatura latina* (desde sus orígenes hasta la Edad Media) repite, en el fondo, el cargo que por primera vez le había hecho Mommsen a esta literatura, tildándola de resentirse de la pobreza de fantasía de los latinos; es decir, de la orgánica aridez de los romanos en punto a la inventiva. Escribió también *Antike Kunstprose,* que es una historia de la evolución estilística en la literatura latina clásica, donde se da gran importancia a la armonía de la prosa, al *numerus.* En *Agnostos Theos* (1913) estudia el tema del Dios desconocido por los pueblos antiguos, Aquel que san Pablo se propuso dar a conocer revelándoselo a los atenienses. Compuso además Norden un estupendo comentario al libro VI de la *Eneida,* mostrando cómo Virgilio se inspiró en Posidonio (siguiendo esta indicación, muchos estudiosos, servilmente, se excedieron en recalcar el influjo de Posidonio). Escribió también sobre *El nacimiento del «Puer»* de Virgilio, sobre los libros sacerdotales romanos y sobre el valor formativo de la literatura latina. En su *Historia de la literatura latina,* que habla también de la fortuna de los clásicos durante el Medievo, señala las etapas de la tradición de los manuscritos clásicos desde el siglo VIII al X, dividiéndolas así: 1) la actividad de los nobles romanos que hacen copiar los textos; 2) transcripciones hechas en los cenobios según las normas enseñadas por Casiodoro; 3) propagación de las culturas griega y latina mediante la labor de los monjes irlandeses y anglosajones; 4) transmisión de los clásicos a través de la cultura carolingia. Esta ininterrupción de la tradición manuscrita nos hace comprender cómo pudieron sobrevivir los clásicos gracias a la paciencia, al interés y a la laboriosidad del Medievo cristiano.

En cuanto a la originalidad latina, ha habido bastantes alemanes que la han afirmado, contra las negaciones de algunos de sus predecesores; así, ante todo, Leo (muerto en 1904), quien observó por primera vez que la capacidad que ha tenido la literatura latina para inspirar a los escritores de los tiempos modernos no se explicaría si dicha literatura no tuviese una virtud singular en el sentido moral y estético. Después de él Jachmann, su discípulo, y Heinze, que estudiando la estructura del *epos* virgiliano puso de relieve su potencia artística; además, Reitzeistein, y Gelzer, que se ocupó de la romanidad como fuerza cultural, y Fraenckel, que estudió la posición de la romanidad en la educación humanística moderna.

Entre los franceses, Gaston Boissier (1823-1908) fue un elocuente asertor de lo peculiar de la vida romana, estudiando a Varrón y especialmente al Cicerón de las cartas a sus amigos, así como la religión romana desde Augusto a los Antoninos. Pero su libro famoso sobre todos los demás es el titulado *El final del paganismo* (1891). Son interesantes también sus *Paseos arqueológicos.*

A. Grenier escribió sobre *El genio romano* (1925), demostrando simpatía por los aspectos más genuinos del carácter y de la literatura latina.

En los primeros años de este siglo, algunos filólogos alemanes se ocuparon de cuestiones de metodología e historia de la filología, mientras que otros se inclinaron hacia el filologismo, hacia la búsqueda de los medios técnicos, hacia la acostumbrada investigación de las fuentes y de los géneros literarios en orden a la literatura latina. Entre los primeros citaremos a Maurenbrecher, que en 1908 publicó un trabajo sobre el método filológico, dando cuidadosas referencias bibliográficas acerca de cada una de las partes del estudio de la filología.

También Gercke concibe la filología como una ciencia a la que se ha de dedicar un número incontable de operarios, cada uno de los cuales tiene que llevar su piedra para la construcción del edificio.

Birt y Kroll insisten especialmente en la importancia de investigar las fuentes y el género literario. El primero habla a las claras de que el cuerpo del poeta ha de anatomizarse sin piedad a golpe de bisturí para buscar en él las derivaciones literarias.

Por su parte, Kroll, en su libro *Para la comprensión de la literatura romana* (1924), estudia el cruce *(Kreuzung)* de los diversos géneros literarios (sátira, mimo, epigrama, elegía). Niega que los latinos tengan originalidad, porque Horacio y Aulo Gelio reconocen la dependencia de Roma con respecto a Grecia. Los romanos heredaron de los griegos reglas y materias fijas.

Para los filólogos de esta índole no cabe interesarse por la humanidad individual de cada escritor, y la filología se reduce a una investigación puramente técnica de datos y fuentes.

12

La filología y el humanismo contemporáneos

La crisis del historicismo en los primeros decenios de este siglo estuvo determinada por el sentimiento de la desproporción entre la gran masa de hechos recogidos y averiguados y la incapacidad de servirse de ellos para la vida y la acción, reconociéndose más bien que la erudición excesiva corta o atenúa los impulsos vitales. Se pensó, pues, en una historia educadora y ejemplar, que fuese más que mera contemplación o espejo del pasado. Semejantemente, los juristas consideraron nocivo para el sentimiento de la justicia el demasiado acumular noticias históricas relativas al derecho.

La filología tenía que acusar también el impacto de los nuevos problemas, y sus cultivadores más conscientes debían preguntarse si basta con la multiplicidad de los hechos y los datos.

Pero ya desde 1872 Federico Nietzsche planteaba el problema de la utilidad del historicismo, incoloro y excesivamente erudito, con sus *Consideraciones inoportunas*. En rigor, podría decirse que a él, educado en la cultura clásica, la aversión al historicismo erudito se la inspiraba la exigencia de un nuevo humanismo, si tenemos en cuenta lo mejor de su pensamiento y nos olvidamos de lo peor. He aquí por qué no podemos prescindir de él en nuestro tratado.

La actividad filológica y el helenismo fueron puestos sobre el candelero por Federico Nietzsche, quien, enfervorizado luego por la música y la filosofía, amicísimo de Wagner, admirador incondicional de Schopenhauer, había de escribir un libro singular sobre *El nacimiento de la tragedia del espíritu de la música*, o sea, del instinto dionisíaco. Discípulo de Ritschl en Bonn y en Leipzig, obtuvo la cátedra de filología clásica de Basilea, donde pronunció, en mayo de

1869, la prolusión sobre *Homero y la filología clásica*. Para Nietzsche, la filología debe tener profundidad filosófica e interés humano. Sin la palanca del ideal, la filología le parece «un campo de rastrojos». Halla en la filología de su época tres tendencias bien distintas: la artística, la histórica y la naturalista. Esta última estudia el lenguaje como un hecho natural, clasificando y comparando, y da lugar a la lingüística o glotología; la histórica consiste, ya en contemplar la ley del desarrollo de los fenómenos históricos colectivos, ya en comprender las manifestaciones de los pueblos clásicos en sus figuras más eminentes. En cambio, la visión estética recompone con decoro las imágenes de la Antigüedad clásica para ofrecer a los tiempos presentes un mundo ejemplar de valor eterno. De la capacidad de los cultivadores de la filología y del desarrollo del gusto en cada edad depende el predominio de cada una de estas tres orientaciones de la filología en los distintos siglos. En su tiempo encuentra que los estudios y los problemas filológicos van declinando. De ahí toman argumento los enemigos de la filología. Los cuales son de dos especies: los que la acusan de inútil ociosidad, burlándose de «los topos filológicos», y los que quieren afirmar mediante ella el ideal haciendo la contra a la exclusiva exigencia de lo moderno y de la utilidad práctica. Celebra él la Antigüedad clásica en el sentido del helenismo winckelmanniano como «inefable simplicidad y noble dignidad» del alma antigua expresada por los griegos. Ve ciertamente un abismo entre la categoría de los estudiosos que, siguiendo la orientación naturalista, ofrecen solamente multitud de noticias sobre la Antigüedad, y la otra categoría de los que procuran reproducir el especial aroma del ambiente antiguo, capaz de dar una nostálgica sensación de aquellas remotas edades. La intensidad con que advirtió Nietzsche que era preciso hacerse con el procedimiento formativo del clasicismo y volver a vivir en la atmósfera de las artes antiguas para alcanzar la sublimidad del alma clásica, determinó en él un poderoso contraste con la filología concebida como mera erudición. Era consciente de que esta especie de filólogos son de lo más insensibles, por lo mismo que desgarran la *Ilíada*, dividiéndola, como Wolf, sin piedad en multitud de pedazos, cual tarea de remendones. Así que la finalidad suprema de la filología consiste, para él, en echar un puente sobre el abismo que separa a la Antigüedad ideal de la Antigüedad real. Su maestro Ritschl había hablado, en efecto, del cometido de la filología como un «reproducir» la vida de la Antigüedad mediante la intuición de sus manifestaciones esenciales: reproducción real y reproducción ideal. El estudio de la Antigüedad clásica debe servir para crear en nosotros sugestiones educativas y creado-

ras por medio del estudio y de la interpretación de los textos. Por eso, la cuestión homérica, tema de su prolusión, debe producir, según él, una ampliación intelectual, pues la personalidad de Homero ha de considerarse con respecto a las nociones de creación poética, de poesía individual y poesía popular, de genio y nación poetizantes. Un problema que dará mucho que pensar después en años más próximos a los nuestros: ¿en qué sentido ha de concebirse la poesía popular para superar su indeterminado halo romántico? La cuestión filológica de Homero se convierte así para Nietzsche en una cuestión histórica con implicaciones filosóficas. Además, en la cuestión homérica veía él el experimento de una gran hipótesis histórica, replanteando el problema de si la figura de Homero es «una personificación basada en un concepto o un concepto basado en una persona».

La cuestión homérica le sirve ya para exaltar el bárbaro primitivismo del pueblo griego, que fue digno de crear tan incomparables poemas, prueba de una plenitud de vida instintiva que abre un abismo de separación entre la edad heroica y la «ilustrada y sofística» de Sócrates, Aristóteles y Eurípides.

Escribió en 1871 una fragmentaria *Introducción al estudio de la filología clásica,* en la que cultura clásica, dignidad de la enseñanza clásica y doctrina erudita de lo antiguo van concebidas a la luz de un único espíritu y de un único ideal de cultura. La verdadera finalidad del filólogo debe ser la de vivir dentro del ambiente y en el espíritu de los autores antiguos. La condición fundamental para «hacerse clásico» es probar la necesidad de fervientes lecturas, que sean como una conversación con los magnos espíritus que en Grecia colmaron la medida, el ideal de la belleza y del bien, junto con una gran ingenuidad y sencillez profundísima, y en Roma lograron la *gravitas* y la grandeza.

Es mérito de Nietzsche haber entrevisto en el pueblo griego no sólo la alegría y la ingenuidad espontáneas, sino también la tristeza y el dolor; y no puede negarse que su concepción del nacimiento de la tragedia como fruto del espíritu dionisíaco de la música contiene elementos verdaderos.

En las *Consideraciones inoportunas* (1872-1874) echa en cara a su época la incapacidad creadora, por su excesiva devoción al incoloro e inerte historicismo, que quita a la vida todo impulso fecundo. Distingue entre la historia monumental, la crítica y la anticuarista, asignando a cada una de estas tres especies de historia la correspondiente filología: a la primera, la filología capaz de entender y escrutar la grandeza de los clásicos; a la historia anticuarista le corresponde la filología arqueológica, que se complace en reconstruir «simpatéti-

camente» objetos que casi han ido creciendo con nosotros, en los que inspira el genio doméstico, como por ejemplo al leer la *Odisea*. Esta historia cultiva la piedad y devuelve a la luz las reliquias del pasado. A la historia crítica correspóndele la filología que destruye las incrustaciones del pasado, acabando con las ilusiones. Cada una de estas filologías es necesaria en su puesto respectivo, pero ninguna de ellas es suficiente.

En esta enemiga contra la erudición y contra el historicismo como fin en sí mismo, en este asignar al estudio del pasado una meta ideal y monumental, vemos que Nietzsche afirma aquella aguda antítesis que precisamente por entonces establecía Francesco de Sanctis en su famosa conferencia *La ciencia y la vida* (1872), donde se lee: «Decae el arte y surge la crítica... La razón debilita al sentimiento y a la imaginación. Acaba la poesía y sobreviene Aristóteles a hacer su inventario; se extingue el heroísmo y Plutarco escribe las *Vidas paralelas* de los héroes, paseando entre sus tumbas». Sino que De Sanctis creía con sinceridad en la ciencia, en una ciencia consciente y viril, que refleja la vida en el cerebro: creía que el científico es «el más elevado y viril tipo de hombre»; mientras que Nietzsche, para ensalzar al individuo, fingió el tipo del superhombre, que no puede insertarse en la vida de un pueblo, ni puede éste influir sobre él, ya que el superhombre no tiene ni la fe común, ni los vínculos morales, ni el mismo destino que la conciencia colectiva.

No extraña a la filología es la personalidad de Josué Carducci (1835-1907), puesto que también él la cultivó, en el sentido de que su crítica literaria —que se aplica a menudo, además de al significado histórico y al valor estético de los escritores italianos, a las cuestiones más menudas y sutiles del análisis métrico y de la investigación erudita— tendía a desenterrar del olvido las grandes tradiciones nacionales. Pero no se sabe a ciencia cierta a qué aludía cuando, en 1874, se refirió a una «cultura filológica superior» unida al «desarrollo independiente de las elevadas ideas humanas». Quizá pensase en algo que penetrara la historia de la tradición literaria y la explicara como haciéndose con su secreto.

Esta cultura filológica tal vez correspondiese, en su concepción, a los severos estudios que elevan el ánimo a una esfera de idealidad y lo purifican de toda escoria de inferior clase: a fuerza de contemplar la espiritualidad del pasado, su ánimo se había inspirado hasta el punto de convertir la historia en poesía, sintiendo la urgencia suge-

rente y liberadora del espíritu mismo de los documentos conservados y de los testimonios escritos. «Probad los estudios serios y sentiréis el desinteresado placer que produce el descubrir... Entrad en las bibliotecas y sentiréis cómo los estudios que se hacen en silencio, procurando la ciencia y la verdad, refuerzan, solazan y mejoran el entendimiento y el ánimo.» Ciertamente, todos nosotros hemos experimentado la solemne sensación que causa el grave silencio de una biblioteca y el austero significado de cuasi religiosidad que tiene y el recogimiento que exige ese auténtico santuario de la ciencia, tan ideal para el ascético ejercicio de una callada aplicación al estudio reposado y profundo, que tanto contrasta con la gárrula profanidad de quienes lo perturban.

Aquella diferencia entre la crítica histórica y la crítica estética, que durante el auge del positivismo filológico se sentía vivamente, haciendo a algunos reprobar a De Sanctis y a la mayoría vituperarle como poco exacto y descuidador del método histórico-erudito, de la investigación minuciosa y de la observación precisa de los hechos, en Carducci no se advierte tanto, porque sus observaciones relativas a la literatura italiana, gracias a sus cualidades de poeta y de crítico sensible, difuminan esa diferencia de modo que las dos partes parecen confundirse. El buen gusto de Carducci en materias de historia y de erudición era tan sólido que, al leer su comentario a Poliziano, se nota en qué gran medida llegó a adivinar los precedentes que habían inspirado al gran poeta y humanista del Cuatrocientos. Las citas que aduce (en notas) de los clásicos latinos que pudieron sugerirle a Poliziano las metáforas de su poesía son de tal perspicacia, tan sugerentes, que atestiguan un especialísimo y exquisito sentido filológico. Con ellas hace que se perciba el *humus* del que tal vez saliera la virtud poética del autor de las *Stanze* y del *Orfeo*. Y lo mismo en su análisis métrico del endecasílabo pariniano o en su prefacio al *Rerum* de Muratori, o en su exégesis del *Canto a Italia* de Leopardi, etcétera, se nota una perfección tan neta, filológicamente, una conciencia histórica tan avisada, una capacidad para el gusto tan sensible que en él se identifican la educación estética, el sentido histórico y el gusto filológico.

En el mismo año 1874 un profesor de griego de la universidad de Pisa, Piccolomini, atribuía a la filología el cometido de enseñar el método de la crítica textual, fundamento para la lectura de las obras antiguas. Adheríase de lleno a los métodos alemanes en boga a la sazón, métodos que tanto impresionaban a los filólogos de los países latinos, como prueba de riguroso cientificismo. Pero, a juzgar por sus

palabras, no parecería sino que se pudiese exigir a todo estudiante el rehacer por sí mismo todo el trabajo de fijación del texto, de manera que el método fuese de suyo una manera de aprender con seguridad y con resultados satisfactorios. El método, dirá el alemán Maurenbrecher, no puede ser objeto de ciencia: como de la virtud y del discurso vivo lo decía Sócrates. Llevado de su gran admiración a la severidad científica del método filológico alemán, Piccolomini veía un peligro contra tal método en la libre disposición, tan propia de los latinos, a buscar y reconocer más bien la belleza en las obras de los grandes escritores.

En la misma universidad de Pisa, en 1888, Francesco Zambaldi, sucesor de Piccolomini en la cátedra de griego, hubo de discurrir «sobre la actual situación de la filología clásica». Con mejor sentido, no pone en el centro de la enseñanza universitaria el método o la técnica, sino el conocimiento de los escritores griegos y latinos, «que siguen siendo la más rica fuente de nuestro saber y de nuestras emociones». El estudio de los fenómenos literarios no se presta, según Zambaldi, al estéril y cerrado aislamiento de la investigación rigurosamente especializada, sino que suscita el interés por toda gran manifestación del espíritu humano. El pueblo ateniense ofrece en la historia el ejemplo más claro de una vida espiritual independiente y consciente, que superó la burda sumisión a la naturaleza mediante la ciencia, la filosofía, las artes y la libertad de la vida política. Lo ideal de las producciones helénicas las hizo transmisibles a los demás pueblos aunque éstos se hallaran en otras condiciones históricas. Por donde se ve su eficacia humanizadora. Entendida así, la filología aparece como el ejercicio intelectual que, haciéndonos revivir a través de los testimonios la espiritualidad de los antiguos, amplía nuestros conocimientos por lo mismo que nos da una consciencia corroboradora de nuestra formación histórica al ponernos en contacto directo con aquellas mentes. De este modo venimos a entrar en posesión del sentido de nuestra dependencia cultural con respecto a las civilizaciones clásicas.

Domenico Comparetti es famoso por su obra *Virgilio en la Edad Media*, densa de jugosa cultura y de grandes alientos, donde se documenta la fortuna de los poemas virgilianos y del prestigio del vate de Mantua a lo largo de los siglos medios, cuando se le consideró como mago. En la primera parte se exponen las vicisitudes de aquella fortuna y se dan las razones de la misma; en la segunda parte se reseña la documentación histórica de la leyenda medieval acerca de Virgilio. Explica Comparetti agudamente los motivos que tuvo Dante

para escoger a Virgilio como guía, señor y maestro en las regiones de ultratumba. Hace gala de su vivo sentido histórico al determinar las relaciones y causas del encuentro de Dante con el mantuano, poniéndolas en el significado cultural y espiritual de la Antigüedad, cuyo exponente más señalado fue Virgilio. En otro trabajo, Comparetti tuvo el valor de oponerse a la «manía de las anatómicas disecciones de la crítica conjetural» llevadas a cabo por Lachmann con los poemas homéricos, después de las cuales ni aquel famoso filólogo ni sus seguidores nos saben decir si la *Ilíada* y la *Odisea* se relacionan mecánica u orgánicamente con los cantos que les precedieron y que les dieron origen, de donde se sigue la gran arbitrariedad de las construcciones o hipótesis filológicas al respecto. Aquella homogeneidad y armonía admirables que se perciben en los dos poemas resultaría inconcebible si hubiesen sido compuestos por varios poetas y en épocas distintas. Así que es absurdo atribuir carácter anónimo y popular a la poesía homérica, según les place a los filólogos alemanes. Toda obra de arte ha de ser producto de una sola mente, no de una colectividad entera. Los antiguos no habrían podido comprender, porque les hubiese parecido absurda, la pregunta de si en los poemas homéricos hay *unidad*. Por consiguiente, es absurda la idea de Lachmann de que la *Iliada* se formó «a base de cantos épicos populares, por vía de mecánica aglutinación».

Contra el filologismo de la cultura clásica alemana de los primeros años de este siglo se revolvieron con energía dos cultivadores italianos de la literatura griega: Giuseppe Fraccaroli y Ettore Romagnoli. Por desgracia para la cultura italiana, ciertas disensiones surgidas entre ellos y Croce (que parecía no poder aceptar sugerencias que no proviniesen de su propia filosofía, en virtud de la cual se mostraba intransigente con cualquier forma de pensar que no fuese la suya) impidieron que el filósofo se asociase *toto corde* a los dos filólogos para combatir el predominio del filologismo en las escuelas y en la interpretación de los autores clásicos, del mismo modo que había combatido contra la filología positivista italiana y defendido a De Sanctis, promoviendo el retorno a él, o sea, el estudio de la literatura en su significado formativo y no en el de convertirla en simple investigación erudita.

Pascoli, aunque tácitamente, se había puesto del lado de ellos. Fraccaroli, en su libro *Lo irracional en la literatura,* quiso demostrar que las incoherencias, las equivocaciones y los errores que pueda haber en las obras de arte no les quitaba la inspiración ni la unidad. Esta era la doctrina sostenida por el antiguo autor del tratado *De lo*

sublime, que anteponía un gran espíritu de poeta con pequeños fallos a un meticuloso versificador que poetizara según reglas impecables. El libro de Fraccaroli tenía mucho de filológico por sus extensas y concienzudas citas de datos y de hechos literarios, pero su asunto era estético-filosófico. Fraccaroli había considerado la poesía de Píndaro.

Romagnoli, famoso sobre todo por sus admirables traducciones de los poetas griegos y en especial por las de Aristófanes y las de los trágicos, se ocupó también de la música y la poesía de la antigua Grecia y escribió *En el reino de Dioniso, Los dominios de Orfeo* y *El teatro griego*. Combatió el demasiado cultivo del historicismo bibliográfico, que agosta la lozanía de las impresiones espontáneas. Iba, pues, contra la corriente, despreciando el historicismo y el filologismo, tan en boga durante los primeros años del siglo XX.

Con Pascoli, la filología adquiere un valor de finura interpretativa en aquella *Lyra* y en aquel *Epos* que siguen siendo los más agudos comentarios que tenemos sobre Virgilio, Horacio y Catulo. Pero merece señalarse principalmente la observación que hace Pascoli en el prefacio a su *Lyra:* «Dice Marcial que los convidados habrán de sentirse complacidos con sus manjares: esto les pide, no que se lo agradezcan a los cocineros» (que serían los filólogos). La crítica (o filología), dice Pascoli, es un medio, no un fin; «la crítica está hecha para la literatura, no ésta para la crítica... Detenerse y admirar» delante de las obras artísticas. Tanto mejor si la filología contribuye a que se conozca y se guste en verdad la poesía reducida a su verdadera lección y explicada por entero. Pero la filología, dice también, ha cometido a menudo el error de medir por el mismo rasero a los escritores grandes, medianos y pequeños, ejercitando del mismo modo para todos la crítica (filológica), es decir, hastiando con la gramática a nuestros hijos, utilizando los libros de los poetas como *corpora vilia* para un servicio que vale menos y no más que ellos. Los grandes escritores y poetas compusieron sus obras para dar a sentir a los lectores lo que ellos mismos sentían, «escribieron para ser admirados y amados».

Comprendió Pascoli que tal insensibilidad de los filólogos acabaría repercutiendo, por medio de la educación universitaria, aun en el mismo bachillerato, donde ya entonces los estudios de griego y de latín amenazaban con convertirse en «inútil engaño y falso culto». La culpa la tiene la gramática —añade Pascoli— que ensombrece las artes y el pensamiento, haciendo bostezar a los jóvenes, entenebreciendo las ideas del escritor bajo los pesados nubarrones de la erudición, las nociones abstractas de la métrica, de la estilística

y de la sintaxis, sin dejarle «mostrar siquiera al fatigado alumno ni un destello de la divina sonrisa de su inspiración».

Lingüista de mérito fue Luigi Ceci, que en 1914 escribió un importante informe para la reforma y reordenación de los estudios universitarios. También entonces se notaban ya entre nosotros la decadencia y el desinterés con respecto a la alta cultura. El culto a lo singular y fragmentario había invadido la filología y la historia. En su informe, hecho por encargo oficial, clama Ceci contra el que la filología universitaria trate de ser tan sólo crítica, investigación, acumulación de hechos, cerrando así las puertas al amor de la belleza y de la verdad y a la consiguiente potencia formativa. La responsable es, según él, la Universidad, incluso por el cariz degenerante que ha tomado la enseñanza media. Es forzoso —observa— «que quien en la Universidad se nutrió de menudencias», como profesor de Instituto se dedique a mortificar los ánimos de los muchachos a base de empirismo gramatical, de noticias eruditas y de comentarios a palabras aisladas. Así, no puede menos de adoptar una actitud de naturalista, de «micrólogo», haciendo odiar con su disciplina las horas que los muchachos han de dedicarle. Por esto «la enseñanza secundaria no vive, sino que vegeta». Los Institutos de enseñanza media y la Universidad se dan la mano, siendo a la vez responsables de la miseria espiritual y cultural de nuestra juventud académica. «Salvar a la juventud italiana, hacer que se vigorice de nuevo en ella aquella vida espiritual que se va perdiendo miserablemente»: tal es la tarea que asigna Ceci a la Universidad en vísperas de la primera guerra mundial. Hoy, después de medio siglo, parece que todavía andan peor las cosas en las facultades dedicadas a las ciencias del espíritu.

Pero, ¡ay!, resulta que Ceci, en un *Apéndice* a su magnífico informe, como si se arrepintiera de los nobles y sinceros propósitos manifestados en el cuerpo de su exposición, propone —germanizado también él— que las cátedras de «Literatura griega y latina» se conviertan en cátedras de «Filología clásica», ateniéndose, sin declararlo, a las normas del dichoso y venerado Wilamowitz. Pero al exigir la preparación técnica del *recte legere* y del *recte intelligere* como presupuesto necesario para la actividad filológica, la investigación histórica y la crítica literaria, acaba por omitir a fin de cuentas lo que antes había pretendido hacer preeminente en la cultura clásica: el sentido de la belleza y de la verdad, la sensibilidad moral y estética. ¡Ya tenemos, pues, olvidada la formación mental y moral, a las que se prefiere la especialización! ¡Adiós, pues, la labor moralizadora de la Universidad, tan bien auspiciada por el buen Ceci, lingüista de la universidad de Roma!

Grande y autorizado grecista fue Girolano Vitelli (1849-1935), que hizo la edición de *Electra* y de *Ifigenia en Aulida* de Eurípides, y de los papiros de las ediciones de Safo y de Calímaco.

Giorgio Pasquali, después de ampliar sus estudios en Alemania, en Gotinga, donde se hizo incondicional admirador de la filología alemana, escribió un diligente estudio sobre *La lírica de Horacio*, indagando sus fuentes entre los poetas alejandrinos. En otro sitio celebra la cuestión homérica, prolongada desde Wolf hasta nuestros días, como punto central de los estudios filológicos sobre la Antigüedad. Naturalmente, tiene en poca estima a Fraccaroli y a Romagnoli, y establece la ecuación filología=historia. Fuera de ella, no admite ningún interés literario, puesto que la filología en sentido lato abarca la historia, utilizando las obras de los escritores como monumentos y documentos históricos. Para él, propugnador como Wilamowitz de las cátedras de filología clásica en vez de las de literatura griega y latina, no se concibe el porqué de una historia autónoma de la literatura: las fuentes y la fijación del texto son, en su sentir, lo esencial del estudio de los autores antiguos. Obra suya notable, óptima en su género, es el grueso volumen (1934) de casi 500 páginas: *Historia de la tradición y crítica del texto* (edit. Le Monnier), donde discurre sobre el método de Lachmann, que hacía remontar a un único arquetipo la tradición manuscrita de cualquier autor clásico; discurre también sobre la noción de *recensio* según los distintos casos, con el fin de educar en el método de la edición crítica de un autor clásico o de cualquier autor.

No se contenta Pasquali con lo que acerca del método expuso Lachmann en su prefacio a Lucrecio, sino que recurre a los diversos criterios y normas que dio el mismo Lachmann en su prefacio al Nuevo Testamento en griego, señalando, junto con el criterio de la probabilidad paleográfica, la teoría local del texto del Nuevo Testamento, que se divide en las tres categorías nacionales de *recensio:* alejandrina, bizantina y occidental.

El gozne sobre el que gira todo este método de la *recensio* es el concepto de que en todo autor hay que remontarse siempre a un único ejemplar, «ya desfigurado con errores y lagunas». Discurre luego acerca de otras muchas cuestiones técnicas y acerca de la tradición mecánica y de las variantes medievales, de las variantes y de las ediciones antiguas, de las ediciones originales y de las variantes del autor. Recalca el principio de que la *lectio difficilior* ha de preferirse a la más fácil, asegurando que es el «criterio esencial para la *recensio* de todo texto transmitido no mecánicamente». Toca muchas otras cuestiones interesantes, como por ejemplo la de si los

alejandrinos introducirían o no en el texto homérico sus propias conjeturas (él se inclina a creer que sí); observa, en confirmación, que el texto de Zenodoto era más breve que el de sus sucesores Aristófanes y Aristarco. Y cree en la heterogeneidad de composición de la *Ilíada,* distinguiendo entre esta cuestión y la de la historia del texto (p. 202). Nos hallamos, pues, y de todos modos, ante el técnico más competente en esta materia de cuantos haya habido en Italia desde Vitelli. Pasquali es también autor, con W. Jaeger, de una edición de san Gregorio Nisseno, el más profundo de los Padres de la Iglesia oriental.

Con su referida *Historia de la tradición y crítica textual,* muy apreciada también en otros países, trató de enseñar a los jóvenes filólogos el método de hacer buenas ediciones críticas de cualquier autor. Dedicó el libro a su maestro de Gotinga, Schwartz, adelantado de la nueva crítica textual y autor de una edición modélica de la *Historia ecclesiastica* de Eusebio. Y se lo dedicó también a Vitelli, a quien veneraba como al maestro por antonomasia en punto a crítica filológica y como al mayor conocedor de la poesía griega: a aquel Vitelli que polemizó con Romagnoli tachándole de soberbio y de impertinente por haber osado poner en duda el talento y la sensibilidad de Wilamowitz.

Manara Valgimigli tradujo a Platón y a Safo, poniéndoles agudas introducciones. El también, aunque con mentalidad e intención diferentes, sostuvo la ecuación filología=historia. En realidad, dio una interpretación de la *Poética* de Aristóteles, hasta el año 1917, que pareció casi una revelación, porque juzgaba el pensamiento estético del Estagirita (acerca de lo verosímil en la tragedia y en la poesía épica) como precursor de la estética de Benedetto Croce.

Algunos años más tarde Augusto Rostagni combatió tal interpretación como deformante del genuino pensamiento de Aristóteles, quien, sin duda, entendería la mímesis, la catarsis y el mito, inherentes a toda composición poética griega, de un modo muy diverso e históricamente imposible de equipararse a nuestra concepción romántica del arte. Por lo tanto, la interpretación hecha por Valgimigli era, por fuerza, anacrónica. Valgimigli respondió que Rostagni señalaba todo aquello en que disentía de él y omitía tendenciosamente la mención de todo lo demás en que concordaba y que aceptaba de él por las implícitas sugerencias de su pensamiento.

Algunos años después (1939) escribió Rostagni el libro titulado *Clasicismo y espíritu moderno,* reunión de sus varias prolusiones universitarias, donde se afirman las características genuinas de lo helénico contra las deformaciones perpetradas por los románticos ale-

manes y, en especial, por Nietzsche. Notaba, además, los nuevos acentos de la literatura alemana, sobre todo en la elegía, viendo en ellos la expresión de una lozanía propia de su vida moral, más elevada que la que refleja la literatura alejandrina, decadente ya para entonces.

Rostagni juzgó en otro escrito que fue Filodemo, y no Aristóteles, el precursor de la estética moderna y de nuestros tiempos en lo tocante a la dependencia de la poesía con respecto a la moral, así como a la inseparabilidad del contenido y la forma; en esto fue combatido por otros filólogos italianos. Se ocupó también del autor del tratado *Sobre lo sublime* (del que hizo además una edición), evidenciando su elevado espíritu moral, fundamento de su estética, que postula en el gran poeta fuertes exigencias éticas y cívicas y el sentido de la libertad política. A la vez, estudió las corrientes retóricas de aquel entonces (siglo I de nuestra era), a saber, la teodoriana y la apolodoriana, en las que se incardina y de las que proviene el anónimo y desconocido autor del referido tratado. Escribió además Rostagni *El Virgilio menor,* obra en la que reivindica la autoría del mantuano para una gran parte del *Appendix,* basándose en la coherencia, que en ella se advierte, entre los mismos caracteres sustanciales y formales de los poemas mayores de Virgilio, examinados con penetrante sensibilidad.

A comienzos de este siglo se advirtió, entre los estudiosos alemanes, una mejor disposición para entender los rasgos peculiares de la poesía latina: así, Leo, Cauer e Immisch. En Rusia y Polonia se manifestó en igual sentido el polaco Teodoro Zielinski (muerto con posterioridad a 1941), que estudió con viva diligencia *La fortuna de Cicerón a través de los siglos,* demostrando que hasta los tribunos de la Francia revolucionaria de finales del siglo XVIII citaban en sus ardientes arengas pasajes de las *Filípicas* para defender la libertad contra los poderes despóticos del Estado. Zielinski escribió también valiosos estudios sobre el mundo griego. En 1903 dio en la universidad de Petrogrado ocho conferencias sobre *Lo antiguo y nosotros,* enalteciendo la cultura clásica como la que tiene un carácter objetivamente constitutivo de nuestra mentalidad. Gracias a ella se crean las condiciones de la superioridad intelectual y moral que sirve para seleccionar en la sociedad a los mejores elementos. Exalta de la manera más atinada y convincente la eficacia educativa de la Antigüedad clásica, base de la común civilización europea.

El verdadero conocimiento de los griegos y de los romanos proporciónalo el estudio de sus literaturas, mediante la meditación textual «hecha de modo aperceptivo», no «asociativo»; es decir, no

mecánica, sino orgánicamente (distinción que Zielinski toma de Wundt). En cuanto a la literatura antigua, habla él de una «historia espiritualizada» de la misma, cuyo cometido sería superar el filologismo. La cultura clásica debe valer no como «norma», sino como «germen» que, luego, se desarrolle en nosotros por sí mismo, educándonos. Conservar la educación clásica en la sociedad significa sentir la necesidad de salvaguardar en ella la conciencia profunda de sus más elevados intereses y sentimientos. La sociedad, amenazada de perversión intelectual y moral, debe «custodiar la cultura clásica y cuidarla como a la niña de sus ojos», defendiendo su preciosa herencia. Y observa con razón que la verdadera cultura no consiste en la cantidad de las nociones e informaciones, pues el hombre culto sigue siéndolo aunque se olvide de lo que aprendió.

Los antiguos pueden educarnos de tres maneras: con el conocimiento, profundamente interesante, de su historia y, en especial, de las batallas que tuvieron que reñir para defender e implantar la justicia y la libertad; en segundo lugar, mediante el estudio de las lenguas antiguas, que es una fortalecedora gimnasia intelectual; pero, sobre todo, mediante los textos mismos de sus mejores escritores, cuya lectura despierta en nosotros una atención que ejercita a la vez todas las potencias de nuestro espíritu. Los antiguos nos educan enseñándonos a afirmar el primado de la razón sobre los sentidos y sobre el capricho y habituándonos a rendir culto a la verdad y a la belleza: son una especie de introducción a la vida, más alta, que propugna el cristianismo, una especie de revelación menor que los espíritus más grandes y excelsos de la Antigüedad pueden seguir haciéndonos todavía.

Pablo Cauer, en su libro *Palaestra vitae* (1907), aunque partidario del progreso, trata de conservar a las fuerzas morales que nos vinculan con el pasado toda la eficacia de que son capaces. La cultura clásica es una de estas fuerzas; pero, según Cauer, exige que nos demos a ella con plena confianza, sin andar calculando su inmediata utilidad. El tiempo que le dediquemos nos será restituido en beneficios mentales. Como la amistad, el amor y la religión, también ella beneficia a quien se le entrega por entero. Afirma Cauer que el espíritu antiguo ha de estudiarse de dos maneras: una científica, que concierne a los elementos culturales de la Antigüedad considerados por separado, y otra humanística, que contempla la espiritualidad de lo antiguo. El primero de estos métodos se funda en los autores helenísticos, y lo explaya suficientemente, por ejemplo, el *Manual griego (Griechisches Lesebuch)* de Wilamowitz, en el que se dan abundantes noticias eruditas sobre la Antigüedad, a base de las obras de

numerosos autores helenísticos. La vida moderna demuestra en esto su superior importancia.

En cambio, el método humanístico, verdaderamente formativo, trasfunde en nosotros el espíritu antiguo con la palabra simple y orgánica, polifacética y luminosa de los escritores clásicos griegos. Cauer se ocupó también de cuestiones filológicas particulares con bastante penetración, tratando los *Problemas fundamentales de la crítica homérica* (Leipzig, 1921).

O. Immisch se preguntó: *¿Cómo se estudia la Antigüedad clásica?* Y respondió con el volumen de 200 páginas así titulado, cuya lectura es provechosa. Divídese en una parte histórica (historia de la filología) bastante perspicaz, y otra parte teórica (fundamentos conceptuales del estudio de la Antigüedad). Este filólogo, vivaz docente de la universidad de Friburgo de Brisgovia, sintió hondamente el problema de la filología como instrumento de educación moral y mental.

Después de las dos ediciones de 1909 y de 1920, Immisch, en 1933, quiso integrar más profundamente sus ideas, escribiendo sobre *La supervivencia de lo antiguo (Das Nachleben der Antike).*

Es propio de la filología no sólo recoger hechos aislados y noticias parciales, sino captar y dar a conocer la personalidad de cada escritor (poeta, orador u hombre de acción). En tal sentido, la filología exige ir unida a la historia. El filólogo no cumple su cometido si no pone en juego una intuición artística e individuante. En esto consiste la *Kulturmission*, la función moralmente educadora de la escuela. No basta con «colocar cada cosa en su sitio», como hace el erudito, sino que hay que distinguir, entre los diversos elementos eruditos de la cultura histórica, lo ejemplar del pasado. Se han de escoger, al estudiar, las personalidades heroicas que exigen un particular grado de intuición sentimental o artística, para producir en nosotros una participación subjetiva, «simpática». Con respecto a tales personalidades surgen el amor, el respeto y la admiración, sin que quede comprometida en nada la seriedad de la investigación objetiva. Es preciso conciliar e integrar el historicismo con el humanismo, afirma Immisch enérgicamente. Sólo así —piensa él— tendrán los alemanes un alimento esencial, una base civil y moral, que, adhiriéndose a su espíritu no menos que la educación cristiana, será capaz de vencer las atávicas tentaciones de la barbarie. Por esto, él, solícito de la educación de los jóvenes, exige y espera de los estudios clásicos la virtud que despierte las mejores energías espirituales, lo que sucederá vinculando la actualidad presente, de una manera sintética, con las personalidades del pasado que conserven aún inexhaus-

ta su energía. La Antigüedad será entonces verdaderamente una posesión formativa *(Bildungsbesitz)* perpetua, intrínseca, más que un medio técnico de formación *(Bildungsmittel)*.

Werner Jaeger, uno de los más profundos estudiosos de la Antigüedad griega que han descollado en los últimos tiempos, con sus trabajos sobre *El Aristóteles juvenil,* a quien hace él fiel seguidor de Platón hasta que cambió del todo su punto de vista pasándose del idealismo de su maestro al realismo, es famoso sobre todo por su *Paideia,* obra en tres tomos, donde estudia el desarrollo histórico de la educación en Grecia. Construyó Jaeger en este libro una doctrina filosófica y pedagógica en la que el helenismo es celebrado como ejemplar fuerza de educación, la más poderosa de todos los tiempos y de todos los pueblos. De él debemos recabar las doctrinas más profundas relativas a los problemas fundamentales de la existencia humana. Lo cual quiere decir que Jaeger trata de hacer del proceso evolutivo de la cultura griega el prototipo (pedagógico) para toda cultura verdaderamente humana y humanística. Nuestra idea de cultura tiene en la Grecia antigua su origen histórico y su justificación teórica, porque el hombre griego consiguió llegar a la cima del equilibrio educativo, elevando el tipo humano a la más perfecta medida de la humanidad verdadera, distante por igual del hombre gregario y del hombre individualista. Platón es, para Jaeger, el tipo más acabado de educador, puesto que reúne en sí las cualidades del filósofo, del poeta y del político.

Hay agudas intuiciones, especialmente en el primer volumen, sobre el desarrollo de la educación griega desde Homero hasta los tiempos de Pericles. Certeras caracterizaciones son también las de la historiografía de Tucídides y de otros muchos puntos en que el filólogo-filósofo, que se propone problemas históricos verdaderamente vitales, fija su atención. Un gran relieve ha dado a la significación histórica y educativa de los sofistas, en especial a la personalidad de Protágoras, representante y defensor de la más vigorosa cultura humana en el seno de la acción civil y política.

En cambio, el segundo tomo, dedicado todo a Platón, resulta bastante prolijo y de menor eficacia que el anterior. Tampoco el tercero es tan eficiente como el primero; trata de los ideales de la cultura, que entraron en conflicto en la época de Platón, de la medicina como forma cultural, del ideal de la educación humanística propugnada por Isócrates y del desarrollo de los diálogos platónicos.

Se ha llamado «el tercer humanismo» a esta doctrina pedagógica basada en la Antigüedad, con la que Jaeger ha enaltecido al helenismo como al educador de las mejores fuerzas morales y espiri-

tuales de todos los siglos y como capaz hoy todavía de darnos profundas enseñanzas acerca de los problemas fundamentales de la vida humana. Nuestra cultura hodierna necesita vincularse con el helenismo antiguo, porque el hombre griego alcanzó el máximo equilibrio educativo, llevando el tipo humano hasta la perfección de su naturaleza, educando al hombre natural en su verdadero destino. Platón, que reunía en sí al político, al poeta y al filósofo, representa en su plenitud las fuerzas creadoras del genio griego y es el ejemplo más grande del educador. Vemos en él la importancia que atribuye a la educación civil y política del hombre no menos que a su formación estético-literaria. La primera era importante entre los griegos porque se hacía con vistas a un fin superior al técnico, económico y utilitario: para educar al hombre entero. Hoy día la cultura parece ser un refinamiento de nuestra animalidad, procurándose casi exclusivamente la *prosperity* mediante el conjunto de medios externos y mecánicos que rodean la vida, medios entre los cuales se debilita todo impulso heroico, todo sentido noble del ser humano. A la romanidad atribuyó después Jaeger la virtud de la organización y estabilización del género humano, el del cristianismo. Igual que Immisch, veía Jaeger en la civilización antigua el ideal que los europeos han de tener presente. También él se manifiesta adverso al incoloro historicismo puramente erudito, que debilita los impulsos hacia el ideal y hacia la vida ética.

H. I. Marrou estudia con notable profundidad los problemas de la cultura antigua, viviéndolos en el sentido de una modernidad abierta a la vinculación de lo antiguo con las exigencias culturales de nuestros días. Es profesor de la Sorbona. Sus libros sobre *San Agustín y el final de la cultura antigua* (1946) y la *Historia de la educación en la Antigüedad* (1948) son de carácter filosófico y cultural, y están avalados por un riguroso examen filológico de las fuentes. Como prueba de su penetración especulativa bastaría aducir las distinciones que hace entre los diversos significados de la palabra «cultura» en los escritos de san Agustín, a quien ve como al heredero de la cultura helenística y neoplatónica, intensificada por el espíritu místico y teológico del doctor africano. En 1949 añadió una *Retractatio*, en la que se rectifica a sí mismo sobre algunos puntos y responde a las críticas hechas a su libro, insistiendo en el problema de cómo se han de distinguir, en la cultura de Agustín, los aspectos sociales, colectivos y ambientales de lo que manifiesta como «*forme personnelle de la vie de l'esprit*», del secreto de su vocación, del misterio profundo de su personalidad.

En su obra sobre la educación antigua, demuestra Marrou que

la cultura helénica constituyó la forma típica de la educación laica, transmitida a nosotros a través del cristianismo, que en sus primeros tiempos le fue adverso y después, justificándola, se la apropió. La justificación más profunda fue la que hizo san Agustín *(De doctrina chr.*, II, 40), según hemos visto.

En otros dos trabajos *(El sentido cristiano de la historia*, Lyon, 1941, y *Del conocimiento histórico*, París, 1954) estudia también Marrou varias cuestiones relacionadas estrechamente con la filología.

Una *Defensa de la Filología* fue escrita por Servais Etienne en 1933 (bajo los auspicios de la Facultad de Letras de la universidad de Lieja). La filología es afirmada por él como lectura textual, contra la chata y erudita multiplicidad de datos propia de la *histoire littéraire*. Sólo la *philologie* representa la intelección concreta del arte y de lo bello, mientras que la otra se satisface con noticias, datos, abstracciones, sin saborear la poesía. La historia literaria es irrelevante en orden a la comprensión de la belleza poética; más aún, es distractiva y descarriante. La filología debe, según Etienne, educar al lector, capacitarle para que perciba todos los motivos humanos que un texto contenga, dejándose ir *naïvement à la suite des mots*. Ni esteticismo ni erudición minuciosista. Se ha de captar el núcleo germinal de la inspiración que emerge entre la niebla circundante, niebla en la que se pierden el erudito y el historiador que vayan a la busca de ambientaciones, de reminiscencias, de datos. Hay que leer, pues, metódicamente: tal es el precepto que da Etienne. Dice que la eruditísima *Introducción a la tragedia griega* escrita por Wilamowitz no es sino un capítulo de historia que ayuda muy poco a penetrar el sentido de la tragedia griega: menos que la *Poética* de Aristóteles.

La *philologie* educa el sentido de lo concreto, haciéndonos percibir todas las vibraciones de un texto. Para subrayar su concepción escribió después Etienne un opúsculo *Expériences d'analyse textuelle en vue de l'explication littéraire* (1935), insistiendo en la necesidad de la atenta lectura de los textos literarios. De ahí que sea preciso un prolongado esfuerzo de comprensión, o sea, todo un bienio de ejercitaciones universitarias a base de lecturas metódicas, para formar de veras al joven en el vigorizante gusto de la poesía. Se comprende que los ejemplos de Taine, de Brunetière y de Lanson le han hastiado y le han quitado la confianza en la eficiencia de la *histoire littéraire*, convirtiéndole en un adversario de la erudición histórica, no menos que del esteticismo diletante. Con él, el término «filología» ha recuperado su antiguo significado isocrateo.

En 1945, Jacques Perret publicó el libro *Latin et culture* (Desclée, Brujas), donde examina las relaciones que hay entre el latín y la

cultura moderna. La deplorable situación presente del estudio del latín se la achaca a la insuficiencia de su enseñanza actual. Los mismos latinistas —observa— no saben ya bien el valor humano de las diversas partes de su herencia. Racine, Lamartine y Baudelaire tienen aún vigencia en el corazón de innumerables y fieles adictos a sus obras. ¿Por qué Virgilio y Cicerón no hallan —se pregunta Perret— tal correspondencia? ¿Cómo podrá hoy convencerse el estudiante de que Virgilio es sin duda un genio de primerísima magnitud, digno de figurar entre los grandes de la literatura universal? Y ¿cómo se dará cuenta de la superioridad de Virgilio sobre Lucano, o de la de Tito Livio sobre Quinto Curcio, si no puede confrontar sus impresiones con las de un público lo bastante extenso y ajeno a su especialidad? La literatura latina está pidiendo a voces que se hagan ensayos críticos en torno a sus grandes obras y autores, estudios que puedan reavivar su atractivo y suscitar el interés por su lectura, como se hace con las grandes obras de las literaturas vivas, en las que cada generación descubre nuevas fuentes de interés. En cambio, los estudiosos del latín se encierran siempre y cada vez más dentro de los límites de una especialidad incomunicable al gran público. Es menester guiar a la juventud, de palabra y por escrito, de modo que partiendo de sus costumbres se la traslade con la imaginación y el sentimiento al universo contenido en los libros, multiplicando sin cesar los puntos de comparación y de contacto, para que vea las obras antiguas con una actualidad que estimule sus esfuerzos comprensivos.

No se ha reaccionado adecuadamente contra los ataques al latín, ni siquiera se ha entendido su gravedad. Los filósofos parecen muy satisfechos de proseguir con sus catalogaciones de hechos gramaticales o estilísticos y de excepciones a tales o cuales reglas, así como en sus estadísticas; pero la creciente indiferencia del público con respecto a los valores clásicos aumenta en proporción al exclusivismo técnico de los filólogos, que han ido perdiendo más cada vez el contacto con la realidad viva. Urge renovar el espíritu pedagógico en la enseñanza del latín y procurar que los investigadores científicos y los estetas batallen juntos contra la indiferencia y la insensibilidad. Cree Perret que no conviene distinguir, al estudiar el latín, entre el método de trabajo y la actitud espiritual. La importancia de un autor latino ha de descubrirla cada cual por sí mismo, mediante el esfuerzo necesario para llegar a aquella realidad humana expresada por él

antes de que nadie la hubiese reconocido; de lo contrario, el amante de los textos o filólogo no hará más que aumentar su erudición, recargarse la memoria, especializarse progresivamente y, con ello, hacerse cada vez más extraño al público culto.

Hace una llamada a la sensibilidad y a la necesaria dedicación a la lectura ininterrumpida, que serán las que enriquezcan de veras al estudioso y al lector, dándole la seguridad de lo vivido y gustado e impulsándole a invitar a los demás a proceder de igual modo. Hay que educar a los jóvenes con los medios más idóneos para suscitar en ellos el don de la simpatía hacia los grandes escritores latinos.

Mas para llegar a esto —se nos ocurre— es preciso que quien enseñe tenga una fuerte sensibilidad y una personalidad poderosa, capaz de atraer a los jóvenes al gusto de la belleza —por remota que fuere— que él haya sentido, haciéndoles encontrar en el texto latino una estimulante y fortalecedora fuente de nuestra cultura actual y las mismas razones de los encantos y atractivos que hallamos en los escritores modernos, que han sido adiestrados en la disciplina artística por las mismas artes antiguas.

Fernand Robert, profesor de literatura griega en la universidad de París, escribió un bello libro, rico en agudas observaciones, sobre *L'humanisme: essai de définition* (1946), en el que ensalza la virtud humanística como educadora de la libertad y de la fe en las fuerzas del hombre, en sus destinos más altos, contra el tecnicismo moderno, que entrega fácilmente al hombre a merced de las fuerzas inferiores y le hace capitular ante la potencia y el éxito ajenos.

La cultura humanística o clásica se realiza a través de tres fases: establecer un texto, traducirlo y comentarlo. El momento final es el que consiste en captar el espíritu abierto y humano de los autores clásicos, mediante el cual se verifica en nosotros la concepción de lo humano por encima de todas las épocas.

El humanismo es educación de la libertad, toma de conciencia de nuestra personalidad autónoma. El humanista no es confundible con aquellos intelectuales o «clerici» que traicionan [1]. El humanismo extiende a todos los siglos el alcance de nuestra percepción, produciendo un ulterior aumento de visiones y experiencias mediante la vinculación del presente con el pasado, dando a sentir la fundamental semejanza entre los hombres de todas las épocas en virtud de la meditación detenida de las más remotas y diversas culturas representadas en las obras de los escritores, leídas textualmente. De este

[1] Alusión a la obra de Julien Benda *La trahison des clercs*, 1927. *(N. del T.)*

modo, el humanismo hace a nuestro espíritu accesible a todo lo humano. Educa, pues, la tolerancia, el respeto a los pensamientos ajenos, a la conciencia religiosa de los demás, a sus filosofías y a sus ideas políticas: no nos hace siervos de los poderes políticos, los cuales quieren que el hombre se adapte a sus designios (la política es *la grande menteuse)*, mientras que el humanismo quiere que el hombre esté disponible para todo ideal humano. Los grandes siglos de Francia, dice Robert, han sido humanistas. Y podría haber dicho igual de todas las culturas europeas que dieron al mundo algo grande, enriqueciendo las conciencias de los hombres, superados todos los orgullos, todas las intolerancias aislacionistas, mediante el goce común de unos bienes inalienables y no susceptibles de disminución porque aumente el número de sus disfrutadores.

También el derecho romano forma parte de la filología y de la cultura clásicas, en el sentido de que el filólogo clásico puede muy bien recurrir al Digesto y asimismo en el sentido de que hasta un derecho muy apartado de los intereses de hoy puede ser profundamente educativo. Y mientras que en los últimos años el derecho romano les parecía a los alemanes, por causa de la degeneración nazi, un enemigo hereditario, en cambio, durante el siglo pasado, los principales romanistas de Europa fueron alemanes: Savigny, Windscheid, Ihering y tantos otros ilustres pandectistas. Para éstos el derecho romano valía ya como disciplina filológico-jurídica, ya como factor eminentemente educativo de la conciencia histórica.

Poco antes de estallar la segunda guerra mundial, dos conscientes especialistas alemanes, Woldemar Engelmann y Paul Koschaker señalaron «los valores de actualidad» *(Gegenwärtswerte)* que tiene el estudio del derecho romano, especialmente para la formación y la disciplina mental de los jóvenes alemanes. Estos mismos autores subrayaron la importancia que tuvo en la Edad Media el derecho romano para la formación de la unidad europea gracias a la labor de los juristas italianos de la escuela de Bolonia del siglo XI al XIV. A su obra se debió un gran progreso en la administración de la justicia civil y penal, contra la reluctante barbarie adversa a la ley, y nos sentimos orgullosos de aprender de Roma la disciplina civil y jurídica, y nos sentimos cristianos y a la vez romanos y europeos. A este propósito escribió Engelmann en 1937 un bello libro sobre *El renacimiento del derecho romano en la doctrina científica de los juristas de los siglos XI-XIV*, y Koschaker nos ha dejado una importante obra titulada *Europa y el derecho romano* (1947).

Epílogo

Para dignificar en la mente de cualquiera a la filología no hay sino invitarle a dar un vistazo, por muy superficial que sea, a las ingentes fatigas de los filólogos, de las que nuestro tratado intenta dar una idea. La continuidad histórica de los filólogos desde la época alejandrina hasta hoy es la misma continuidad de la historia del género humano, pues la filología ha conservado, en cuanto le ha sido posible, contra las vicisitudes de la fortuna y las destrucciones llevadas a cabo por los hombres, el patrimonio histórico, literario, artístico y filosófico de los siglos remotos y recientes, los documentos de la existencia y de la convivencia humanas.

A lo largo de los siglos, la filología ha ido tomando un sentido preciso y más o menos feliz en cada uno de los filólogos que la concibieron y la ejercitaron ya en uno ya en varios objetos o partes. Se fueron inventando poco a poco nuevos métodos, obra de filólogos más ingeniosos, que eran adoptados por los que venían luego. Los caminos abiertos por algunos fueron aprovechados con frecuencia por muchos otros. Pero también aquí, como en todas las cosas, hubo, sí, progreso, mas no en línea recta y continuada, no sin desviaciones, errores, despistes, exageraciones y disputas. La soberana inteligencia filológica siempre fue cosa rara: la de un Aristófanes, un Bentley, un Ernesti, un Lachmann... Las más de las veces, los frutos fueron parciales, los avances graduales, los descubrimientos accidentales. La filología consta esencialmente de una gran dosis de paciencia benedictina, más mucho de penetración histórica, de intuición artística y también de ánimo esforzado y de exigencias morales.

Lo cual confirma que también la filología puede y debe interesar y comprometer a todo el hombre. Por consiguiente, tampoco en ella —según observa con gran acierto Pasquali *(Historia de la tradición y crítica del texto,* p. 8)— «la especialización puede hacer otra cosa que dañar». Y, sin embargo, ¡se trata de una disciplina que se diría especial y técnica por excelencia, o sea, capaz de prescindir de las otras y de todas las demás nociones para encerrarse dentro de su propio caparazón!

Pero también es cierto que la filología tiene un valor histórico objetivo, casi impersonal, como se ve por los diversos períodos de su desarrollo, a los que corresponden cinco actitudes nacionales diversas, que se han ido desenvolviendo progresivamente, a tenor de las mudables exigencias históricas. Y su importancia y consistencia históricas se ven todavía más en el hecho de que a esas cinco fases de la filología (la italiana, la francesa, la holandesa, la inglesa y la alemana) corresponden poco más o menos otras tantas épocas del estudio renovado del derecho romano, en cuya dirección las naciones europeas se han ido alternando, transmitiéndose, como en una carrera de relevos, la antorcha de la vida y de la fortaleza cívica, asegurando así en el derecho el orden necesario para la convivencia. El derecho romano, renacido en la Bolonia del siglo XII —hacia 1110-1115— tenía entonces la semblanza de una norma ideal para vencer a la barbarie y, junto con la afirmación de la fe católica, especialmente por obra de los monasterios, constituyó en la Alta Edad Media, contra los bárbaros sin ley, la comunidad de vida y de tradiciones que es Europa, unidad civil y moral, no simple entidad geográfica.

Los descubrimientos de textos antiguos son poco frecuentes. Hizo época en el siglo pasado el hallazgo de las *Instituciones* de Gayo, jurista romano; y se tuvo por una gran novedad (1891) el de la *Constitución ateniense* de Aristóteles. Después, a comienzos de nuestro siglo, el descubrimiento en Egipto del papiro Oxyrhinchos, de múltiple contenido, proporcionó noticias bastante importantes sobre diversos temas filosóficos y literarios.

El hallazgo más reciente ha sido el de una comedia entera (o casi entera) de Menandro, la titulada *Dyscolos* o *El misántropo,* contenida en un papiro puesto a la venta en Suiza por un comerciante egipcio. Fue publicada en 1958, y en Italia, en junio de 1959 fue representada y transmitida por la radio, en versión del profesor Alessandro Ronconi, y por la televisión en septiembre del mismo año, según la traducción de Benedetto Marzullo. La comedia es bastante breve y su representación dura poco más de una hora. Los juicios acerca del

valor artístico de esta única comedia que nos ha llegado íntegra de aquel autor, si se exceptúa algún que otro verso, no han sido unánimes. De todos modos, el comediógrafo ateniense Menandro, que quiso permanecer en su ciudad a pesar de los atractivos de Alejandría, nos da en esta obra un buen testimonio de su época y de sus tendencias artísticas y morales. Un somero análisis filológico-textual ha hecho de ella el profesor A. Barigazzi en la *Rivista di filologica classica* de 1958.

Pero es de advertir que la filología no consiste toda ella en el interés por la Antigüedad clásica, pues también es filología el estudio de los textos de otras épocas y civilizaciones, como por ejemplo el de los dramas de Shakespeare y de las cuestiones a ellos referentes, materia sobre la cual hay toda una literatura o filología y una extensísima bibliografía. Si se descubriese, por ejemplo, un nuevo drama de Shakespeare, tal hallazgo sería con toda evidencia mucho más importante que el descubrimiento de una comedia o de todas las comedias de Menandro, ya que el poeta inglés tenía un estro más poderoso y espiritual.

El hombre culto, no especialista, evita probablemente con mayor facilidad que los filólogos la hipertrófica deformación del especialismo, porque sabe que hay una filología románica no menos importante que la clásica, y una filología indoeuropea y otra semítica, otra eslava, otra germánica, etc. (dignas todas ellas de respeto y de estudio), según los grupos étnicos o las culturas que se han desarrollado en la historia y han dejado documentos acerca de sí mismas, suscitando cada una un interés peculiar por su contenido, sus procedimientos y sus lenguas, y viniendo todas juntas a componer aquella filología universal en la que se apoya la trama de la historia del género humano. Semejantemente, hay también una filología o literatura y una bibliografía particulares para cada gran autor (Dante, Goethe, Tasso, Platón...) o para cada gran acontecimiento (las Cruzadas, las Comunas, la Revolución francesa...) asuntos en los que se especializan por separado tanto los filólogos como los historiadores.

No obstante, el hombre culto al que nos referíamos se escandaliza al observar que los eruditos y filólogos más competentes en una materia discuten sin cesar sobre las conclusiones de importantes puntos de la misma. De ello deduce, inevitablemente, que le es imposible sacar una idea clara y positiva sobre eso en lo que dos o más grupos de opiniones contrarias defienden sus respectivos puntos de vista con igual seguridad en la documentación y basándose en las pruebas aducidas por dos o más competentes especialistas. Y el hombre culto corriente se pregunta cómo podrá interesarse de veras

en cuestiones al parecer importantes, pero que se diría que, encerradas en el enrarecido ambiente de un saber especializado, de una erudición peregrina y que ni siquiera es capaz de ponerse de acuerdo consigo misma, carecen de objetividad y consistencia.

Así ha sucedido, entre otros campos, en el de las cuestiones shakespearianas, en el que competentes especialistas no se entienden unos a otros y piensan de maneras diametralmente opuestas; así sucede, sobre todo, en los problemas de la filología clásica, como por ejemplo, en el de la prioridad de la obra de Tertuliano o la de Minucio Félix, o en el de las diferentes dataciones de los diálogos platónicos, sobre lo cual hay un gran desacuerdo desde Schleiermacher hasta Jaeger respecto a la evolución de la mentalidad del gran filósofo. Sea por lo que fuere, en muchas ocasiones es preciso confiar con sinceridad en un ulterior progreso de la crítica y de la interpretación. Los términos de otras cuestiones, como por ejemplo los de la controversia homérica, van cambiando porque cambia la perspectiva histórica, filosófica o estética de esa problemática. Así, desde Wolf hasta hoy, al cabo de tantas investigaciones y discusiones sobre Homero y su personalidad y sobre la composición de los poemas, es significativo que se haya vuelto en cierto modo a la idea de la unicidad de autor y a la de un origen no completamente inorgánico de los poemas, y que se noten incertidumbres y titubeos incluso en Pasquali a este propósito, así como en B. Marzullo, que expone en un libro toda la cuestión *(La questione omerica,* N. Italia, 1952).

Resulta, en cambio, curioso que los más calificados filólogos clásicos no estén de acuerdo, por ejemplo, al juzgar los escritos de Filodemo. Hay quien cree ver en ellos el testimonio de una clara afirmación de la estética antigua como precursora de la moderna estética de la intuición en orden a la poesía, concebida ésta como independiente de la moral, y al contenido como inseparable de la forma. Contra Rostagni, que es quien sostiene todo esto, Funaioli, Marchesi, Perrotta y Giuffrida niegan o no reconocen tal carácter de modernidad en los escritos literarios de aquel escritor y poeta epicúreo alejandrino que vivió en Roma a finales de la época republicana y comienzos de la edad augustea y fue amigo de Horacio. Dígase otro tanto de los juicios relativos a la *Appendix Vergiliana (Aetna, Moretum, Culex, Catalepton,* etc.), poemitas que algunos se los atribuyen todos a Virgilio, otros se los niegan en redondo y otros creen que fue autor de parte de ellos. El profano se pregunta si hay o no una ciencia filológica que, gracias a la excelencia casi matemática de sus métodos, de la cual se jacta, produzca una certidumbre inconcusa en sus conclusiones... ¿O habrá que creer más bien que

las diferencias de opiniones se basan en antipatías y piques personales, en rivalidades y puntillos sobre preeminencias, oponiéndose por decreto las opiniones de unos a las de los otros?

Pero la filología no se ocupa tan sólo de los descubrimientos de códices, papiros, pergaminos y palimpsestos; consiste en algo más que en lides, diatribas o discusiones entre los filólogos. Los hallazgos acrecen sin duda el caudal de noticias sobre la Antigüedad, pero si el conocimiento de ella se limita a los objetos materiales, como el vestuario, la cocina, las costumbres del beber y del comer, etc., los grandes eruditos europeos de los siglos XVI y XVII siguen siendo en esto insuperables y siempre utilizables. Sino que además de los descubrimientos, aparte las polémicas de los filólogos y por encima de las distracciones, ignorancias y errores de los gramáticos, están los grandes textos que se han conservado, con sus indiscutibles lecciones fijadas ya (salvo alguna que otra divergencia) desde el siglo XV: los textos, que esperan siempre nuestro amoroso estudio, que contienen un inagotable raudal de sugerencias, que iluminan el pensamiento y la conciencia moral de cada generación y van pasando de una a otra como la antorcha de la vida en la ideal continuidad del género humano. Ellos, los textos, con su contenido y su forma inseparables, constituyen el universo de los valores estéticos, morales y lógicos del que todos obtenemos la vida, el ser mismo y las fuerzas de nuestra espiritualidad. Ellos vienen a constituir como un conjunto de bienes objetivos, transmisibles e indispensables, como un cuerpo en el que se concentran la palabra y la doctrina, la luz y la verdad, el verbo creador y revelador insustituible y siempre nuevo, abierto a cada generación, a cuya luz y a cuyo valor se forman directa o indirectamente las conciencias de los hombres que superando el estado de barbarie alcanzan la existencia civil. Los textos, como *studia humanitatis* en sentido lato, *perficiunt* verdaderamente al que los aborda, según la expresión de Leonardo Bruni. Descubrimos los valores éticos, estéticos y morales, y los vamos elaborando al comprender con profundidad lo que significan esos textos que nos los hacen presentes y que nos revelan el genio de lo humano: de Platón al Evangelio, a san Pablo, a Virgilio, Dante, Shakespeare, Cervantes, Racine, Goethe, Manzoni... Cada nación tiene sus grandes poetas, sus númenes tutelares... Pero las verdades divinas y más excelsas pertenecen simplemente al género humano. Las letras, las artes, las ciencias, la filosofía, el derecho y la religión no son meras materias o disciplinas destinadas a

hastiar a estudiantes confiados a maestros ineptos, rutinarios o faltos de preparación, sino que son, más exacta y profundamente, las varias expresiones y los hontanares de la espiritualidad humana, que se desenvuelve y se transfunde desde ellas en los individuos, comunicándoles la potencia del sentimiento, de la mente y de la acción, vinculando el presente con el pasado y con el futuro en el unitario desarrollo espiritual de las generaciones.

A base de esos textos o documentos, tras cuidadoso examen y mediante una lectura de temple filológico, hecha con pasión y con discernimiento, poniendo en juego todas nuestras mejores energías reunidas, se puede reconstruir y exponer, siempre según las fuerzas de cada uno y en respuesta a las más escogidas exigencias de la época, una historia de lo que significan esos documentos, historia como la que Zielinski reclamaba para la literatura clásica, «una historia espiritualizada».

La filología está tanto más firme y segura de sí cuanto más armada de cultura filosófica e histórica y de energía moral, cuanto más consciente de sus fines intrínsecos, que rebasan la actividad meramente instrumental. Como forma de la mente «tiene la virtud de vincular al estudioso a la investigación concienzuda, al examen visual de los detalles, a la nitidez y simplicidad expositivas, de modo que adquiera en verdad aquel *habitus*, no sólo necesario a los estudiosos de la literatura, de la continencia y la honradez mentales, hábito que templa el espíritu sin mortificarlo, capacitándolo para la auténtica historia literaria, entendida no ya como un estudio meramente formal o bien del contenido, sino como conmovida recreación de la obra artística. Recreación que requiere un buen gusto muy disciplinado y mucha precisión en los conocimientos, no sólo en los de los medios técnicos, sino respecto a todos los acontecimientos espirituales que concurrieron a la obra y le dieron su aspecto peculiar».

La filología es, pues, una fase del caminar hacia la comprensión histórica; pero una fase necesaria. Supone las fatigas del estudio que «da el hábito (filológico) del informarse directamente, del proceder con precauciones, del ir purificando de todo elemento empírico el objeto de estudio, del reaccionar contra la inercia espiritual (y cerrarle todo paso), así como contra la pueril impaciencia».

He querido citar el pensamiento de un filólogo, catedrático de Instituto de gran valía, muerto jovencísimo en 1917, Antonio Bernardini, porque difícilmente se hallarán palabras que mejor describan los rasgos característicos de la filología.

Para quien la juzga por sus apariencias, la obra del filólogo, en su minuciosidad, tiene algo de estrecha y repelente. Pero si pensa-

mos en toda la larga serie de raciocinios, intuiciones, confrontamientos, informaciones, reflexiones, arrepentimientos y controles, que implican los análisis históricos, críticos y estéticos del texto por que ha tenido que pasar el filólogo antes de ofrecer al público la síntesis definitiva y resolutiva que es su edición, no podremos menos de pensar que en su fatigosa tarea, en apariencia limitada, material y casi servil, de ir recogiendo variantes, puliendo pasajes, puntualizando hechos y documentos, hay algo que trasciende el llamado carácter práctico de la filología que lleva el nombre de instrumental, especializada o técnica, puesto que en la edición crítica de un poeta se concentra, acumula y compendia un prolongado e intenso esfuerzo, que ha requerido todas las fuerzas de un estudioso y acaso la dedicación de toda su vida. Al que no sospecha cuánto exigen las tareas filológicas pueden éstas parecerle un trabajo de mera paciencia y aplicación, como le sucede al filósofo, a quien le suele gustar figurarse feliz y tranquila la actividad del filólogo, algo así como ir hojeando un libro en busca de una fecha, de una información que copiar, etc. Mas para hacer adecuadamente palmario lo múltiple y grave de las operaciones intelectuales que ha de realizar el filólogo, hay que apelar a la experiencia misma de quien se haya ejercitado en sus fatigas con propósito serio y laboriosa y diligente dedicación. Sólo entonces puede juzgarse la compleja tarea que supone el llevar a cabo una edición crítica.

Sobre esto me complazco en citar el fino y concienzudo juicio que el ya recordado Antonio Bernardini dio en 1914 de una edición crítica de Ovidio publicada por un filólogo alemán. Es un juicio que nace de la experiencia y resulta esclarecedor, porque Bernardini había estudiado los manuscritos ovidianos y la historia de la tradición de los códices de las *Metamorfosis* en las bibliotecas de Alemania y Suiza, y había publicado en varios escritos los frutos de sus investigaciones textuales. Así que tenemos en sus palabras el claro testimonio de que para hacer una edición crítica se han de poseer dotes superiores a las de la mera capacidad para la aplicación pacienzuda, como algunos se imaginan.

Había, pues, salido a la luz en 1914 una ejemplar edición de las *Metamorfosis* de Ovidio trabajada por Hugo Magnus (Berlín, ed. Weidmann). Bernardini, después de muchas observaciones sobre puntos concretos, se expresaba así: «Esta admirable edición puede ponerse como ejemplo de lo que ha sido la actividad crítica en la

Alemania del siglo XIX, que se ha ido formando mediante una continua y profunda preparación, en la que se han reunido, elaborado y fusionado todos los elementos que la conciencia histórica de los alemanes ha sabido juntar separándolos delicadamente del fenómeno literario, a la manera como la trama de un bordado puede llegar a separarse de los hilos de colores. Trabajo de elaboración y de fusión que ha producido, cual nuevo organismo tras larga gestación, la edición crítica, en donde, bajo la aparente impersonalidad técnica, actúa la conciencia siempre al tanto de la secular labor interpretativa. Hay, en esta obra de crítica, un sentido como de contenido orgullo, una como leve sombra de ironía que parece irle bien al carácter alemán, capaz de afanarse calladamente durante años y años para coger aquella flor de la interpretación que es la edición crítica, flor modesta y de escasa apariencia, cuyo lento abrirse, en la complicada y delicadísima operación de su crecimiento, se les esconde a la mayoría y sólo es percibido por esos pocos hombres que saben de las tareas filológicas. A lo largo de su labor de más de treinta años sobre el texto de las *Metamorfosis* de Ovidio, Hugo Magnus ha recogido y potenciado todo el trabajo que realizaron muchos otros, ha vuelto a rastrear con incansable anhelo los más imperceptibles vestigios dejados en el decurso de la historia por las rotas, broncas y a menudo inciertas voces de siglos remotos, a fin de dar certeza, seguridad externa a los materiales manuscritos; ha husmeado todas las esquinas del edificio que nuestra edad levantó a los antiguos, para poder moverse con certidumbre por el interior de los libros de aquéllos: de ahí su sólido juicio sobre las características de cada edición, fruto del conocimiento de todas las épocas de la filología moderna; de ahí su certera orientación entre las corrientes menos claras de la tradición; de ahí su consciente dominio de todos los resultados exegéticos, su diligente información sobre la búsqueda que ha llevado a cabo para dar con lo más íntimo de los procedimientos artísticos que pudiesen mejorar su edición. Tras el objetivo latín del *Praefatio* y de la tácita serie de las lecciones del aparato crítico está toda la *niedere und höhere Kritik*. ¿Queda algo por hacer en el terreno de las ediciones después de lo hecho por Magnus?».

Bernardini se hace esta pregunta para que conste que los problemas de la crítica textual son de suyo inagotables y que la perfección que acalle toda duda y acabe con las cuestiones nunca se obtiene ni siquiera en punto al cometido del editor. Y prosigue:

«Igual que de todas las obras que coronan una actividad seria e inteligente, surgen de ésta vivos nuevos impulsos y exigencias. La

actividad editora de los alemanes se ha hecho tal vez un poco demasiado rígida, sujetándose a cierto esquema mecánico en su trabajo y deteniéndose con excesivo regusto en la historia externa del códice (según las enseñanzas de Lachmann), o bien ha distinguido, mucho más o mucho menos de lo que convendría entre la labor de la *recensio* y la de la *interpretatio*. Vislúmbrase ya un resurgir de la labor reivindicadora de la poesía, base de la cual debe ser el juicio literario, ese juicio al que se mira con sospecha como a tarea trascendente y subjetiva. Tal juicio estriba en la mayor conciencia alcanzada y en el criterio por el que la historia del arte se ha de abrir a nosotros y ha de hacérsenos más comprensible que lo que resulta en las investigaciones de los negadores del juicio artístico... La razón de Bentley no era la razón poética; pero, una vez afirmado su predominio sobre los códices *(ad Hor. carm.* III, 27, 15: "Nobis et ratio et res ipsa centum codicibus potiores sunt"), se establecía definitivamente el gran principio de la contingente validez de los códices, así como el de lo que para Bentley se deduce de la coherencia racional». Principio éste que la crítica de hoy, en especial después de Lachmann, no acepta.

La coherencia racional a que se atenía Bentley debe completarse con la coherencia o razón poética que «comunica vida e ilustra los datos extrínsecos, por hallarlos en su movimiento, dentro de su propia órbita... La tradición manuscrita nos impone el deber de cribar todos los datos por los que nuestro conocimiento se hace histórico y deja de ser fantástico». El problema es éste: si los códices no lo son todo, sólo nos dan el texto privisional. Pero su valor, ¿es fijado por completo, es hecho definitivo, gracias a los datos extrínsecos, a aquella seguridad que Bentley atribuía a la *ratio*, o más bien en virtud de los derechos de la poesía, esto es, gracias al criterio de la coherencia artística y de las vinculaciones con el mundo del escritor? Bernardini se inclina en favor de los códices *(optimae notae)* que parezcan respetar la coherencia poética mejor que los demás *(deterioris notae)*. «También aquí el juicio histórico, que es luego el juicio crítico y estético, ilumina los datos externos y saca a su vez de ellos luz.» Para decidir cuál es la lección que debe preferirse hay que tener, por lo tanto, delicado sentido, equilibrio entre los datos externos y el concepto de poesía (o de prosa), gran ponderación, diligencia en el examen histórico, vasta cultura y mucha sensibilidad, de modo que nunca puede presumirse de haber llegado definitivamente a una seguridad o infalibilidad absoluta. El elemento subjetivo se introduce siempre subrepticia e inevitablemente. El filólogo debe ser modesto, lo mismo que, por su parte,

el filósofo. Su tarea consiste en estudiar con las mayores precauciones posibles la historia de la tradición manuscrita y en escoger los códices originales o las mejores copias. Cuando se tengan dudas al respecto, ¿habrá que anteponer —repetimos— la *ratio* de Bentley o la poética? El corrector, en definitiva, ofrece su texto, como dice Bignone, «con la palabra en la boca y dudando todavía».

Más allá o fuera de esto se extiende el terreno de las conjeturas (más o menos adivinatorias), que a unos pueden llevarles a decisiones caprichosas, a otros, en cambio, a esclarecedoras correcciones. Pero aun entre un enmendador y otro, es decir, en el ámbito mismo de las posibilidades positivas, hay diferencias. Como concluye Bernardini, «se trata de hacer que concuerden la *emendatio* y la *recensio* con la *interpretatio*». Pero, ¿cómo decirlo? El elemento subjetivo que ya se daba en la enmienda misma, será más fuerte aún en la interpretación.

La edición ovidiana hecha por Magnus fue elogiada también el año siguiente (1915) por Ramorino, quien al publicar una suya (ed. Barbera) reconocía lo insatisfactorio de la ya anticuada (1874) de Merkel, quien se había dejado llevar en exceso del *pruritus emendandi*. Luego, en 1929, en el Corpus Paravianum, se publicó una nueva edición de las *Metamorfosis* al cuidado de C. Giarratano, que supuso también un progreso.

Si cada una de las sucesivas ediciones de cada poeta se reseñase razonadamente, parangonándola con las anteriores, se constituiría una historia de los textos filológicamente cribados.

Los problemas de la filología son, sin duda, innumerables, y aquí no hemos podido hacer otra cosa que apuntar unos cuantos. Pero ciertamente, para nosotros, latinos, sería importante discutir la cuestión de la originalidad de la literatura romana, toda vez que los alemanes, que han sido los mayores filólogos clásicos y a quienes hemos venerado con frecuencia en exceso, aceptando demasiado fácilmente y sin discusión sus conclusiones, o a los que también hemos vituperado en demasía, llegaron casi a negar a los romanos, siguiendo en esto a Mommsen, toda aptitud para lo poético.

Carducci se indignó furibundamente contra el juicio de Mommsen. Otros alemanes después de éste creyeron demostrar la misma tesis, confrontando a lo largo y a lo ancho, por el derecho y por el revés, las dos literaturas antiguas, para rebajar siempre a los latinos, hasta que, por fin, también entre los alemanes aumentaron el equilibrio y la prudencia en dar a los poetas romanos lo que les correspondía. Los nombres de Leo, Heinze y otros más representan esta corriente revalorizadora de la literatura latina, acerca de la cual

el susodicho estudioso italiano muerto en la flor de la juventud había iniciado sus estudios para reivindicar su originalidad. Ya Giussani, Cocchia y Amatucci habían aducido motivos para tal revalorización. Siguiéronles en esto otros filólogos italianos, pero de manera más bien árida, inadecuada en sus demostraciones, poco dotada de sensibilidad poética y de cultura filosófica, de congruas exigencias intelectuales y morales.

En Francia y en Inglaterra se han escrito modernamente óptimos tratados sobre las literaturas griega y latina, así como excelentes monografías sobre los diversos autores, sin entrar en las cuestiones de la originalidad ni en las de los géneros literarios, ni tampoco en las de las fuentes, pero con viva percepción de la belleza y con penetrante sentido crítico.

Es de lamentar que hoy, pese a la facilidad de las comunicaciones y relaciones exteriores, falte un auténtico internacionalismo del saber en cuanto atañe a las materias literarias y filológicas, mientras que durante el Medievo, por ejemplo, la filosofía y el derecho tenían un carácter verdaderamente internacional. Internacionales eran entonces, en efecto, las dos grandes universidades de Bolonia y París. Hoy también los estudiosos de cada nación deberían comunicarse los resultados de sus investigaciones y demás trabajos, y cada país debería buscar y procurar adquirir con toda conciencia, asiduidad, diligencia y vigilancia, para sus centros de estudios superiores, los frutos logrados en otros países. Lo que sucede en realidad es, por desgracia, bien distinto: generalmente cada especialista, cada erudito, cada investigador se encoge en la concha de su cultura ambiental, local, provincial, como si sólo dispusiera de tiempo para mirar por los intereses de casa. No se siente la necesidad de estar al día, del genuino intercambio cultural que inspira y fortalece, de la ósmosis de mentalidades y conocimientos con los estudiosos extranjeros. Parece que cada uno se contente con disfrutar del corto renombre, de la autoridad que dentro de su propio, limitado ambiente, le permite imponerse a un discreto y reducido círculo de personas, sobre las cuales se enorgullece de hacer sentir su prestigio.

Entre otras cosas, el fallo está en que se lee poco; es decir, se conoce poco, por lo tanto, el pensamiento ajeno. Profesor universitario ha habido que se ha quejado de que ni siquiera sus mismos colegas le leían. ¡Imaginémonos si se ocuparán de sus opiniones otros a los que aún les importarán menos! Por otra parte, estudios

de gran aliento escasean enormemente entre nosotros [1]. Obras como las de Jaeger y las de Marrou, que, filológicas en cuanto al método, tengan hondura de pensamiento y poderoso empuje intelectual, no son apenas concebibles como frutos de nuestros filólogos clásicos. La filosofía y la historia se ven por nuestras latitudes demasiado aparte de los intereses y aptitudes del filólogo. Y sin un verdadero interés y una activa participación de la ideología tampoco pueden plantearse en filología ni en historia problemas básicos. De ahí que entre nosotros sean poco familiares un Dawson, un Koschaker, un Pirenne, un Toynbee. La filosofía y la historia, en vez de como fuerzas que cooperen desde dentro a la investigación, implícitas a ella, son consideradas como inoportunas manías o como cualidades profesionales exclusivas de algunos. Y así, se aceptan pasivamente los juicios ya hechos por los filósofos y por los historiadores, sin comprobarlos, combatirlos, limitarlos, discutirlos o tomar conciencia de su alcance y matizaciones. O también —y esto es lo más frecuente— ni se los tiene siquiera en cuenta: se desprecia su existencia misma. Es una omisión voluntaria, que se aproxima al «me importa un bledo» propio del que se da por satisfecho con «saber lo suyo», y de lo de los demás ni se preocupa. A tal cerrazón de miras corresponde la falta del sentido de internacionalidad, por lo que no nos ofende que los extranjeros nos ignoren o menosprecien, o que no valoren como es debido nuestras aportaciones, llamando, por ejemplo, como lo hace Ernout, «lo mejor» de la producción de uno de nuestros filólogos a uno de sus trabajos que puede considerarse más bien como labor mediocre.

A tal modestia de horizontes responden las costumbres de las camarillas universitarias, denunciadas por Luigi Sturzo y por Gaetano de Sanctis. Esas camarillas hacen descender el tono de los estudios, porque ya no se atiende a su valor objetivo, ni por él se mide a las personas, hasta el punto de que quien no sea discípulo de una autoridad académica bien situada no puede pensar en ascensos.

Ni, por otro lado, sienten los filólogos de más calidad la urgencia de una oportuna discusión sobre el latín, siendo así que la realidad científica, las exigencias sociales y la ruinosa decadencia de los Liceos están pidiendo a gritos una reforma, un juicio sereno basado en los motivos y limitaciones de la utilidad del latín, una lógica y consciente explicación de su proclamada inutilidad ya sea en la escuela ya en la formación de la mente. Los filólogos no advierten la necesidad de

[1] O sea, en Italia. Pero lo mismo, y más todavía, puede decirse de España. *(N. del T.)*

poner en tela de juicio y renovar los métodos de los estudios clásicos. Deberían los latinistas y los grecistas ponerse de acuerdo con los pedagogos y los filósofos para averiguar las causas del innegable fenómeno de la decadencia cultural que se está dando entre nuestros jóvenes liceístas, de la decadencia del Liceo, o sea, de la base de todas las facultades de la cultura universitaria, del semillero de la auténtica intelectualidad y levadura de los frutos profesionales y dirigentes del cuerpo social. Por el contrario, quienes han demostrado más preocupación y agudeza a este respecto han sido algunos periodistas, nostálgicos de lo que para ellos fue el latín y sabedores de las actuales condiciones de su enseñanza, perspicaces en señalar el punto culmen de la crisis y de la hipocresía. El latinista se queda muy tranquilo en la torre de marfil de su especialización de solitario, persuadido íntimamente de que la tradición clásica nunca podrá ser desarraigada ni el latín abolido.

Lo que confunden muchos, no sé si por interesada ficción o por falta de discernimiento, es la virtud (potencial) inherente al latín por su misma estructura, o virtud benéfica (para quien debidamente preparado lo acoja con simpatía), y su atormentante inutilidad cuando se impone a mentes refractarias y se enseña mal por «profesores» impreparados y rutinarios. ¡Podríamos acordarnos, entonces al menos, de que nuestros jóvenes gustan de leer a los grandes prosistas y poetas italianos, en los que late el pulso y hierve viva la herencia de la educación clásica y refulge vigoroso el pensamiento, de modo que lo clásico se transmitiese siquiera indirectamente a los espíritus de nuestros jóvenes! Pero, ¿para qué hablar de Dante y de Mazzini, si ni siquiera se leen enteros *Los novios* de Manzzoni, obra que en el Liceo la hacen odiosa y aburrida? Y, por otra parte, ni el profesor de latín y griego, ni tampoco las autoridades escolares responsables se preguntan si las lenguas y literaturas extranjeras no podrían sustituir con ventaja, para la formación cultural y moral y para suscitar mayor interés en los jóvenes, a las lenguas y literaturas clásicas; no se preguntan si Racine vale tanto como Cicerón, si Shakespeare le iguala o no a Séneca, si Goethe es equiparable a Virgilio en cualidades morales y poéticas.

De ahí que la enseñanza no vaya bien, porque el *latinorum* impuesto redunda simplemente en una discriminación basada en la resistencia de las clases sociales que pueden permitirse gastos extraordinarios en lecciones particulares; es decir, en esas inyecciones epidérmicas que se originan de convencionalismos expresos o tácitos y que nada aportan a la formación mental. Quien puede permitirse tales gastos extraordinarios se camufla con un barniz de estudios

clásicos y entra en la Universidad, donde se doctoran por igual *oves et boves:* a la caza del empleo de alto rumbo. Aquí está la secreta razón de que vaya perdurando el latín en una clase social que defiende sus privilegios, y la hipocresía de la sociedad que permite un inútil estudio de ocho años. ¡Gran cosa será si, de cada veinte alumnos, en los exámenes de madurez, hay uno que entienda de veras un pasaje de Tito Livio o de Séneca!

Vívese así en el equívoco, y se olvida que lo esencial de la enseñanza secundaria consiste en la fuerza y el gusto de la lección viva, por la que quien enseña debe ser juzgado y recompensado individualmente, según sus méritos, lo mismo que a los estudiantes se les juzga y promueve individualmente. El Ministerio, la Inspección y los directores no distinguen ya entre quien siembra en una hora o en una semana media idea y quien siembra cien ideas, entre quien hace amar la enseñanza y quien hace odiarla. Ni las familias se preocupan ya por la formación y la educación de los hijos ni por informarse de la labor auténtica de los profesores, pues sólo miran que sus hijos consigan el título.

La filología, de la que en este libro nos hemos ocupado, no es por cierto extraña a los Liceos, pues en su significado sustancial y concreto, que es el de la lectura y la percepción de los grandes espíritus que expresaron lo verdadero, lo santo, lo bello y justo, la filología cobra vida, palpita y se hace real en la enseñanza secundaria. Se realiza, sí, y adquiere vida en la elocuencia docente, en la potencia e inteligencia de quien, leyendo e interpretando, trasfunde con sus palabras en los ánimos de los alumnos el verbo creador, y con ello les forma en verdad, haciéndoles amar a los grandes escritores y buscar sus textos, aun después de terminados los estudios, buscando la presencia, el trato vivo de amigos a los que debemos perenne agradecimiento por sus incomparables beneficios.

Apéndice

Nota sobre la filología clásica en España

La Edad Media es una etapa que no aportó nada en materia filológica, propiamente hablando. Su gran mérito consiste en la conservación de los textos antiguos. El antiguo Imperio romano, presenta, a partir de Clodoveo y Teodorico, una configuración cada vez más estable. Se van fijando con rapidez vertiginosa nuevas fronteras en los Estados nacientes, y el siglo VI constituye ya una primera etapa decisiva de este proceso. Los reinados de Recaredo y sucesores dan al Estado hispanogótico un esplendor y estabilidad que no poseía ningún otro Estado mediterráneo; se dan en él las mejores circunstancias para un desarrollo cultural.

La revisión de la cultura clásica enmarcada en una concepción católica se inicia en España, y desde ella irradiaría a toda Europa. La dirección de un movimiento cultural de tan extraordinaria proyección corresponde a san Isidoro de Sevilla. Su obra, de una increíble variedad y orden, es un amplio panorama del saber de entonces basado en las fuentes próximas y en los escritores griegos y latinos. La cultura de san Isidoro impresiona tanto en su tiempo como en la actualidad y más aún si tenemos en cuenta las dificultades que había que superar para conseguir códices.

San Isidoro considera como su tarea esencial organizar la «escuela», garantizar la existencia de los «scriptoria» y de los copistas; redactar una obra que permitiese al estudioso tomar contacto en cualquier momento con la tradición antigua. Pero reunir y ordenar el saber antiguo exigía la dedicación de toda una vida, y en beneficio de ello, san Isidoro renuncia a la exposición de su pensamiento propio.

El arzobispo hispalense es el tipo de sabio universal, pero su posición es crítica; vive en una época de transición. San Braulio dice de él que vivía y respiraba toda la ciencia de la Antigüedad y que los siglos más doctos de ella le hubieran reclamado por suyo, poniendo su nombre al lado del de Varrón, el más docto de los romanos: «Isidorus noster Plinius, Isidorus noster Varro». (Men. Pelayo, *Escritos de crítica literaria*, Madrid 1884; pp. 137-140). Montero Díaz, en su introducción a las *Etimologías*, al referirse a la significación de san Isidoro para la cultura occidental, dice: «Pertenece a la estirpe de los Varrón y los Plinio, pero no corresponde ya a la Antigüedad; pertenece a la estirpe de los Alcuino o los Beauvais, pero no puede hablarse aún de pleno Medievo». Hasta el siglo XVI la cultura ha pasado a través de generaciones en cuyo centro existe un grupo de sabios de universal vocación. Este tipo de saber enciclopédico venía produciéndose en el Occidente, desde los días del helenismo. Varrón es su expresión romana, Rábano Mauro o Gerberto su expresión medieval; san Isidoro el nexo entre ambos.

La influencia de san Isidoro llena muchos siglos de la ciencia española y es la autoridad decisiva, sobre todo en la alta Edad Media. Pero la irrupción de la obra de san Isidoro en Europa, acontece en época de Carlomagno. Sigue notándose su presencia hasta el siglo XII, en el que, si bien continúa siendo un maestro de máxima importancia, no es la suprema autoridad. Después de san Isidoro no vamos a encontrar nombres importantes para el estudio de la filología hasta que en el siglo XVI surge de nuevo el interés por lo clásico, cuando se presiente ya el Renacimiento.

El movimiento humanista pasó desde Italia a las principales naciones europeas. Con él, el Renacimiento, con su nueva concepción de la vida más libre, va penetrando en España, Francia, Países Bajos, Inglaterra,.. donde surgen generaciones de humanistas interesados por el cultivo de los clásicos. A Francia entra por contacto directo, tras las guerras de Carlos VIII. También el contacto directo entre el reino de Aragón y el país napolitano favorece la aparición de las nuevas corrientes. Por eso no es de extrañar que los primeros prehumanistas sean figuras del reino de Aragón. La primera manifestación de prosa humanística en España, vamos a encontrarla en *Lo Somni*, de Bernat Metge. A través de su obra podemos observar el conocimiento profundo que este humanista tenía de los clásicos: Cicerón, Ovidio, Virgilio, Valerio Máximo y otros dejan su huella en *El sueño*. Si la trama del primer libro procede en gran parte de Cicerón, al narrar la vida de Orfeo se inspira con bastante libertad en las *Metamórfosis* de Ovidio. Hay en su obra un inconfundible

sabor clásico y un estilo de prosa que suele llamarse ciceroniana. Muchos de sus latinismos léxicos sorprenden por su actualidad; algunos de ellos no se han incorporado al catalán hasta época muy reciente, y elevan con su dignidad clásica los valores de la prosa de Bernat Metge.

Junto a la figura de Bernat Metge, hemos de colocar la de Antoni Canals. Su obra de mayor alcance es la traducción de los *Dictorum factorumque memorabilium* del historiador latino Valerio Máximo. La versión de Canals es fácil y clara, pero, a veces, por insuficiente conocimiento de la lengua clásica comete errores. La frase es elegante y con cierto regusto clásico. Lo que resulta interesante, ya que nos muestra todo el ambiente de una época, es lo que dice este humanista al hablar de los motivos que le impulsaron a emprender estas traducciones; según él había hombres en su tiempo «que rechazan la autoridad de los profetas y de las escrituras sagradas y que, sin embargo, admiten la de los clásicos». Intención parecida es la que le lleva a traducir *De providentia*, de Séneca. Y en su libro *Scipio e Anibal*, es clara la influencia de Tito Livio.

En general las traducciones catalanas de autores clásicos comienzan a ser muy numerosas en la segunda mitad del siglo XIV y va creciendo su número; durante el siglo XV constituyen un fenómeno importante ya que por una parte significan el esfuerzo de hacer llegar a todo el mundo libros considerados fundamentales. Por otra parte, estos traductores intentan incorporar a su lengua, léxico y construcciones latinas, esfuerzo extraordinario por enriquecerla. Destaca entre otros Ferran Valentí, que traduce las *Paradojas* de Cicerón.

Pronto se percibe un cambio de rumbos literarios en Castilla. A finales del siglo XIV mizer Francisco Imperial, introduce el gusto por la poesía dantesca con su *Dezir de las siete virtudes*. Se establecen lazos con Italia. En este mismo año Carrillo de Albornoz funda en Bolonia el Colegio de San Clemente de los españoles; a él acuden los escritores deseosos de aumentar su cultura humanística en los círculos de los renacentistas italianos. Aquí se formó, entre otros, Nebrija.

Como interesante figura de transición está Enrique de Villena. Se interesó vivamente por el mundo antiguo, y de este interés nació su obra alegórica *Los trabajos de Hércules*. También tradujo a su manera a Virgilio. Más importante es la labor del marqués de Santillana. Por iniciativa suya se traducen la *Eneida* de Virgilio, las *Metamórfosis* de Ovidio y las tragedias de Séneca. De entre las obras suyas que manifiestan de forma más patente la influencia clásica son *El Sueño* y *El Infierno de los enamorados*. En *El Diálogo de Bias contra Fortuna*, es claro el influjo de Séneca. También en el libro

de los *Proverbios* hay una buena porción de trozos de Platón, Aristóteles, Ovidio y Terencio. Por su parte, Juan de Mena hace presentir al futuro humanista del Renacimiento. Por primera vez en la historia literaria española, se concibe la empresa de la traducción de Homero. Su obra poética está salpicada de alusiones y referencias a los autores antiguos (Virgilio, Ovidio y Lucano). Este interés por las traducciones de autores clásicos, rasgo típico de pleno Renacimiento, se extiende también a Alonso de Cartagena que traduce varios libros de Séneca, Cicerón y Quinto Curcio.

Con los Reyes Católicos empieza una época de creciente auge para el humanismo español. Un traductor de Salustio, Francisco Vidal de Noya, había sido el maestro del rey Fernando en su juventud; doña Isabel no conoce el latín hasta la edad madura, pero entonces llegó a dominarlo bajo la dirección de Beatriz Galindo, llamada La Latina. Y al ejemplo de los reyes, la nobleza española se gloriaba de proteger a los humanistas, poetas y artistas. Se crea la universidad de Alcalá a finales del siglo xv y allí se emprende por iniciativa de Cisneros una tarea de excepcional importancia, la Políglota Complutense, obra representativa del humanismo español. De los códices griegos se ocupan el cretense Demetrio Lucas, Juan de Vergara, Hernán Núñez, Diego López de Zúñiga y en parte Nebrija, que trabajó principalmente en el texto de la Vulgata latina.

Humanista muy superior a todos los de su tiempo fue Antonio de Nebrija. Es becario en el colegio de San Clemente de Bolonia y, de vuelta a España, puede dedicarse a escribir gracias a la munificencia del maestre de Alcántara, don Juan de Zúñiga. Muerto éste vuelve a su cátedra de Gramática, dejando por entonces sus trabajos de la Políglota Complutense. Su obra más típica es la gramática que con el nombre de *Introductiones latinae* publica en Salamanca en 1481. Más tarde pone en castellano las *Introductiones latinae* por deseo de la reina, «porque las mujeres religiosas y virtuosas, dedicadas a Dios, pudiesen conocer algo de la lengua latina». Completa su labor con los dos diccionarios, el Latino-español y el Hispanolatino que llegaron a tener más de 30.000 palabras el primero y 20.000 el segundo, y que revelan un profundo conocimiento de ambas lenguas. Sus conocimientos filológicos se revelan también en las llamadas *Repeticiones o selecciones*, conferencias o disertaciones públicas que, al finalizar el curso, pronunciaba un profesor delante de toda la Universidad. Merece destacarse la *Relectio de vi ac potestate litterarum* porque en ella, antes que Erasmo y Aldo Manucio, defendió,

contra los bizantinos, la pronunciación del griego que más tarde se conocería con el nombre de erasmiana. En 1509 publica *De liberis educandis*, selección de normas y consejos para la educación de los niños, sacada de Aristóteles, Quintiliano, Plutarco y Jenofonte.

Fernán Pérez de Guzmán, otra gran figura del siglo XV español es un moralista que ha bebido en las fuentes de Boecio y Séneca; manda a su sobrino, Vasco de Guzmán, traducir a Salustio, y por iniciativa suya se vierten al castellano otros muchos autores.

Luis Vives es el pedagogo más importante del siglo XVI. Considera como fundamental en la enseñanza el conocimiento del latín clásico. Defiende también la necesidad del griego para comprender mejor el latín. Hace un comentario alegórico a las *Bucólicas* de Virgilio.

Notable jurisconsulto y filólogo fue Antonio Agustín. Es el primer editor de los fragmentos de Festo y del *Epítome* de Paulo. Entre sus numerosas obras tiene particular interés para la Filología su tratado *De legibus et senatus consultis*. Fue Jerónimo Zurita notable estilista latino. Son muy conocidas sus notas a César, Claudiano y Terencio. Alonso de Palencia publicó un *Universal vocabulario en latín y en romance*. Arias Barbosa, portugués amigo de Nebrija, hace por la restauración del griego en España lo que Nebrija por el latín.

Francisco Sánchez de las Brozas (el Brocense) edita y comenta las *Bucólicas* de Virgilio y el *Ibis* de Ovidio, pero la edición más importante que hace de autores clásicos es la de Pomponio Mela. Sobre el modelo humanístico de los escolios y anotaciones con que los eruditos renacentistas plagaban los textos de los autores clásicos de la Antigüedad grecolatina, el Brocense publica las obras de Garcilaso. Esta obra es recibida con gran incomprensión en su época, ya que ven en todas las notas y comentarios del Brocense un espíritu puntilloso, y no un afán de enaltecer al poeta. Escribe una *Verae brevesque grammaticae latinae institutiones* y también publicó en verso un *Arte para saber latín*.

Fray Luis de León traduce a Virgilio y a Horacio. Menéndez Pelayo, que además hizo un estudio comparativo de cada traducción con su texto original, se muestra entusiasta de este humanista. Por otra parte fray Luis nunca trató de hacer una traducción fiel y exacta; sin embargo se muestra como el más horaciano de todos los traductores, no sólo de su tiempo sino de todos los que le han seguido.

Quevedo conoció el latín y el griego. Traduce e imita a muchos clásicos griegos y latinos: Esquilo, Anacreonte, Focílides, Virgilio, Horacio, Séneca, Stacio y Marcial, y en su filosofía muestra muchas conexiones con los estoicos.

Durante el siglo XVIII progresa en cierto modo la historia literaria. Entre otros el padre Juan Andrés sabe adivinar el valor efectivo de la poesía griega aunque la pospone a Virgilio. Por su parte el padre Xavier Llampellas se interesa de forma especial por los españoles que sobresalieron en la literatura latina. Estudia de esta forma a Séneca, Lucano, Quintiliano y Marcial. No pueden silenciarse nombres como Mayans y Hervás que anticipan algunas de las ideas lingüísticas del siglo siguiente. Tampoco figuras como Ranz Romanillos y, ya en el siglo XIX, Azcárate, Bardón y Bergnes de la Casa.

Rico en todo, en el siglo XIX vamos a encontrar una personalidad extraordinaria, en lo que al conocimiento del mundo antiguo se refiere. Pero antes de fijarnos en esta excepcional figura, trazaremos someramente el panorama que ofrecía su época. Si los primeros veinte años carecen de importancia para los estudios clásicos, hacia el 1850 empieza a notarse una mejoría en la difícil situación en que se encuentra el humanismo español. En Granada enseñan profesores excelentes que acaban por trasladarse a Madrid: Raimundo González Andrés que publica un manual de *Historia de la Literatura Griega*, y Antonio González Garbín del que Unamuno hizo un cálido elogio en *Contra esto y aquello*. Discípulo suyo fue Ganivet. En este ambiente va a moverse la figura de don Marcelino, verdadero humanista no sólo en cuanto perfecto conocedor del griego y del latín y estudioso de lo clásico sino también por esa curiosidad que le lleva a una investigación del mundo de la cultura antigua.

El mundo clásico fue para Menéndez Pelayo, un constante incentivo. Su primer contacto con el latín lo debe a su profesor Francisco María Ganuza. A los 15 años, cuando llega, ya bachiller, a Barcelona, demuestra dominar los clásicos latinos. Es discípulo predilecto de Milá y Fontanals y, bajo su dirección, profundiza en Virgilio y Horacio. Alrededor de 1874 se escalonan sus traducciones de Horacio, Ovidio, Tibulo y Petronio, Prudencio, Catulo, Lucrecio, Salustio, Cicerón y Séneca.

Aunque en sus comienzos no encuentra Menéndez Pelayo tan buenos profesores de griego como de latín, en seguida supera esta primera etapa y en los mismos años de su juventud a que corresponden las traducciones latinas, vierte al castellano, las odas de Safo, un epigrama de Luciano, dos idilios de Teócrito, uno de Bión, otro de Mosco, una oda pindárica, cinco anacreónticas y dos tragedias de Esquilo.

Nos encontramos ya, pues, al Menéndez Pelayo infatigable lector de lo clásico. Aunque su vocación profesional le llevó a compar-

tir sus trabajos con otras materias, su aportación es enorme. Publica la *Bibliografía hispano-latina clásica* y la *Biblioteca de Traductores españoles*. En *Horacio en España* analiza exhaustivamente la influencia de los diferentes autores griegos y latinos en nuestros literatos de todos los siglos. En su *Historia de las ideas estéticas* dedica unas páginas maravillosas a Platón y, frente a lo normal en su época, interpreta rectamente el *ethos* platónico.

Destaca por esta época, como traductor de Teócrito y Pindaro, Ignacio Montes de Oca; pero se trata de traducciones en las que se sacrifica la literalidad a la forma.

Durante el siglo xx es cuando España se incorpora de una manera definitiva y decidida a la moderna filología clásica. La obra de Menéndez Pelayo, con ser imponente y valiosa, no estaba en definitiva a la altura de los movimientos filológicos que en su tiempo dominaban en Europa. Un cierto escepticismo es la nota dominante en su producción relativa al mundo clásico. Por otra parte, la aportación de Unamuno a los estudios clásicos se reducen prácticamente a su labor docente en Salamanca y alguna obra literaria inspirada en el mundo antiguo (*Fedra*, por ejemplo). En Cataluña, Juan Maragall se inspira en los griegos y vierte los *Himnos Homéricos*.

La aurora de los nuevos tiempos, el comienzo de las nuevas actitudes hacia el mundo antiguo pueden fecharse claramente: en 1926 se inicia la publicación de la Fundació Bernat Metge que acogió en su seno a los principales humanistas catalanes bajo el patronazgo de Cambó y la dirección de Juan Estelrich. Algunos años antes se había destacado ya en la misma Cataluña la labor de Banqué, Segalá y Balcells. La Fundació Bernat Metge se propuso, pues, una de las primeras metas necesarias para difundir el interés por el mundo antiguo: la existencia de una amplia colección de textos bilingües. Después se funda en Madrid la revista *Emérita*, destinada al estudio e investigación de la lingüística y filología clásicas. Se distinguen en este momento figuras como José Vallejo, Mariano Bassols, Pascual Galindo, José Manuel Pabón, que constituyen la generación que introduce en España las nuevas metodologías dominantes ya en Europa.

A partir de 1939 se produce un espectacular desarrollo en los estudios de filología clásica española, al que no es ajeno la implantación del griego en la Enseñanza Media. La figura de Antonio Tovar debe ser aquí citada como maestro indiscutible de la joven generación de filólogos clásicos hispanos. Tovar ha cultivado los más diversos campos de la ciencia de la Antigüedad: como lingüista le debe-

mos la publicación de un *Manual de lingüística indoeuropea;* su *Sintaxis latina* es un modelo de concisión y claridad. Importantes son asimismo sus ediciones de las *Eglogas* de Virgilio y las elegías de Propercio. Como helenista, Tovar es autor de una importante *Vida de Sócrates* que ha merecido ser traducida al francés. Mención especial merecen sus ediciones y traducciones de Aristóteles, Platón y Eurípides.

La escuela de Salamanca, inteligentemente dirigida por Tovar, está dando en la actualidad figuras de categoría internacional: Martín Ruipérez se ha destacado como notable lingüista, métrico y micenólogo. Merece mención especial su libro *El Sistema de Aspectos y tiempos del verbo griego antiguo.* Díaz y Díaz ha trabajado en el estudio del latín tardío; Agustín García Calvo se ha dado a conocer por sus estudios sobre sintaxis y métrica. Lisardo Rubio, discípulo de Tovar, es hoy catedrático de Barcelona. Ha editado a Terencio y san Panciano; es autor de una colección de textos de latín arcaico y de una *Sintaxis estructural del Latín* (Barcelona 1966).

Paralelamente a Salamanca va surgiendo en Madrid una escuela que incorpora a la filología clásica española los métodos modernos de investigación. Hemos hablado ya de José Alemany, J. M. Pabón y Vallejo. A partir de 1940 surge una nueva generación de filólogos que muy pronto darían rango internacional a nuestros estudios: Manuel Fernández-Galiano, papirólogo, editor, crítico, es, hoy por hoy, una de las más sólidas realidades de nuestra filología. Debe citarse sus ediciones y traducciones de Lisias, de Platón, de Demóstenes y Heródoto. Su libro sobre Safo representa una buena puesta al día de los problemas más candentes en torno a la poetisa. Y, sobre todo, sus contribuciones al estudio de la papirología son un fruto maduro de su larga dedicación al mundo maravilloso de los autores clásicos. Junto a él, Francisco R. Adrados, colega suyo en la cátedra de Madrid, está realizando una ingente labor en todos los campos: como lingüista, es autor de sendos monumentales estudios sobre laringales, el verbo indoeuropeo, y los dialectos griegos; como crítico, acaba de publicar un libro de amplios horizontes sobre *Ilustración y política en la Grecia Clásica.* Su labor de traductor ha cristalizado en versiones de Tucídides, los elegiacos y yambógrafos arcaicos, y Esquilo. José S. Lasso de la Vega ha publicado una infinidad de estudios sobre la lengua, el pensamiento y la literatura helénicos. Cabe citar su *Oración nominal en Homero;* su *Sintaxis Griega,* acaba de ver la luz. Su *Héroe griego y Santo cristiano* ha merecido ser vertido al italiano. Luis Gil es autor de versiones de Platón, así como de libros de

alto interés como un *Censura en el mundo antiguo, Nombres de insectos en griego antiguo* y un sugestivo libro sobre la inspiración según los escritores antiguos. Notables son las figuras de los jóvenes filólogos J. de Hoz y J. Lens. De entre los latinistas de la escuela de Madrid, mencionaremos a Hernández-Vista, Juan Gil, Bariente y Ruiz de Elvira, que cubren con sus producciones los más diversos campos del mundo clásico.

La escuela de Barcelona se ha constituido a partir de dos tendencias básicas: por un lado los humanistas, colaboradores de la Fundació Bernat Metge, de entre los que destacaremos a Carlos Riba, José Vergés, Eduardo Valentí, Juan Petit. Junto a ellos, la labor de los «universitarios» que en no pocas ocasiones han colaborado también en esta colección de clásicos: en primer lugar, Mariano Bassols, del que hemos hablado ya. Su labor se ha orientado primordialmente hacia la gramática *(Fonética histórica latina, Sintaxis histórica Latina)*, así como a la edición comentada de autores clásicos (Suetonio, Tácito). Bassols es el director de la Colección de las Universidades españolas, gemela de la «Bernat Metge», si bien aquélla lleva muchos más años de existencia.

De la escuela del profesor Bassols han salido filólogos como S. Mariné, gramático que ha trabajado especialmente en los métodos estructuralistas; M. Dolç, notable humanista y filólogo, que ha estudiado autores como Marcial, Tácito, Catulo, Persio y Quintiliano. J. Bastardas trabaja en el campo del latín tardío y medieval.

El helenismo ha tenido en Barcelona una vida un tanto fluctuante. Lo mejor de los estudios helénicos estuvo preparado por la obra de Segalá y Carles Riba, notable traductor de la *Odisea*, de Esquilo y de Sófocles. Hoy contamos con nombres como S. Cirac, catedrático de griego de la Universidad y que ha trabajado en el campo de la gramática con algunas calas en el mundo bizantino. José Alsina, editor de Teócrito y de Eurípides en la «Bernat Metge», de Luciano en la colección «Alma Mater» y que ha trabajado especialmente sobre la religión, la mitología y el pensamiento griegos, así como en la literatura moderna griega. C. Miralles, editor de Jenofonte de Efeso en la «Bernat Metge»; Pedro Pericay, Jaime Berenguer, M. Balasch, Nuria Albafull, Francisco Cuartero, Montserrat Jufresa, Teresa Sempere, José Vives, Andrés Espinosa, J. Pérez Iriarte, Juan J. Torres y Juan Vaqué, complementan la pléyade de helenistas que hoy trabajan con entusiasmo en la ciudad condal.

El renacimiento de los estudios clásicos a que nos hemos referido más arriba ha cristalizado en varios hechos importantes. Por

un lado, la creación de la Sociedad española de Estudios Clásicos que ha organizado con notable éxito tres congresos nacionales. Junto a *Emerita,* se publican hoy las revistas *Estudios Clásicos, Convivium, Helmántica.* La colección de los «Clásicos Emerita» y «Clásicos políticos» ha engrosado el número de buenas ediciones de que disponemos, aunque en este campo mucho queda aún por hacer.

Además de las tres escuelas ya mencionadas, contamos con un buen número de helenistas y latinistas independientes: Antonio Fontán, en Pamplona; Julio Campos y José Jiménez en Salamanca. Empezamos a tener notables historiadores del mundo antiguo, como Juan Maluquer, Alberto Balil, Blázquez, García y Bellido, Terradell. Y Pedro Laín Entralgo publica valiosos estudios sobre la historia de la ciencia antigua.

Nos hallamos en resumen, ante un gran momento en el campo de los estudios clásicos. Un momento como acaso no habíamos conocido nunca. ¡Quiera Dios que este renacimiento cultural y filológico no se vea truncado, víctima de mezquinos cortes y mutilaciones en la Enseñanza!

JOSÉ ALSINA
Catedrático de Filología Griega
de la Universidad de Barcelona

Indice de nombres

A

ACAYO, 52
ACCIO, 68
ADRADOS, Francisco R., 248
AGAPITO, 78
AGRÍCOLA, Rodolfo, 120, 156
AGUSTÍN, san, 66, 67, 71, 75, 77, 78, 116, 122, 222, 223, 245
AGUSTÍN, Antonio, 6
ALBAGULL, Nuria, 249
ALBERTI, León Bautista, 86, 96, 99
ALCEO, 52, 55
ALCMÁN, 52
ALCUINO, 77, 80, 81, 242
ALEJANDRO MAGNO, 17
ALEMANY, José, 248
ALEXIO, 52
ALSINA, José, 6, 249
AMATUCCI, 36, 37, 237
AMBROSIO, san, 77, 115
AMIANO MARCELINO, 88
ANACREONTE, 52, 53, 55, 245
ANASTASIO, san, 72
ANDÓCIDES, 52
ANTÍFANES, 52
ANTIFÓN, 52
APIO CLAUDIO EL CIEGO, 68
APOLONIO DE PÉRGAMO, 50, 64
APOLONIO DE RODAS, 49, 53, 70
APOLODORO DE ATENAS, 53
APULEYO, 78, 121, 123
ARATO, 49
ARETINO, Leonardo, 89, 90, 108
ARGIOROPOULOS, 88, 120
ARISTARCO, 53, 55-57, 61, 62, 68, 91, 217
ARISTARCO DE SAMOS, 50
ARISTÓFANES, 13, 15, 18, 25, 40, 52, 56, 61, 115, 118, 190, 191, 200, 214, 217, 227
ARISTÓFANES DE BIZANCIO, 53, 55, 57, 59
ARISTÓTELES, 13, 33, 48, 49, 52, 58, 59, 62, 63, 72, 77, 79, 90, 91, 94-97, 113, 120, 121, 193, 201, 203, 209, 210, 217, 218, 223, 228, 244, 245, 248
ARISTOXENO, 48
ARNOBIO, 71
ARQUÍLOCO, 52
ARQUÍMEDES, 50, 59
ARQUITAS DE TARENTO, 50
ARRIO, 72
ASCHAM, Roger, 122
ASCLEPÍADES, 49
ASCLEPÍADES DE MIRLEA, 62
AST, Federico, 155, 165, 166, 168
ATANASIO, 72
ATEIO PRETEXTATO, 68
ÁTICO, 63
ÁTREO, 195
AUBIGNAC, D', 174
AUGUSTO, 56, 64, 66, 68, 206
AULO GELIO, 66, 69, 206
AUSONIO, 116
AZCÁRATE, 246

B

BACCHINI, padre, 128
BACON, 135
BACON, Rogerio, 83
BALASCH, 249
BALCELLS, 247
BALIL, Alberto, 250
BANQUÉ, 247
BAQUÍLIDES, 52
BÁRBARO, Hermolao, 90, 92, 103, 120, 195
BARBOSA, Arias, 245
BARDÓN, 246
BARIENTE, 249
BARIGAZZI, A., 229
BASILIO, san, 72, 73
BASSOLS, Mariano, 247, 249
BASTARDAS, J., 249
BAUDELAIRE, 224
BAYLE, 146
BLÁZQUEZ, 250
BEAUVAIS, 242
BEDA, 74, 80
BEETHOVEN, 164
BENDA, Julien, 225
BENITO, san, 78, 79
BENTLEY, 18, 33, 95, 119, 129, 130-134, 144, 156, 169, 186, 187, 192, 201, 227, 235, 236
BERENGUER, Jaime, 249
BERGNES DE LA CASA, 246
BERNARDINI, Antonio, 232-235
BERNARDINO DE SIENA, 99
BERNAYS, Jacobo, 194
BERNHARDY, Godofredo, 180, 181
BESARIÓN, 88
BETTI, E., 8
BIGNONE, 236
BION, 191, 246
BIRT, 206
BLASS, Federico, 203
BLONDEL, 19
BOCCACCIO, 87, 88
BOECIO, 194, 245
BOECKH, 13, 18, 25, 33, 178-180, 182, 183, 190, 193, 197, 202
BOIARDO, 86
BOILEAU, 116
BOISSIER, Gaston, 205
BOISSORADES, F., 191
BONIFACIO, san, 80
BOPP, Franz, 59, 191, 196, 197, 199
BORGHESI, Bartolomeo, 203
BOSSUET, 114
BRACCIOLINI, Poggio, 30, 88
BRANDIS, 202
BRAULIO, san, 242
BRUNETIERE, 223
BRUNI, Leonardo, 90, 98, 231
BRUNO, Giordano, 99
BRUNSWINK, 135
BUCHANAN, Jorge, 122
BUDÉ, Guillaume, 101, 107, 112, 113
BURCKHARDT, 85
BURMAN, Pedro, 119, 128, 129
BURSIA, Carlos, 194

C

CALÍMACO, 49, 52, 53, 55, 132, 216
CALINO, 52
CAMBÓ, 247
CAMERARIO, Jacobo, 120
CAMPANELLA, 67, 99, 100, 105-107, 109, 114, 121
CAMPOS, Julio, 250
CANALS, Antoni, 243
CANGE, Charles du, 114
CAPELLA, Marciano, 32
CAPODISTRIA, Paolo Vergelio de, 90
CARBONE, Ludovico, 89, 90
CARDUCCI, 21, 30, 88, 92, 210, 211
CARISIO, 70, 202
CARLOMAGNO, 57, 79, 80, 81, 116, 242
CARLOS I, 118
CARLOS VIII, 242
CARRILLO DE ALBORNOZ, 243
CARTAGENA, Alonso de, 244
CASAUBON, Isaac, 118, 121
CASIODORO, 67, 77, 78, 82, 194, 205
CASTELVETRO, Ludovico, 95
CATÓN, 68, 96, 116
CATÓN EL VIEJO, 66
CATULO, 53, 116, 119, 201, 214, 246, 249
CAUER, Pablo, 218-220
CECI, Luigi, 215
CERVANTES, 231
CÉSAR, 51, 62, 65, 68, 106, 115, 166, 202, 245
CESÁREO, 73
CESAROTTI, 174
CICERÓN, 19, 20, 62, 63, 65, 67, 76, 79, 82, 88, 89, 91, 96, 99, 101, 106, 113, 115, 117, 119-122, 124, 144, 148, 151,

192, 201, 202, 206, 224, 239, 242-244, 246
CINZIO, Giraldi, 94
CIPRIANO, 71
CIRAC, S., 249
CISNEROS, 244
CLAUDIANO, 119, 148, 245
CLAUDIO, 68
CLEANTES, 61
CLEMENTE ALEJANDRINO, 76
CLEMANGES, Nicolás, 30
CLERICUS, 133
CLODOVEO, 241
COBET, Carlos Gabriel, 191
COCCHIA, 237
COLET, 122
COLUMBANO, san, 80
COLUMELA, 88
COMPARETTI, 212
CONÓN DE SAMOS, 50
CONSTANTINO, 73
COPÉRNICO, 50
CORNEILLE, 118, 144
CORTESE, Paolo, 90-92
CRATES DE MALO, 52, 61-63, 68
CRATINO, 52
CRISIPO, 60, 61
CRISOLORAS, 88
CRISTINA, 114
CROCE, Benedetto, 26-31, 33, 41, 164, 213, 217
CUARTERO, Francisco, 249
CUIACIO, 116
CURCIO RUFO, 134
CUSA, 156
CUSANO, Nicolás, 99

Ch

CHACÓN, Pedro, 6

D

DÁMASO I, 76, 77
DANIEL, 119
DANIELLO, 94
DANTE, 35, 80, 83, 87, 96, 106, 164, 212, 213, 229, 231, 239
DAWSON, Ch., 7, 238
DEMETRIO FALÉREO, 49, 72
DEMÓSTENES, 52, 64, 76, 115, 117, 185, 202, 248
DESCARTES, 106, 133, 135
DÍAZ Y DÍAZ, 248
DICEARCO, 48
DÍDIMO, 63, 64
DIEZ, Friedrich Christian, 198, 199
DÍFILO, 52
DIÓGENES LAERCIO, 191
DIOMEDES, 69, 70
DIONISIO DE HALICARNASO, 64, 191, 194
DIONISIO EL AEROPAGITA, 115
DIONISIO TRACIO, 53, 57-60, 62, 63, 67, 68, 74
DOLÇ, M., 249
DONALDSON, 201
DONATELLO, 86
DONATO, 69, 70, 76, 79, 91
DROYSEN, 50, 151, 177
DRUMMOND, Guillermo, 122

E

EFORO, 52
ELIANO, 119
ELIO ESTILÓN PRECONINO, 65
ELMSLEY, Peter, 200
EMILIANO, 68
ENIO, 68, 159
ENGELMANN, 226
ENRIQUE VII, 87
ENRIQUE VIII, 122
EPICARMO, 52
EPICURO, 194
EPIFANIO, san, 72
ERASÍSTRATO, 50
ERASMO, 100, 104, 105, 109, 112, 115, 122, 201, 244
ERATÓSTENES, 49, 53, 54, 55, 68, 118
ERNESTI, 129, 131, 143, 145-147, 156, 227
ERNOUT, 238
ERÓFILO, 50
ESCALÍGERO EL VIEJO, 105
ESCALÍGERO, José Justo, 111, 115, 116, 118, 121-123, 132
ESCALÍGERO, Julio César, 94, 111, 121
ESPINOSA, Andrés, 249
ESQUINES, 52, 190
ESQUILO, 52, 113, 183, 190, 191, 196, 200, 202, 203, 245, 246, 248, 249
ESTACIO, 88, 91, 119
ESTE, 135
ESTELRICH, Juan, 247
ESTERÍCORO, 52

ESTIENE, Antonio, 114
ESTIENNE, Carlos, 114
ESTIENNE, Enrique I, 114
ESTIENNE, Enrique II, 114
ESTIENNE, Enrique III, 114
ESTIENNE, Robert, 113, 114
ESTIENE, Roberto II, 114
ESTRATÓN DE LÁMPSACO, 50
ETIENNE, Servais, 223
EUCLIDES, 50, 53
EUDEMO, 48
EUFORIÓN, 49, 191
EUMENES, 55
EUPOLIS, 52
EURÍPIDES, 15, 52, 61, 117, 122, 144, 177, 201, 209, 248
EUSEBIO, 72, 76, 115, 217
EUSTOQUIO, 77

F

FABRICIUS, 131
FACCIOLATI, 96, 128
FEDERICO II, 83
FEDRO, 119, 144
FERÉCRATES, 52
FERNANDO, 244
FERNÁNDEZ-GALIANO, Manuel, 248
FESTO, 68, 116, 245
FICINO, MARSILIO, 94, 99, 100
FÍGULO, Nigidio, 193
FILELFO, 89
FILEMÓN, 50, 52, 132
FILETAS, 49, 52
FILODEMO, 192, 218, 230
FIORENTINO, 16
FLORO, 119
FOCIO, 82
FOCÍLIDES, 245
FONTÁN, Antonio, 250
FORCELLINI, 128
FRACCAROLI, 33, 44, 204, 213, 214, 216
FRACASTORO, 94, 97
FRAENCKEL, 205
FRANCESCA, 86
FRANCISCO I, 113, 114
FRONTÓN, 201
FRUTERIO, Lucas, 121
FUNAIOLI, Gino, 14, 230
FUSTEL DE COULANGES, 43

G

GABELLI, 44
GAISFORD, Tomás, 200
GALENO, 121
GALILEO, 50
GALINDO, Beatriz, 244
GALINDO, Pascual, 247
GALLIETTI, 42
GANIVET, 246
GARCÍA CALVO, Agustín, 248
GARCÍA Y BELLIDO, 250
GARCILASO, 245
GAYO, 201, 228
GAZA, Teodoro, 121
GELIO, 69, 192, 193
GELZER, 205
GENTILE, 16, 25, 26
GERBERTO, 242
GERCKE, 206
GERHARD, E., 190
GESNER, 129, 143, 146-148, 156
GIARRATANO, C., 236
GIL, Luis, 248
GIOBERTI, 44, 83
GIRALDUS, Lilius, 116
GNIFÓN, 68
GONZÁLEZ ANDRÉS, 246
GONZÁLEZ GARBÍN, 246
GUILLERMO, Juan, 21
GIUFFRIDA, 230
GIUSSANI, 237
GOETHE, 19, 42, 147, 156, 160, 174, 176, 196, 198, 229, 231, 239
GOTTOFREDO, 118
GRACIANO, 73
GREGORIO DE NAZIANZO, san, 72
GREGORIO DE NISSA, san, 72
GREGORIO MAGNO, 73
GREGORIO X, 78
GREGORIO DE TOURS, 75
GREINER, A., 206
GREVIO (Grevius), 118, 119, 132
GRIMM, 59, 196-199
GROCIO, 118, 133
GROCYN, 111, 122
GRONOW, Jacobo (Gronovio, Gronovius), 118, 119
GRUTER, Juan, 121
GUARINO, 122
GUICCIARDINI, 42, 108

H

Haase, Federico, 181, 182
Hammann, 170
Harles, 131
Haupt, Moritz, 192, 203
Hecateo de Mileto, 17
Hefestión, 69
Heinze, 205, 236
Hegel, 16, 27, 162
Heinsius (Heinsio), Daniel, 118, 119
Heinsius, Nicolás, 119
Hemsterhuys, Tiberio, 144
Helánico, 52
Helio Donato, 70
Heráclito, 194
Herodes, 49
Herodoto, 17, 52, 76, 115, 120, 202, 248
Herder, 27, 148, 156, 167
Hernández-Vista, 249
Hermann, Godofredo, 25, 34, 132, 145, 173, 177, 179, 183, 184, 190, 191, 192, 200
Hermolao, 93
Hertz, Martín, 193
Hervás, 246
Hesíodo, 49, 52, 53, 61, 70, 134, 190
Heumann, C. Augusto, 128-130
Heyne, Christian, 131, 134, 145, 147, 149, 150, 151-153, 156, 158, 174, 190, 196
Hilario de Poitiers, 76
Hiparco de Nicea, 50
Hipérides, 52
Hipócrates, 121
Hiponactes, 52
Homero, 48, 52, 54-57, 60-62, 91, 101, 120, 132, 139, 173, 194, 195, 201, 202, 203, 208, 221, 230, 244
Horacio, 40, 66, 69, 76, 96, 113, 115, 117-119, 132, 148, 191, 192, 206, 214, 230, 245, 246
Hoz, J. de, 249
Hubner, E., 192
Huet, P. Daniel, 114, 135, 136
Humboldt, W., 16, 140, 169, 174
Humboldt, G., 195-197
Hutten, 156

I

Ibico, 52
Ihering, 226
Immisch, 218, 220, 222
Imperial, Francisco, 243
Ion, 52
Iriarte, J. Pérez, 249
Irnerio, 83
Iseo, 52, 203
Isidoro, san, 67, 73, 78, 79, 241, 242
Isócrates, 40, 43, 48, 52, 190, 221

J

Jacobi, 196
Jachmann, 205
Jaeger, W., 7, 217, 221, 222, 230, 238
Jahn, 34, 203
Jebb, Ricardo, 200, 201
Jenofonte, 52, 182, 245, 249
Jerónimo, 69, 70, 75, 76, 77
Jiménez, José, 250
Jovio, 108
Juan Andrés, 246
Juan Casiano, 74
Juan Crisóstomo, 72
Jufresa, Montserrat, 249
Julio Filargirio, 70
Julio Higinio, 68
Justiniano, 83
Justino, 119

K

Kant, 16, 125, 156
Kepler, 50
Klopstock, 174
Klibanski, 85
Koerner, 196
Koschaker, 238
Koschaker, P., 7, 226
Kroll, 206

L

La Fontaine, 144
Lactancio, 71
Lachmann, 18, 25, 34, 132, 173, 186, 187, 194, 203, 216, 227, 235
Laín Entralgo, Pedro, 250
Lamartine, 224
Lambin (Lambinus, Lambino), Denís, 113, 131
Landino, Cristóforo, 89

LANDRIANI, 88
LANSON, 223
LÁSCARIS, 88, 112, 114
LASSO DE LA VEGA, José S., 248
LAVATER, 196
LECLERC, 129, 131, 133, 134, 146
LENS, J., 249
LEIBNIZ, 50, 96, 103, 114, 115, 129, 131, 135-137, 144
LEO, 218, 236
LEÓN X, 113
LEONARDO, 50
LEOPARDI, 24, 25, 48, 152, 202, 211
LESSING, 156, 167
LIBANIO, 72
LICROFRÓN, 49
LINACRE, 111, 121, 122
LIPSIO, Justo, 117, 131
LISIAS, 52, 203, 248
LIVIO, Tito, 35, 36, 65, 66, 76, 82, 87, 116, 119, 121, 148, 149, 190, 193, 202, 224, 240, 243
LIVIO ANDRÓNICO, 68, 195
LOBECK, Augusto, 190, 191
LOCKE, 133
LONGHI, R., 42
LORENZO EL MAGNÍFICO, 91
LÓPEZ DE ZÚÑIGA, Diego, 244
LUCANO, 6, 82, 119, 224, 244, 246
LUCAS, Demetrio, 244
LUCIANO, 115, 246, 249
LUCILIO, 201
LUCRECIO, 42, 88, 113, 159, 186, 194, 201, 216, 246
LÚCULO, 60, 63, 68
LUIS XIV, 151
LUIS DE LEÓN, Fray, 245
LUTERO, 71, 104, 118, 120, 171, 182, 198

L1

LLAMPELLAS, Xavier, 246

M

MABILLON, Jean, 115, 127, 135
MADVIG, 191, 192
MAFFEI, Scipione, 128
MAGGI, 95
MAGNUS, Hugo, 233, 234, 236
MAI, 201
MALUQUER, Juan, 250
MANN, Thomas, 40, 43
MANETTI, 99
MANILIO, 88, 115
MANUCIO, Aldo, 244
MANDOLFO, R., 8
MANZONI, Alejandro, 35, 36, 66, 95, 138, 152, 196, 231, 239
MARAGALL, Juan, 247
MARIA GANUZA, Francisco, 246
MARCIAL, 6, 88, 119, 121, 245, 246, 249
MARCHESI, 230
MARCIANO CAPELLA, 67, 78
MARINÉ, S., 249
MARROU, H. I., 7, 222, 238
MARTÍN RUIPÉREZ, 248
MARSILIO, 89
MARZORATI, 36
MARZULLO, Benedetto, 228, 230
MASACCIO, 86
MASCI, 16
MATILDE, condesa, 82
MAUER, Benjamín, 117
MAURENBRECHER, 206, 212
MAYANS, 246
MAZARINO, 114
MAZZINI, 239
MEINECKE, 108
MEINEKE, Augusto, 191
MELANCTON, Felipe, 120, 156
MENA, Juan de, 244
MENANDRO, 50, 52, 76, 132,. 192, 228, 229
MENÉNDEZ PELAYO, 242, 245-247
MENÓN, 48
MEROBAUDES, 202
MERULA, 121
METGE, Bernat, 242, 243
MILTON, 95, 118, 156
MIMMERMO, 52
MINTURNO, 94
MINUCIO, Félix, 71, 230
MILÁ Y FONTANALS, 246
MIRALLES, C., 249
MITRIDATES, 63
MONRO, D. B., 201
MONTES DE OCA, Ignacio, 247
MONTESQUIEU, 143, 144
MOMMSEN, Teodoro, 190, 201, 202, 205, 236
MONTFAUCON, Bernard de, 127, 135
MONTERO DÍAZ, 242
MORFHOF, Jorge, 124, 131
Mosco, 146, 191

Mozart, 156
Müller, K. O., 33, 183, 184, 185, 186
Müller, Max, 157, 193
Müller, Luciano, 195
Munro, 113
Muratori, Ludovico Antonio, 21, 22, 40, 41, 127, 128, 135, 137, 211
Muret (Muretus, Mureto), Marco Antonio, 100-105, 111, 121
Mussato, Albertino, 87
Muzio, 94

N

Nardi, B., 85
Naudé (Naudeus, Naudeo), Gabriel, 100, 107-109, 114
Nebrija, Elio Antonio, 99, 243-245
Nevio, 195
Newton, 50
Nicolás, 86
Nietzsche, 15, 26, 40, 204, 207-210, 218
Nisseno, Gregorio, 217
Niebuhr, 43, 44, 115, 119, 201, 202
Nizolio, 96
Nonio Marcelo, 144
Norden, Eduardo, 205
Núñez, Juan, 6
Núñez, Hernán, 244

O

Occilio, Tomaso, 89
Orígenes, 115
Ortega y Gasset, José, 6, 7, 40, 41
Ovidio, 68, 119, 120, 192, 233, 234, 242-246.

P

Pablo, san, 19, 72, 76, 118, 205, 231
Pabón, José Manuel, 247, 248
Palemón, 68
Palencia, Alonso de, 245
Palestrina, 14
Panciano, 248
Panecio, 68
Partenio, 94, 191
Pascoli, 33, 44, 73, 214
Pasquali, 216, 217, 228, 230
Paulo, 245
Paulo Emilio, 68
Paulo Diácono, 68, 81
Pauly, 193
Pazzi, 95
Pericay, Pedro, 249
Persio, 69, 91, 118, 249
Pérez de Guzmán, Fernán, 245
Pérez de Oliva, Hernán, 99
Pericles, 48, 184, 221
Perizonio, Jacobo, 119
Perret, Jacques, 223, 224
Perrotta, 230
Petit, Juan, 249
Petrarca, 42, 87-89
Petronio, 123, 246
Piccolomini, 86, 95, 211
Pico de la Mirándola, 67, 92-94, 99, 103, 105, 109
Pilato, Leonzio, 88
Píndaro, 52, 53, 55, 117, 201, 202, 214, 247
Pirenne, 238
Pitágoras, 59, 78
Platón, 21, 33, 35, 42, 48, 52, 55, 66, 67, 69, 72, 76-78, 94, 101, 117, 122, 165, 167, 172, 177, 181, 185, 190, 193, 194, 200, 204, 217, 221, 222, 229, 231, 244, 247, 248
Plauto, 65, 77, 88, 113, 115, 119, 121, 192
Plinio el Joven, 148
Plinio el Viejo, 66, 69, 113, 115, 119, 148, 192, 242
Plutarco, 202, 210, 245
Polibio, 52, 68, 118
Poliziano, 25, 86, 90, 91, 92, 105, 111, 121, 122, 211
Pompeyo, 62
Pomponio Mela, 245
Pontano, Giovanni, 86, 89
Porfirión, 69
Porson, Richard, 200
Posidonio, 62, 205
Pott, 59, 196, 197, 200
Prantl, Carlos, 193, 194
Praxifanes, 49
Preller, 192
Príamo, 195
Prisciano, 70, 193
Pródicos de Ceos, 48
Propercio, 115, 119
Protágoras, 48
Prudencio, 119, 246, 248
Puffendorf, 135

PURCELL, 14

Q

QUINTILIANO, 6, 69, 79, 88, 91, 92, 96, 117, 120, 124, 245, 246, 249
QUINTO CURCIO, 224, 244

R

RABANO MAURO, 77, 242
RACINE, 118, 144, 224, 231, 239
RAMORINO, 236
RAMUS, Pierre, 95, 113
RANKE, 202
RECAREDO, 241
REITZEISTEIN, 205
REISIG, C., 191, 192
REUCHLIN, Juan, 120, 156
RIBA, Carlos, 249
RIBBECK, Otto, 194
RITSCHEL, 132
RITSCHL, Federico, 192, 203, 207, 208
RIVIO, Justo, 121
RHO, 90
ROBORTELLI, 94, 95, 105
ROBERT, Fernand, 225, 226
ROHDE, Erwing, 204
ROMAGNOLI, Ettore, 14, 33, 44, 203, 204, 213, 214, 216, 217
ROMANILLOS, Ranz, 246
RONCONI, Alexandro, 228
RONSARD, 113
ROSSI De, 203
ROSTAGNI, Augusto, 217, 218, 230
RUBENS, Felipe, 124
RUBIO, Lisardo, 248
RUFINO DE AQUILEA, 76, 77
RUGGERO, De, 16
RUIZ DE ELVIRA, 249
RUHNKEN, 101, 129, 143-145

S

SAFO, 52, 216, 217, 246, 248
SALMASIO, Claudio, 118, 119
SALUSTIO, 76, 82, 96, 101, 116, 119, 120, 121, 202, 244-246
SÁNCHEZ DE LAS BROZAS, 6, 245
SANTILLANA, 243
SANCTIS, De, 27, 42, 161, 164, 210, 211, 213, 238
SALUTATI, Coluccio, 30, 89, 99, 102
SAUSSURE, Ferdinand de, 200
SAVIGNY, 201, 226
SCIOPPIO, Gaspar, 121
SCHELLING, 27, 41, 155, 161-166, 193, 199
SCHIEGEL, 155
SCHILLER, 40, 41, 160, 163, 165, 174, 196
SCHLEGEL, 27, 157, 158, 159, 160, 174, 199
SCHLEIERMACHER, 155, 166-172, 177, 179
SCHLIEMANN, 56, 195
SCHOPPE, 106
SCHOPENHAUER, 207
SCHUMANN, Windi, 199
SCHUTZ, 163
SCHWARTZ, 217
SEGALÁ, 247, 249
SEGNI, 95
SELLAR, Guillermo, 201
SELLING, Wilhelm, 111
SEMPERE, Teresa, 249
SÉNECA, 6, 33, 40, 51, 67, 87, 89, 101, 102, 106, 113, 115, 117-119, 121, 124, 182, 239, 240, 243-246
SÉNECA EL VIEJO, 194
SERVIO, 70, 91
SEXTO EMPÍRICO, 69
SHAKESPEARE, 35, 164, 231, 239
SIGER DE BRABANTE, 83
SIGONIO, 121
SILVIO ITÁLICO, 88
SIMÓNIDES DE AMORGOS, 52
SIMÓNIDES DE CEOS, 52
SÓCRATES, 73, 76, 209, 211, 212
SÓFOCLES, 52, 113, 120, 144, 190, 192, 200-202, 249
STACIO, 245
STAEL, 131
STEINTHAL, 190, 196, 197
STURZO, Luigi, 238
SUETONIO, 63, 66, 69, 91, 115, 119, 249
SUETONIO TRANQUILO, 69
SULPICIO SEVERO, 73
SWABE, 193

T

TÁCITO, 88, 101, 113, 117, 119, 121, 159, 181, 182, 190, 192, 202, 249

TAINE, 223
TALES, 17, 58
TASSO, 95, 229
TEÓCRITO, 70, 120, 191, 246, 247, 249
TEODECTES, 48
TEODORICO, 241
TEODORO, 64
TEOFRASTRO, 48, 49, 118, 194
TEOPOMPO, 52
TERENCIO, 7, 69, 70, 77, 82, 96, 113, 115, 117, 120, 132, 244, 245, 248
TERRADELL, 250
TERTULIANO, 71, 73, 230
TEUFFEL, W. S., 193
THOMPSON, 201
TIBERIO, 59, 68
TIBULO, 119, 153, 246
TILLEMONT, 127
TIRABOSCHI, 128, 130
TIRANIÓN, 60, 62, 63, 67, 68
TOCCO, 16
TOFFANIN, 85
TOLOMEO, 49-51, 54-56
TOLOMEO FILOPÁTOR, 54
TOMÁS MORO, santo, 112, 122
TOMÁS, santo, 100, 117
TORRES, Juan J., 249
TOSCANELLA, Giovanni, 89, 90
TOVAR, Antonio, 247
TOYNBEE, 238
TREZZA, 44
TRICLINIO, 113
TRIFÓN, 63, 64, 68
TRINCAVELLI, 95
TRISSINO, 95
TUCÍDIDES, 52, 69, 120, 182, 184, 185, 190, 202, 221, 248
TULIO, Marco, 91
TURNEBUS, Adrián, 113

U

UNAMUNO, 246, 247
URBAN, 196
URLICHS, K. L., 193
USENER, 15, 194, 195, 203

V

VALGIMIGLI, 203
VALERIO FLACCO, 119
VALERIO MÁXIMO, 69, 88, 117, 242, 243
VALERIO PROBO, 69
VALENTÍ, Ferran, 243
VALENTÍ, Eduardo, 249
VALLA, Giorgio, 88, 95
VALLEJO, José, 247, 248
VAQUÉ, Juan, 249
VARCHI, 94
VARRÓN, 6, 60, 62, 65-68, 76, 78, 88, 96, 113, 118, 124, 192, 201, 206, 242
VELEYO PATÉRCULO, 117, 182
VERGARA, Juan de, 244
VERGELIO, Paolo, 89
VERGÉS, José, 249
VERRIO FLACCO, 68
VETTORI, Pietro, 95, 96, 118
VIBO, Juan Bautista, 137
VICO, 6, 19, 28, 29, 31, 32, 54, 104, 106, 107, 129, 131, 134-136, 138, 144, 147, 174, 202
VIDAL DE NOYA, Francisco, 244
VIGNOLA, 21
VILLENA, Enrique de, 243
VILLOISON, De, 57, 173, 190
VIRGILIO, 42, 53, 68-70, 72, 76, 77, 82, 89, 91, 101, 115, 116, 119, 120, 151, 152, 159, 205, 213, 214, 218, 224, 230, 231, 239, 242, 243, 245, 246, 248
VIRGILIO, Giovanni del, 87
VISCONTI, Quirino, 128
VITELLI, Girolamo, 204, 216
VITRUVIO, 40, 56, 66
VIVES, Luis, 245
VIVES, José, 249
VOLTAIRE, 151
VOSS (VOSSIO), Gerardo, 116, 119, 133, 174

W

WAGNER, 26, 204, 207
WALCH, Jorge, 128, 129
WALCHIUS, 128
WALGIMIGLI, Manara, 217
WEBER, Max, 139
WELCKER, F. G., 190, 192, 198, 203
WESTPHAL, Rodolofo, 194
WILAMOWITZ, 173, 195, 204, 215, 216, 217, 219, 223
WINCKELMANN, 151, 156, 159, 167
WINDSCHEID, 226
WISSOWA, 193
WYTTEMBACH, 129, 143, 145
WOLF, Federico Augusto, 18, 36, 57,

138, 143, 147, 149, 153, 158, 164-166, 168, 171, 173-179, 181, 194, 196, 197, 200, 208, 216, 230
Woss, 131
Wowerio, Juan, 123, 124
Wundt, 219

X

Xiberta, Bartolomé M., 146

Z

Zambaldi, Francesco, 212
Zenodoto de Efeso, 52, 53, 91, 217
Zenón, 61
Zielinski, 218, 219, 232
Zoega, 192
Zurita, Jerónimo, 245

nueva colección labor

obras publicadas

H. Laborit	1	del sol al hombre
Bernard Voyenne	2	historia de la idea europea
Ludovico Geymonat	3	filosofía y filosofía de la ciencia
Peter Michelmore	4	einstein, perfil de un hombre
Juan-Eduardo Cirlot	5	el espíritu abstracto
Margherita Hack	6	el universo
M. I. Finley	7	los griegos de la antigüedad
Arthur Klein	8	masers y lasers
R. Furon	9	la distribución de los seres
Jean Le Floc'hmoan	10	la génesis de los deportes
Paolo Rossi	11	los filósofos y las máquinas
Louis L. Snyder	12	el mundo del siglo XX (1900-1950)
G. B. Richardson	13	teoría económica
Jean Guichard-Meili	14	cómo mirar la pintura
Eduardo Ripoll Perelló	15	historia del próximo oriente
Emrys Jones	16	geografía humana
Albin Lesky	17	la tragedia griega
A. Laffay	18	lógica del cine
Siegfried Wiechowski	19	historia del átomo
Charles Werner	20	la filosofía griega
Aurel David	21	la cibernética y lo humano
Jan Vansina	22	la tradición oral
H. y G. Termier	23	trama geológica de la historia humana
Claude Cuénot	24	teilhard de chardin
Juan Vernet	25	literatura árabe
Gillo Dorfles	26	últimas tendencias del arte de hoy
C. F. von Weizsäcker	27	la importancia de la ciencia
Albert Ducrocq	28	la aventura del cosmos
Pierre Massé	29	el plan o el antiazar
Serge Lifar	30	la danza
W. F. Hilton	31	satélites artificiales
Silvio Zavatti	32	el polo ártico

Roy MacGregor-Hastie	33	mao tse-tung
Pierrette Sartin	34	la promoción de la mujer
J. M. Millás Vallicrosa	35	literatura hebraicoespañola
Gina Pischel	36	breve historia del arte chino
Antonio Ribera	37	la exploración submarina
Dr. Pierre Vachet	38	las enfermedades de la vida moderna
J. A. V. Butler	39	la vida de la célula
Paul Roubiczek	40	el existencialismo
Gaetano Righi	41	historia de la filología clásica
Silvio Zavatti	42	el polo antártico
M. Gauffreteau-Sévy	43	hieronymus bosch "el bosco"
Pierre Idiart	44	la cantidad humana
Víctor d'Ors	45	arquitectura y humanismo
Vladimir Kourganoff	46	introducción a la teoría de la relatividad
Henry B. Veatch	47	ética del ser racional
M. Crusafont Pairó	48	el fenómeno vital
P. Bourdieu y J. C. Passeron	49	los estudiantes y la cultura
W. H. Thorpe	50	ciencia, hombre y moral
Stephen Clissold	51	perfil cultural de latinoamérica
R. Harré	52	introducción a la lógica de las ciencias
René Taton	53	causalidad y accidentalidad de los descubrimientos científicos
François Châtelet	54	el pensamiento de platón
Luis M. Llubiá	55	cerámica medieval española
Manuel Cruells	56	los movimientos sociales en la era industrial
Agustín del Saz	57	teatro social hispanoamericano
W. M. Watt	58	mahoma, profeta y hombre de estado
Jean Piveteau	59	de los primeros vertebrados al hombre
David Thomson	60	las ideas políticas
Mary Warnock	61	ética contemporánea
René Bissiéres	62	la búsqueda de la verdad
Charles Chassé	63	gauguin sin leyendas
Glyn Daniel	64	el concepto de prehistoria
F. Garrido Pallardó	65	los orígenes del romanticismo
Walter W. Heller	66	nuevas dimensiones de la economía política
E. B. Ford	67	mendelismo y evolución
H. D. Lewis y R. L. Slater	68	religiones orientales y cristianismo
Stephen H. Dole	69	planetas habitables
Jean Laude	70	las artes del áfrica negra
Douglas Pike	71	australia, continente tranquilo

S. M. Weinstein y A. Kelm	72	principios básicos de los computadores
N. E. Christensen	73	sobre la naturaleza del significado
Maurice Aubert	74	el cultivo del océano
C. Rodríguez-Aguilera	75	picasso 85
Clara Malraux	76	la civilización del klbbuts
Antonio F. Molina	77	la generación del 98
John Cohen	78	introducción a la psicología
Harry G. Johnson	79	la economía mundial en la encrucijada
Bruno Munari	80	el arte como oficio
Santiago Genovés	81	el hombre entre la guerra y la paz
F. R. Jevons	82	el secreto bioquímico de la vida
Suzanne Demarquez	83	manuel de falla
Max Born	84	la responsabilidad del científico
Carlos Miralles	85	la novela en la antigüedad clásica
Gillo Dorfles	86	el diseño industrial y su estética
Norman J. G. Pounds	87	geografía del hierro y el acero
Georges Olivier	88	el hombre y la evolución
J. G. Peristiany	89	el concepto del honor en la sociedad mediterránea
David Mitchell	90	introducción a la lógica
J. Tricart	91	la epidermis de la tierra
Norman MacKenzie	92	breve historia del socialismo
Green y Johns	93	introducción a la sociología
Reinhardt Grossmann	94	la estructura de la mente
Juan Schobinger	95	prehistoria de suramérica
John E. Allen	96	aerodinámica
Bryan Wilson	97	la religión en la sociedad
J. F. D. Frazer	98	los ciclos sexuales de los vertebrados
Richard Bailey	99	problemas de la economía mundial
José Onrubia de Mendoza	100	literatura española

otros volúmenes en preparación

Editorial Labor, SA.
Barcelona - Madrid - Buenos Aires
Río de Janeiro - México - Montevideo
Bogotá - Caracas - Lisboa